



TE
DETESTO
Oliver Drake

SERIE ÍDOLOS AMERICANOS - 2

STAR
CLARK

TE
DETESTO
Oliver Drake
SERIE ÍDOLOS AMERICANOS - 2

STAR CLARK

Copyright © 2024 Star Clark

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición, mayo 2024.

Título Original: Te odio, James Black

Diseño y Portada: Amparo Tárrega

INTRODUCCIÓN

Soy Oliver Drake, el mejor jugador de béisbol de Estados Unidos, y lo sé. Cada vez que piso el campo, los espectadores se quedan asombrados ante mi presencia imponente. Mi destreza y habilidad son incomparables y nadie puede igualar mi talento en el juego.

Cada vez que agarro el bate, sé que será un jonrón seguro. Mi fuerza y precisión son legendarias, y cada lanzamiento que enfrento es solo una oportunidad más para demostrar mi dominio absoluto en el juego. Los lanzadores tiemblan cuando se acerca mi turno al plato, saben de sobra que no tienen posibilidad alguna de vencerme. En el césped, soy una fuerza imparable.

Mi velocidad y agilidad me permiten atrapar cualquier bola que se me acerque, sin importar lo lejos que esté. Los corredores adversarios se detienen en seco cuando ven mi brazo poderoso lanzando la pelota hacia la base, con la seguridad de que no tienen ninguna oportunidad de llegar a salvo. Soy el rey del diamante, el verdadero maestro del juego.

Mi nombre se susurra en cada estadio y mi legado será recordado por generaciones venideras. Soy el mejor jugador de béisbol de Estados Unidos. Nadie puede desafiar mi supremacía en el campo, pero fuera de él... Ella es mi mayor rival y no tengo armas para luchar en su guerra.

OLIVER

—Oliver, ¿estás preparado? —Mi padre entra en mi dormitorio sin pedir permiso. Me encuentra de pie frente al espejo vestido con un traje chaqueta y pajarita. Odio esta ropa, pero la ocasión lo merece—. Tu madre se está poniendo nerviosa. Cree que vamos a llegar tarde.

—¿Por qué eso no me sorprende? —Lo sobrepaso y voy hasta el salón de mi mansión en el exclusivo barrio de Malba. Cojo el reloj que aguarda en la mesa y lo abrocho en mi muñeca derecha; un Rolex de acero y oro.

—Porque lleva razón. Siempre llegamos tarde. —Abre la puerta y me anima a que lo siga.

—¿Están ya allí? Aún queda media hora para que comience.

—Hace veinte minutos. Ellos están hechos de otra pasta. ¿Quién era la chica que he visto salir? —Recorremos el pasillo hasta la puerta principal.

—Una amiga.

—Apuesto a que no sabes ni su nombre.

—Mariela, papá. ¿Cómo no voy a saberlo?

—No sería la primera vez que te acuestas con alguien y te olvidas de ella. —Cruzamos el jardín delantero.

—Que tenga un buen día, señor Drake. —Se despide de mí con un golpe de cabeza el jardinero que ha venido a podar unos setos.

—Estoy orgulloso de ti. De todo lo que has conseguido —me recuerda también el que es mi representante. Papá me enseñó a jugar en el patio de nuestra casa y en el parque de la manzana, hasta que dejó de ser un sitio seguro y tuvimos que olvidarnos de visitarlo. Yo no entendía por qué durante meses ni siquiera nos dejaban salir a la calle solos; años después comprendí que solo se preocupaban por nuestra integridad física.

—Y yo de Neil, se ha ganado a pulso todo lo que ha conseguido —le aseguro. Mi hermano ha superado grandes desafíos, como todos, pero él tuvo que dejar atrás un pasado peligroso que casi le cuesta la vida. Logró entrar en la Universidad de Nueva York y estudiar Trabajo Social, una carrera que refleja su deseo de ayudar a los demás y hacer del mundo un lugar mejor.

—Estoy orgulloso de mis dos hijos por igual —concluye y deja caer una mano reconfortante sobre mi espalda antes de subir al coche hacia la graduación de mi hermano.

La vida en el Bronx nunca fue fácil para nosotros. Mis padres provienen de realidades muy diferentes: mi padre, estadounidense; mi madre, cubana. Pero a pesar de las adversidades y de

sus familias, en contra de su relación, lucharon incansablemente para estar juntos y brindarnos una educación y unos valores sólidos que nos mantuvieran alejados de los problemas.

Sin embargo, Neil, mi hermano menor, sucumbió a las redes de las bandas callejeras. A pesar de lo mucho que insistieron en casa sobre la importancia de distanciarnos de la delincuencia, Neil se vio arrastrado. Por aquel entonces era un chico tímido y con muchos complejos, especialmente debido al *bullying* que sufría en el instituto. Entre los compañeros destacaba por su color de piel, heredado de la genética latina de mi madre, aspecto que lo convertía en blanco de burlas y discriminación. Mi físico y color de piel se parecen más al de mi padre.

A pesar de nuestros esfuerzos por apoyarlo y protegerlo, Neil buscó refugio en las calles del Bronx. Allí encontró una especie de familia en los Tigers Gold, queriendo tal vez hacerse notar y llamar la atención. Fue un período oscuro para todos nosotros, lleno de preocupación y angustia.

Por fortuna, mi hermanito encontró la fuerza para alejarse de ese mundo peligroso y buscar una vida mejor. Estoy orgulloso de él más allá de las palabras que acabo de decirle a mi padre.

Cuando llegamos al campus de la universidad en el que se celebra la graduación, nos dirigimos hacia la fila de sillas reservadas para nuestra familia. Allí mi madre nos espera con una sonrisa nerviosa en el rostro. Pronto me doy cuenta de que acceder a nuestro asiento no será tan sencillo como pensaba. Una multitud de admiradores se agolpa a mi alrededor, ansiosos por conseguir una foto o un autógrafo.

—¡Drake! ¡The Hammer! —gritan.

Disfruto de la atención y el reconocimiento por mi trabajo en el deporte nacional, pero en momentos familiares como este la aglomeración de fans resulta un poco agobiante.

Con habilidad, mi padre se abre paso entre la multitud y yo le sigo respondiendo amablemente a las solicitudes. Así, con varias interrupciones, conseguimos llegar a nuestras sillas. Mi madre nos saluda con alivio cuando finalmente nos reunimos con ella.

—No me acostumbro a tener un hijo tan famoso —dice al abrazarme.

—Pues ya deberías de estarlo, aunque el protagonista hoy no soy yo.

—Lo sé, pero mira a todas esas mujeres que te miran embobadas. Menudas pájaras —me advierte ella, de mente tradicional y que no aprueba que siga divirtiéndome y que no asiente la cabeza.

Echo un vistazo a esas féminas de las que habla y me fijo en una que me llama especialmente la atención. Pelirroja, con curvas, buenos pechos y bonita cara. Le sonrío y ella me corresponde mordiéndose el labio inferior, hambrienta; sé lo que quiere y puede que después se lo dé con mucho gusto.

Los graduados desfilan hacia el escenario mientras sus familias los observan con orgullo y alegría en sus rostros.

Cuando llega el turno de Neil, el corazón me late con fuerza en el pecho. Sus logros representan mucho más que un simple diploma.

—Bravo, hijo mío —grita nuestra madre que rebosa de satisfacción dando palmas como si no

hubiera un mañana.

Mi hermano le lanza un beso y ella aumenta su efusividad. Debe ser bonito sentir eso por un hijo, aunque la paternidad no está en mis planes ni a corto ni a largo plazo.

—Deberías tomarte unas vacaciones —propone mi secretario, un chico que en edad me sobrepasa dos años y que llegó a Crown y Asociados antes que yo. De pelo rubio, tez blanca y pecoso. Prometido con una chica muy simpática que trabaja de camarera en el bar de su familia en el SoHo.

—No puedo —respondo y señalo toda la documentación que se apila en mi escritorio. Soy abogada en un despacho con muy buena proyección en Nueva York y le dedico veinticuatro horas al día, siete días a la semana.

—Nadie es imprescindible. —Alzo las cejas—. ¿Crees que, si se dan cuentan los socios mayoritarios de que eres prescindible, te echarían? —Pongo los ojos en blanco.

—No es eso y lo sabes.

—Lo sé perfectamente. —Se levanta con el iPad en la mano—. Eres una adicta al trabajo.

—Llama a Satya y dile que he de posponer nuestra comida —le indico.

—No es buena idea y tengo que decírtelo. —Me apunta con el dedo.

—Lo entenderá. —Hago un gesto con la mano para que se marche y trato de concentrarme. Gracias a Satya conseguí el despacho en el que me encuentro y la silla en la que tengo pegado el culo. Una mujer con varias empresas de juguetes a la que le caí en gracia mientras hacía la pasantía y la fiché como una de nuestros mejores clientes.

El teléfono me suena a eso de las seis de la tarde de un viernes muy movido.

—¿Amanda? —Descuelgo.

—¿Por qué preguntas si mi nombre te aparece en la pantalla?

—No la estaba mirando.

—Ya, ya. Tenías la mirada fija en la pantalla del ordenador o en esos folios con la letra tan pequeña. Vas a quedarte ciega. ¿Se te ha olvidado?

Dios mío...

Me muerdo los labios y agacho el semblante, aunque ella no puede verme y no sabe cuánto lo lamento, así que lo verbalizo.

—Lo siento, Ami —así la llamo—, se me ha pasado por completo.

—Te diría que no me lo creo, pero lo esperaba. Por eso te he llamado. Sal de ahí, date una ducha, ponte ese vestido tan bonito que compraste la semana pasada y coge un taxi. No llegues

tarde.

—No te fallaré. —Pi, pi, pi, pi.

Dejo el móvil junto al teclado, busco mi bolso y la chaqueta y recorro los pasillos del bufete haciendo ruido con mis *stiletos* negros.

La fiesta de inauguración del restaurante en el que Amanda es la segunda chef se celebra en la séptima a las ocho de la tarde. Llego justo a tiempo para ver cómo cortan la cinta roja en la puerta y darle la enhorabuena a mi vecina y mejor amiga.

Sirven cócteles y platos gourmet durante la cena y socializo con los invitados, algunos conocidos, otros amigos, como Noah, el tercero en discordia.

—Estos creps de verdura están exquisitos —comenta con los dedos manchados de salsa de tomate tailandesa con un toque de jengibre.

—Mierda —mascullo.

—¿Qué ocurre? —Se limpia con una servilleta azul y me mira con el ceño arrugado.

—Están ahí Jess y Chris. —Me escondo tras él—. No quiero tener que saludarlos.

—¿Desde cuándo no los ves?

—Desde... No sé... Casi cuatro años. Joder... Vienen hacia aquí. —Les doy la espalda y tiro de Noah para que no me descubran—. ¿Por qué están aquí? Saben que Amanda y yo somos casi hermanas.

—Ava, bonita, son relaciones públicas. Es su trabajo.

—Chris es representante.

—Chupaculos de famosos, viene a ser lo mismo.

Susurramos tras una columna verde, ocultos por el centenar de personas que disfrutan de la velada.

Mi teléfono suena dentro de mi pequeño bolso de mano de color dorado.

—Es James. Tengo que cogerlo. —Voy a un lugar reservado en un patio repleto de vegetación donde las voces y la algarabía se convierten en un leve murmullo.

—¿Ava? ¿Me escuchas? —Mi hermano al otro lado.

—Estoy aquí. He tenido que salir de donde estaba.

—Papá y mamá deberían haber llegado ya a casa. ¿Has hablado con ellos?

—Tranquilo. Mamá me ha enviado un mensaje. Mañana iré a visitarlos.

—¿Dónde estás? ¿Y esa música?

—En la inauguración de Eden. —No le digo a quiénes acabo de ver. Dice que lo ha superado, pero yo no lo tengo tan claro.

—Es cierto. Te dejo entonces. —Escucho una voz de mujer de fondo.

—¿Estás acompañado?

—No seas cotilla. —También me cuelga. ¿Por qué mi familia y amigos suelen colgarme el teléfono sin siquiera despedirse?

—Se han marchado. Relájate —asegura Noah con dos cócteles, uno en cada mano, y me ofrece el de color naranja.

—¿Qué es? —Lo huelo.

—¿Qué más te da? Lleva zumo natural de naranja recién exprimido. —Él da un sorbo al suyo, morado—. ¿Qué se cuenta El Gigante Imbatible?

—Nada nuevo. Está con una mujer.

—Vaya novedad —ironiza—. ¿No piensa sentar la cabeza?

Encojo los hombros.

—Olson lo dejó muy tocado.

—No me lo creo. Tu hermano puede estar con la mujer que quiera.

—Menos con Olson. Cambiemos de tema. ¿Cuándo vas a pedirle una cita a esa compañera tuya? —Noah trabaja como comercial en una promotora muy importante de la costa este.

—No sabe ni que existo.

—Eso es mentira.

—Lo que tú digas. ¿Cuándo vas a volver a salir con alguien? —Hurga en la herida y hace pupita.

—No, gracias. Quedé bien servida.

OLIVER

—Joder, nena, qué bien lo haces —gruño, mientras la pelirroja me hace una mamada en los baños del campus de la universidad.

—Eso no es lo único que sé hacer bien. —Suspira y me observa con los ojos brillantes, arrodillada en el suelo.

—Y lo quiero comprobar, muñeca —gimo agarrando su pelo.

Sin decir una palabra, nos hemos adentrado en el aseo y dejado atrás el bullicio de la multitud una vez ha finalizado el acto.

La levanto con urgencia, muerdo sus labios en un beso ardiente, hambriento, a la vez que nuestras manos se mueven con agilidad, asfixiante el calor de su piel contra la mía. ¿He dicho ya que me encantan las mujeres y todos los atractivos que me ofrecen?

Joder, qué buena está.

—Apoya las manos en la pared —le pido para levantar su vestido y dejar al descubierto su culo en pompa.

—¿Te gusta lo que ves? —Ella también sabe jugar a esto.

—Me encanta, tienes un trasero de infarto —argumento, saco un condón de mi bolsillo y lo abro con los dientes.

—¿Entonces a qué esperas para follarme?

—Las ansias te pueden... Me gusta... —siseo y me lo coloco.

—Mi familia me está esperando...

Mierda, la mía también. Ni he esperado a que mi hermano se reuniera con nosotros.

Aparto a un lado sus bragas y la empalo de una estocada. Ella jadea y le cubro la boca con la palma de mi mano izquierda. La derecha la utilizo para sostenerla con firmeza por la cintura. Entro y salgo, entro y salgo. Le acaricio las tetas que sobresalen del escote de su vestido y sus gemidos retumban en el habitáculo.

Ni siquiera intenta reprimir los gritos, o si lo hace, no lo consigue; se le escapan de la boca como a cualquier demente. Me gusta tener el control.

—Más fuerte, más fuerte...

—¿Así? —La parto en dos.

—Dame con tu gran bate, Oliver Drake. —Sabe mi nombre, todo el mundo lo sabe, pero yo no recuerdo el suyo.

—Te gusta, eh, estás a punto de correrte, nena. —Entro y salgo. Entro y salgo.

—No antes de que lo hagas tú. Quiero complacer al mejor jugador de los Yankees.

Qué cachondo me pone que quieran darme placer.

La embisto con más fuerza y me agarro de sus caderas para entrar en lo más profundo de su sexo. Un cosquilleo me recorre la columna, es el heraldo de un buen orgasmo.

—Voy a explotar. Sí, sí, sigue... —dice entre gemidos.

—Y yo contigo, me has puesto a mil. —Suelto todo el aire que he retenido en mis pulmones y reviento como una olla a presión, igualmente ella arquea la espalda, señal inequívoca de que el clímax también la inunda por completo.

Y entonces, en medio de la exaltación del momento, el inevitable choque de la realidad. Un estruendo repentino nos saca bruscamente de nuestra intimidad.

—Joder, hermano, ¿no vas a respetar ni un momento como este? —Neil y yo nos miramos entre risas nerviosas, conscientes de la aparatosa escena que acabo de protagonizar en el baño.

La pelirroja ni siquiera se inmuta. Se sube las bragas y se recoloca las tetas en presencia de mi hermano.

—Enhorabuena por la graduación —comenta a Neil antes de cruzar la puerta del cubículo.

—Y a ti por conseguir que el facilón de James pase de mí para echar un polvo en el baño como un adolescente hormonado.

—Ha sido un placer —le responde al tiempo que me da un beso fugaz en los labios antes de marcharse y dejarme una tarjeta de visita en el bolsillo del pantalón.

La observamos hasta que desaparece de una manera airosa y mi hermano me devuelve la mirada.

—¿La conocías? —La señala con el pulgar. Niego y me abrocho pantalón, camisa y chaqueta — ¿Piensas volver a verla? Es guapa.

—No sé ni cómo se llama. —Me aseguro frente al espejo que todo está en su sitio. Los fotógrafos me persiguen a todas partes.

—Hoy no solo me he graduado yo, tú también has recibido un diploma al más capullo y arrogante del universo.

—Ya, pero yo he follado, ¿cómo piensas celebrarlo tú? —Le doy un golpe amistoso en el brazo y los dos salimos de los aseos del campus orgullosos, cada uno por sus logros. El mío, una pelirroja que me ha sacado el primer orgasmo del día.

AVA

—Yo me marchó. Mañana me levanto muy temprano —nos informa Noah en la puerta de Eden. Los invitados se han marchado y vamos a celebrarlo a una discoteca de moda.

—¡Pero si *bañana* es *sábalo*! —Se me traba la lengua por todo el alcohol ingerido.

—Noah, es mi día. ¡Y no me he tomado ni una copa! —Lloriquea Ami.

—Ava te acompaña. —Le da un pequeño abrazo—. Cuida de ella. Ya va bastante... —Me escudriña—... beoda.

—Eres un aburrido —le acuso, como si yo fuera la reina de la fiesta y salgo de uvas a peras.

—Tengo que acompañar a mi jefe a una reunión en Newark. —Deja un beso en mi mejilla—. Hasta mañana.

La música suena con fuerza en Temple, un local de moda al que acuden cientos de famosos y donde me hacen la ola cada vez que vengo, con alfombra roja incluida, porque saben que soy la hermana de James Black. Él mismo me trajo aquí hace un año y desde entonces soy clienta vip.

Pasamos a un reservado y la botella de champán tarda en llegar treinta segundos.

—Cortesía de la casa, señorita Black. Pasadlo bien —indica un camarero con el flequillo muy largo.

—Gracias. —Amanda y yo brindamos y nos movemos hasta la pista de baile a bailar al ritmo de algunas canciones. Levantamos las manos, meneamos las caderas, acariciamos nuestros cuerpos... Tras una media hora, volvemos a nuestra mesa y rellenamos los vasos vacíos.

—¿Ava? —Una voz que no reconozco suena a mi derecha. Alzo el mentón y achino los ojos. Entre la oscuridad y mi mareo no acierto a adivinar de quién se trata—. Hola, Ava. —Camina hasta mí y me da un beso en la mejilla. Nos conocemos con total seguridad. Amanda le echa un vistazo de arriba abajo al morenazo que tengo delante sin disimular y me insta con un golpe de cabeza a que diga algo.

—Eh... ¿Nos conocemos? —Me suena su cara.

—Soy Oliver. Nos presentó James hace... No me acuerdo. Hemos coincidido un par de veces.

—¿Oliver Patynson? ¡¡Cuánto tiempo sin verte!! ¡¡Y cuánto has crecido!! ¿Te has teñido el pelo? Te recordaba rubio y con rizos. —Amanda viene hasta mi lado y me da un pellizco en el culo—. ¡Ay! —me quejo ante su rostro pálido y me masajeo la zona herida.

—Soy Oliver Drake —responde con gesto... ¿divertido? No logro descifrarlo.

—¿Drake? —Busco en lo más profundo de mi cerebro quién es Oliver Drake.

—James y yo somos amigos. —Frunzo nariz y boca. Ami me pellizca otra vez.

—¡Ay! —Me remuevo—. ¡Tía, qué te he hecho!

—Ava, por Dios... —reza mi amiga.

—Juego en los Yankees —sigue el hombre tremendamente atractivo.

Por fin caigo en la cuenta de quién es el maromo. Me lo presentó mi hermano hace un año cuando lo acompañé a la Summer Fest y los vi a los dos hacerse fotos con bañadores turbo horteras.

—¡Ah, sí! ¡Oliver Drake! —Le doy un golpe en el pecho—. Perdona, no veo sin mis gafas. —Esto no es mentira, sino una media verdad, y la utilizo como excusa.

—No te preocupes. ¿Cómo está James? Hace mucho que no hablo con él.

—Bien, bien. En Miami... —No sé qué decirle.

—¿Estáis solas? Mi hermano se ha graduado hoy y estamos celebrándolo. Podéis acompañarnos si os apetece.

—Estamos bien, gracias. —Ami me clava un dedo en la espalda. ¿Es una queja? Paso.

—¿Seguro? Nos encantaría que nos acompañarais. —Este tío y yo no nos conocemos en realidad. Parece que él tiene ganas de seguir hablando, pero yo giro unos centímetros mi cuerpo hacia Amanda—. Vale, pues... Me marchó. Dale recuerdos a James.

—Sí... —Muerdo la pajita de mi copa.

—¡Ava! ¿Cómo no has reconocido a The Hammer? Oliver Drake sale en las noticias continuamente.

—No veo la tele.

—¿Y no tienes redes? Ese trabajo te tiene absorbida. Deberías salir más y ver algo de deportes.

Alzo una mano.

—Doy fe de que estamos de fiesta. ¿O no?

—Desde luego que sí. ¡Aunque hayas rechazado la invitación de Oliver Drake! —grita, y canturreamos la letra de una canción de los Rollins.

Dos horas más tarde salimos a la calle, nos paramos junto a la carretera y nos disponemos a detener un taxi que nos lleve a casa. A mí al séptimo C y a ella al sexto A en Inwood, en concreto a dos latas de anchoas de veinte metros cuadrados. Los pisos son caros en Manhattan y nosotras nos conformamos con poco (no tenemos más remedio). Mi hermano me ha propuesto pagarme un *loft* de lujo, pero ningún hombre va a mantenerme y él tampoco.

—Ava, ¿os acerco? —Oliver se coloca a nuestro lado, a una distancia prudencial para no

denunciarlo por acoso.

—Sí —contesta Amanda.

—No —digo yo—. Estamos esperando un taxi. —Mi amiga vuelve a darme un pellizco. Va a dejarme el culo como una pasa arrugada.

—Ava... —musita Ami.

—Tengo el coche aquí aparcado. —Drake señala un deportivo rojo al otro lado de la calle, al que se le encienden las luces y parpadean. Un grupo de personas revolotean a un metro y lo observan—. Y... Vamos a tener que irnos —anuncia.

—¿Eso es un coche? —balbuceo.

—Un Hennessey Venom F5 —apunta.

—Para mí como si fuera un carro tirado por caballos. —¿Cree que entiendo de coches?

Un grupo de personas nos rodean y comienzan a hacerle fotos. Amanda tira de mí y caminamos tras él hasta llegar al vehículo de Lucifer, eso parece. Rojo sangre.

—Ahí no cabemos las dos. —Abre la puerta del copiloto y allí solo hay un asiento. Lógica básica.

—No tenemos tiempo para discutirlo. Entrad. —Me dejo llevar y mi amiga y yo nos espachurramos en escasos centímetros cuadrados, casi una encima de la otra.

Él arranca y el rugido me deja sorda. Amanda sonrío mientras yo trato de ponernos el cinturón, imposible, dada las circunstancias, y me quejo por la velocidad que ha cogido.

Me despierto en mi cama al amanecer junto a un cuerpo desnudo. No recuerdo qué pasó anoche ni cómo he llegado aquí.

Por favor, que se trate de Ami. ¿Con quién me he acostado?

—¿Ami? ¿Ami? —La empujo y rueda por el colchón hasta caer en el suelo.

—¡Ava! —Su cabello ensortijado le cubre los ojos—. ¿Qué haces?

—Ahora mismo voy a vomitar, pero dime qué hicimos anoche porque no lo recuerdo.

OLIVER

Cuatro meses después...

La luz del sol elevada sobre el horizonte anuncia otro día de intenso entrenamiento en el Yankee Stadium.

Nuestro entrenador, Lou DiMaggio, se dirige al centro del diamante con rostro encendido y mirada resolutiva. Sus palabras resuenan con estruendo en el estadio llamando la atención de todos.

—¡Muchachos, hoy es otro día para demostrar por qué somos los Yankees! —exclama con un tono voz firme—. ¡Hemos ganado la liga, pero eso solo es el principio! —Estamos con la mirada fija en la Serie Mundial que durará un mes y medio.

Comenzamos con ejercicios de acondicionamiento físico. Corremos alrededor del campo, empujándonos a nosotros mismos al límite. El sonido de las pisadas se mezcla con los latidos de nuestros corazones, creando una sinfonía de esfuerzo y dedicación.

Nos dividimos en grupos para trabajar en diferentes aspectos del juego. Los lanzadores se dirigen al montículo, trabajan en su control perfeccionando los lanzamientos. Cada lanzamiento es ejecutado con precisión milimétrica, buscando ese punto dulce entre velocidad y ubicación.

Los bateadores se reúnen en el *home plate*, enfrentándose a lanzamientos rápidos y curvas engañosas. El sonido del bate al hacer contacto con la pelota resuena en el ambiente mientras mis compañeros buscan la perfección en cada swing.

Los jugadores de cuadro practican sus fildeos, lanzando con precisión y rapidez a las bases. Cada movimiento es fluido y calculado, con la determinación de evitar cualquier error costoso.

En el jardín, los jardineros persiguen pelotas en vuelo, saltando y estirándose para hacer atrapadas espectaculares. La velocidad y agilidad se combinan convirtiendo a cada jugador en un muro defensivo impenetrable.

Yo me concentro en un entrenamiento personalizado con un técnico que me conoce bien. Nos animamos unos a otros, formando un equipo unido y comprometido con el éxito. Cada golpe, cada lanzamiento y cada fildeo es una oportunidad para mejorar y acercarnos más a la gloria.

Al final, nos reunimos en el centro del campo, sudorosos y agotados pero satisfechos. Como de costumbre, nos damos la mano y nos felicitamos mutuamente por el duro trabajo realizado.

—¡Cada día nos acercamos más a la gloria! —Termina Lou.

Nos damos una ducha, charlamos sobre el próximo partido de una manera más coloquial y se

van despidiendo hasta quedarme solo, como siempre.

—¡Eh, Drake! —Derek me llama desde la puerta de los vestuarios tras el entrenamiento, un compañero de equipo que acaba de fichar con nosotros—. Creo que aquí te están buscando.

—¡Diles que no doy entrevistas! ¡Que hablen con mi representante! —Ni levanto la mirada. Me pongo la camiseta blanca y cierro mi taquilla.

El estadio se encuentra en el Bronx y yo vivo en Malba, así que me queda un camino relativamente largo para llegar a casa y tirarme en el sofá. Por cierto, no solo bateo a la perfección, también soy el mejor Pitcher; lanzo la pelota como nadie, vuela tan veloz como un rayo.

—Creo que no va de eso —suelta y se marcha.

—Novato —masco. Cojo mi bolsa y salgo de los vestuarios, recorro el pasillo y llego al estacionamiento privado en el que tengo aparcado mi coche de quinientos mil dólares.

—¡Oliver! ¡Tu padre te está buscando! —Ahora es Joe, uno de los Catcher, el que me avisa.

Mi padre debería estar de camino a Los Ángeles. Con mi madre. De vacaciones.

Miro hacia todos lados, preocupado.

Algo muy gordo ha debido de ocurrir para que no hayan subido al avión.

Joder. La mujer con la que me acosté anoche... ¿Habrá hablado con la prensa? No sería la primera vez que una de mis amantes le vende una historia al mejor postor.

—Oliver. —El rostro desencajado de mi padre me asusta más todavía—. Por fin te encuentro.

—He estado aquí todo el día. ¿Qué ha pasado?

—Es tu hermano. —Juraría que le tiembla el labio.

—Mamá, hablaré con él. Está bien, no te preocupes. —Cuelgo a mi madre después de una charla tediosa sobre el descerebrado de mi hermano y atiendo la llamada de mi secretario—. ¿Algún problema? —pregunto a Kevin al otro lado de la línea, mientras admiro las vistas desde el patio de la casa de mi hermano, en Miami Beach, después de navegar en su yate por las Islas Exumas, en el Caribe, donde he venido a visitarlo. He querido darle una sorpresa tras decidir tomarme esas vacaciones que tanto necesitaba y la sorpresa me la ha dado él a mí.

Bajo ningún concepto esperaba que su ex, Jess Olson, a la que vi en la inauguración del restaurante y, que tanto evité cruzarme con ella y su amigo Chris, esté aquí trabajando para él como asistente personal.

Esa mujer le hizo mucho daño en el pasado y como buena hermana me posicioné a su favor. Siento que mi hermano está traicionando mi confianza y, que, el hecho de que me la haya tenido que encontrar por sorpresa, hace que mi postura quede exagerada y fuera de contexto.

No sé a qué están jugando estos dos, pero tras la muerte repentina de nuestro padre hace un par de meses, mi hermano no está centrado y temo que la presencia de esta mujer de nuevo en su vida, lo acabe de desestabilizar aún más.

Su perra, Tackle, corre a mi alrededor y me obliga a lanzarle una pelota. Llevo sola desde anoche; los tortolitos salieron a una cena para celebrar una victoria con el equipo y aún no han vuelto. Mi hermano es James Black, el mejor jugador de la NFL y el mayor gilipollas de toda América, incluida norte, central y sur, así como este y oeste.

—Ava, siento molestarte. Sé que fui yo quién te animó a tomarte unos días libres, pero...

—Soy imprescindible.

—No tanto. Sin embargo... Tenemos un cliente nuevo y quiere que tú lo representes.

No me extraña que desee que yo sea su abogada, soy una gran profesional que me he hecho un nombre en muy pocos años. Eficaz, con los escrúpulos necesarios, inteligente, empática y muy persuasiva, capaz de convencer a jueces, fiscales, jurados y clientes de lo que yo dictamine.

—¿De quién se trata?

—Oliver Drake. El jugador de los Yankees.

—Sé perfectamente quién es.

—Imagino. ¿Quién no lo conoce?

—No es eso. Nos conocemos personalmente.

—Entonces no deberías representarlo.

—No nos conocemos tanto —explico—. Envíame toda la documentación. Cogeré el primer avión para Nueva York. —Cuelgo y observo a Tackle que ladra delante de mí—. ¿Qué quieres, bonita? —Abro la aplicación del móvil y busco un vuelo a Nueva York. Ninguno en las próximas horas—. ¿Quieres salir a dar un paseo? —Busco la cuerda y saco a Tackle a caminar un rato. Yo también lo necesito. Le diré a James que preste su jet privado a su querida hermanita y que su tripulación me lleve hasta casa.

Escucho ruido dentro de la casa a la vuelta de nuestra caminata y voy de nuevo hasta el jardín. Encuentro a mi hermano con los hombros hundidos delante de la piscina.

—Joder, soy un imbécil —dice en voz alta.

—Sí que lo eres, y no sabes cuánto —replico, muy enfadada y decepcionada— ¿Cómo se os ocurre?

—También has visto los vídeos.

—Como todo el mundo. Mamá ha llamado una docena de veces para saber qué está pasando.

—¿Y qué le has dicho?

—La verdad. Que Jess trabaja para ti y no he podido negarle lo evidente.

—Que es...

Saco mi teléfono y se lo paso. Un vídeo de estos dos locos bailando y besándonos en The Velvet que alguien grabó desde pocos metros y ni se percataron, los muy imbéciles.

—Hay más —indico.

—Ya. —Me lo devuelve— ¿Vas a sermonearme? Porque tengo muchas cosas que hacer.

—Eres mayorcito y estoy harta, además, tengo que adelantar mi viaje.

—¿Un idiota se ha metido en algún lío?

—Sí, uno tan grande como tú.

—No entiendo cómo no te aburre ese trabajo.

—¿Por qué crees que es aburrido? ¿Porque no me acuesto con mis clientes ni con mis subordinados? —Lo cabreo más—. Voy a hacer las maletas. Me encantaría decir que siento tener que largarme, pero mentiría. —Camino hasta el salón.

—Ava. No te preocupes por mí. Podré manejar la situación —asegura.

—Hay cosas que no se pueden manejar, que escapan a nuestro control y... Jess para ti es una de ellas.

Por supuesto, mi hermanito, El Gigante Imbatible y el hombre que me defendía cada vez que discutía con algún niño o niña, me deja su avión (como si fuera una prenda de ropa) y piso suelo neoyorkino justo a la hora de cenar con Amanda y contarle lo que acontece más al sur. Noah

también nos acompaña. Hoy no ha quedado con Megan, la compañera de trabajo a la que por fin se atrevió a pedirle una cita y con la que sale desde hace un par de meses. Al ritmo que van, estos se casan antes de la próxima primavera.

OLIVER

—Todo saldrá bien —aseguro a mis padres a los que he recogido en otro de mis coches, este con chófer, para dirigirnos al despacho de Crown y Asociados.

—¿Estás seguro de que esa mujer es la mejor? Es demasiado joven —insiste mi padre en el hecho de que Ava Black solo tiene 26 años.

—Sí, papá. No la contrataría si no lo estuviera, además es la hermana de un buen amigo, confío en ella —respondo. Ava me parece increíblemente atractiva, pero no me jugaría la vida y el futuro de mi hermano por echar un polvo con ella. Tengo millones de mujeres a mis pies.

—No sé, cariño. Yo pienso como tu padre. A lo mejor alguien con más experiencia... —Mi madre, asustada, secunda la moción de su marido.

—Confiad en mí —les pido antes de bajarnos del vehículo y cruzar el vestíbulo del edificio.

Subimos en el ascensor un puñado de plantas hasta que las puertas de acero se abren y el logo del bufete nos recibe sobre un mostrador de madera clara, y una chica con pinganillos en ambas orejas.

—Buenos días, señor Drake. —Me saluda—. Señor Drake. Señora Drake —repite a cada uno de nosotros—. La señorita Black les está esperando. Acompañenme. —La seguimos entre cristales ahumados y comienzo a ponerme nervioso por lo que está por venir y por lo que nos dirá la abogada—. Pueden sentarse. La señorita Black vendrá enseguida. ¿Desean tomar algo? ¿Café? ¿Té? ¿Zumo? —Entramos en una habitación grande, con una mesa muy larga y doce sillas rodeándola.

—No, gracias —confirmando tras esperar la respuesta de mis padres.

Unos minutos más tarde, Ava aparece pisando con seguridad, con un traje pantalón color azul eléctrico y una blusa blanca de seda, tacones de infarto y un moño en la nuca. La polla me da una sacudida a pesar de la situación. Joder, lo lamento, me siento mal por mi hermano. Pero es una mujer extremadamente atractiva, y, que no me recordara la última vez que nos vimos y que pasara de mí de esa forma cuando intenté ligármela mientras la acompañaba a su casa en mi coche, me ha puesto muy cachondo de repente.

—Buenos días, señores. —Da la mano a papá y a mamá—. Hola, señor Drake, siento verlo en estas circunstancias —se dirige al final a mí.

De repente, la sala, que me parecía sumida en una penumbra tranquila, cambia por las luces que se filtran por las ventanas. Ava me mira y me ofrece una sonrisa cálida, tratando de calmarme, supongo.

—Bienvenidos. Por favor, siéntense —nos invita. Nos hemos levantado para recibirla. Ella se

acomoda frente a mí.

Me dejo caer de nuevo en la silla con un suspiro pesado que no logro controlar. El rostro de mi madre lo marca la impaciencia y el de mi padre la frustración.

—Gracias por atendernos con tanta premura, señorita Black —habla mi padre.

—Necesitamos su ayuda. Mi hijo pequeño, Neil, ha sido arrestado injustamente por tráfico de drogas. Sé que es inocente —dice mi madre con tono desesperado, a punto de llorar.

—Ha debido ser un error —interfiero yo.

Ava asiente con comprensión y me mantiene la mirada buscando confianza, verdad, una mentira; leyéndome, estoy seguro.

—Entiendo lo difícil que debe ser para usted y su familia. Haré todo lo posible para ayudar en esta situación. Pero necesito que me cuenten todo lo que saben, todos los detalles —pide con seguridad y me fijo en sus labios, jugosos y brillantes.

Exhalo lentamente y recopilo mis pensamientos.

—Neil es un buen chico —advierdo.

Ella abre una carpeta de color beis que hay sobre la mesa y lee durante unos segundos.

—Estuvo en una banda. Los Tigers Gold. Pobreza, violencia, drogas, carreras ilegales, asesinatos... —enumera sin más.

Me levanto y doy un golpe en la mesa.

—Mi hermano no es así. Solo tuvo una mala época.

—No lo estoy juzgando. —Me clava la mirada con temple—. Pero tengo que saber los detalles. No pueden ocultarme nada. Soy su abogada. Si me engañan o esconden cosas, no podré defenderlo.

Mi madre me pide que me calme y me siente.

—Neil estuvo en una banda cuando era joven. Consiguió salir de ella y ha estudiado en la universidad. Repito, ha debido ser un error —afirmo con los puños apretados.

—Lo entiendo, pero cualquier información es vital en estos momentos. ¿Cuál es su rutina? ¿Su círculo de amigos? ¿Su hobby? ¿Qué toma para desayunar? —Después de una hora, ella sigue pidiendo más y más—. Necesitaré todos los detalles sobre el mensaje que recibió y por qué fue a la cita. Hablaré con él mañana mismo, pero necesito conocer vuestras versiones e indagar para esclarecer el asunto, conocer cualquier testigo que pueda haberlo visto aquella noche. Además, me gustaría que me proporcione todos los registros telefónicos y cualquier otra evidencia que pueda respaldar la inocencia de su hermano —ordena.

—Lo tendrá todo esta misma tarde —declaro.

—Antes del mediodía —casi me pisa la última palabra.

—De acuerdo. —Nos levantamos y mis padres le dan las gracias antes de salir—. Enseguida

voy —les indico y me quedo con la abogada un segundo más.

—Mi hermano no merece esto. Es inocente —insisto.

—No me cabe la menor duda, señor Drake.

—Necesito que me crea.

—Confíe en mí.

—No nos cree.

—Mi trabajo no es creer en la inocencia de mis clientes, sino que otros lo crean. Mi equipo y yo lo sacaremos de la cárcel.

—Entonces me está dando la razón, cree que mi hermano es culpable, pero le aseguro que no lo es.

—Y es lo que tengo que demostrar, señor Drake.

Suspiro y me doy por vencido. Al fin y al cabo, eso es exactamente lo que quiero. En el fondo me da igual lo que piense de él, de nosotros.

—Eso espero. —Bufo y titubeo—. Ava... ¿Puedo llamarte Ava?

—Será mejor que sigamos los formalismos oportunos. —Respira en profundidad—. Ahora es usted mi cliente.

—Yo no estoy metido en ningún lío, mi hermano es el que la contrata.

—El contrato lo ha firmado usted y la factura está a su nombre.

—No se le escapa ni un detalle.

—Ninguno, es mi trabajo. Por eso soy tan buena.

—Y le sobra ego.

—No mucho más que a usted. Y ahora, si me disculpa, debo hacer unas llamadas. Le aseguro que este fin de semana su hermano dormirá en casa. Le pediré al juez la libertad vigilada bajo fianza.

—Gracias —digo, admirado por su inteligencia y belleza.

Extiendo la mano hacia ella para estrechársela. Ella acepta el gesto y no sé por qué, pero inundan mi mente imágenes de esa noche en la puerta de su casa, ayudándola a salir del coche y asegurándome de que entraba en el hall y subía en el ascensor junto a su amiga. Un escalofrío me recorre la piel y pienso en el segundo que hubiera podido besarla, cuando me sirvió sus labios en bandeja y no lo hice por respeto a ella y a su hermano.

¿James?

Una carcajada mental cruza por mi mente: ¡Me hubiera dado igual mandar al cuerno al Gigante Imbatible si Ava me hubiera seguido el juego!

—¡No me jodas! ¿Oliver Drake es tu cliente? —me dice Amanda frente a mí, cada una con un margarita en la mano.

Nos encontramos en una animada terraza del SoHo donde el bullicio de la ciudad se mezcla con el murmullo de las conversaciones.

A lo lejos, un músico callejero entona con su guitarra melodías nostálgicas que atraen a una pequeña multitud de transeúntes detenida para escuchar.

—Su hermano, bueno, represento a su hermano, pero mi cliente es él —matizo tratando de mantener la calma ante su insistencia.

—Tanto monta, monta tanto —comenta Ami con una sonrisa traviesa. —¿No lo habías vuelto a ver desde el día de la discoteca tras la inauguración del restaurante?

—No, ni siquiera quería que nos llevara a casa —confieso recordando la incómoda situación de aquella noche—. Es un poco cretino, ¿no crees?

Y guapo, y atractivo, alto, fuerte...

Amanda me mira con complicidad antes de responder como si pudiera leerme el pensamiento.

—Te gusta, admítelo, Ava Charlotte Black.

—No me gustan los tíos que se ve a leguas pagados de sí mismos. No me gustan para nada —niego con un nudo en el estómago al recordar su arrogancia. Pero también soy consciente de su atractivo innegable, aunque no esté dispuesta a admitirlo.

—Yo solo veo a un tío bueno que parece muy interesado en ti —insistencia que provoca un ligero rubor en mis mejillas. —Y, no solo profesionalmente. ¿Por qué insistió tanto ese día para llevarte a casa?

—Porque odia sentirse rechazado —respondo con firmeza recordando la tensión palpable entre nosotros esa noche—. Y te recuerdo que no me llevó solo a mí.

—Eso hubiera querido él, pero ese día tú y yo éramos un pack indivisible, como los yogures de Whole Foods —bromea consiguiendo sacarme una sonrisa—. Si no lo quieres para ti, dame su teléfono para que pueda pedirle una cita.

—No puedo darte su teléfono porque él no me lo ha dado en una noche de fiesta —replico—. Y no voy a violar el código de protección de datos para que salgas con él. Además, es amigo de James y seguro que conoce de primera mano lo mujeriego que es Oliver. No creo que le hiciera gracia que tocara un pelo a su hermanita.

—Ay, tu hermanito —suspira Amanda dramáticamente—. Qué pena que ya esté pillado.

—Sí —asiento con pesar recordando la relación de mi hermano con Jess—. Pero bien pillado por esa... Espero que eso que tienen termine pronto.

—Deberías superarlo y aceptar que el amor ha triunfado entre ellos —sugiere Amanda con una sonrisa comprensiva.

—¿Amor? Lo pasó muy mal la primera vez que lo dejaron y no sé a qué narices están jugando ahora —admito con sinceridad, al descubierto mi instinto protector como hermana.

—Es rencor infundado —me reprocha Amanda con suavidad—. Esa chica a ti no te ha hecho nada y Oliver tampoco. Deberías darle una oportunidad.

—¿Oportunidad? Ni siquiera me ha pedido una cita —respondo con un toque de sarcasmo—, y ya estás elucubrando planes románticos para mi vida, una que me gusta y que no necesita llenarse con un hombre para ser plena.

—No, en eso tienes razón —admite Amanda con una sonrisa—. Lo único que tienes que llenar es la almeja. ¿Cuánto tiempo tienes el huerto en barbecho?

—Mi huerto está perfectamente —mantengo con firmeza mi postura—. Sé abonarlo y cuidarlo cuando me place.

—Pero no es lo mismo plantar zanahorias gordas que espolvorear por encima un poco de fertilizante —levanta las cejas, divertida. Le encantan las metáforas enrevesadas.

—Nueva York es un gran campo de nabos —respondo con ironía—. No necesito a ningún famosillo engreído para satisfacer mi apetito sexual, ni siquiera me gusta el béisbol.

—Apuesto a que, si pruebas su gran bate, cambias de opinión —insinúa con picardía y lo acompaña con un gesto: dedos en forma de «o» e introduce un par de veces el índice de la otra.

—Pues espero que pueda esquivar él los golpes de la prensa —respondo con seriedad recordando el reciente escándalo en el que está envuelta su familia—. Su hermano está metido en un buen lío.

—Algo he oído —asiente Amanda con curiosidad. —¿Crees que tiene algo que ver o que le han tendido una trampa?

—No lo sé —confieso—. Ese chico tiene un pasado muy turbio, pero mi deber es ayudarlo, aunque sea culpable.

—Y de paso, darte un capricho con The Hammer.

—O darte a ti un martillazo para que dejes de insinuar esas tonterías. Entre Oliver Drake y yo jamás de los jamases pasará nada.

OLIVER

El despacho de Randy Levine, presidente de los New York Yankees, siempre impone respeto. Las paredes están decoradas con memorabilia del equipo y fotografías de momentos históricos en el béisbol. Me encuentro sentado frente a él, junto a mi padre y Lou, el entrenador del equipo. El ambiente está tenso y la preocupación se refleja en los rostros de todos los presentes.

—Oliver, esta situación con tu hermano es inaceptable. La mala prensa que está generando está dañando la reputación del equipo. Necesitamos actuar con rapidez y determinación para resolver esto de una vez por todas —dice Levine con tono de frustración.

Asiento con solemnidad, consciente de la gravedad del asunto. Mi padre mira preocupado y Lou permanece imperturbable, aunque puedo notar una chispa de inquietud en su mirada.

—Entiendo la preocupación, Randy —trato de mantener la calma en medio del ambiente tenso—. Estamos haciendo todo lo posible para manejar esta situación, pero la prensa no nos da la más mínima tregua.

Lou interviene con su habitual firmeza:

—Debemos ser transparentes y proactivos en nuestra comunicación. Necesitamos un plan sólido para gestionar esta crisis y proteger la reputación del equipo.

Mi padre asiente mostrando su determinación como mi representante, aunque sé que en el fondo está molesto por la manera en la que se está tratando nuestro drama familiar.

—Estoy de acuerdo. Debemos actuar con rapidez y determinación para evitar que esta situación se nos vaya de las manos. Pero no hay que olvidar que estamos hablando de mi otro hijo y lo están tratando como a un delincuente cuando no lo es —advierde mi padre.

La mirada de Levine se vuelve aún más intensa y puedo sentir cómo crece su cabreo.

—Me importan un carajo tus otros hijos, Tomas Drake. Si es inocente o no, también. Lo que es inaceptable es que un solo individuo con sus malas decisiones ponga en peligro el trabajo de tantos años. Debemos tomar medidas drásticas y resolver esto de una vez por todas — la estridencia de su voz resuena en la habitación.

Me levanto de la mesa con un enfado monumental. No puedo permitir que el presidente hable así sobre mi hermano, especialmente cuando está luchando por salir adelante. Me acerco a Randy Levine con decisión y le digo:

—Entiendo tu puta preocupación por la reputación del equipo, pero no puedo permitir que hables así sobre mi hermano. Neil está luchando contra sus demonios y ha hecho todo lo posible por redimirse. Mi familia y yo no podemos darle la espalda y ten por seguro que no lo haremos. Además, te recuerdo que sin mí el equipo perdería muchísima más popularidad. Soy una parte

fundamental de esta organización, tanto dentro como fuera del campo. El espíritu de lucha y la dedicación de los Drake inspiran a muchos, incluidos los fanáticos del equipo.

—Eres un jodido arrogante, Oliver —escupe con sus aires de superioridad.

—No más que tú. —Siento unas ganas tremendas de darle un puñetazo y quitarle esa estúpida sonrisa de autosuficiencia de la cara, pero me contengo.

El silencio tenso llena la habitación mientras Randy Levine reflexiona sobre mis palabras. Finalmente rompe el silencio con voz firme y decidida.

—Lo mejor para todos es que estés un tiempo fuera del equipo mientras se resuelven tus problemas familiares.

¿Cómo puede sugerir algo así? He luchado tanto para llegar hasta aquí, y ahora quieren apartarme como si no importara.

—Sin mí, perderíamos mucho más que popularidad. No puedes simplemente descartarme de este modo. —Doy un golpe en la mesa, innecesario, pero necesito descargar la rabia que llevo dentro.

El presidente me mira con dureza. Sus ojos reflejan una determinación implacable.

—Lo siento, Oliver, pero ya he tomado mi decisión. Necesitas este tiempo para reflexionar y recuperarte. Y demostrarte que los New York Yankees seguirán siendo un gran equipo, con o sin ti. Es importante que sepas quién manda aquí y bajes esos humos que te gastas.

Mi padre y Lou intercambian miradas preocupadas, pero ninguno se atreve a contradecir al presidente.

—Espero que el que te des cuenta seas tú. Papá, vámonos, no quiero estar ni un minuto más aquí —anuncio. Mi padre se levanta en silencio, con dolor evidente en su mirada. Sabe que lo mejor es morderse la lengua y no empeorar la situación.

—Aunque no lo creas, espero que los problemas de tu hermano se resuelvan. —Con un nudo en la garganta, asiento en silencio, resignado a aceptar la decisión que ha tomado. Aunque me duela en el alma, sé que no puedo hacer nada más para cambiar su decisión y quizá lo mejor sea utilizar todo mi tiempo en sacar a mi hermano de la cárcel. La familia siempre ha sido una prioridad para mí y lo más importante de este mundo.

OLIVER

Ava cumple su promesa y, dos días después, me llama mientras estoy entrenando. Tengo un gimnasio en casa que me mantiene en forma. En este momento necesito más que nunca soltar adrenalina levantando pesas.

Que esté fuera del equipo tres semanas no significa que vaya a dejar a un lado mi rendimiento físico. Mi padre dice que el presidente ha sido benevolente. Tras negociar arduamente con él y con el equipo de prensa de los Yankees, no ha ampliado mi retiro un mes.

—*No la cagues más, Oliver. Te juegas mucho.*

Fue lo último que me dijo ayer tras conseguir reducir mi amonestación a veintiún días. Pero que conste que la gratitud del presidente, como siempre, redundo en su beneficio, porque, cuando termine mi retiro, jugamos un partido importante y me necesita al frente del equipo.

Hago tres repeticiones de bíceps, dejo las mancuernas a un lado y bebo un poco de agua de una botella fría colocada en el suelo. En ese momento mi teléfono suena sobre el banco de abdominales.

—Deme buenas noticias, señorita Black, las necesito —digo sin más al reconocer en el identificador que es ella quien me llama.

—Buenos días, señor Drake. Su hermano saldrá de la cárcel dentro de dos horas. Supongo que le gustaría recibirlo. Yo voy de camino. Tengo que preparar allí documentación. Lo hemos tramitado así para que a la prensa no le dé tiempo a enterarse y no le acosen en este momento tan íntimo.

—¿Le importaría recogerme? Sabe dónde vivo. Está en el contrato y no se le escapa ni una.

Tarda unos segundos en contestar, seguramente no lleve el contrato a mano para comprobar mi dirección, he sido demasiado pretencioso por muy inteligente que sea ella.

—Le pasaré la ubicación.

—De acuerdo. No está en mi cometido hacer de chófer de mis clientes, pero haré una excepción.

—No esperaba menos de usted, para eso le pago una buena suma de dinero.

—Al bufete, no soy *freelance*. Déjeme comprobar su ubicación —silencio unos segundos—. Ha tenido suerte, me coge de camino. Tardo diez minutos. No puedo esperarle ni un segundo, así que salga a la puerta en tres minutos.

—Le gusta dar órdenes, es usted muy dura con sus clientes.

—Solo me hago respetar, señor Drake, tengo que dejarlo, el tiempo es oro. —Cuelga y me deja con la palabra en la boca. Odio que hagan eso, pero me resigno porque la situación con mi hermano ya es bastante complicada y no puedo empeorar las cosas con la persona que tiene que sacarnos de este lío.

Piso la calle justo cuando un coche negro se detiene junto a la acera en doble fila. Con cristales tintados, uno de ellos se baja y el rostro bonito de Ava me saluda y me pide con cordialidad que suba.

—Gracias. —Me acomodo a su lado en la parte de atrás—. Veo que tiene chófer y no es usted la que conduce este coche.

—¿Cree que no soy digna de tenerlo? Le dije hace unos minutos que no está en mi cometido hacer de taxi para nadie, ni siquiera para mí misma. —Niego—. Es del bufete.

—Ya veo, por eso lo de hacerse de respetar.

—Exacto, y, si no le importa, póngase el cinturón a no ser que quiera más líos con la justicia.

Me gustaría rebatirle que no soy yo quien los tiene, sino mi hermano, pero de nuevo me contengo. Ava tiene un jodido don para acojonarme un poco y no sé si me encanta que tenga ese poder sobre mí.

Le hago caso y me pongo el cinturón. Ella habla sobre lo que va a pasar cuando lleguemos a la cárcel.

—Lo mejor es que se recluya unas semanas. Usted es una persona muy conocida y la foto de su hermano se paga a miles de dólares.

—También sabe de prensa.

—Sé de todo lo que necesito. Y lo que menos nos interesa es la prensa amarilla sacando fotos de su hermano en libertad y, mucho menos, pasándoselo bien en algún bar.

—¿Tiene que esconderse en su casa y morirse a la espera del juicio?

—Tiene que parecer inocente. No solo serlo. Y se le ha olvidado informarme que lo han retirado del equipo una temporada, eso no ayuda en este caso en concreto.

Me masajeo la sien.

—Yo no estoy acusado de estar implicado en ningún tema de drogas.

—No, pero su familia está en el punto de mira y que el equipo haya tomado esa decisión tan drástica, podría suponer que la prensa y el juez consideren algún tipo de implicación por su parte. Cualquier movimiento inusual de la familia resulta de vital importancia en estos momentos.

—Me han echado por no saber cerrar la boca a tiempo, por si le sirve de algo.

—Entonces entienda que no debe hablar más de la cuenta y que debe informarme de cualquier cosa que suceda en su vida y en la de su familia a partir de ahora.

—Está bien. Lo entiendo. Pero ¿cómo se ha enterado de mi salida del equipo?

Ava me mira frunciendo el ceño como si mi pregunta fuera absurda.

—Como todos los mortales, señor Drake. El gabinete de prensa de los NY Yankees ha lanzado un comunicado alegando que ha sufrido una lesión en el hombro, algo que ya he vivido con mi hermano. Solo he tenido que sumar dos más dos para saber que no ha sido por eso. Alegaron lo mismo cuando sacaron a mi hermano del equipo por otro tipo de problemas.

Efectivamente, has hecho una pregunta absurda.

—Cierto, me olvidaba que conoces de primera mano las tretas de los asuntos deportivos.

—Sí, ya sabe que no se me escapa nada, señor Drake.

—Siento lo de tu padre. Sé que James lo ha estado pasando muy mal con ese tema.

—Gracias, pero prefiero que me hable de usted, no somos amigos y esto no es una cita informal.

De nuevo esta mujer me deja sin palabras y acabo asintiendo como un autómatas.

¿Será así de austera en la cama?

Lo dudo, seguro que ahí es una fiera que se desinhibe de su carácter recto y serio.

Deja de pensar en ella de ese modo.

El resto del trayecto lo hacemos en silencio. Ella lee documentos abiertos en una carpeta de cartón azul y no paro de pensar en qué hacer con Neil ahora. Va a pasar de una cárcel con barrotes a una en su propia casa. Esto ya le ha afectado bastante, no quiero que se hunda más.

Tras esperar a Ava en el *parking* unos veinte minutos, un hombre viene a buscarme y me pide que lo siga.

—Este no es el procedimiento habitual, señor Drake, pero es usted muy conocido y yo soy de los Yankees. —El funcionario habla mientras cruzamos un pasillo hasta una sala en la que me registran. Mi hermano aparece con Ava solo unos segundos más tarde.

—¡Oliver! —Su voz está rota, pero cargada de alegría.

—¡Neil! —Nos damos un abrazo.

—¿Dónde están papá y mamá? —me pregunta al ver que no han venido con nosotros— ¿Están enfadados conmigo?

—No, pero tenemos que ser precavidos. Me temo que hasta que salga el juicio tú y yo debemos recluirnos en algún lugar lejos de la prensa.

—¿Puedo elegir el destino? —bromea mi hermano, él nunca pierde el buen humor.

—Me temo que no, tienes prohibido alejarte de la ciudad más de noventa kilómetros. Así que las Bahamas no están incluidas.

—Disculpen, pero deberíamos marcharnos ya —nos interrumpe Ava—. Hablen de sus cosas lejos de personas ajenas, recuerde lo que le he dicho en el coche señor Drake. —Comienza a

andar hasta la salida contoneando sus caderas redondeadas en esa falda de tubo negra que lleva puesta y que es un pecado.

—Una abogada muy guapa, pero un poco gruñona, hermanito —me susurra Neil al que tampoco se le ha escapado el físico imponente de Ava y su carácter adusto.

—Pero es de las mejores.

—No me jodas, hermanito, has puesto ese tono que pones cuando una tía te gusta.

—¿Crees de verdad que estoy pensando en esas cosas después del lío en el que estamos envueltos?

—Me gustaría poder decir que no, pero te conozco y sueles pensar más con la entrepierna que con la cabeza.

—Pues tú deberías hacer lo mismo, hay que librarte de esta. Vayamos al coche, no podemos enfadar a la *dama de hierro*.

OLIVER

Mis padres se han reunido con nosotros en mi casa esta noche, tras la salida de Neil de la cárcel. Mi madre ha preparado una deliciosa cena cubana con todos nuestros platos favoritos. El aroma de las especias y los sabores familiares llenan la cocina, traen consigo recuerdos de mi infancia.

Nos sentamos alrededor de la mesa y mi madre nos sirve con cariño, asegurándose de que todos estemos bien alimentados. Arroz con frijoles negros, ropa vieja, plátanos fritos... todos los platos preferidos de mi hermano y míos están presentes.

En estas cenas compartidas, mi madre sonríe con ternura. Cree firmemente que la comida y la familia son los mejores remedios para todos los males.

—¿Recordáis la vieja cabaña que heredé de mis padres en Greenwood? Creo que sería un lugar perfecto para alejaros hasta que las aguas se calmen —dice mi padre. Aconsejados por Ava, le hemos informado de nuestras intenciones.

—¿De verdad consideras una buena idea dejaros solos en la ciudad? —respondo, escéptico ante la propuesta. La idea de dejar mi vida y meterme en una cabaña que ha visto tiempos mejores no me convence del todo.

Mi madre y yo intercambiamos miradas. Sé de sobra que la idea de no tenernos cerca la intranquiliza.

—Creo que esa mujer sabe lo que se hace y debemos seguir sus consejos. Prometió sacar a Neil provisionalmente de la cárcel y ha cumplido su promesa —interviene de nuevo mi padre—. Además, se trata de un pueblo tranquilo con muchas rutas para dar paseos y desconectar. Tengo muy buenos recuerdos de mi infancia allí.

—Pero no hay un gimnasio —replico, preocupado por perder mi rutina de entrenamiento.

—Yo puedo entrenar contigo, hermano. Y seguro que hay rocas que puedes levantar sin problema —comenta Neil con la boca llena, como si no hubiera comido en años.

—¿Has estado en la cárcel o en un *resort*? Te veo muy gracioso para la situación en la que nos encontramos todos los Drake —le respondo, frustrado por su actitud despreocupada.

—Confío en la abogada y sé que soy inocente, ¿por qué habría de estar preocupado? —se defiende, sin darle mucha importancia al asunto.

—Porque la cosa es grave y me ha costado tres semanas de expulsión del equipo por defenderte —le recuerdo, sintiendo la tensión aumentar entre nosotros.

—¿Me estás culpando de que hayas tenido una bronca con Levine? Nadie te ha pedido que hables por mí en ninguna parte, Oliver —contraataca, irritado por mi reproche.

—¡Eres mi hermano! —exclamo exasperado por su falta de reconocimiento hacia mis esfuerzos.

—Sí, pero no quiero que mis asuntos te salpiquen, perdóname si no quiero que tu carrera se vaya al garete por no saber controlar los humos que te gastas —responde; su desdén me deja sin palabras.

—Tus asuntos son los míos, ¿o quieres que te recuerde quién está pagando a esa abogada tan buena? —reproche que pretende mantener la calma.

—Cuando te pones así, no te soporto, hermanito —murmura, frustrado por nuestra discusión.

—¿Así cómo? —pregunto, desafiante, sintiendo cómo la tensión entre nosotros llega a su punto álgido.

—Creyéndote el salvador del mundo por tu dinero y fama.

Mi padre, cansado de nuestra disputa, da un golpe en la mesa que hace tambalear los platos y vasos.

—¡Parad de una vez, vuestra madre se ha ido a llorar a la cocina y ninguno de los dos se ha dado cuenta! ¡Sois dos idiotas! —exclama con su voz llena de frustración y desesperación.

Un silencio incómodo se apodera de la habitación mientras absorbemos sus palabras y la gravedad de la situación.

Mis ojos se desvían hacia la puerta de la cocina. Sé que mi madre trata de contener sus lágrimas.

Me levanto de la mesa.

—Lo siento, Neil. No deberíamos pelear entre nosotros —digo con la voz cargada de arrepentimiento—. Deberíamos estar unidos como familia, no divididos por nuestras diferencias.

—Tienes razón, Oliver. No deberíamos dejar que esto nos separe —admite bajando la guardia por un momento.

Mi padre suspira aliviado antes de volver a hablar:

—Esta situación es difícil para todos nosotros, pero debemos permanecer unidos. Ahora más que nunca —dice con voz tranquila pero firme.

Asentimos en silencio.

—Voy a hablar con mamá. —Odio haberla hecho llorar, pero antes de marcharme le digo una última cosa a mi padre—. Luego iré a recoger las llaves de la cabaña, nos marcharemos mañana a primera hora.

Me encuentro reunida con mi equipo legal. Analizamos las posibles estrategias para la defensa de Neil Drake.

La situación es delicada.

Se enfrenta a acusaciones graves de posesión y venta de drogas en el mismo instituto donde trabaja como orientador para los chicos del Bronx en riesgo de exclusión. Las pruebas en su contra son contundentes.

—Necesitamos recopilar toda la información posible sobre la venta de drogas ilegales en el instituto. ¿Tenemos testigos? ¿Alguna prueba que pueda exculpar a Neil? —preguntas que tratan de abordar el caso con la mayor claridad posible.

Mis colegas intercambian miradas preocupadas, conscientes de la gravedad del caso.

—Hemos estado hablando con algunos estudiantes presentes en el momento del incidente. Parece que hay discrepancias en sus testimonios, lo que podría ser útil para nuestra defensa —informa uno de mis colaboradores.

Asiento agradecida por la información, pero consciente de que necesitamos más que testimonios contradictorios para exonerarlo.

—Necesitamos buscar pruebas tangibles. ¿Alguna cámara de seguridad en el instituto que haya captado el incidente? ¿Registros de las actividades de Neil durante el tiempo en que se supone que estaba involucrado en la venta de drogas? —pregunto, explorando todas las posibilidades.

Mi equipo asiente, comprendiendo la importancia de encontrar pruebas sólidas que respalden su inocencia.

—Debemos investigar a fondo la historia de Neil y su trabajo en el instituto. Necesitamos demostrar que es un activo para la comunidad, no un delincuente —añade Hans, mi jefe y el que tiene que reconocer mi valía para hacerme socia del bufete. Insiste en la importancia de presentar una imagen positiva de nuestro cliente ante el tribunal.

Mis colegas toman nota de todas las instrucciones que Hans y yo hemos dado, y damos por terminada la reunión.

Cuando el último colega abandona la sala de juntas, me quedo a solas con Hans.

—Necesitas trabajar duro en este caso y sé que no descansarás hasta demostrar su inocencia.

—Siempre intento hacer bien mi trabajo —respondo con determinación.

—No lo he puesto en duda jamás, pero este cliente es potencialmente importante, quizá el más importante que hemos tenido hasta la fecha.

—Es solo un ser humano más —replico incidiendo en la importancia de tratar a cada cliente con respeto y justicia.

—Ni él ni tu hermano lo son, son una especie de superhéroes para los estadounidenses.

—Para las personas aficionadas a un nivel extremo de los deportes, pero te puedo asegurar que, si a mi hermano le pinchas, sangra —le insisto en el hecho de que, detrás de la fama, hay seres humanos reales con sus propias luchas y desafíos independientemente de su estatus social.

—Creo que deberías reunirte con tu cliente y su hermano y que te hablen de su implicación social en ese instituto. Neil Drake lleva trabajando allí un año y creo que se graduó hace tan solo un par de meses en Trabajo Social.

—¿Quieres que les saque información jugosa de lo buen samaritano que es Neil? —pregunto, algo escéptica sobre la efectividad de esa estrategia.

—Debe serlo, muchos jóvenes a los que han entrevistado lo tienen en buena consideración.

—Y otros lo detestan, ya lo has oído —insisto en recordar las dificultades que Neil enfrenta en su trabajo con los jóvenes en riesgo.

—Seguramente porque a esos chicos los intenta meter en vereda y no están muy conformes.

—Está bien, lo llamaré y me reuniré con ellos lo antes posible.

—Me temo que serás tú quien tenga que ir a visitarlos. Llamaron al bufete para comunicar que se han marchado a Greenwood.

—¿Por qué no se me ha informado de eso antes? —siento una ligera irritación ante la falta de comunicación.

—Te estoy informando ahora, por lo visto tú misma se lo recomendaste.

—Sí y también le pedí que me informaran a mí personalmente de cualquier movimiento en sus vidas.

—Trabajas para el bufete y de este caso depende tu ascenso a socia. ¿De verdad vas a cuestionarme cualquier cosa que yo te diga?

Mierda.

—No, tan solo es que no quiero que Oliver Drake me desacredite de ese modo.

—Oliver Drake paga, Oliver Drake manda. Así que pregunta a Marjorie dónde está esa cabaña, ella apuntó todos los datos que nos dio y mueve tu culo hasta allí mañana.

Asiento con resignación, consciente de que debo seguir las órdenes de Hans si quiero alcanzar mis objetivos profesionales. Pero Oliver va a conocer de primera mano lo que significa respetar a las mujeres.

13

OLIVER

Nos encontramos rodeados de árboles frondosos que se alzan imponentes hacia el cielo. El aire fresco y puro llena los pulmones. El ambiente de libertad que se respira en plena naturaleza contrasta con la situación por la que atraviesa mi hermano. Estamos bateando bolas en el pequeño claro delante de la cabaña. Cada golpe resuena en el aire acompañado por el sonido del bate contra la pelota. Es como si estuviéramos liberando nuestra frustración y ansiedad con cada swing, buscando despejar nuestras mentes de los problemas que nos acosan.

Neil me lanza una bola y la golpeo con todas mis fuerzas. La pelota sale disparada hacia el cielo, traza una elegante parábola y se pierde entre los árboles. Un grito de satisfacción escapa de mis labios y Neil me sonríe, señal de ánimo para proseguir adelante.

Continuamos bateando bolas durante un buen rato. Ambos nos perdemos en el ritmo hipnótico del juego por el que nos liberamos de preocupaciones y juicios externos.

El tranquilo ambiente se ve interrumpido por el crujido inconfundible de las ramas y hojas al romperse bajo las ruedas de un coche que se acerca. Levantamos la vista ante la llegada de una visita inesperada.

El vehículo aparece entre los árboles y avanza lentamente por el sendero que conduce a la cabaña. Observamos con atención mientras se aproxima y, cuando finalmente se encuentra lo suficientemente cerca, notamos un detalle inquietante: la luna del coche está rota, como si hubiera sufrido un impacto reciente.

¿Quién cojones será?

El coche se detiene frente a la cabaña, a los pocos segundos la puerta se abre con un chirrido metálico y una figura emerge del interior. Avanza hacia nosotros con paso decidido, con una expresión seria que no augura nada bueno.

Es Ava.

La observo con sorpresa mientras camina hasta nosotros. Me pregunto qué puede haberla traído hasta aquí y por qué tiene esa mirada tan intensa.

—¡Me has roto la luna del coche, animal! —grita con los puños cerrados.

—Vaya, señorita Black, qué grata sorpresa. ¿Ya ha perdido los formalismos conmigo?

—Los perdí el mismo día que tuve que enterarme de vuestra marcha de la ciudad por el cretino de mi jefe. Te pedí que me mantuvieras informada. Encima me rompes la luna del coche con una de tus pelotitas.

—En primer lugar, les pedí que te avisaran, en segundo —tuerzo el cuello— creía que no

conducías tus propios vehículos. Y, en tercero, no has avisado que vendrías. Esto es una propiedad privada.

—No estoy aquí por gusto —replica y pone los brazos en jarra cambiando el peso del pie.

—Ya somos dos.

—Tres —interviene mi hermano. Con una sonrisa ha estado observando la escena entre Ava y yo.

—Por la luna de ese viejo trasto no te preocupes, la pagaré —aseguro.

—No te quepa la menor duda de que lo harás —responde soltando todo el aire que ha retenido en los pulmones.

—Pero aún no me has dicho qué haces aquí.

—Soy la abogada de Neil, ¿qué te sugiere eso?

—Mierda, ¿tengo que volver a la cárcel? —pregunta mi hermano, abandonando por completo el gesto divertido.

—No, vengo a comentarte cómo va el caso, que me cuentes cómo es tu trabajo en el instituto y quién crees que podría colaborar contigo. Hay alumnos a los que no debes caerles muy bien —le informa en un tono más conciliador que el que ha usado conmigo.

—Muchos de ellos son chicos complicados, yo mismo fui como ellos hace un tiempo.

—Lo sé, por eso necesito demostrar que has cambiado y que no serías capaz de involucrarte en actividades ilegales que vayan en contra de tus principios.

—Sí, lo sabe, porque ella lo sabe todo —digo dirigiéndome ahora a mi hermano—, ¿qué más necesitas saber? Estoy seguro de que has revisado hasta la partida de nacimiento de mi hermano.

—¿Podemos hablar dentro, Neil? Necesito un poco de agua, si no es molestia.

—Claro, adelante. Oliver, ¿vienes con nosotros? —me pregunta mi hermano cuando ve que me he quedado inmóvil.

—Solo si la señorita cree que no resulto un entrometido, no parece llevarse muy bien con mi presencia. —La miro desafiante.

—Es tu casa, puedes hacer lo que te dé la gana.

—Ya, tampoco he roto la luna de tu coche a propósito, pero tú me has acusado injustamente. Sin ser abogado como tú, podría ganar este juicio fácilmente.

—¿Estás poniendo en duda mi profesionalidad, otra vez?

—Solo estoy evidenciando que te caigo mal sin un motivo aparente.

—Buena observación, igual podría contratarte como pasante.

—Prefiero batear.

—No lo pongo en duda, se usa mucho menos el cerebro.

La miro hasta que entra en la cabaña con mi hermano y me muerdo tanto la lengua que creo que me he hecho sangre.

¿Qué le pasa a esta mujer conmigo?

Normalmente, el efecto que causo en las féminas es muy distinto. Soy consciente de mi atractivo y de cómo puedo seducir con mi apariencia y mi carisma. Pero la actitud de Ava provoca una reacción diferente en mí, una mezcla de frustración y excitación que nunca antes había sentido.

¿Cómo puede ponerme tan cachondo esta tía?

Sentirme así me perturba. Alimenta un fuego interno que amenaza con consumirme por completo si no le pongo remedio.

El interior de la cabaña dista mucho de los lujos a los que Oliver Drake estará acostumbrado. Limpia y acogedora, pero evidente su sencillez, especialmente comparada con la opulencia de la casa en la que él vive. Recuerdo haberla visto desde fuera cuando fui a recogerlo el día de la salida de Neil de la cárcel. La diferencia es abrumadora.

Su hermano y yo nos sentamos en la mesa del salón, rodeados por la modesta decoración de madera y el ambiente rústico de la cabaña. Le pido que me cuente cómo consiguió empezar a trabajar en el instituto antes de licenciarse y él de buen grado comparte su historia conmigo con una mezcla de orgullo y humildad. Habla de su relación con los otros profesores del centro y con los alumnos, y de las técnicas y terapias que utiliza para ayudar a esos adolescentes en riesgo de exclusión.

Mientras Neil sigue hablando, noto que Oliver decide encender la radio y ponerla a un volumen poco apropiado. El ruido interrumpe nuestra conversación. Advierto que está tratando de evitar escuchar lo que estamos hablando. Me molesta su falta de consideración, pero decido no hacerle caso por ahora y concentrarme en escuchar lo que Neil tiene que decirme.

—Lo siento, ¿puedes repetirme eso último? —le pido.

—Me temo que has herido el orgullo de mi hermano mayor. —Ríe—. No se lo tengas en cuenta, en el fondo es un buen tío, pero creo que le gustas y le frustra que igual a ti él no tanto.

Su confesión me pilló por sorpresa y debe notarlo por el gesto de mi cara.

—No creo que sea eso lo que le pasa —vacilo, intentando eludir la conversación, que por otro lado veo impropia.

—Oliver no es un misógino, si es lo que piensas. Le gustan demasiado las mujeres.

—Yo no soy cualquier mujer, soy tu abogada y... lo siento, pero no estoy aquí para hablar de las relaciones de Oliver con el sexo femenino.

—Gracias a ti, no tengo ninguna relación con ningún sexo femenino —lo escucho decir, tirándose hastiado en el sofá.

—Siento que tus instintos primarios de troglodita se vean truncados, pero recuerda que lo haces por ti y por tu hermano —le respondo elevando la voz como lo ha hecho él para hacerse notar por encima del locutor de radio.

—Esto ha sido idea tuya, en mi casa podíamos recluirnos con mejores calidades.

—Si sigues dudando de mi profesionalidad, me veré obligada a irme y a dejaros con el culo al aire. El caso de Neil no es fácil y las trabas que estás poniendo no se corresponden con lo que

se espera de un buen hermano mayor. Si dejo el caso, será *vox populi* y otros abogados dudarán si representarlos.

—Joder, Oli, ¡deja de hacer el gilipollas de una maldita vez y apaga esa vieja radio —le pide Neil que ha captado lo que ocurrirá si decido abandonar el caso. En ese momento anuncian que van a dar una noticia de última hora.

—No, ¡espera! —le pido.

—Podríais aclararos de una vez, ¿no? —Oliver se queja como un niño pequeño.

¡Atención, oyentes! ¡Les traemos una noticia de última hora que está causando revuelo en Greenwood!

Parece que la carretera 458, la principal vía de acceso al pueblo, una de las arterias principales que conecta la comunidad con el resto del condado, ha sido cortada debido a un desprendimiento de la montaña.

Sí, así es, enormes rocas e inmensas piedras han caído sobre la carretera, bloquean completamente el paso y dejan aislados a los residentes y visitantes. Se informa que estas rocas son de un tamaño considerable y que se necesitará maquinaria especializada para retirarlas y restablecer el tráfico.

La situación es preocupante para los habitantes del pueblo, quienes dependen de esa carretera para acceder a los servicios básicos y para desplazarse a otros lugares. Se espera que las autoridades tomen medidas urgentes para resolver la situación y restablecer la conexión con el exterior lo antes posible.

¡Estaremos atentos a cualquier actualización sobre esta situación!

—Mierda, mierda, mierda —grito haciendo aspavientos con las manos como si estuviera lanzando cartas al aire.

—La abogada estirada sabe decir palabrotas, qué novedad —me reprocha Oliver.

—¡Estamos atrapados por tu culpa! —grito fuera de mí.

—Claro, he bateado tan fuerte que no solo te he roto la puta luna del coche, también he desprendido la montaña. Ya sabes que para mi trabajo no necesito el cerebro, pero sí mis músculos. ¡No digas tonterías!

—Tú solo traes desgracias, eres gafe.

—O la gafe eres tú y esto ha pasado cuando has venido de improviso a perturbar la paz de este pueblo.

—Yo he venido a ayudar a tu hermano.

—Sí, claro, desinteresadamente, no te jode.

Neil nos observa sorprendido por el ambiente tenso que se incrementa conforme pasan los segundos. Sus ojos recorren nuestros rostros captando la tensión que se refleja en ellos y la energía negativa que parece llenar la habitación. Finalmente, decide intervenir para poner algo de

cordura en la situación.

—Creo que necesitamos hacer una pausa —pide con calma, se levanta de su asiento y nos mira a los dos—. Esto no nos lleva a ninguna parte y solo empeoramos las cosas. Soy yo el que puede entrar en la cárcel. Necesitamos respirar, reflexionar y luego pensar con mayor lucidez. Nadie tiene la culpa, son cosas que pasan en los pueblos de montaña.

—Uno en el que no debería estar —farfullo.

—En ese caso, no haber venido, existe internet para hablar a distancia.

—Ya te he dicho que no estoy aquí por voluntad propia.

—No lo dudo, ese coche ha llegado a duras penas hasta Greenwood y ha hecho un esfuerzo titánico. ¿De qué año es? ¿1920?

—¿No solo me odias a mí, sino que también has cogido ojeriza a mi coche? No todo el mundo caga dinero como tú. Y a ese coche le tengo especial cariño.

—Mi dinero lo consigo trabajando duro.

—¿Acaso yo no? Mira dónde me he quedado atrapada por razones de trabajo.

—Joder, chicos. ¿Se puede saber qué narices pasa con vosotros? Sois peores que muchos adolescentes a los que asesoro —dice Neil, que no debe estar dando crédito del mal trato que nos gastamos el uno con el otro.

—Tú eres un jugador de la MLB reputado, y tú una abogada de un buen bufete de Nueva York y parecéis dos críos pequeños. Son solo unas rocas y pronto vendrán a retirarlas, ¿podemos convivir los tres una noche sin que os matéis?

—Solo hay una habitación y un sofá de dos plazas. ¿Cómo se supone que lo vamos a hacer? —anuncia Oliver, un dato que desconocía y que me perturba aún más.

—Está claro que dos tendrán que compartir cama y otro dormir en el sofá —responde Neil.

—En ese caso, me quedo el sofá. Si pudiera pernoctar en mi coche, lo haría, pero la luna está rota y sería como dormir a la intemperie.

—Y te puede comer un oso —suelta Oliver.

—No —interviene Neil—. No consentiré que mi abogada, esa que se ha tomado las molestias de venir hasta aquí para sacarme del aprieto en el que me han metido, se rompa la espalda en ese sofá viejo.

—¿Entonces, sugieres dormir tú con ella en plan vis a vis para ir ensayando por si las moscas? —le pregunta Oliver en actitud chulesca.

—No, lo harás tú.

—¿¿Quééééé?? —gritamos al unísono.

—Sí, así reflexionareis juntos sobre lo que ha ocurrido y cómo podéis resolver vuestras diferencias de manera constructiva.

—¿Crees que somos como dos jovencitos de tu instituto a los que tienes que reconducir?

—¿No lo sois? —dice todo ironía.

—Me niego totalmente, Neil, aunque agradezco que quieras tomarte las molestias de que tu hermano deje de martirizarme.

—Has venido buscando información sobre mi trabajo en el centro y mi capacidad como trabajador social. Pues bien, no hay mayor prueba que esta, de que sé muy bien cómo hacer que dos personas que se odian empiecen a ver en el otro a un igual, y quizá a un buen amigo.

—Ya tengo amigos, no necesito que me busques a ninguno más —le reprocha Oliver, y coincide con él.

—Creo que es lo único en lo que tu hermano mayor y yo estamos de acuerdo.

—Entonces es que mi técnica empieza a funcionar. Si no hacéis lo que os digo, llamaré al bufete y pediré otro abogado.

—¿Disculpa? —Los ojos se me salen de las cuencas—. No he hecho nada para que me dejes así de mal ante mi jefe, me juego un ascenso.

—Entonces sabrás hacer lo correcto. Mi padre nos ha enseñado a crecernos ante las adversidades y a luchar por lo que queremos.

—Perdona, Neil, pero yo ya tuve un padre que me enseñó todo eso, y también que no hay que tragar por encima de todo.

—Tranquila, puedes quedarte en la habitación solita, yo dormiré en mi coche, está bien equipado y a prueba de osos. Los cristales son blindados, no como el tuyo.

—Eso no me sirve, si no compartís espacio, aunque sea solo unas horas, llamaré igualmente al bufete de Ava. ¿De verdad la odias tanto como para hacerle esa putada?

Miro a Oliver con el gesto desencajado, no sé si pidiendo clemencia, o que haga recapacitar a su hermano de alguna forma.

—No, no la odio tanto —responde finalmente y agacha un poco el rostro.

—Gracias por la parte que me toca, pero no quiero suponer tantas molestias para los Drake. Neil, por favor, deja que duerma yo en el sofá —le pido una última vez.

—No, soy un caballero como para permitir eso —sonríe, pero a mí no me hace ninguna gracia ni me parece caballeroso amenazarme con mi trabajo para salirse con la suya—. Acabareis agradeciéndome esto.

—Lo dudo mucho, hermanito —responde Oliver por mí. De nuevo, volvemos a estar de acuerdo en algo.

Neil se ha ofrecido a preparar la cena para los tres y, para mi sorpresa, sin ser todo un experto ha hecho algo decente: una rica pasta al pesto y una ensalada de brotes frescos con vinagreta.

Nos servimos con gestos automáticos, cada uno sumido en sus propios pensamientos. El único ruido proviene del choque de los cubiertos contra los platos. Parece como si estuviéramos atrapados en una pompa de incomodidad que ninguno de nosotros sabe cómo romper.

No puedo evitar dar vueltas en mi mente al hecho de tener que compartir la cama con Oliver, él ha declarado una guerra silenciosa en mi contra sin motivo aparente esta noche. Aunque sospecho que se siente ofendido porque no he mostrado ninguna debilidad ante su presencia y ha provocado un odio irracional en mí. Sin embargo, no estoy dispuesta a ceder ante sus intentos de intimidación. Me mantengo firme en mi postura, decidida a no dejarme afectar por su comportamiento porque no me queda más remedio.

—¿Es de alquiler? —digo, intentando dejar de sentirme incómoda y que la comida acabe sentándome mal por tanto mutismo.

—¿Te refieres a la cabaña? —responde Neil, porque Oliver sigue centrado en comer y en mirar a un punto fijo de la casa.

Asiento a la vez que cargo el tenedor de ensalada.

—Era de nuestros abuelos, ahora de nuestro padre. Necesita algunas mejoras porque dejamos de venir por aquí hace tiempo.

—Es muy acogedora —informo.

—No está mal, pero como te digo podría mejorarse. ¿Te está gustando la cena?

—Sí, gracias. No esperaba que fueras tan buen cocinero.

—Supongo que de los dos soy el que ha sacado la vena cocinillas de mi madre. Oliver no sabe ni freír un huevo.

—No sé por qué no me extraña que no sepa hacer algo tan sencillo —digo sin poder evitarlo.

—Sí sé hacer un huevo frito, y muchas más cosas, pero no pienso cocinar para ti —se da por aludido y acaba abriendo la boca.

—No te he pedido que lo hagas, no está incluido en mis deseos más profundos.

Igual otras cosas sí en las que también tienen que ver los huevos..., pienso y me reprendo mentalmente.

¿Qué diablos te pasa, Ava?

—Quizá eso no, pero otras cosas sí.

—¿Qué cosas? —me intereso por saber qué piensa que puedo querer yo de él.

—Recuerdo perfectamente cómo me mirabas en el Swim Fest el año pasado.

—Y yo te recuerdo que no te reconocí en la discoteca esa noche y tú a mí sí. ¿Quién es el que miraba a quién?

—Eso es porque no olvido a las personas que me presentan mis amigos, se llama educación.

—Que sepas que te miraba en ese festival de bañadores, porque llevabas uno ridículo que te quedaba grande en la entrepierna.

—Me llaman *The Hammer*, preciosa. Ningún bañador me queda grande en la entrepierna, más bien todo lo contrario.

—¿Juegas los partidos con la lombriz al aire? No me extrañaría, usas tu fama para obtener placer de mujeres y te tienes que ver obligado a enseñar el material primero, de lo contrario, nadie en su sano juicio hablaría contigo más de tres palabras seguidas.

—Eres insoportable. Guapa, pero odiosa al mismo tiempo —acaba diciendo y casi me atraganto con la rúcula.

¿Acaba de confesar que le parezco guapa?

—Muy bien, hermanito. Por lo menos sabes hacer cumplidos agradables en medio de una discusión que empezaba a resultarme muy divertida.

¿Divertido? Nada de esto lo es y desearía poder teletransportarme al cráter de un volcán en erupción porque sería mejor que esto.

—Me encanta que los Drake os estéis divirtiendo a mi costa, pero creo que será mejor que me vaya ya a la cama. Ojalá mañana, cuando me despierte, hayan retirado esas malditas rocas y pueda volver a Nueva York. —Arrastro la silla y me levanto dispuesta a encerrarme en la única habitación de la casa.

—Te recuerdo que tienes la luna del coche rota, no creo que sea conveniente que conduzcas ese cacharro en ese estado. Eres una mujer de ley y no querrás que te multen —interviene de nuevo Oliver.

Joder, la luna del coche. Lo había olvidado.

—En ese caso tendrás que llevarme tú —le digo, porque es el responsable directo de la rotura de mi coche.

—¿Quién, yo? No, gracias. Has venido en ese cacharro y vas a marcharte de igual forma. También puedes llamar al chófer del bufete para que lo haga.

—Me lo debes, yo fui a recogerte cuando saqué a Neil de la cárcel. —Me cruzo de brazos frente a él.

—No fuiste tú, fue un señor conduciendo un coche de empresa. —Lo veo disimular una sonrisa tras el vaso de agua que acaba de llevarse a la boca.

—Mi obligación no consistía en darle instrucciones a ese *señor*, como tú lo llamas, para ir a buscarte. Y veo por tu expresión que fastidiarme te está empezando a dar mucha risa.

—Más bien me hace gracia cómo te pones, Ava, no soy ningún desalmado.

—Pues lo pareces.

—Eso es porque me has juzgado demasiado rápido.

—Ah, ¿y tú a mí no?

—Eh, chicos, ¿podéis dejar de usar la palabra juzgado? Se me ponen los vellos de punta cuando la oigo —nos pide Neil.

—Sí, tranquilo, ya os dejo solos, no aguanto ni un minuto más aquí.

—No me esperes despierta, cariño —acaba diciendo Oliver cuando ve que me encamino hacia una de las dos puertas que hay en el interior de la cabaña, la del baño ya supe cuál era hace un par de horas.

Suelto un gruñido bajo y cierro la puerta de la habitación. Acogedora y sencilla, como el resto de la vivienda, posee paredes de madera que irradian calidez. Una cama grande ocupa el centro, cubierta con mantas de colores suaves.

¡Joder! Huele a su perfume.

Claro, tonta, este lugar es suyo, tú eres la intrusa.

OLIVER

La noche se presenta bastante fresca a principios de octubre. El viento susurra entre los árboles circundantes llevando consigo un frío que se cuela por las rendijas de la cabaña. El crepitar de la chimenea intenta contrarrestar el gélido ambiente, pero apenas logra templarlo.

—No piensas dejar de martirizarla, ¿verdad? —me pregunta mi hermano mientras recogemos la mesa.

—¿A ti qué te parece? Me ha dicho que soy un animal y yo no he roto la luna de su coche a propósito. Y no hablemos de tu maravillosa idea de aplicar tus técnicas para adolescentes con nosotros.

—Porque eso aparentáis. Y me siento responsable de que os llevéis como el perro y el gato. Aunque a esa chica la has contratado tú.

—Porque es la hermana de James Black y sé que es buena en lo que hace —digo con sinceridad, aunque me pese. James me mataría si pudiera ver cómo me estoy comportando con ella.

—Sí, y casi provocas que abandone mi caso, no me habéis dejado muchas opciones de actuación. La necesito si es tan buena como dices y creo que lo ha demostrado sacándome de la cárcel con celeridad.

—Y tú la has amenazado con llamar al bufete, ¿lo hubieras hecho? —le pregunto para refrescarle la memoria. No soy el único que la ha puesto en un brete.

—Sabes de sobra que no, solo era un arma de persuasión. No iba a consentir que esa chica se rompiera la espalda en ese sofá, que, por cierto, habría que tirar en cuanto podamos largarnos de aquí —me dice como si nada.

—Sí, tienes razón, lo que más me preocupa en estos momentos es la decoración de esta vieja cabaña. —Me meso el pelo cansado—. Neil, ¿por qué tengo la sensación de que te estás tomando todo esto muy a la ligera?

—Porque si no lo hago, me voy a venir abajo. Y si las cosas no salen como deben de salir, ya tendré tiempo de lamentarme entre rejas —explica algo derrotado, como si tuviera asumido lo que va a suceder.

—Júrame que no has tenido nada que ver en esa venta de drogas.

—¿De verdad me estás preguntando eso? —Neil niega con la cabeza, molesto—. Debería de haber previsto esto.... No me crees, ¿cierto? Piensas que sigo metido en líos y que mi trabajo y mis estudios han sido solo una tapadera.

—No, no lo pienso. Pero...

—Vale, Oliver, déjalo. Vete a dormir, yo terminaré de recoger. Entiendo perfectamente a Ava, a veces eres un idiota redomado y lamento mucho que tenga que dormir contigo esta noche, a mí tampoco me apetece estar cerca de ti en estos momentos.

Mi hermano sale de la cabaña buscando un respiro en el aire frío de la calle.

Estos setenta metros cuadrados están cargados de mucha tensión desde hace horas, de tanta que ni yo mismo me soporto en estos momentos.

¿Por qué cojones he tenido que preguntarle eso?

Lo creo, claro que creo que es inocente.

Y también tiene razón cuando afirma que esa mujer me vuelve loco.

Me vuelve loco de deseo desde hace tiempo.

Cuando entro en la habitación, encuentro a Ava hecha un ovillo, tapada hasta las orejas y apoyando la espalda en la almohada que ha usado para crear una barrera de separación entre el lado derecho e izquierdo de la cama.

Me lo merezco.

Las dos personas que cohabitan conmigo en esta casa me detestan ahora mismo.

—¿Qué tal, vecina de la barrera humana? ¿Tienes frío? —digo en un intento de parecer gracioso o preocupado por ella y, seguro, de que aún no está dormida y solo intenta que crea que lo está.

Esta mujer me pone muy cachondo y despierta mi instinto más primario.

Tomo asiento sobre el colchón que se hunde con mi peso. Un dormitorio muy acogedor, con luz cálida y una ventana muy grande con cristales cuadrados; a través de ella puede verse el cielo casi ennegrecido. Mi teléfono suena dentro de mi bolso, a mi lado, donde lo he dejado hace solo unos segundos.

—Hola, Ami. ¿No estás trabajando?

—Me sentía mal y me han mandado a casa, aunque yo me hubiera quedado. Pero evitan que le contagie un virus o algo a alguien. Tengo el estómago suelto.

—No hace falta que me des tantas explicaciones. ¿Estás bien?

—Sí, sí. He subido a tu casa y no estabas. Llamo para ver si lo estás tú.

Bufo y me rasco la frente.

—Sí. Bueno... Estoy encerrada en una cabaña con Oliver Drake en el fin del mundo.

—¿Qué? ¿Encerrada? ¿Te ha secuestrado? —grita.

—Las cuerdas bucales las tienes en perfecta forma —lamento, retirándome unos centímetros el terminal de mi oreja—. He venido a Greenwood a hablar con Neil y ha habido un desprendimiento de rocas que ha cortado la carretera. Espero volver mañana a Nueva York.

—Qué susto me has dado. Pero... Si lo miras por otro lado, aprovecha y disfruta de Drake. Yo lo haría.

—Si lo conocieras, te caería tan mal como a mí. No soporto a los hombres prepotentes.

—Haría una excepción... —escucho su risita.

—¿Seguro que estás bien? Llama a Noah si lo necesitas.

—Que sí. Tú no te preocupes de nada. Disfruta —invita.

Nos despedimos y cuelgo. Me percató de que debería meterme en la cama antes de que The Hammer entre y se acueste conmigo. Pongo los ojos en blanco ante este pensamiento.

Me quito la ropa de abrigo, el calzado y los calcetines, y me acuesto con la camiseta interior y los pantalones. No es lo más cómodo e higiénico, pero sí lo correcto.

Oliver entra en la habitación y cierro los ojos de inmediato, ya cubierta con la colcha y la cama convertida en una trinchera, con una almohada que he encontrado en el armario formando una barrera infranqueable.

—¿Qué tal, vecina de la barrera humana? ¿Tienes frío? —dice... ¿en un intento de parecer gracioso? —No contesto y me hago la dormida—. Estás despierta. Te he escuchado hablar por teléfono. ¿Con tu novio? —Su última pregunta me saca de mis casillas.

—No te importa si tengo novio o no. Y solo me protejo de cualquier intento de invasión en mi territorio nocturno. —Ni me inmuta.

—¿Tanto miedo tienes de mi potencial para conquistar territorios durante el sueño?

—Tú y tus estrategias para encamarte con una mujer son todo un enigma. Prefiero no correr riesgos.

—La estrategia esta vez me la ha puesto mi hermano en bandeja. Me ha obligado, a ambos, ¿recuerdas? Pero si te ganas mi confianza, podría considerar firmar un tratado de paz para compartir la cama.

—¿Un tratado de paz, tú y yo? —Saco levemente la cabeza para fijar mis ojos en los suyos. Es muy guapo. ¡Maldita sea!

—Prometo no expandir mis dominios más allá de mi mitad de la cama. —La señala con dramatismo—. Y en caso de incumplimiento, estaré dispuesto a ofrecer compensaciones.

—Pareces incluso más profesional que yo ofreciendo un acuerdo, pero jamás reconoceré haberlo dicho.

—Tendría que haber grabado esto para poder atestiguarlo, fallo mío —masca y comienza a desvestirse.

Observo por encima de la almohada cómo Oliver, El Martillo de los Yankees, ojo, comienza a quitarse la ropa, atónita. Debería pedirle que parara, que detuviera este sinsentido, sin embargo, algo me impulsa a mantenerme callada y mirar como una experta *voyeur*.

¿Algo? Lo bueno que está.

Ese cuerpo no es humano. Imposible. Sus músculos esculpidos, delineados con una precisión milimétrica en cada centímetro de su piel, me hacen babear un poco, lo admito, porque, además, su piel morena resalta con tonos dorados su complexión atlética.

¿Atlética?

Más bien endemoniada.

Siento un cosquilleo bajo mi vientre que me alerta y me avisa de que comienzo a cruzar una línea inquebrantable con un cliente (o el hermano de un cliente; no logro pensar con claridad), no obstante, mi cuerpo está deseoso de explorar cada centímetro de la exquisita carne de Drake.

¿Cómo puede un ser humano estar tan bueno y no tipificarlo como delito contra la autoestima mundial? Deberían incluirlo en el código penal.

Alto ahí. Reacciona por fin el poco raciocinio que queda dentro de mí tras haber conducido unos cuantos kilómetros por carreteras secundarias hasta una cabaña habitada por Lucifer.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —replico, ofendida por las licencias que se toma.

—Quitarme la ropa para dormir... ¿Qué se supone que haces tú mirando para este lado? — Esboza una medio sonrisa endiabladamente sexi.

—Quiero asegurarme de que cumples tu parte del trato.

—Aún no me he saltado ninguna norma. No he especificado que tenga que dormir con la ropa de calle ni con un pijama porque nunca lo hago. —Termina de quitarse los pantalones—. Duermo desnudo, siempre, pero por decoro hacia ti, me dejaré puesto el bóxer. —Salta sobre el colchón y el soporte se mueve—. Deberías haber especificado bien cada clausula y no haber firmado sin leer la letra pequeña. ¿Tú estás vestida?

—Por supuesto —afirmo.

—Pues te morirás de calor, suelo proporcionar mucho calorcito en la cama.

—Me haces muy poca gracia; ninguna, siendo sincera. Y échate para allá, que estás muy cerca. —Alzo el mentón haciéndome la digna y lo miro por el rabillo del ojo. Sí, sí, está casi desnudo, con solo un bóxer y... un martillo dentro.

Madre del amor hermoso.

Me giro y observo un punto fijo de la pared en un vano intento de concentrarme en lo que estamos. ¿Dónde estamos? En una cama, en medio de la nada, juntos y desnudos, al menos él, porque yo al menos me he dejado la camiseta interior. Junto a la ventana hay una mesita redonda, sobre ella una cajita de cerámica blanca con flores dibujadas, una libreta y un lapicero. A pesar de sus turbios cristales, se vislumbra un cielo oscuro cargado de estrellas, además de una luna radiante.

Eso, Ava, céntrate en otra cosa. En lo bonita que es la luna.

Mierda, la luna de mi coche.

Cancelar pensamiento.

—¡Ay! —Algo frío roza uno de mis pies—. ¿Qué haces? —pregunto.

—¿Acaso no puedo moverme? Tienes los pies helados.

—Son los tuyos. ¿No hay más cojines?

—Podemos poner el armario, si te parece mejor.

—¿Las mujeres se ríen de tus bromas?

—Las mujeres se ríen mucho entre mis manos. ¿Quieres saber cómo?

—No, gracias. Qué asco.

—¿Asco? ¿Pero tú de qué estás hecha?

—Déjame dormir. —Termino con una conversación que solo va a llevarme al infierno con el mismísimo diablo, y me quemaré—. Mañana tengo que levantarme muy temprano. Supongo que habrá talleres en el pueblo para arreglar la luna que tú has roto —insisto en su culpabilidad—. Tengo que trabajar.

—Eso es lo único que haces, ¿no? Trabajar.

—Debo demostrar la inocencia de tu hermano.

—Eso es cierto... Descansa. —Deja de darme conversación—. No pienso tocarte. —Apaga la luz que sale de un pequeño aplique a su lado. Ahora, el astro nocturno parece más brillante y grande.

Qué bien huele Drake.

Me enfado conmigo misma por este pensamiento y caigo en la cuenta de que hace demasiado que no me acuesto con un hombre. Por eso y, solo por eso, me autoconvenzo de que un escalofrío recorre mi cuerpo y mi entrepierna palpita.

—Ah, y el coche del que tanto te has burlado, era de mi padre.

El suave murmullo del viento me acaricia antes de abrir los ojos y lentamente se va dibujando ante mí el contorno difuso de la habitación. La luz del amanecer se filtra tenuemente a través de la ventana, baña la estancia en tonos cálidos y se refleja en la cajita de cerámica de la mesa.

Parpadeo varias veces hasta que me centro en el calor de la habitación y lo bien que me siento. Sonrío durante unos instantes hasta que me doy cuenta de dónde proviene la incandescencia.

De repente, mi mirada se posa en él: Drake duerme encima de mí, con su pierna y su brazo sobre mi cuerpo, envolviéndome en un abrazo sin disimulo. No reacciono de inmediato porque mi corazón late a tal velocidad por la sorpresa, que me desconcentro. Pero una insufrible sensación de vulnerabilidad me invade y doy un grito.

—¡Drake! —Lo empujo y se despierta.

—¿Qué ocurre? —farfulla.

—¡Estabas en mi lado de la cama! —Espero que se despierte del todo, pero no lo hace y pasa a un estado de duermevela—. ¡Oliver! —Le doy un golpe en el costado.

—¡Ay! Pero ¿yo qué te he hecho?

—Has cruzado la línea.

—Estaba dormido.

—Has incumplido el acuerdo.

—¿No hay algo para salir indemne del delito? No sé... No era dueño de mis actos —comenta con los ojos cerrados.

—Vete. Quiero vestirme.

—Ya estás vestida, pero tú misma.

Se revuelve sobre sí mismo, suelta un lamento y toma asiento en el filo dándome la espalda. ¡Y qué espalda! ¿Ahí también tenemos tantos músculos? Él sí.

Cuando se levanta del todo, bizqueo cuando coloca su culo redondeado a solo un metro de mí.

—Voy a hacer café —musita poniéndose la camiseta.

—Lo tomaré en el pueblo. Tengo mucha prisa.

—Sí, ya. Buenos días para ti también. —Sale y cierra la puerta tras de sí.

Me cubro por completo con la colcha y, no sé por qué, sonrío. Lo desorientado que va sí que me ha hecho gracia. Tampoco sé por qué, pero no me tomo ese café, ni me levanto, sino que caigo en un profundo y largo sueño hasta media mañana.

Salgo a la terraza con el sol en lo alto, escoltado por un grupo de nubes blancas salpicando el cielo azulado. Los hermanos Drake hacen flexiones junto a la casa, en la explanada y los ojos me chisporrotean ante semejante visión.

Cada músculo tenso y definido de su cuerpo parece una obra maestra en movimiento, una armonía de fuerza que me deja sin aliento. Mis ojos siguen cada movimiento con fascinación, mientras mi corazón galopa libre y loco como un caballo salvaje. Una oleada de calor me recorre.

—Hola, dormilona —me saluda Neil al verme, levantándose y limpiándose las manos de tierra y su hermano hace lo mismo cuando se percata de mi presencia.

Oliver camina hasta mí con media sonrisa burlona que le corto al instante.

—¿Por qué no me has despertado? —Me sobrepasa y entra en la cabaña. Lo sigo.

—Me despertaste tú ¿o se te ha olvidado? De muy malas maneras. La educación que te gastas conmigo deja mucho que desear. —Vuelco los ojos—. No salías y no he querido molestarte —aclara.

—Es tarde. —Miro el reloj de mi muñeca por quinta vez desde hace diez minutos que emergí de mi cachazudo sueño—. Tengo que arreglar el coche y salir de este lugar. —Voy hasta mi auto a pasos agigantados y observo la luna en perfectas condiciones.

—Pero... ¿qué...? —musito, asegurándome de que no es producto de mi imaginación.

—Ya está reparada —informa Neil delante del capó.

—¿Cómo...? —Parezco lela.

—La luna —dice como si fuera obvio.

—Eh... Sí, gracias.

—Dáselas a Oliver. Él lo ha llevado a primera hora al taller. También ha hecho la compra. Creo que quiere conquistarte, ha comprado todos los dulces que había en la tienda.

Lo observo salir de la casa y recoger el material con el que han entrenado: cuerdas, gomas, mancuernas... Suspiro y voy hasta él ante la atenta y suspicaz mirada del pequeño de los Drake.

—Gracias. Por... arreglarla. —Señalo hacia atrás.

—No hay de qué, me quedó claro que este coche es especial para ti. Aunque lo creas, no soy ningún desalmado. —Guarda un puñado de bolas en una bolsa de redcilla negra. Por lo visto también han estado bateando.

Abro el bolso y saco la cartera.

—¿Cuánto te ha costado?

Me observa con sorpresa y ofendido.

—Súmalo a tus honorarios. Te dije que te la pagaría.

No voy a pelear con él ni un segundo más.

—Me marchó. Gracias por vuestra hospitalidad.

Doy dos pasos sobre la arena dura que rodea la propiedad cuando su voz me detiene.

—¿Adónde vas? —pregunta tras de mí.

—A Nueva York. Debo trabajar.

—¿Vienen a buscarte en helicóptero?

Mierda.

No necesito que me explique a qué se refiere. Me giro y clavo mis ojos en los suyos, de un marrón avellana muy intenso.

—No han abierto la carretera. Una máquina se ha estropeado. Cosas de los pueblos. —Encoge los hombros.

—Te gusta tenerme atrapada aquí, ¿no?

—¿A mí? Preferiría poder dormir esta noche a pierna suelta y sin que me despierte un rinoceronte.

—¿Me estás comparando con un rinoceronte?

—Das las mismas patadas, mi hermano es más tranquilo. —*Eres odioso*—. Anda, tómate un café y come algo. Puedo hacerte huevos revueltos con *bacon*.

—Creí que no sabías ni freír un huevo.

—Eso aseguraste, pero creo que te dije que sí sabía. De todos modos, he comprado desayunos precocinados. —Entramos en la cocina.

—¿Eso existe? —Saca una bolsa del congelador y me la enseña—. Qué asco. No pienso comerme eso. —Sonríe y lo guarda.

—¿Tú sabes cocinar? —me pregunta.

—No, esa habilidad se la dejo mejor a Amanda.

—Es la chica con la que ibas aquella noche, ¿no?

—Sí.

—Es guapa, ¿crees que me aceptaría una cita?

Una punzada de celos absurda me atraviesa. Sé que es ridículo sentirme así, pero no puedo evitarlo, y un atisbo de inseguridad pugna por asaltarme, aunque intento ocultarlo detrás de una

sonrisa casual. Me esfuerzo por mantener la compostura y responder con indiferencia.

—No suelo llevar su agenda de ligue.

—Lo entiendo, fui tonto al no pedirle el teléfono la noche que os llevé a casa.

Oliver debe haber notado mi incomodidad, pero parece estar probando mis límites, como si quisiera averiguar hasta dónde puedo llegar antes de perder la compostura. Así que me limito a cambiar de tema.

—¿Dónde crees que puedo comer algo decente fuera de esta cabaña?

Algo que me quite el sabor amargo que siento en la boca ahora mismo.

—Sé de un sitio donde vamos a tomar el mejor *brunch* de nuestra vida.

—No voy a salir a comer contigo —aseguro cuando lo escucho hablar en plural.

—No te he pedido una cita. Solo vamos a comer. Y Neil también vendrá.

—Es mejor que nadie sepa que estáis aquí.

—Tranquila. En este pueblo a nadie le importa las noticias de la gran ciudad. Viven en su mundo y ni le dan importancia cuando nos ven y... Ya saben que estamos aquí, ¿no crees? —dice mirando hasta mi coche, aunque no debe verme muy convencida—. Nadie llamará a la prensa. Te lo aseguro. ¿Quieres relajarte? Estás en una cabaña en medio de la naturaleza, no en Guantánamo.

—No me había dado cuenta, quizá porque se le parece bastante con esa comida precocinada que has comprado —le digo.

¿Esta pesadilla no va a terminar nunca?

Voy sentada junto a Oliver, Neil ha decidido quedarse en la cabaña y he pensado que era lo mejor. Aunque The Hammer asegure que aquí nadie llamará a la prensa, yo sigo creyendo que todo el mundo tiene un precio y los periodistas son muy buenos negociadores.

Conduce por carretera de montaña, ya se sabe, despacio que vienen curvas. Conforme la bruma se desvanece, allá al fondo se revelan paisajes vivos que, he de reconocer, roban el aliento. Las copas de los árboles, de un verde intenso, se mecen con suavidad y el sol ilumina las crestas de las colinas de un ámbar cautivador.

—Tú y Neil, a veces parecéis dos niños pequeños —anuncio.

—Me gustaría verte con James.

—James es un niño en el cuerpo de un hombre. Como tú. —Sonrío de medio lado.

—No sabía que los niños tuvieran estos poderosos brazos —dice soltando la mano izquierda del volante un momento, para enseñarme su bíceps.

—Los niños no tienen esos brazos, tienes razón, pero lo que acabas de hacer sí se parece bastante a su comportamiento.

—Siempre he creído que no debemos perder la esencia de la infancia en la vida. Nos mantiene conectados con la autenticidad.

—¿A qué te refieres con eso? —bufo, aunque en el fondo me ha sorprendido su capacidad poética.

—Bueno, a medida que crecemos, tendemos a dejar atrás esa capacidad de asombro, esa inocencia y esa curiosidad que nos hacían ver el mundo de una manera especial. Es importante conservar ese espíritu, ¿no crees? Nos ayuda a mantenernos humildes y a apreciar las pequeñas cosas de la vida.

—Y tú la mantienes intacta. —Río.

—Y tú también. Hace una hora la mandíbula casi te roza el suelo de gravilla de la terraza.

—¿Perdona? —Lo miro y pongo los ojos en blanco.

—Reconoce que te ha sorprendido verme hacer flexiones. Los *niños* no somos ciegos por muy inocentes que seamos.

—Ahora más que un crío de doce años, pareces un pretencioso treintañero y no sé qué es peor.

—Venga, Ava, no pasa nada por sentirte atraída por un hombre atractivo, solo es algo que les pasa a los seres humanos.

—Y yo qué soy, ¿una reptiliana? No me gustas, Oliver. Acepta tú también que no todas las mujeres caen rendidas a tus pies.

—Lo asumo, pero no estoy hablando de todas, sino de ti.

—Y de Amanda. —Mierda, ¿acabo de decir lo que acabo de decir?

Oliver sonríe de medio lado y no dice nada, pero puedo escuchar en mi propia mente lo que está pensando. Me gustaría que la tierra me tragara en estos momentos.

—Ya casi estamos —me anuncia segundos después de que mi estómago ruja de hambre.

Sí, estoy celosa y hambrienta, y no sé qué me comería en estos momentos si Oliver me lo ofreciera...

Oliver aparca el coche frente a una acogedora cafetería tan rústica como el entorno. Casas de madera pintadas de colores pastel se alinean en perfecta armonía. Anticipo mi entrada y al instante el aroma a café y a pasteles recién horneados despierta mis sentidos y me abren el apetito aún más si cabe.

Desde que he pronunciado el nombre de mi amiga, no he vuelto a abrir la boca.

Oliver y yo nos sentamos en una mesa junto a la ventana, uno frente al otro, y una camarera con delantal verde claro se acerca a nosotros con rostro amable. Atiendo a su sugerencia y me decido por un desayuno tradicional: huevos revueltos con tocino crujiente, pan tostado y una taza humeante de café. Oliver pide lo mismo, pero suma dos vasos de zumo de naranja natural recién exprimido.

—No voy a pedirle una cita a tu amiga —comenta rompiendo el silencio.

—¿A qué viene esto ahora? Estás muy insistente con ese tema. —Me hago la digna todo lo que puedo.

—Porque he notado que no te gustaría.

—Es posible. No me gusta que mis amigas salgan con tíos que no me caen bien y tener que aguantarlos, es una manía que tengo.

—Los dos sabemos que ese no es el motivo.

—¿Los dos? —pregunto curiosa, pero de nuevo sonrío y cambio de tema.

—¿Te gusta el sitio?

Sí, aunque un poco menos la compañía.

—Agradable. El pueblo es bastante bonito.

—No sé por qué no vengo más a menudo —dice echando la vista a la ventana.

—¿Por eso la casa está tan abandonada? ¿Porque no venís?

—Todos estamos muy ocupados. Me gustaría reformarla. Lo pienso de vez en cuando, pero... Todos tenemos otras prioridades —musita esto último.

—Porque, aunque no lo reconozcas, tú también eres un adicto al trabajo.

—Diría que mi trabajo nada tiene que ver con el tuyo.

—En eso llevas razón. —Me retiro un mechón de pelo de la cara—. Yo tuve que estudiar

mucho en la universidad y en la escuela de derecho. Tú te dedicaste a... otra cosa.

—¿Estas menospreciando mi trabajo, otra vez? —Alza las cejas.

—No, pero es diferente.

—No tienes ni idea de la presión a la que estoy sometido. —La camarera deja dos platos similares delante de nosotros.

—Ni tú conoces la mía. Si cometo un error, una persona puede ser encarcelada por mi culpa.

Comienza a comer y se queda en silencio. No me responde como esperaba. ¿Suele hacer esto muy a menudo? ¿Le gusta jugar al chico misterioso?

Frunce el ceño, mastica y traga.

—Conseguirás que lo absuelvan, ¿verdad? —pregunta con un deje de desesperación que trata de esconder.

—Siempre gano mis casos.

—Anoche creo que ofendí a mi hermano.

—¿Qué pasó? —me intereso.

—Malinterpretó mis palabras y pensó que yo creía que era culpable.

—Si te soy sincera, tienes un don para decir cosas inoportunas. Pero ¿piensas que lo es?

—No, no, no. Mi hermano ha cometido errores, pero no es la misma persona, ha cambiado. Me malinterpretó. Me siento raro, ¿sabes? Como tratando de justificar todo el rato que mi hermano, aunque se haya vuelto a meter en líos, está por encima de esas cosas y es una buena persona.

Mientras escucho a Oliver sincerarse, lo observo detenidamente. Su expresión, su voz, todo en él parece más auténtico en este momento de vulnerabilidad. A pesar de ser una figura pública, un ídolo americano del béisbol, veo en él a un hombre común, con sus dudas y preocupaciones. Y paradójicamente, esa humanidad lo hace aún más atractivo, más real, más auténtico. Cuando lo conocí en la Swim Week, acompañando a mi hermano el año pasado por estas fechas, no llegué a mantener con él más allá de un par de conversaciones mundanas. Obviamente me resultó atractivo, a pesar de que los obligaron a posar a él, a mi hermano y Alex Hudson, jugador de hockey, en bañadores turbo fluorescentes horteras.

—Es normal, supongo. A veces, incluso los familiares más cercanos dudan de la inocencia de sus seres queridos cuando se ven en situaciones complicadas como esta. Lo veo a menudo.

La camarera interrumpe nuestra conversación al rellenar las tazas de café.

Me concentro en mi plato. Llevo la mezcla a mi boca y saboreo cada bocado. Los huevos están esponjosos y en su punto justo, al igual que el tocino que se deshace en mi boca con un sabor ahumado delicioso.

—Por una vez, te voy a dar la razón en algo —digo tras sorber un poco de zumo.

—¿En serio? ¿Debo prepararme para el fin del mundo?

—No te emociones demasiado. Es solo esta vez.

—¿Y a qué debo este milagro?

—Puedo asegurar que este *brunch* es el mejor que he probado en la vida.

—No sé si puedo atribuirme el mérito porque estos huevos no los he cocinado yo.

—No puedes, pero te agradezco la invitación.

—¿Das por hecho que voy a pagar yo? Los niños no llevamos dinero nunca —bromea.

—Los niños grandes sí. —No sé por qué, pero yo también sonrío. Ambos lo hacemos.

Terminamos de comer en silencio y la camarera se lleva los platos vacíos y nos deja a solas de nuevo. Mientras observo cómo se aleja, una extraña sensación me recorre. No me hace ninguna gracia que este tipo me guste de esta manera y en mi mente resuena una voz de advertencia: *No te dejes llevar, Ava. No es más que un cliente.*

OLIVER

De vuelta a la cabaña, el teléfono me suena un par de veces, pero voy concentrado en la carretera y decido no contestar. Cuando lleguemos, le devolveré la llamada a quien sea que insiste tanto.

—¿No contestas? —me pregunta Ava.

—No creo que sea importante, puede esperar.

—Yo debería llamar al bufete e informar de mi situación. Aún no lo he hecho, se me ha pasado por completo.

—Tampoco lo han hecho ellos, no deben estar echándote mucho de menos —dice con cierta sorna. Ya me he dado cuenta de que le encanta chincharme siempre que puede.

—Tengo bastante libertad si no tengo que asistir a alguna reunión, confían en mí. Además, ahora mismo solo me ocupo del caso de Neil y no tengo otros clientes a los que atender. Toda mi concentración está puesta en vosotros.

Cuando llegamos a las inmediaciones de la cabaña, Neil sale a nuestro encuentro. Su rostro refleja una mezcla de alivio y ansiedad.

Aparco y salimos del coche a su encuentro.

—¿Qué sucede? ¿Va todo bien? —le pregunto, tiene el gesto desencajado.

—Sí, me he agobiado un poco al verme aquí solo y papá me ha llamado preguntando por qué no le contestas al teléfono. Ya sabes cómo se pone cuando no puede localizarte.

—Lo llamaré ahora mismo. ¿De verdad te encuentras bien?

—Sí, tranquilo, ya estoy mejor.

—Atiende a tu padre, yo me quedo con él —anuncia solícita Ava.

Asiento y me alejo un poco de ellos para responder las llamadas de mi padre.

—¡Por fin contestas! —me reclama— ¿Dónde se supone que estabas? Neil ha sufrido una especie de ataque de ansiedad, no es conveniente que lo dejes solo.

—He ido al pueblo a comer algo. No quiero sentirme como en una cárcel, papá.

—No se trata de eso, Oliver, tienes un montón de terreno para salir y respirar aire fresco y, por lo que me ha dicho Neil, ya has ido al pueblo esta mañana..., pero no te llamaba por eso.

—¿Y qué precisa tanta urgencia?

—La Swim Week.

—¿La qué?

—La chorrada esa de la pasarela de bañadores que este año se celebra en Cancún. He intentado eludir el evento, pero me temo que vas a tener que ir.

—¿Primero me recriminas que he dejado a Neil solo y ahora me pides que me marche a Cancún?

—El presi ha insistido que debes ir, estaba programado en tu agenda de eventos desde el año pasado, firmaste la nueva colaboración allí, ¿recuerdas? Creen que, si no asistes, la excusa de tu retirada del equipo una temporada por una lesión de hombro no se sostendrá y levantará sospechas.

—¿Y qué hacemos con Neil? —miro hacia mi hermano y Ava, sentados en el porche. Ella trata de calmarlo acariciándole la espalda con la palma de la mano.

—Tu madre y yo podemos desplazarnos hasta Greenwood y estar con él hasta que vuelvas.

—Mamá lo pondría más nervioso, ya sabes cómo es y lo mal que lo está pasando ella con todo esto. Además, esta cabaña es enana y el sofá no está en condiciones para pasar demasiadas noches en él.

—¿Y qué propones? ¿Alquilar otra? No hay tiempo material para eso, tienes que volar mañana por la tarde —apremia mi padre al otro lado del teléfono.

—No sé si lo sabes, pero estamos atrapados aquí. Han cortado la carretera por un desprendimiento de rocas y aún no han podido solucionar el problema. Ava está con nosotros.

—¿Ava? —pregunta, extrañado. No es muy bueno recordando nombres.

—Ava Black, la abogada que lleva el caso de Neil. Vino para hablar con nosotros y no ha podido volver a Nueva York.

Mi padre se queda en silencio unos segundos antes de volver a hablar.

—Hijo, tienes que volver a la ciudad como sea, un coche irá a recogerte al otro lado de la carretera, supongo que andando sí podrás cruzar y.... esa chica podría quedarse allí con tu hermano. Solo serán un par de días.

—No puedo pedirle eso, es abogada, no una voluntaria de asistencia emocional.

—Entonces llévate a Neil contigo —propone algo desesperado.

—Eso sí sería carnaza viva para la prensa. No, papá, no piensas con claridad. Lo mejor es que insistas en que no puedo asistir. Si le digo a Ava que alguien vendrá a recogerme, querrá volver a la ciudad conmigo, y con razón.

—Ofrécele más dinero.

—¿Te estás oyendo? Ava no es ese tipo de persona. —Me callo que es la mujer más orgullosa y tozuda que he conocido en mi vida.

Y que por eso te gusta tanto...

—Lo siento, Oliver, pero he hecho todo lo posible, Randy Levine no se anda con chiquitas, tienes que asistir y corroborar ante la prensa que estás lesionado y trabajando en tu recuperación, y no quedar mal con los patrocinadores de la Swim Fest. Si no lo haces, tendremos problemas mayores con el equipo.

Me encuentro entre la espada y la pared y, tras dar un largo suspiro, le digo a mi padre que mande el coche a recogerme y que yo me encargaré de solucionarlo todo.

—Bien, confío en ti. Mañana a las nueve irán a recogerte. Avísame si han despejado la carretera para entonces, si no, tendrás que caminar y cruzar a pie hasta el otro lado.

—Descuida, papá. Cuida de mamá y no la preocupes, dile que estamos bien.

—Siempre cuido de todos vosotros, ya lo sabes. Siento profundamente no poder haberte librado de esto.

—No importa, me consta que Levine es un hueso duro de roer.

Tras despedirme de mi padre, camino lentamente hacia donde están Neil y Ava para darles la noticia. Sé que lo que voy a pedirle con seguridad será un favor que sobrepasa con mucho las obligaciones de ella para con los Drake, y que probablemente hará que Ava ponga el grito en el cielo.

Me alejo de la cabaña unos metros y subo hasta una pequeña colina para poder pensar. En cuanto adelanto unos metros, las notificaciones de mi teléfono comienzan a saltar. Tengo una docena de llamadas de mi secretario, de Hans, mi jefe, y de Amanda. Bufo y me alarmo.

—¡Ava! ¡Creía que habías muerto! —grita Kevin al otro lado de la línea.

—Y yo que ni os habíais dado cuenta de que no era importante.

—¿Estás loca? Estoy harto de llamarte.

—¿El bufete se hunde sin mí? —Me enorgullezco.

—No tanto, pero ¿dónde te has metido? ¿Estás bien?

—Habrá poca cobertura, aunque anoche hablé con Amanda. —Esto último lo digo en un susurro, para mí—. Estoy bien, no puedo salir de Greenwood por un desprendimiento de rocas que ha cortado la carretera. Envíame lo más importante al correo.

—Ya lo he hecho. Espero que te haya llegado, como esta llamada. Pondré al despacho al tanto de lo ocurrido. ¿Cuándo podrás volver?

—Espero que mañana. —Me despido de él y envío un mensaje a Amanda.

Vuelvo a la casa de madera y me encuentro a Neil y Oliver manteniendo una conversación subida de tono en el salón. Callan cuando me ven entrar y los dos me miran.

—¿Qué ocurre?

Oliver tiene los brazos en jarras y Neil el rostro desencajado.

—Tengo que pedirte un favor personal —suelta el jugador de los Yankees.

—No necesito una niñera —interrumpe el hermano pequeño.

No tengo ni idea de qué hablan.

—Verás, Ava... Mañana debo volar a Cancún y... Tengo que rogarte, si es necesario, que te quedes con Neil. Solo serán dos días.

Los ojos van a salirseme de las órbitas. ¿De qué está hablando?

—¿Ya han abierto la carretera? —cuestiono.

—No. Vendrá a buscarme un coche —explica.

—Y nos marcharemos contigo.

—Eso es imposible. Neil no puede salir de aquí y no quiero que se quede solo.

—Vivo solo —se queja el interpelado.

—Pero no en estas circunstancias —le advierte. Después, se dirige a mí—. Ava, dos días. Dos días —repite—. No puedo eludir mis responsabilidades y...

Alza una mano y me corta.

—¿Podemos hablar en privado?

—¿Me estáis echando? —Neil se clava un dedo en el pecho.

—Por favor —inquiero.

Levanta los brazos y los deja caer en los costados.

—Esto es lo único que me quedaba por ver... —Se marcha entre farfullos.

—Oliver —digo cuando nos quedamos completamente solos tras el portazo de Neil al salir—. Yo también tengo mis responsabilidades. Cuando he subido la colina, tenía una decena de llamadas. Kevin me necesita.

—¿Quién es Kevin? —Frunce el ceño.

—Mi secretario. Tengo asuntos pendientes, mucho trabajo... Debo irme mañana contigo.

—Ava. —Da un paso hacia mí y se queda demasiado cerca; huelo su perfume, a cítricos, a hombre atractivo. ¿Perfumes de hombres atractivos? Me lo acabo de inventar. Drake me atonta—. No te he dicho algo que ya debes saber. Temo por la vida de mi hermano. Sé que guarda mucha información sobre las bandas y que su cabeza puede tener un precio. Y... antes me has dicho que no tienes ningún otro caso entre manos ahora mismo, que estás concentrada en el de mi hermano.

—Y pretendes que nos maten a los dos aquí. —Cambio el peso del pie.

—Nadie sabe dónde estamos. Estáis a salvo. Sin embargo, no me fío de que vaya a Nueva York en algún momento si no lo vigilamos. Sospecho que algo esconde. —Arrugo la nariz—. No es lo que piensas. No sé ni lo que es, pero algo me dice que no nos lo ha contado todo.

—Oliver, tiene que contármelo todo. Y permíteme que discrepe, mucha gente sabe que tú y yo estamos aquí, acabamos de venir de una cafetería repleta de gente.

—Por eso mismo Neil no ha venido con nosotros, es él el que puede estar en peligro y no se ha acercado al pueblo para nada. Quédate con él. Conectad. Quizá a ti te cuente lo que a mí no me ha contado.

Suspiro y lo pienso. Mi trabajo es ganar los casos, sea como sea, dentro de los límites legales.

—Está bien. Me quedaré.

—Gracias.

—No me las des. No lo hago por ti. Lo hago por él. Y por mí. No puedo encontrarme

sorpresas en el juicio. Eso puede llevarnos a un final fatal para todos, sobre todo para él.

Encuentro a Neil sentado en una piedra de color oscuro, brillante por la humedad y con musgo acumulado en la zona norte. No estuve en los *scouts*, pero mi padre nos enseñaba cosas sobre supervivencia.

—No me digas. Te ha convencido para que seas mi niñera —masca con las manos pegadas.

—Aprovecharemos para preparar tu declaración.

—Oliver siempre se sale con la suya.

—Quizá lleves razón, sin embargo, tengo que hacerlo bien y velar por tus intereses.

Agacha el semblante y respira.

—Estoy harto, ¿sabes? Yo no he hecho nada. Quiero recuperar mi vida.

—Y la recuperarás con mi ayuda, si colaboras.

—Voy a dar un paseo. ¿Te vienes? —me pregunta Oliver, asomado por el quicio del dormitorio en el que me he escondido para trabajar un rato con el móvil. Kevin me ha enviado varios correos.

—¿Adónde? —Le clavo la mirada.

—Al centro comercial. —Achina los ojos—. ¿Adónde crees? Hay un lago a dos kilómetros. Será ir y volver. Despejaremos la mente.

—Estás muy interesado en que te acompañe. No voy a caer en tus redes. —Lo chincho.

—Ni lo pretendo. —Vuelca los ojos—. ¿Te vienes o no? El sol se pondrá en dos horas y media.

—Vale. —Acepto porque estar aquí metida me tiene de los nervios.

—No puedes con esos zapatos. En ese armario —lo señala— hay unas deportivas de mi madre. A primera vista tenéis la misma talla. Están viejas pero limpias. Es una obsesiva de la pulcritud.

Avisa a Neil de que el paseo no se alargará más allá de una hora. Él corta leña con un hacha sobre el tronco de un árbol y nos informa de que no piensa acompañarnos.

—Tened cuidado con los osos —comenta.

Sigo a Oliver por un sendero estrecho. A cada paso crujen al romperse hojas y ramas pequeñas. Las sombras que proyectan la abundante vegetación oscurecen trechos del camino. Drake aparta algunas hojas grandes para ayudarme a cruzar.

—¿Ha dicho en serio lo de los osos?

—Hay que ir con precaución. Pero no suelen acercarse a los humanos.

—¿No tienen miedo?

—Son conscientes de nuestra barbarie con los animales y la naturaleza.

—¿Te preocupan los animales y la naturaleza?

—¿A ti no? —Me ofrece la mano para cruzar un charco. La tomo y una pequeña corriente eléctrica me recorre el brazo hasta el cuello—. Es el futuro que vamos a dejar a nuestros hijos.

—¿Quieres hijos? —sueno sorprendida. Quizá lo esté.

—Algún día. ¿Tú no?

—Algún día, pero no contigo. No te emociones —le digo sin bajar la guardia.

El aire fresco de la montaña me llena los pulmones y trato de despejar la mente de preocupaciones. Un viento frío me acaricia el rostro y juega con mi cabello. Trae consigo el aroma de pinos, robles y flores silvestres.

A medida que avanzamos, el silencio solo es interrumpido por el canto de los pájaros y el susurro del viento entre los árboles. El verde intenso del bosque contrasta con el suelo cubierto de musgo, creando un espectáculo alucinante.

—¿Estás cansada?

—No, no. Sigamos.

En lo alto de una colina detenemos el paso y nos quedamos contemplando la majestuosidad del valle que se extiende ante nosotros. La mezcla de luces y sombras crea un contraste fascinante. El sol allá en lo alto lo ilumina todo.

—Esto no lo hay en la ciudad —señala junto a mí con los ojos muy abiertos.

No respondo y disfruto de la paz que allí se respira hasta que escuchamos un gruñido a unos metros a nuestra derecha. Ambos miramos en esa dirección y un oso nos observa desde la distancia.

—Es solo un osezno, pero no te muevas.

—Es. Un. Oso —apunto cada palabra—. Va a comernos.

—Le puede la curiosidad. —Me agarra de la cintura y tira de mí hacia él con mucho cuidado y lentitud. Me coloca detrás de su cuerpo—. Demos unos pasos hacia atrás, los dos a la vez... —susurra—. Puede que tras él venga la madre.

—¿Intentas tranquilizarme diciéndome eso? Porque te advierto que no funciona. —Siento cómo me tiembla todo el cuerpo, él también debe notarlo.

—No hables, no te muevas y no los mires directamente a los ojos —me pide.

Acompasamos el movimiento durante unos segundos que se me hacen eternos, hasta que el suelo desaparece bajo mis pies y caigo por una ladera con Oliver encima. Damos vueltas haciendo la croqueta a niveles estratosféricos, hasta detenernos sobre una especie de arbolito con muchas espinas. Diría qué tipo es, pero soy de ciudad y no tengo ni idea de campo. No sabría distinguir una gallina de un gallo.

Abro los ojos y encuentro los de él cerrados y manchados de barro y... Su mano abierta sobre una de mis tetas.

—¡Oliver! —grito—. Esa es mi teta izquierda. —Los abre y lleva sus pupilas hasta ese punto. La retira y se incorpora suavemente.

—Disculpa, solo intentaba que no nos estrelláramos con ninguna roca.

—¿Agarrándote a mi pecho? —le pregunto en forma acusatoria a la vez que me levanto y me sacudo el culo.

Oliver me observa, preocupado.

—¿Estás bien? ¡Joder, menuda caída!

Me tomo un momento para recuperar el aliento del todo antes de responder.

—Estoy bien, solo unos rasguños. ¿Y tú? —Ignoro el incidente con mi teta porque parece un árbol de navidad el 20 de febrero.

También se limpia la vestimenta.

—Creo que estoy ileso, solo algo magullado.

Respiro profundamente tratando de mantener la compostura.

—Ha sido un accidente. Pero creo que hemos llegado al fondo del terraplén.

Oliver observa a nuestro alrededor a ver si reconoce algún punto que le sirva de referencia.

—Sí, parece que sí.

—¿Podrás guiarnos de vuelta? Esto es lo último que me faltaba.

—Sí, encontraremos el camino de vuelta. Vamos, tenemos que movernos antes de que oscurezca por completo.

—Sigo pensando que eres gafe y que estar en el campo no te sienta bien, aumenta tu mala vibra —apunto algo molesta.

—Y yo que esa mala suerte la has traído tú de la ciudad hasta aquí. ¿Se puede saber qué narices te pasa conmigo?

—¿A mí? Nada.

—Es por lo de tu amiga, ¿verdad?

—No sé de qué me hablas.

—Reconoce que te has puesto celosa.

—¿Celosa? Mira Oliver, tú y yo tenemos una relación estrictamente profesional. Presumo de no haberme extralimitado jamás con un cliente. Tú, querido, no vas a ser una excepción. Si quieres salir con Amanda, adelante, sois dos personas libres.

—Ya te he dicho que no voy a pedirle una cita, no insistas.

—¡El tema lo has sacado tú! ¿No tienes otros *hobbies* que no sean sacarme de mis casillas?

—Sí, me encanta tirarme en caída libre por los barrancos con las mujeres por mochila. Deberíamos emprender la marcha ya, no he cargado la batería de mis ojos de robot con visión nocturna.

—Me alegra que reconozcas que no eres un ser humano normal. Eres como el hombre de hojalata.

—Lo dirás por lo duro que estoy. Mi cuerpo es puro acero, muñeca. Pero no te preocupes, no volveré a tocarte para ayudarte a cruzar un arroyo, o salvarte de unos osos, no quiero que vuelvas a sufrir un percance por pasarte mi mala vibra.

—Me parece bien, soy más que autosuficiente para cuidarme solita. Y mis tetas también...
—musito esto último.

No entiendo qué me pasa con este hombre. En un momento estoy pensando en él y siento que mi corazón se acelera, y al siguiente lo detesto tanto que me gustaría dejarlo abandonado en este bosque funesto para que se lo coman las fieras salvajes. ¿Cómo puede alguien despertar tantas emociones contradictorias en mí?

A regañadientes camino tras él mientras el sol comienza a ponerse, tiñendo el cielo de colores indescriptibles. La visión se vuelve cada vez más difícil a medida que avanzamos entre los árboles, pero no puedo permitirme perderlo de vista. Aunque no lo entienda del todo, sé que necesito mantenerme cerca de él para asegurarnos salir de este lugar.

Te detesto, Oliver Drake.

OLIVER

Avanzo entre los árboles con el sol ocultándose en el horizonte. La oscuridad se cierne sobre nosotros a pasos agigantados y la miro de soslayo para que la muy cabezota no se pierda, aunque ella debe estar pidiendo al universo que me coma una manada de lobos. No sé qué le pasa a esa mujer conmigo.

Aunque a veces no comprendo del todo sus cambios de humor, mi instinto se agudiza por protegerla, como si quisiera resguardarla del mundo entero, de cada persona y hasta de su propio carácter recio. Es como si, en medio de esta situación, mi preocupación por ella sobrepasara cualquier otra cosa.

—Procura no pisar en falso, aquí hay muchos terraplenes —le digo. Huelo su miedo desde aquí.

—¿No me digas? No me había dado cuenta hasta ahora —ironizo.

El sol desaparece unos minutos después y nos sume en la penumbra. En medio de este creciente manto de sombras, un sonido perturbador rompe el silencio de la noche: un aullido, un grito salvaje que resuena en la distancia y hace que se me erice el vello de la nuca, pero no me inmuto y sigo caminando.

—¿Qué ha sido eso? —Noto que Ava ha dejado de andar.

—Oh, ¿tienes miedo de los lobos, Ava? Pensé que eras más valiente que eso —bromeo con el fin expreso de que se calme.

—No es gracioso, Oliver. Estamos en medio de la nada y ese sonido no ha sido normal. —Gira el cuello hacia todos lados.

—Bueno, quizás sea un lobo solitario buscando su cena. Pero no te preocupes, no creo que seas su tipo ni el de nadie.

Ella obvia mi conato de broma.

—Eso ha sonado a algo grande y peligroso.

—Bueno, entonces... ¿qué te parece si nos movemos un poco más rápido antes de que nos alcance el próximo aullido? Eres una mujer capaz de cuidar de sí misma, así que...

—Por favor, no te separes de mí. Tengo miedo, en serio —solloza. Al escuchar el tono tembloroso en su voz, siento un pequeño pinchazo en el corazón y sé que me estoy pasando.

Retrocedo el metro y medio que nos separa y me acerco a ella con pasos cautelosos. Cuando percibo su respiración agitada y siento su cálido aliento rozando mi rostro, algo dentro de mí me impulsa a rodearla con mis brazos.

—No te preocupes, estoy aquí. No dejaré que te pase nada.

—Mi hermano te mataría. —Siento un escalofrío recorrer mi espalda cuando la nariz de Ava roza mi cuello al apoyar su cabeza en mi hombro. Un cosquilleo se apodera de mí y provoca que mi corazón lata un poco más rápido.

—No me preocupa lo que me pueda hacer tu hermano, me preocupa lo que pueda ocurrirte a ti.

—Mientes, sé que no me soportas.

—No miento —susurro—. Sé que he sido un idiota contigo, pero eso no significa que no me importes.

—Oliver... —su voz suena suave, casi como un silbido, y levanta la cabeza para encontrarse con mi mirada—. No me conoces de nada para que te importe de esa forma.

—Nos hemos encontrado en varias fiestas a las que has acudido con tu hermano y el año pasado en la Swim Week, y... insistí mucho en llevarte a casa ese día. Además, pensé en ti en cuanto me enteré de que habían detenido a mi hermano. ¿No te ha dado eso muchas pistas?

—En ninguna de esas ocasiones hablamos demasiado.

—Quizá no, pero eso no impide que haya pensado en ti más de lo que debería admitir —mi voz es firme pero suave, me acerco un poco más a ella y siento el calor de la cercanía de su cuerpo—. Y sí, puede que no te conozca tan bien como debería, pero eso no cambia que me gustes.

—Oliver, esto es una locura —su voz tiembla ligeramente, pero no aparta la mirada de la mía.

—Lo sé, pero a veces las mejores cosas surgen de la locura. —Le sonrío con ternura acariciando su mejilla con el pulgar—. ¿No crees?

—No, no lo creo. Solo intentas desestabilizarme y que me acueste contigo. Lo siento, no soy ese tipo de mujeres que frecuentas, tengo un poquito más de inteligencia. —Se aparta bruscamente.

Sé que mucha gente piensa que no tengo remedio, que soy un mujeriego empedernido y que uso a las mujeres a mi antojo, pero el hecho de que lo piense ella, hace que me duela. Aunque sus palabras me hieren más de lo que esperaba, decido no dejar que eso se refleje en mi rostro. Mantengo mi expresión serena mientras respondo:

—Solo era una broma, Ava. No deberías tomártelo todo tan en serio —le digo con una sonrisa forzada y me aparto un poco de ella para relajar la tensión. Pero por dentro sé que esas palabras no pueden borrar completamente el dolor que siento al pensar que me ve de esa manera.

—Deberías presentarte a audiciones para hacer monólogos cuando te retires, Drake, porque creo que tienes talento para la comedia.

—Puede que me lo piense, aunque mi instinto me dice que tu carácter rancio no te permite reírte ni un poquito de la vida.

Ava me mira con una expresión seria, como si estuviera evaluando mis palabras y mis gestos. Por un momento, me siento desnudo frente a ella, expuesto a sus juicios y observaciones.

—Tal vez tengas razón —responde en un vano intento de disimular su incomodidad con una risa forzada—. Supongo que mi sentido del humor no es para todos los gustos.

—Sigamos andando, estamos perdiendo un tiempo muy valioso —respondo, a sabiendas de que sus palabras han encontrado un punto débil en mí, uno que no suelo mostrar a nadie.

Estás jodido con ella, Oliver, muy jodido.

Por fin, a lo lejos diviso la luz de la cabaña entre la arboleda y suspiro. Drake sigue avanzando delante de mí, sin alejarse. Huele a una mezcla de su perfume y a hierba húmeda. Solo se escucha el sonido de nuestros pasos y de algún ave nocturna.

Al menos no nos persiguen los osos.

—Cuidado con esa piedra. —Oliver se detiene y se cerciora de que no tropiece y me caiga.

Bajamos una pequeña cuesta y pisamos la explanada que rodea la propiedad. Entramos en el salón y Neil se levanta preocupado.

—¿Dónde habéis estado? —pregunta.

—Hemos caído por una ladera —explica el hermano.

—¿Estáis bien? Parece como si os hubiera atacado un oso.

—Era enorme —anoto.

Neil abre tanto los ojos que se le pegan al techo.

—No era un oso, solo un osezo. Y no nos ha atacado —indica el otro.

—¿Ha sido por un oso o no? —cuestiona con los brazos en jarra.

Le contamos lo ocurrido y voy a darme una ducha. Drake llama a la puerta cuando me seco con la toalla.

—¿Sí?

—Soy yo. Traigo un botiquín.

Abro la puerta lo suficiente para que pueda darme la caja de plástico y nuestros ojos se encuentran.

—Avísame si necesitas ayuda —comenta.

—Estoy bien, gracias.

Cierro la puerta y bufo cuando me perco de un gran arañazo en la espalda que puede infectarse. Intento llegar a él de todas las maneras posibles, subo un pie en el lavabo y este tambalea.

Esta casa necesita una reforma con urgencia.

Me abrazo a mí misma con las dos manos y una gasa con desinfectante para heridas en cada

una de ellas. Imposible, lo mío no es la contorsión.

—¡Oliver! —lo llamo con un tono amigable por la abertura diez centímetros de la puerta.

—¿Todo bien? —Se asoma al pasillo.

Esta frase me cuesta horrores soltarla:

—Necesito tu ayuda. —Qué coraje me da reconocerlo. Podía pedírselo a Neil, sin embargo, aunque lo niegue, tengo más confianza con el mayor de los Drake.

Viene hasta mí.

—Dime.

—Tengo una herida en la espalda...

—¿Y?

—Que necesito que la limpies bien. Yo no llego.

Sonríe de medio lado.

—¿Quieres que lo haga desde aquí? —dice al ver que no abro más la puerta. La empujo con la mano y le pido que pase.

—Siento lo que ha pasado —se disculpa al ver mis magulladuras.

—Y yo —musito.

Me coloco frente al espejo y él baja con cuidado el filo de la toalla.

—¿No te duele? —Coge la gasa de mi mano y la pasa sobre la herida. Yo de espaldas, con las manos en mis pechos improvisando un sujetador.

—Ahora escuece un poco. —Ambos reflejados en el espejo.

—Puede que necesites puntos de sutura. En el pueblo hay un médico.

—No es para tanto. —De repente hemos convertido el habitáculo en una burbuja limpia y pura, lejos de nuestros temores, ridiculeces y odios.

—Tienes otra aquí. —Me toca sobre la cintura. Inicia el procedimiento y la cura—. Mañana te llevaré a que las vea el doctor.

—A ti también debería verte. —Me coloco la toalla en su posición original y le pido que se siente en el inodoro—. Quítate la camiseta —le sugiero y no hace ninguna broma. Y... Lee atentamente, esto sí que no es una broma. Esa espalda está hecha de algún material proveniente de un meteorito. Ahora, viéndola de cerca, a solo un palmo, y respirando sobre ella, me doy cuenta del trabajo tan duro al que está sometido diariamente para mantenerse así—. Tienes una herida grande aquí. —Toco su hombro—. Quizá deberías darte antes una ducha —susurro con mi pecho rozando su piel, alertada por el calambre que me recorre en un instante. El brillo de sus ojos se clava sobre los míos, los ilumina y los atraviesa, como si las garras de ese bebé oso se hubieran grabado en nuestra alma.

—Sí... —Suspira. Escucho su corazón latir tan rápido y fuerte como el mío, tan desesperado como yo.

En este pequeño refugio de madera, con el eco de la montaña aún latiendo en el aire, Oliver me agarra de la cintura con suavidad, con su rostro marcado por el barro y la piel aún sudada por la caminata y el esfuerzo, y me atrae hacia él con mucho cuidado, como si yo fuera una de esas flores que hemos pisado. La adrenalina se hace con mi cuerpo y me pierdo en la intensidad y Oliver Drake, The Hammer, sin opiniones macabras ni pensamientos funestos de una persona que, en realidad, no conozco.

Dejo que su labio apenas roce el mío y nuestros alientos se enreden. Suelto un pequeño gemido cuando sus dedos aprietan mi carne y un ligero temblor recorre las mías. Le devuelvo el beso con timidez de principiante y sellamos un pacto de complicidad, dejando las rencillas suspendidas en el tiempo.

Tras unos segundos, Drake se hace grande, me sube sobre la encimera y se acomoda entre mis piernas. Mi desnudez bajo la toalla. Hacemos el beso más y más intenso. Mis dedos tiran de su cabello y jadeamos al unísono cuando nuestros pechos chocan.

Toc, toc. El sonido de un puño sobre la madera nos interrumpe.

—La cena está lista —avisa Neil.

Drake y yo nos miramos y, sin decir ni una palabra, se retira de mí, me dice que lo lamenta y sale del baño.

Yo trato de respirar con profundidad para no ahogarme por lo sucedido. Me pongo la ropa limpia que me ha dado, supongo que también de su madre, y me pego la dignidad a la frente y tomo asiento alrededor de una mesa con dos hermanos que esperan con educación para lanzarse a la comida.

OLIVER

Joder, Oliver, concéntrate. Te enseñaron a trabajar bajo presión.

Esto se dice muy a la ligera, pero el beso que nos hemos dado Ava y yo en el baño hace solo quince minutos me impide hasta tragar con facilidad. Ella, sentada frente a mí, se encuentra sumida en el más absoluto silencio. Sin remedio, mi erección vuelve a estar en pie de guerra bajo la mesa.

Tranquilo, Hammer, no vamos a solucionarlo esta noche. Estoy seguro.

Lo reconozco, más vale tarde que nunca, llamo Martillo a mi pene. No quiero risas. Lo hago con propiedad, duro como una piedra y de un tamaño considerable; podría partir rocas con él, pero en este momento hasta diamantes.

Mierda. A ver cómo salgo de esta.

Por suerte, Neil comienza a hablar sobre papá y mamá y la erección desaparece. Mano de santo pensar en mis padres para alejar pensamientos impuros. Cuenta a Ava dónde crecimos y la infancia feliz que tuvimos. Recuerdo a mi padre diciéndome que no podía comprarme un juguete hasta que no cobrara y que se lo pidiera a Santa Claus. Cuando entendí que el dinero te da una libertad diferente, luché con uñas y dientes para ayudar a todos los que me rodean y me juré que eso no volvería a ocurrir y que mis hijos crecerían con todas las comodidades.

—Eh, Oli, ¿te acuerdas? —Arrugo el ceño—. Cuando fuimos a Atlanta y nos llevaron al Acuario.

Sonríó rememorando el momento en que cayó en una piscina con mantas raya.

—Casi te ahogas —comento.

—¿No sabías nadar? —pregunta Ava.

—Muy poco y me puse muy nervioso —interviene él.

Recogemos la cena, me doy una ducha y... Llega la temida hora de dormir. Doy un espacio prudencial a Ava para que se acueste y entro en el dormitorio cuando ya ha construido la barrera anti-Oliver.

Tengo un martillo. No una metralleta.

Observo la estructura de cojines durante unos segundos y me tumbo en la cama. No sé qué hacer con las manos. Parezco un adolescente a punto de acostarse con una chica por primera vez. Y aquí nadie va a acostarse con nadie.

Puedes apostar tu vida por eso.

—¿No vamos a hablar del beso? —Ava interrumpe mis pensamientos.

—Pensé que estabas dormida. O que fingías estarlo.

—No vuelvas a besarme.

—Tú también me has besado.

La escucho resoplar. Se incorpora y sus mejillas coloreadas llaman mi atención.

—Escucha, Oliver, no quiero que te pase nada. Me he asustado cuando hemos caído por el barranco, pero no me atraes en absoluto. No creas que vamos a mantener sexo juntos.

—¿Y separados? —Intento no soltar una carcajada. ¿Sexo juntos? ¿Quién habla así?

—¿Es una de tus bromas? Ni se te ocurra tocarme en mi presencia. —Levanta el mentón y un dedo.

—¿Estás loca? ¿Crees que soy un degenerado?

—Me has dicho que yo te gustaba. Ah, no, pero resultó ser broma. Eres... Eres... —Aprieta la mandíbula.

—Espero que algún día termines esa frase. —La corto, harto de que parezcamos dos adolescentes hormonados.

—Cállate. —Se gira y se cubre con la colcha hasta la cabeza.

—Vas a ahogarte. —Suelto una risilla—. Yo tampoco quiero que te pase nada.

—Que te calles.

OLIVER

—Oliver, esto es serio. Vas a una pasarela de moda lleno de rasguños —manifiesta mi padre sentado junto a mí en el jet privado del equipo.

—Eso lo cubren todo con maquillaje —le resto importancia.

—¿Y seguro que Ava está bien?

Un escalofrío me recorre al escuchar su nombre. La dejé dormida esta mañana, abrazada a una almohada. Me costó horrores dejarla porque temo que alguien averigüe el paradero de mi hermano y pueda hacerles daño. Me gustaría estar allí para protegerlos. Pero ni siquiera la prensa se ha enterado y eso que son unos carroñeros. No quiero ni pensar que los Tigers Gold sigan su rastro. Me dieron ganas de besarla anoche, por supuesto, y antes de marcharme. Cómo me gusta esa chica. Pura química, una exagerada. Su mirada fugaz pero intensa, su sonrisa tímida, sus gestos, a veces dulces, a veces arrogantes. Todo en ella enciende una chispa en mi interior y desata esa mezcla de sustancias en mi cabeza.

Su mera presencia despierta una sensación para mí desconocida hasta el momento, un irremediable fuego que me consume de una manera deliciosa y perturbadora. Hay algo que no logro descifrar, una historia de misterio la rodea, y me encantaría descubrirla, llegar a cada rincón de su ser, desentrañar sus secretos.

—Sí.

—Le agradezco que haya aceptado quedarse con Neil —comenta con sinceridad.

Mi padre sigue hablando mientras mi mente crea imágenes de Ava de muchas maneras: durmiendo en la cama, enfadada porque destrozamos la luna del coche, tranquila en la cafetería, temerosa al caminar de noche por el bosque, muerta de miedo ante aquel oso... Y un trozo de su alma se cuela en la mía, se amolda y se familiariza con ella. Estar cada vez más lejos de ella aumenta la conexión y nos acerca, al menos para mí.

Esto desafía cualquier lógica conocida.

—Quería aprovechar este viaje para decirte algo en privado. —Esto capta mi atención.

—¿Papá? —no me gusta su tono ni el semblante de su rostro ni la posición de su cuerpo.

—Estuve en el Bronx. Hay personas que han visto a tu hermano en sitios en los que no debería estar en más de tres ocasiones.

Lo que asegura, cae sobre mí como un jarro de agua fría.

—¿De qué estás hablando?

—Sigo teniendo contactos. Los Flores siguen trapicheando. Me entristece, pero es así. Me llamó Jon para comentármelo. Pensaba que Neil podría estar consumiendo de nuevo algo de marihuana. —Masajeo mi sien—. Mantuve una reunión con él y su hijo mayor. Ha estado en la calle ciento ochenta y tres, al oeste del río.

—Las bandas no suelen reunirse ahí. Es un lugar familiar.

—Y aprovechan eso mismo para pasar desapercibidos. Algo no me gusta. Estoy muy preocupado.

—Volveré a hablar con él a la vuelta.

Me gustaría decir que duermo a pierna suelta, pero anoche estuve investigando y llamando a amigos del distrito y uno de ellos me confirmó la información que mi padre me había dado. Por esto, he estado dándole vueltas a la cabeza toda la madrugada y mañana desfilaré como un zombi.

No eres modelo, Drake, eres jugador de béisbol. El mejor.

La maquilladora que me asignan para la Swim Fest pone el grito en el cielo cuando me ve llegar al set y me pide que tome asiento lo antes posible porque «arreglar este desastre», palabras textuales, va a llevarle un rato.

—He tenido un accidente —me excuso como si me importara.

—¿Te ha atacado un animal? —pregunta.

—Más o menos. —No logro evitar una pequeña sonrisa al recordar dónde se posó mi mano en la caída y cómo se puso Ava porque le toqué una teta.

Si ni lo disfruté.

Mi padre habla con otros representantes y observo de lejos que da la mano a Robert, el de James Black, el hermano de Ava. Espero a que Susan, así se llama la chica que me ha puesto demasiados polvos, a mi parecer, termine y me levanto para ir a saludar a Black. Si se entera de que he besado a su hermana, me corta el martillo.

—¿Black? —Pongo mi mejor sonrisa—. ¿También te han engañado para volver aquí? —Chocamos las manos y nos damos un abrazo.

—Eso me temo. ¿Cómo estás? He oído que tienes problemas.

Ni te lo imaginas.

—No más que tú —intento bromear, porque si supiera quién me está ayudando, no sería tan agradable conmigo.

—Necesito una buena abogada. He despedido al imbécil del mío. —Tanteo el terreno. A lo mejor hasta me aconseja que la llame.

—A mi hermana ni te acerques. —Cambia el semblante a uno muy, muy serio.

Vale, la jugada ha sido fallida.

Terreno pantanoso.

—Tío, solo necesito una buena profesional y me consta que Ava lo es. Hablan muy bien de ella en Nueva York. —Un último intento para que entienda que necesito a una buena profesional para que saque indemne a mi hermano.

Me observa de arriba abajo, dispuesto a partirme la cara. Dejo de insistir o salimos en los diarios dándonos puñetazos.

—¿Drake? ¿Black? —Alex Hudson nos interrumpe y lo saludamos de igual forma que lo hemos hecho nosotros. Salvados por un jugador de hockey; no uno cualquiera, sino el mejor de la liga americana y canadiense. Vive en Vancouver—. He conocido a tu asistente, una mujer muy atractiva —se dirige a él.

—No solo es su asistente... —comento con ironía. Él bufa y confirmo que las habladurías son ciertas—. No te pongas así. He visto una foto en una revista de cotilleos. —Me quedé a cuadros cuando los vi besándose en un garito y bailando de una manera que invitaba a, como diría Ava, mantener sexo. Yo lo llamaría follar como animales. Seguro que lo hicieron.

—¿Ahora te van los cotilleos? ¿Lees prensa rosa?

—Mi asistenta las compra y las deja por la encimera de la cocina —me excuso, pero es mentira. Mi asistenta solo viene una vez a la semana y la mujer lee a Shakespeare, James Austin y otros clásicos. Lo sé porque he hablado con ella del tema.

—Señores, vamos a comenzar. Tienen que ir a maquillaje. —Un miembro del *staff* nos reclama y vamos tras ella.

—Yo ya estoy maquillado. ¿Qué vais a hacerme ahora? —pregunto ante la mirada atónita de mis amigos.

—Repasarte. ¿Has abrazado a alguien? Se te ha deshecho en el pecho y se ven los arañosos —me regaña Susan.

—¿No puedo tocar a la gente?

—Después de ser maquillado no. —Tomo asiento en la misma silla que antes.

—No soy modelo. Hago esto porque me obligan.

—Y yo para ganarme la vida. No te muevas.

Me resulta curioso y gracioso la manera de hablarme de esta chica desconocida, pero no hago alusión y me porto bien. Si estuviera aquí Ava, le demostraría que no soy un niño pequeño.

Al despertar en la cabaña, los primeros rayos de sol acarician mi rostro y me devuelven a la vida. Abro los ojos lentamente y siento la quietud que envuelve el ambiente, como si el mundo entero se hubiera detenido a esperar mi regreso a la realidad. Un suspiro nostálgico escapa de mis labios al darme cuenta de la ausencia del hombre que hace latir más fuerte mi corazón.

Drake...

Con pasos quedos, me deslizo por la casa. Bajo mis pies percibo la madera gastada y el aroma a cedro que impregna cada rincón. Observo la mesa vacía en la que ayer compartimos conversación al calor de la chimenea. Se me hace un nudo en la garganta al recordar que pasará dos días fuera. Ni yo misma me explico esto.

¿Qué pasa, Ava?

El silencio que se cuela por las rendijas me envuelve en un abrazo melancólico y me estremezo.

—¿Dónde está Neil? —musito para mí.

Me detengo frente a la ventana y contemplo los alrededores cubiertos del azul intenso del cielo. Cojo uno de los abrigos de hombre que cuelgan de unos apliques de hierro de la pared y salgo en su búsqueda. Miro en el patio delantero, en el trasero y en la explanada en la que entrenan. Observo la oscuridad que forma la arboleda y pienso en el oso que nos acechó a solo dos kilómetros de aquí, así que entro en la cabaña y hago un poco de café. Me extraña que la cocina no tenga rastros del desayuno del pequeño de los Drake y me asomo para comprobar si el coche sigue aparcado. Frunzo el ceño al ver que no está.

Ha debido ir al pueblo.

Desayuno y trabajo con el móvil al mismo tiempo. Mantengo una reunión con mi jefe por Skype, que va y viene por la conexión a internet, y respondo y escribo nuevos correos. Busco papel y bolígrafo en los cajones de un mueble del salón y hago algunas anotaciones que guardo dentro de mi bolso.

Neil cruza la puerta dos horas más tarde cargado con bolsas de la compra.

—Te he enviado un mensaje —aviso.

—Lo siento. Dejé el móvil aquí. —Lo señala sobre una silla.

—Neil, estoy aquí para asegurarme de que estás bien. No puedes desaparecer así, es peligroso que vayas solo al pueblo —le sermoneo.

—¿Te he enfadado? —Hunde el pecho.

—No, no, solo quiero que recuerdes que estás aquí para escapar de la prensa y de cualquier cosa que pueda involucrarte. —Me levanto y lo ayudo a colocar la compra—. ¿Has hablado con Oliver esta mañana?

—No, pero eso son buenas noticias. Estará pasándolo bien. —Cierra un armario tras introducir en él dos botes de tomate natural—. Voy a hacer el almuerzo, uno especial. Vas a chuparte los dedos.

—¿Puedo ayudarte? No hay mucho que hacer por aquí.

—Ve a dar un paseo. —Mi cara de horror le alerta—. Vale, vale. —Ríe—. Te nombro mi ayudante de cocina. Empieza a cortar la verdura a trocitos muy pequeños.

Eso que ha dicho sobre Drake y que debe pasarlo bien hace mella en mí. Me convierto en una persona tóxica y lo imagino de fiesta, rodeado de mujeres y besando a otras.

Ava, no estáis saliendo, me reprendo.

—Ahora vamos a poner el tomate —indica Neil media hora más tarde—. Y esperaremos a que se haga a fuego lento. Mi madre lo hace así. Nos enseñó a cocinar desde muy pequeños.

—No me creo que Oliver sepa cocinar, dijiste que no sabía ni freír un huevo.

—Sabe y muy bien, lo dije para chincharlo. —Con la yema del dedo me limpia algo en la nariz—. Te ha salpicado salsa —explica.

—Gracias.

Aprovecho el almuerzo para hablar con él y preparar su defensa, no obstante, él me ruega que lo dejemos para más tarde y disfrutemos de la comida cubana que acabamos de preparar juntos.

—Eres abogada veinticuatro horas al día, ¿no es cierto?

—No puedo evitarlo. —Encojo los hombros.

—¿Por qué decidiste entrar en la escuela de derecho?

—Me encantaba ver programas de crímenes y series de abogados. Quería ayudar a la gente.

—Yo también... —expone con la mirada fija en el tenedor que sostiene en la mano.

—Neil, ¿te sientes defraudado por lo que ocurre?

Niega.

—Sé por qué lo hacen.

—Quieren que guardes sus secretos. —Él lo piensa unos segundos y después asiente dos veces.

Lo ayudo a cortar la mala hierba del porche y nos tomamos un café preparando el caso. Tras dos horas y un día entero de conversaciones de todos los estilos, reparo en la bondad de este hombre y en su incapacidad de hacer mal a nadie, pero, aun así, sé que algo me esconde.

—¡Ava! ¡Mira! ¡He encontrado magnolias! —grita Neil. Le he contado que me gustan esas flores—. Toma, las he recogido para ti. —Me ofrece un precioso ramo sobre el porche, allí he salido a que me diera el aire después de ducharme.

—Oh, gracias por el bonito detalle. ¿Cómo podría agradecértelo?

—Es un regalo. Ahora voy a darme una ducha y cenamos algo. El día ha sido muy largo. ¿Qué te parece?

—Perfecto. —Busco un jarro y le echo agua, coloco las flores con cuidado dentro de él y adorno la estancia con un centro de mesa de colores rosados.

El teléfono de Neil suena sobre la encimera. Le echo un vistazo a la pantalla.

—¡Neil! ¡Oliver te llama!

—¡Cógelo, por favor!

Le hago caso.

OLIVER

Al caer la tarde, la brisa marina se cuela entre las palmeras. Juguetea con los suaves destellos de luz que se deslizan por la pasarela de moda cerca de la playa. El sol se esconde lentamente en el horizonte pintando sombras alargadas sobre la pasarela.

—¿Qué cojones hacemos aquí? —digo a Hudson que no se ve tan desubicado como yo, rodeados de un equipo diverso y coordinado que trabaja con precisión para que el espectáculo sea impecable. En el *backstage* nos encontramos con diseñadores y estilistas.

—Yo pienso follar esta noche. ¿Ves a aquella chica? Hemos quedado después. —Una morena muy alta y delgada le sonríe y le guiña un ojo. Un ayudante de diseñador le ajusta la prenda con agujas para que le quede impecable y resalte su natural belleza.

—Buen plan —respondo y alzo el brazo para saludar de lejos a un conocido.

—Te conozco. El tuyo será el mismo.

Farfullo por dentro. Con la que me gustaría follar se encuentra a demasiados kilómetros de aquí y dejó claro que eso no ocurriría jamás.

—Voy a cenar con mi padre.

—Oh. —Se pone la palma en el pecho—. El hijo predilecto. —Vemos a James Black y Jess Olson tontear antes del espectáculo—. James esta noche también moja.

—Supongo... —musito con la mente en otra parte, en la habitación de una cabaña, en su cuerpo, en su rostro y su calor.

—Drake, ¿qué te ocurre? ¿Te has enamorado? —bromea, pero mi reacción le extraña—. Joder, tío. Te has enamorado. ¿Qué haces? El amor no va con nosotros.

—No me he enamorado. ¿Estás loco? Bastantes problemas tengo ahora mismo.

—Lo sé. Lamento lo que te ocurre. Todo saldrá bien. —Me da un golpe en la espalda.

—Chicos, comenzamos en dos minutos. —La organizadora se acerca y nos avisa—. Salís antes que Black.

Las modelos pasean con elegancia, lucen trajes vaporosos sobre los bikinis, que ondean al compás de la brisa, con colores brillantes. Los espectadores, sentados en sillas blancas dispuestas estratégicamente, contemplan el espectáculo con admiración y aplauden al compás de la música suave que se cuela por los altavoces, mezcla de jazz y swing. El aroma a salitre y flores tropicales impregna el ambiente y transportan a todos los presentes a un universo de belleza y glamur. Yo en cambio me siento como pez fuera del agua.

Alex se mueve con maestría, como si hubiera nacido para ello, James trata de poner buena cara, pero le molesta tener que salir con su exnovia, Gabriela, con la que tuvo demasiados altibajos y a ella le gusta hablar y contar trapos sucios y limpios a la prensa.

Me encuentro con Alex al salir del evento y compartimos coche al darnos cuenta de que nos hospedamos en el mismo hotel. Mi padre nos acompaña, pero habla por teléfono con mi madre sentado junto al chófer.

—¿Cuándo vendrás a Nueva York?

—¿Por qué no vienes a visitarme a Vancouver?

—¿Canadá? No, gracias —bromeo, sin duda.

—Jugaremos en Nueva York. Tenemos un partido muy importante.

—Contra los Devils —apunto, conocedor de esto—. Iré a verte.

—No me cabe la menor duda.

—Dime una cosa, ¿cuántos dientes te has roto ya?

Suelta una carcajada.

—Muchos, pero tengo un buen dentista. —Me enseña la dentadura, blanca y perfecta.

Yo también río.

—Oliver, tengo que asistir a una reunión en dos horas. Una posible colaboración con una marca importante. ¿Te importa cenar solo? —Mi padre mira hacia atrás.

—Si no queda más remedio... —ironizo. Estoy deseando llegar y acostarme.

—Cenará conmigo —interviene Hudson.

—Tienes una cita. No puedo creer que se te haya olvidado. —Alzo una ceja, seguro de que algo prepara su perversa mente.

—Kate vendrá con una amiga. —Se acerca unos milímetros a mi oreja—. Pensaba hacer un trío, pero puedo hacer una excepción por ti.

Meneo la cabeza y niego, pero Alex se gana el título a la persona más insistente. Me ducho, me pongo un pantalón vaquero, una camiseta blanca básica de manga corta y unas deportivas y lo espero en el bar del complejo de lujo. Llega tarde, como siempre, y flirtea con la camarera que nos atiende en cuanto se acerca a nosotros. Ella le sigue el rollo y esta le da el teléfono tras una corta conversación.

—Hay que aprovechar las oportunidades —comenta al guardarlo en su bolsillo.

—¿No vuelas de vuelta mañana?

—La invitaré a Vancouver. Soy todo un caballero con las mujeres.

—Ava tendría mucho que decir al respecto —se me escapa.

—¿Ava? ¿Así se llama la mujer que te gusta? —Bebe un sorbo de su copa de ginebra.

—No, no... —Me pillas con las defensas bajas.

Joder, he metido la pata.

—Ummm... Un nombre sexi... Ava...

—Es una amiga. Siempre está regañándome.

—¡Joder! ¡Ava Black! —Cae en la cuenta de repente—. ¿Te estás tirando a la hermana de Giant?

—No es así.

—¡James va a matarte! —Se carajea—. Me encantaría estar presente cuando se entere y te arranque la piel a tiras. —Se levanta del sofá sin avisar—. Ahí están las chicas. —Lo imito.

Él las saluda con cortesía y nos presenta. Kate, una mujer morena, de rasgos marcados y ropa sexi. Mi cita imprevista se llama Samara, parece agradable, de pelo rubio y conversadora.

Pasamos al restaurante, a un salón más privado, y trato de pasarlo bien, pero no puedo evitar comparar a Samara con Ava. La chica está instruida, trabaja como regidora en un canal de televisión local y no le impresiona cenar con dos grandes del deporte y, además, tiene un humor que me atrae, pero... No es Ava.

Ava, Ava, Ava.

—Disculpad, debo hacer una llamada. —Me levanto en medio del postre y salgo a una terraza a que me dé un poco el aire. Respiro y saco mi teléfono del bolsillo del pantalón.

Marco el número de Neil y...

—¿Oliver? —No contesta él.

OLIVER

—¿Oliver? —La voz de Ava me pone muy nervioso.

—¿Qué haces con el teléfono de Neil?

—Está en la ducha. Me ha dado permiso para atender la llamada. Sabe que eres tú. ¿Va todo bien?

Desde mi posición elevada, veo toda la ciudad de Cancún con sus altos edificios y sus hoteles que se alzan hacia el cielo, reflejando la luz del sol del atardecer. El mar Caribe se extiende hasta el horizonte, con algunos barcos que navegan tranquilamente en la distancia. La brisa marina refresca mi rostro, lleva consigo el característico aroma salado del mar. Los sonidos de la ciudad poco a poco se van calmando. El bullicio de los turistas y de los locales recorre las calles, marea de luces que fluyen mientras las palmeras y la selva que rodean la ciudad observan en silencio.

—Quería asegurarme que va todo bien en la cabaña.

—Hemos estado preparando la defensa. Neil es un chico maravilloso. —Me pone celoso esta afirmación, aunque claro que lo es—. Ha hecho mucho por la comunidad en muy poco tiempo. ¿Sabes que parte de su nómina la dedica a ayudar a varias familias que no llegan a final de mes? —No respondo y la dejo hablar con espinas clavándose en mi corazón—. Enseña a jugar a béisbol a un grupo de chicos tres veces a la semana y da clases particulares a otros tantos para que aprueben las asignaturas. —Se le llena la boca hablando de mi hermano.

—Veo que os habéis hecho buenos amigos.

—Tengo que conocerlo al máximo y estar solos nos está sirviendo para que se abra conmigo. Debo agradecerlo a ti. —Esto es una lanza que me atraviesa. Me lo tengo merecido, por idiota, por no jugar mis cartas con ella. Se enamora de mi hermano y voy de invitado de honor a la boda.

Damo de honor.

Me revuelvo el pelo y miro al infinito ante otro pensamiento: me encantaría que ella estuviera aquí a mi lado.

—Oliver, te estamos esperando. —Samara viene en mi busca.

—Eh... Un momento. —Intento tapar el auricular del móvil, pero ni siquiera sé si puede hacerse—. Ava, tengo que dejarte. Volveré mañana a media tarde.

—No te entretengas, una chica te reclama —replica.

—Ava, no...

—Estamos perfectamente sin ti. —Pi, pi, pi, pi... Cuelga.

—Mierda —mascullo.

—Oliver, cariño, un coche nos espera para llevarnos a una fiesta privada —indica.

En otra ocasión hubiera ido, habría bailado, bebido y nos hubiéramos acostado, pero no me apetece, ni la compañía femenina ni el plan, por Ava y por la situación de mi hermano.

—Voy a rechazar la invitación. Mañana tengo compromisos a primera hora.

Ella chasquea con la lengua y mueve el cuello de una manera muy sensual.

—Cuánto lo lamento. —Acaricia mi torso—. Puedo quedarme contigo... —susurra.

—Ve y pásalo bien. Llámame cuando visites Nueva York.

—Lo haré. —Me da un beso en la comisura de los labios y volvemos al salón.

Las armas de convicción de Hudson no logran hacer ni un poco de mella en mí y me subo a mi dormitorio a descansar. ¡Mis cojones descansar! Me desvisto y me observo frente a un espejo enorme que ocupa el salón. Soy el mejor jugador de béisbol de Estados Unidos y lo sé. Cada vez que piso el campo, los espectadores se quedan asombrados ante mi presencia imponente. Mi destreza y habilidad son incomparables, y nadie puede igualar mi talento. Cada vez que agarro el bate, sé que será un jonrón seguro. Mi fuerza y precisión son legendarias, y cada lanzamiento que enfrento es solo una oportunidad más para demostrar mi dominio absoluto en el juego. Los lanzadores tiemblan cuando se acerca mi turno al plato, saben que no tienen posibilidad alguna de vencerme. En el césped, mi empuje resulta imparable. Mi velocidad y agilidad me permiten atrapar cualquier bola que se acerque a mí, sin importar lo lejos que esté. Los corredores adversarios se detienen en seco cuando ven mi brazo poderoso lanzando la pelota hacia la base, saben que no tienen ninguna oportunidad de llegar a salvo. Soy el rey del diamante, el verdadero maestro del juego. Mi nombre se susurra en cada estadio y mi legado será recordado por generaciones venideras. Soy el mejor jugador de béisbol de Estados Unidos y nadie puede desafiar mi supremacía en el campo.

Todo esto me digo ante mi reflejo en el espejo, ante un cuerpo entrenado y definido, musculado y atlético. Brazos fuertes y tonificados, con los bíceps y tríceps bien desarrollados. Espalda ancha y poderosa, igual que mi pecho. Abdomen firme y marcado, abdominales delimitados. Piernas de hierro y pantorrillas robustas. Les gusto a las mujeres.

Pero no a ella.

¡Joder! ¡Soy un hombre poderoso y seguro de mí mismo! ¿Qué cojones me pasa?

Paso la noche mirando el techo, Ava domina todos y cada uno de mis pensamientos. Ella tiene una belleza única y una sonrisa que ilumina el mundo. Me atormenta qué puede estar pasando entre ella y Neil ahora mismo y si dormirán juntos. Me debato entre la esperanza de que ocurra algo entre nosotros y el temor de que llegue a enamorarse de mi hermano, sería muy fácil, Neil es una gran persona. Esta idea me consume por dentro y golpeo la almohada.

—Esto es una mierda y yo soy un imbécil —me digo.

Celos, deseo y una profunda tristeza.

Intento buscar respuestas, pero se me escapan. Me concentro en encontrar la paz en algún lugar. Consigo dormirme de madrugada y los sueños se mezclan con las pesadillas.

—¿Has estado de fiesta? Menuda cara que tienes. —Son los buenos días de mi padre en el bufet del restaurante, con un tono desafiante.

—No, papá. He dormido poco. Solo eso.

—No nos vendría bien que te fotografieran por ahí de fiesta mientras tu hermano se juega su libertad.

—Lo sé. Por eso estamos metidos en una jodida cabaña.

—Te has levantado de un humor de perros.

—¿Cómo fue la reunión de anoche?

Me lo cuenta ante platos de fruta, *bacon* y huevos revueltos. No me apetece que haya cerrado un trato para viajar por Europa durante dos semanas el próximo verano.

—Gajes del oficio, hijo mío. Hay cosas que tienes que hacer, aunque no te gusten, como lo de ayer.

OLIVER

El chófer nos traslada desde el aeropuerto Regional de Orange County hasta Greenwood, a unas treinta y cinco millas, y dejamos de lado la pequeña ciudad. Bajo la ventana unos centímetros y el viento acaricia mi rostro, frío y con un olor intenso a vegetación y barro; también juega con mi cabello y hace cosquillas en mi cuello.

Una emoción nueva burbujea en mi pecho y sonrío al sentirme cada vez más cerca de ella. Tengo ganas de verla. ¿Es posible que la haya echado tanto de menos? Me cambia el rostro cuando mi padre vuelve a hablar del viaje que tendría que hacer este verano por Europa.

No es mi trabajo promocionar una marca.

—La oportunidad que te han dado debería ser un sueño hecho realidad para cualquier jugador de béisbol —incide.

—¿Debería parecerme increíble? —suelto, cansado.

—Hijo, te lo mereces. Has trabajado duro para llegar hasta aquí. Y el presi se está replanteando que vuelvas antes; sabe la gran y buena publicidad que eres para el equipo.

El camino hacia la cabaña, sinuoso, y la conversación, seria. Mi padre sabe que este contrato es un gran paso en mi carrera y que me abrirá las puertas de Europa en otros ámbitos y quiere asegurarse de que estoy preparado para todo lo que vendrá.

—Ahora enfócate en tu juego. Europa será una experiencia increíble, pero no olvides que todavía tienes un trabajo que hacer en el campo.

—Lo entiendo, papá. Sé que esto es una gran oportunidad, pero no dejaré que afecte mi desempeño en el juego. Haré todo lo posible para mantenerme concentrado y seguir mejorando.

A medida que nos acercamos a la propiedad, el ambiente se vuelve más relajado.

—Este lugar me trae muy buenos recuerdos. Parecías feliz aquí cuando os traíamos de pequeños.

—No lo parecía, lo era. Fueron tan especiales para mí como para Neil. Nos encantaba pasar algunos días aquí, lejos del barrio.

—¿Recuerdas cuando te enseñé a pescar por primera vez en este lago?

—Aún puedo sentir la emoción mientras esperábamos pacientemente a que el pez mordiera el anzuelo. Fue un logro que siempre recordaré.

—Y las noches alrededor de la fogata, contando historias y asando malvaviscos... —mi padre suena nostálgico.

—Neil lloraba cuando se le quemaban. —Sonreímos—. Me encantaba escuchar tus historias.

—Oliver, ya no somos los mismos que éramos en aquel entonces, pero quiero que recuerdes que aquel pez te costó días pescarlo, pero lo conseguiste. Solucionaremos lo de Neil, aunque nos lleve un tiempo.

—Hemos llegado, señor. —El conductor estaciona frente a la cabaña.

—Gracias, Norberto. Ve al pueblo y echa gasolina. Nos iremos después de cenar.

—De acuerdo, señor.

Nos apeamos del vehículo y Neil sale a nuestro encuentro para dar un gran abrazo a papá.

—¿Dónde está Ava? —pregunto por mi deseo de verla.

Me muevo con soltura en la cocina, recojo y aseo la encimera para que, cuando llegue el señor Drake, la encuentre brillante y limpia. Neil me ha avisado de que su padre acompaña a Oliver y... Estoy nerviosa por eso, no por ver a su hijo mayor.

Dilo tres veces seguidas y te lo crees, Ava.

—Tardan demasiado —indica Neil, acomodando los cojines del sofá.

—Deben estar a punto de llegar. —Miro el reloj de mi muñeca—. Solo se retrasan veinte minutos.

—¿Habrás algún problema en la carretera? La radio informó que las rocas han sido retiradas.

—Te preocupas demasiado.

—Mi familia es lo más importante para mí.

Su respuesta me llega al corazón. Para mí, mi familia, también es lo más importante y me entristezco un poco cuando pienso en que papá ya no está entre nosotros. Recuerdo las tardes en el jardín, jugando a fútbol americano. Yo lanzaba la pelota, James la recogía y papá me subía en hombros y daba vueltas alrededor de un árbol.

—¡Deben ser ellos! —grita al escucharse el motor de un coche.

Sale corriendo hacia el patio y una ráfaga de aire frío entra por la puerta abierta, tirando una figurita de barro que hay sobre un mueble.

—Vaya... —musito y voy hasta ella para recogerla del suelo y que no vean el desastre.

Oliver entra cuando sigo agachada recogiendo trocitos muy pequeños con las manos.

—Ava. —Viene hasta mí y se arrodilla—. ¿Qué ha pasado? —Su olor consigue que mis vellos se ericen y hasta la garganta se me reseque.

—El viento lo ha tirado... Lo siento... —Lo miro y nuestros ojos se encuentran durante unos segundos en los que hasta el tiempo se congela. Su hombro rozando el mío... Otro escalofrío.

—No te preocupes. No es nada. Solo un muñeco que hizo Neil cuando era pequeño.

—Oh... —Se me parte el alma—. Yo...

—Hola, chicos. —Nos saluda e interrumpe su padre. Nos levantamos con los trocitos en las manos. Neil, de pie junto a él.

—Neil, lo siento, ha entrado una ráfaga de viento y ha tirado esta figurita que hiciste de niño

—me explico ante su cara de extrañeza.

—¿Eso? Era una rana que compramos en el pueblo —aclara, y giro el cuello para asesinar con los ojos achinados a Oliver que ha tratado de hacerme sentir mal.

—¿Otra de tus bromitas? —susurro.

—Veo que por aquí va todo bien. —Habla el patriarca de los Drake, Tomas—. Ava... —Da unos pasos y me ofrece la mano—. Gracias por todo lo que estás haciendo por mis hijos. —Paso los pedazos rotos a mi mano izquierda y se la estrecho con la derecha.

—Es mi trabajo —expreso y dejo prueba de que lo hago porque soy toda una profesional.

—Sea como sea, te lo agradezco. —Alza el mentón y olfatea alrededor—. ¿Has cocinado? Huele al guiso de merluza de tu madre.

—Ava me ha ayudado y hemos preparado la cena. Somos un gran equipo —enuncia el pequeño Drake. El mayor me repasa de arriba abajo y se detiene en mi rostro—. Ven, quiero enseñarte lo que hemos hecho en la parte de atrás. Ava también me ha echado una mano. —Desaparecen y los escuchamos charlar rodeando la casa por fuera.

—Vaya, habéis hecho buenas migas —dice Oliver y frunce el labio.

—Me cae bien. No es como tú.

—Yo soy un ogro... que te salvó de un oso.

—Era solo un bebé y aprovechaste para tocarme una teta —lo acuso.

—Veo que has adornado esto. —Señala el ramo de magnolias como centro de mesa.

—Me las ha regalado Neil —informo altiva.

Aprieta la mandíbula y puños. ¿Qué le pasa? ¿Está celoso?

—Me alegra que al menos uno de los Drake te guste tanto como para aceptar sus flores.

—¿Tú me has traído algo de Cancún?

—No —dice, y lo pilló desprevenido por el gesto que se ha formado en su cara.

—Entonces es que crees que no tienes competencia —me río para que capte que es una broma —, pero decidiré esta noche cuál de los tres Drake me gusta más. Tú padre se queda a cenar, ¿no?

Oliver tensa la mandíbula y mi diosa Venus y, bastante diabla, baila en silencio alzando el trofeo de los ganadores, hasta que un sonido atronador, un golpe y un silbido, la baja de su pedestal y la obliga a esconderse en las profundidades. Me sobresalto, al igual que Drake, y el silencio más denso y ensordecedor se apodera del momento, acompasado por el zumbido persistente de la adrenalina que bombea a través de nuestras venas.

Los ojos de Oliver se amplían por un instante antes de que se ponga en movimiento, su expresión tensa y alerta.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto.

—¡Agáchate! —ruge, me agarra del hombro y me obliga a tumbarme en el suelo.

Dios mío. ¿Eso ha sido un disparo?

Mis manos tiemblan pegadas al suelo y observo los ojos de Oliver brillar como dos linternas a pocos centímetros de los míos.

—No te muevas —susurra.

—¿Qué vas a hacer?

—Promete que no te moverás de aquí.

—Yo... —Sollozo. Él se levanta y cruza el salón y el arco de la puerta a toda velocidad— ¡Oliver! —lo llamo, desesperada, sin esperar respuesta por su parte.

—¡Neil! —clama y me estremezco.

Solo lo pienso un microsegundo. Me levanto, muerta de miedo, y lo sigo con el corazón martilleándome el pecho ante una oscuridad que nos envuelve. Cada paso que doy resuena en el suelo y rebota hasta recorrer cada trozo de mi piel.

De repente, un grito desgarrador rompe el silencio nocturno. Reconozco la voz de Neil. Un sollozo atraviesa la noche como un cuchillo afilado, envía escalofríos por mi espalda y aumenta la urgencia. Acelero el paso sin saber qué encontraré al llegar, pero me impulsa la necesidad imperiosa de comprobar que todo está bien.

—¡Oliver! —Lo vislumbro entre las sombras y él mira hacia atrás. Aprieta la mandíbula y duda si venir en mi busca o seguir su camino.

—¡Ava! —Me llama.

Otro disparo recorre la montaña, como si procediera de lo más alto, rodara por la ladera y llegara hasta nosotros como una roca caída del cielo.

Me agacho por inercia y Drake aligera el paso hasta mí, me abriga entre su cuerpo y me aprieta.

—¡Han disparado a papá! Oliver, ¡esos malnacidos han disparado a papá! —chilla el pequeño atemorizado por lo que pasa.

—¡No os mováis! ¡Vamos hacia allá! —le indica.

Se percata de que un coche desaparece, se escucha el derrape de las ruedas y espera para llevarnos hasta allí y lograr ver el cuerpo de Tomas, que yace en el suelo sobre un gran charco de sangre.

Mi cuerpo se paraliza y Oliver se arrodilla junto a su padre y Neil. Parece un sueño, una pesadilla de la que no consigo despertar ni pellizcándome.

—Tomas... —susurro con las lágrimas empañando mi visión.

—Ava, Ava —Me reclama Drake, sin embargo, yo sigo en esa pesadilla maligna—. Ava, por favor... —ruega— ¡Llama a una ambulancia! ¡Rápido! —exclama con determinación.

Corro hasta la cabaña y busco mi teléfono con la cabeza a punto de explotar. Se cae de mis manos convulsas y me agacho a cogerlo. Marco el número de emergencias y me atienden en seguida. Vuelvo hasta la familia Drake para informar al locutor con exactitud.

—Hay mucha sangre. Le han disparado en el pecho...

Neil aprieta la mano de su padre con desesperación, rogando un milagro.

—Trae algo con lo que taponar la herida —le pide Oliver diligente a su hermano. Este asiente y, sin pensar, se quita el abrigo y el jersey que lleva puesto y se lo tiende a su hermano mayor.

—La ambulancia está de camino —les digo tras colgar.

—Es por mi culpa, es mi maldita culpa. No debí ir al pueblo esta mañana, no debí hacerlo —gimotea Neil.

Oliver presiona la herida de su padre con fuerza, pero siento la tensión en su espalda a través del aire. Sin esperarlo, se vuelve hacia mí y, con los ojos marcados por la angustia, me reprocha no haber estado a la altura.

—¿Por qué le has dejado hacer eso? —me recrimina —Estabas aquí para asegurarte de que estuviera a salvo.

Mi voz desaparece, como la de La Sirenita, se mete solita en un bote de cristal y se la guarda la bruja del mar en el fondo marino. Ya no lucho por contener mis lágrimas, emergen sola, la situación me supera.

Impotente ante la situación, deseo retroceder en el tiempo y cambiar el rumbo de los acontecimientos, imposible de realizar.

Ahora te despertarás junto a Drake en esa cama incómoda.

Miro a Oliver y el dolor pesa entre los dos, se huele y se graba en nuestra alma.

Miro alrededor con el deseo intenso de retroceder en el tiempo y cambiar las cosas, pero sé que es imposible. Todo lo que puedo hacer es mirar a Oliver con ojos llenos de dolor.

—No le he consultado, simplemente lo he hecho —comenta Neil, desesperado.

—Y también has tenido tiempo de comprarle flores. ¿Estabais jugando a las casitas? —Se dirige a su hermano.

—¿Te has vuelto loco, Oliver? ¿De verdad estás pensando en esas cosas ahora? —le recrimina Neil, y con razón.

—Solo pienso en lo idiota que has sido, ¡joder!

Valoro lo desproporcionado e irracional de su reacción, en este momento y lugar, con la vida de su padre en juego, pero al observarlo con detenimiento (porque el tiempo no ha retrocedido, pero sí se ha ralentizado para mí), veo en sus ojos que los celos lo consumen por dentro y que lucha contra sus propias convicciones.

Respiro hasta llevar aire a mis pulmones, a cada célula, y trato de calmar mi mente. Debo enfocarme en lo que realmente importa: ayudar a Tomas, salir de esta, que sobreviva.

Por fin, el sonido de una sirena rompe el aire como si fuera un trueno y nos alivia, aunque sea un segundo, nos calma la esperanza.

El equipo médico nos pide que nos apartemos.

—Déjennos trabajar.

Somos testigos mudos de una escena escalofriante en la que tres profesionales luchan por salvarle la vida a un paciente. Nosotros, impotentes, observamos con preocupación y miedo ante el posible fatal desenlace.

Me gustaría acercarme a Oliver, ofrecerle consuelo y asegurarle que todo va a salir bien, pero después de lo que ha dicho, una barrera entre nosotros me impide hacerlo. Me quedo en mi lugar y ruego que consigan estabilizar a Tomas.

—¿Se va a poner bien mi padre? —les pregunta Neil.

—Haremos todo lo posible, se lo aseguro. La herida es grave y, al tratarse de un disparo, vamos a tener que avisar a la policía. Es probable que visiten el hospital para hacerles algunas preguntas tanto a usted como a todas las personas que hay aquí.

—Descuide, soy su abogada —decido intervenir—. Tenemos en cuenta el protocolo, no se preocupe. ¿Dónde lo trasladan?

—Lo llevaremos a Leflore, al hospital, pero si allí no pueden hacer frente a la gravedad de la herida con el equipo médico del que disponen, lo trasladaremos a Nueva York lo antes posible.

—Gracias, les seguiremos hasta dónde lo lleven.

—¿Puedo ir con él? —pregunta Neil. Se nota que se siente directamente responsable de lo que le ha ocurrido a Tomas.

Y lo es...

—En estos casos no es lo habitual, pero haremos una excepción. Dese prisa en coger lo necesario.

—Gracias, muchas gracias —musita Neil caminando a toda prisa hasta la casa.

Un largo viaje nos espera a Oliver y a mí hasta el centro médico donde llevarán a Tomás.

OLIVER

Conforme avanzamos por la carretera, cada minuto aparenta una eternidad con el estruendo de las sirenas acompañándonos en nuestra angustiosa travesía. Busco las palabras adecuadas para disculparme con Ava, pero mis propias perturbaciones me descontrolan y me impiden mantener la compostura.

—¡Joder, joder, joder! —golpeo el volante. Mi padre se desangra y yo no logro mantener mis celos a raya.

—Va a estar bien —musita ella, sentada a mi lado, encogida como si fuera una oruga.

—Siento lo que te he dicho —consigo enjaretar esta cadena de seis palabras, mi voz apenas un susurro entre el sonido del motor y el rugido del viento.

—No importa, entiendo que ha sido un momento de tensión —responde con la mirada fija en la carretera.

—Sí, sí importa —insisto—. Neil sigue metido en problemas. Lo que ha pasado no es tu culpa, es solo suya.

—¿A qué te refieres? —Sus cejas se fruncen y manifiestan su confusión.

—Nos ha estado ocultando cosas. Creía que quedándose contigo podrías sonsacarle algo más de información, pero... veo que habéis hecho buenas migas. Neil puede ser un gran embaucador, ha estado en una banda peligrosa que se dedicaba a cosas muy poco lícitas.

Ava se queda en silencio, asimilándolo, la oruga se convierte en mariposa, extiende sus alas y se hace grande.

—¿Insinúas que estos dos días he podido haberme enamorado de él porque me regaló unas flores? —gruñe.

—Solo digo que ahora mismo no es de fiar. Mira lo que le ha pasado a mi padre —mi voz se quiebra ligeramente.

—No ha sido Neil el que le ha disparado —replica con la pretensión de mantener la calma.

—Sí, lo ha hecho de manera indirecta. Debía habernos advertido de lo que pasa realmente para estar todos a salvo. Incluida tú —concluyo con un nudo en mi garganta que amenaza con asfixiarme.

No fui consciente del peligro al que exponía a Ava cuando logré convencerla para que se quedara con mi hermano. Ahora la miro por el rabillo del ojo y el peso de la culpa se apodera de mí. Esa bala podría haberla alcanzado injustamente. Ese pensamiento me estremece hasta lo más profundo.

—Yo estoy bien, no pienses en eso ahora —contesta y devuelve la mirada a la carretera.

—No puedo evitarlo, si te hubiera pasado algo... Yo... —Rememoro la conversación que he mantenido hace apenas una hora con mi padre de camino a la cabaña y de repente ya no puedo contenerme más. Las lágrimas brotan de mis ojos sin control, como si fuera un niño pequeño, perdido y asustado en un mundo que en un breve lapso de tiempo se ha vuelto demasiado grande y aterrador, en un pueblo en el que fui feliz, espacio privilegiado de evasión de los peligros de la ciudad...

Cubro mi rostro con una de mis manos y me escondo tras una capa invisible, avergonzado porque Ava vea a The Hammer envuelto en un llanto descontrolado que amenaza con ahogarme.

—Siento tanto haberte puesto en esta situación... — murmuro entre sollozos—. No deberías estar aquí. No deberías haber estado expuesta a este peligro.

Ella, esa mujer que me pone nervioso y me saca de quicio, a la que no entiendo y no consigo descifrar, dura por fuera y sensible por dentro, se turba y se angustia.

—Para en el arcén —pide—. Oliver, para en el arcén. Yo conduciré.

Asiento débilmente, demasiado agobiado por la culpa para poner objeciones a lo que propone. Estaciono a un lado de la carretera y con un movimiento torpe me deslizo hacia el asiento del pasajero mientras Ava se resbala detrás del volante. Ese sencillo contacto, el roce de nuestros cuerpos al cambiar de lugar, me produce una extraña sensación en el pecho. Un pequeño destello de luz consigue filtrarse a través de la densa oscuridad que me rodea.

Con un suspiro pesado, me dejo hundir en el asiento del copiloto.

—Todo va a salir bien, te lo prometo —afirma al punto que el motor arranca con un zumbido suave y se desliza de nuevo el vehículo hacia la carretera.

—¿Cómo puedes asegurar eso? —pregunto con un atisbo de esperanza en mi voz pretendiendo aferrarme a cualquier indicio de optimismo.

—No puedo asegurarlo, tan solo debemos confiar en que así sea. Hablaré con Neil cuando todo esto acabe.

La ambulancia se abre paso entre el denso tráfico con sus luces intermitentes que destellean iluminando el crepúsculo. La sigo tratando de no perderla. Tomas y Neil nos llevan medio kilómetro de ventaja y no me permito rebajar la velocidad, salvo que los coches se agolpen, o algún semáforo me detenga.

Esta noche se me ha roto el corazón en varias ocasiones, la última, cuando Drake se ha abierto en canal y ha confesado que se preocupa por mí de una manera excepcional, que sobrepasa nuestra relación profesional

—No puedo evitarlo, si te hubiera pasado algo... Yo... Siento tanto haberte puesto en esta situación. No deberías estar aquí. No deberías haber estado expuesta a este peligro. —Sus palabras me han llegado al alma.

James te hubiera asesinado a ti después, he pensado, pero no lo he verbalizado. No lo hubiera querido oír.

Las manos de Oliver temblaban sobre el volante, su agarre estaba debilitado por el tifón que lo consumía. En un estado de *shock* más que evidente, su mente debía luchar por procesar la magnitud de lo que sucedía y sucede. Puedo escuchar su corazón martilleándole el pecho con fuerza, porque yo siento lo mismo.

Mi mente retrocede en el tiempo. Vuelve a ese día fatídico en el que mi padre sufrió el infarto. Se repiten la sensación de impotencia y la incertidumbre que vivimos en mi familia durante el traslado al hospital, la angustia en los rostros de mi madre y mi hermano, la forma en que nuestros corazones latían al unísono...

Le he pedido que me dejara conducir y ha aceptado sin rechistar. Ha asentido con un gesto débil y ha detenido el coche en el arcén. Sin bajarnos, hemos intercambiado de asiento. Cuando nuestros cuerpos se han rozado, una parte de mí ha deseado dejarse caer sobre él y abrazarlo con fuerza, fundiendo nuestros cuerpos en uno solo.

Quiero consolarlo como se consuela a la gente que te importa mucho, pero me contengo, no es el momento ni el lugar. Debo mantenerme firme y concentrada en el objetivo: llegar al hospital y asegurarnos de que Tomas reciba la ayuda que necesita y lo pongan a salvo.

—Es ahí. —Señala un edificio de dos plantas al final de la calle.

¿Ahí van a salvarlo?

Nunca he visto un hospital tan pequeño, espero que haya buenos profesionales.

Aparcamos en uno de los laterales y corremos hasta la puerta de entrada de urgencias. Neil se mueve como un mono enjaulado, con las manos y la ropa aún ensangrentadas.

—Confiemos en que suceda lo mejor —dice con la voz rota y los párpados caídos.

Entramos en la sala de espera solitaria y le pido a los dos que tomen asiento. De pocos metros cuadrados, la sala luce relajante, lo propio de sillas blancas y paredes verde claro.

Oliver da un golpe en la pared y me asusta el agujero que le hace del tamaño de su puño. Neil me hace caso y agacha el semblante.

—Venga, Neil. Todo va a salir bien. —Me acomodo a su lado y le rodeo los hombros con mi brazo.

—Todo esto ha sido por mi culpa. —Rompe a llorar.

—Tú no has disparado esa arma.

—Los he empujado a hacer.

Su hermano da dos pasos hasta nosotros y se posiciona delante.

—¿Cuándo vas a decirnos qué ocurre?! ¡Han disparado a papá por tus líos de bandas!

—No estoy metido en ningún lío. —Se levanta y lo enfrenta.

—¡Ah, ¿no?! ¡Deja de mentirnos! ¡Tenemos pruebas de que has estado en el barrio en varias ocasiones! ¡Los Flores te han visto!

—¿Y confías más esa familia que en la tuya propia?! ¡¿En mí?!

—Tú, Neil, —le clava el dedo en el pecho—, has conseguido que disparen a papá. Y esa bala podría habernos dado a cualquiera de nosotros.

—Por favor, estamos en un hospital. —Una joven vestida de azul se asoma a la habitación y nos indica que debemos bajar el volumen.

Todos respiramos, sin tranquilizarnos, por supuesto, porque Tomas se debate entre la vida y la muerte en un quirófano.

—Estoy en un lío, pero no en el que todos creéis —suelta y cae sobre nosotros como un saco de arena.

Oliver y yo nos miramos expectantes por lo que acaba de decir. Aguardamos a que se explique. Justo en ese momento un médico con gorro de colores fuertes nos interrumpe.

—¿Familiares de Tomas Drake?

—Sí —dice The Hammer.

—Hemos estabilizado a su padre. La bala ha impactado en su hombro —informa el médico en un tono grave, con el ceño fruncido en preocupación—. Parece que ha tocado algunos vasos sanguíneos, lo cual ha complicado un poco las cosas. Las próximas veinticuatro horas serán cruciales. Si todo va bien, podrá recuperarse aquí y no lo trasladaremos a Nueva York a menos que sea imprescindible.

—De acuerdo —sigue.

La policía aparece sin que podamos hablar del tema que nos preocupa, además de Tomas, y comienza a hacer preguntas a todos.

—Soy Ava Drake, la abogada de la familia —me presento al comprobar que insisten demasiado en algunas preguntas poco oportunas.

—Lo mejor será que vayamos a comisaría y presten declaración —solicita el sheriff.

—No me moveré de aquí hasta que no vea a mi padre —insiste Oliver.

—Oh, Dios mío, ¿estáis bien? —La señora Drake aparece de la nada, con las manos cubriendo su boca.

—¿Mamá? —Neil va hasta ella y se abrazan—. ¿Cómo sabes lo que ha ocurrido?

—Quería daros una sorpresa. Venía de camino a Greenwood para cenar con vosotros —parlotea nerviosa—. Quiero ver a mi marido, Bray —ruega al sheriff con confianza. Deben conocerse y seguramente es quién le ha informado de lo ocurrido.

—Te acompañaré. Vosotros no os mováis de aquí. Nos vamos todos a comisaría —anuncia con contundencia.

Deja a dos oficiales para que nos vigilen desde una distancia prudencial e intento hablar con Oliver entre susurros.

—Tranquilízate. —Me pongo en modo abogada—. Hay que responder con claridad y sin dudas. Contaremos lo que ha pasado. No tenemos nada que ocultar.

—Neil sí que tiene cosas que ha ocultado —responde y lo mira de soslayo.

—Ahora hablaré con él. —Con pasos firmes me dirijo al pequeño de los hermanos—. Neil, será mejor que me informes lo antes posible de lo que ocurre. Pediremos medidas cautelares y que te pongan vigilancia permanente hasta el día de tu juicio, pero necesito saber toda la verdad.

—Está bien. —Suspira.

—Pueden pasar a ver a su padre si lo desean. —La misma enfermera que nos regañó hace media hora nos informa—. Solo dos minutos y en silencio —incide en esto último.

—Os espero aquí —aludo.

Aprovecho para llamar a Amanda y comprobar que está bien. Lo ocurrido ha aumentado mi ansiedad y una extraña idea de peligrosidad se apodera de mí.

—¡Ami! ¿Estás bien?

—Estoy trabajando. ¿Has vuelto?

—Eh... No. Aún no. Ha ocurrido algo...

—¿Estás bien? —Se asusta.

—Sí, sí. Mejor te lo cuento en persona. No sé cuándo iré a casa. Todo se ha... complicado.

Se escucha un estruendo de fondo.

—Vale. Llámame si necesitas mi ayuda. Tengo que colgar. El nuevo ha tirado una ensalada al suelo.

Cuelgo ante la mirada de la policía y espero a que la familia Drake vuelva y me asegure que Tomas está bien.

La comisaría de Greenwood refleja la arquitectura rústica de la región. Construida con madera maciza y piedra local, se integra perfectamente en el entorno natural circundante de bosques frondosos y colinas escarpadas.

En el exterior lo consabido, el emblema de la policía local tallado en madera y una bandera de Estados Unidos ondeando junto a la entrada principal.

Cruzamos cansados el vestíbulo pasadas las once de la noche de un día largo para todos. Paredes de madera cálida y muebles de estilo campestre. En la sala de recepción, una mesa de madera ofrece folletos de seguridad pública, sobre ella en la pared un buzón para reportar incidencias y en frente un mapa del pueblo y de las áreas circundantes para información de la ciudadanía.

—Por aquí. —Bray nos pide que entremos en una sala cerrada de interrogatorio, equipada con tecnología de audio y vídeo para facilitar las investigaciones.

Lo ponemos al tanto de lo ocurrido. Ninguno de nosotros ha visto nada reseñable, solo un coche negro salir de la propiedad a toda velocidad.

—Mis agentes están en el lugar recabando pruebas. ¿Sabéis quién ha podido ser?

OLIVER

Me percató de la capacidad de Ava para transformarse en la abogada profesional y comprometida que ostenta ante los clientes. Una hora más tarde salimos de la sala de interrogatorios. Hemos contado al sheriff el juicio pendiente de Neil, aunque él ya lo sabía, solo pretendía conocer nuestra versión.

No tenemos posibilidad de hablar con mi hermano en privado porque un coche de policía lo deja a él en el hospital y a nosotros dos nos acerca a un hotel.

—Pondremos vigilancia constante en la puerta de la habitación de Tomas, así como en los alrededores. Y a ustedes los hemos alojado en una misma habitación para más seguridad. Una patrulla vigilará las inmediaciones del hostel —ha asegurado Bray antes de despedirse y dejarnos en la cabaña para que podamos coger el coche de Oliver.

—Gracias. —Nos apeamos del vehículo y cruzamos la calle desierta hasta entrar en el establecimiento, que parece salido de un cuento de hadas y no de uno de terror en el que vivimos. Posee fachada de madera envejecida y techos inclinados cubiertos de tejas rojizas.

Al entrar, un cálido aroma a leña y especias envuelve los sentidos. Un sofá de cuero gastado y un fuego crepitante en la chimenea de piedra ofrecen un remanso de calidez y confort en medio del frío invernal.

La chica de recepción abre los ojos cuando nos ve y no porque me haya reconocido. Sus ojos se posan en mi camiseta manchada con la sangre de mi padre.

—Buenas noches. Somos Oliver Drake y la señorita Ava Black —le digo. Desde comisaría se han asegurado de hacer la reserva.

—Eh... Déjeme que lo compruebe. —Teclea en un ordenador viejo—. Sí, tienen reservada la habitación sesenta y nueve. Solo aceptamos efectivo. —No se fía mucho de nosotros y no la culpo. La pinta que llevamos debe asustarla.

Saco la cartera y pago. Nos da una llave y nos indica dónde están las escaleras. No nos quita la vista de encima hasta que desaparecemos.

—La hemos asustado —menciona Ava.

—Vamos a darnos una ducha. —Abro la puerta y entramos en una habitación decorada con delicados detalles de época y papel pintado en la pared, cortinas oscuras y una alfombra junto al lecho doble—. Solo hay una cama.

—No es la primera vez que dormimos juntos. —Una vela parpadea sobre una mesita—. Eso va contra todo tipo de legislación. —La señala.

—Venga, dúchate. Yo te espero aquí —la arengo.

—¿Estás bien?

—Lo estaré. —Tomo asiento en la cama hasta que ella vuelve quince minutos después con una toalla cubriendo su cuerpo—. He terminado —anuncia.

Me levanto ansioso por tocarla, abrazarla, sentir su calor. Sin embargo, no aguantaría que me rechazara, ahora no. Por esto, me doy una ducha y trato de relajarme unos minutos en soledad.

Cuando vuelvo, la encuentro observando la noche tras la ventana, casi desnuda, con una camiseta azul que le cubre hasta la mitad de los muslos. Se vuelve y nos encontramos en el tiempo.

—Se la he pedido a la chica de recepción. Ha dejado una camiseta limpia para ti, me ha dicho que algunos huéspedes se dejan ropa olvidada, excepto la interior, y nos la ha prestado. —La coge de la cama y me la ofrece—. También he dejado nuestra ropa en la lavandería, me debes tres dólares y una compensación por haber ido con solo una toalla a hacer todas esas cosas.

¿Me acaba de decir que no lleva bragas?

Ella, con su cabello castaño y sus ojos cargados de estrellas, nerviosa y oliendo a jabón y a limpio, deshace el espacio que nos separa y un destello de ilusión recorre la habitación. Extiende su mano hacia mí y la tomo entre las mías olvidando la camiseta y haciéndola caer al suelo. La electricidad del contacto recorre nuestros cuerpos y crea una conexión instantánea entre nosotros.

—Me alegra que solo nos hayan dado una habitación —musito.

—¿Por qué? —susurra ella también.

—Porque te necesito en estos momentos. No quiero estar solo, además de que deseo que estés cerca para cuidar de ti.

Tintinean verdades, sentimientos, pretensiones.

Su cuerpo y el mío se llaman, se atraen y se juntan. Cada centímetro nos acerca más a toda una historia de amor que tenemos que aceptar. Le acaricio el rostro, el cuello y una llamarada crece en mi pecho y arde entre mis piernas hasta que... Nos besamos de manera lenta y placentera, disfrutándonos, pero las ganas nos sobrepasan y el beso se vuelve apasionado, con mucha saliva y suspiros.

—¿Crees que está bien que hagamos esto precisamente hoy? —Ava se separa unos centímetros de mí, todo un abismo.

—Sí, precisamente hoy lo necesito. Tú de alguna manera me haces bien, Ava. —Nuestros cuerpos y nuestras almas parecen llamarse, atraerse y juntarse de una manera que no puedo ignorar.

—¿Qué nos pasa, Oliver? Tú y yo no nos soportamos —me dice rasgando las palabras mientras arrastra un gemido. Mi mano acaricia el bajo de su espalda, se cuela por el borde de la camiseta y encuentra el tacto de la piel.

Joder, me va a reventar la polla.

Levanto la mirada para encontrarme con sus ojos.

—No lo sé, Ava. No lo sé. Pero no puedo negar lo que siento cuando estoy contigo. Tal vez nos atraemos y nos repelemos al mismo tiempo, como imanes que no pueden evitar unirse... No puedo explicarlo, pero sé que cuando estoy contigo, todo parece cobrar sentido, aunque sea por un breve instante. —La toalla que llevo alrededor de la cintura se eleva como si estuvieran izando la bandera del país en un acto solemne.

—El martillo también está contento de tenerme aquí —bromea y ríe. Un alivio escucharla reír, el sonido más bonito que he escuchado después de todo lo que ha pasado. Me hace sentir como si una luz brillante atravesara la oscuridad que nos rodea.

—El martillo lleva días pensando en ti.

—¿El que apunta mi estómago como si fuera a atracarme o tú? —Los ojos de Ava brillan de una forma especial, como si en ese momento todo su ser estuviera lleno de energía positiva.

—Yo.

—La *dama de hierro* también ha pensado en ti.

—¿Cómo sabes tú...? —Me extraña que sepa cómo la apodé al principio, pero ella niega con la cabeza y no me deja terminar la pregunta.

—Me lo dijo Neil cuando nos dejaste solos en la cabaña.

—Juro que voy a matarlo...

—Tranquilo, me gusta que me veas de esa forma porque no estoy dispuesta a que me hagan daño. Estoy segura de que puedes partirme en dos.

Esto último me confunde, pero antes de comprender completamente sus intenciones, ella comienza a acariciar mi torso suavemente. Una sensación eléctrica recorre mi piel mientras sus manos se deslizan lentamente hacia abajo, hasta que la toalla que me cubre cae al suelo.

—¿Tienes miedo a las alturas?

Ava me mira con el ceño fruncido antes de contestar.

—No especialmente.

—Me alegro, porque voy a hacer que subas al cielo.

Estoy poseída por una fuerza incontrolable, con una urgencia que me hace desear que Oliver me haga suya. Cada caricia, cada roce de su piel, cada palabra que sale por esa boca... activa todas mis conexiones nerviosas borrando cualquier pensamiento racional. Mi cuerpo gime internamente por la unión con el suyo, no resiste la intensidad de mis propios deseos.

—Me alegro, porque voy a hacer que subas al cielo. —Tras decir esto último, Oliver me mira de una forma tan intensa que creo que puede leer mi mente. Luego me coge la cara con ambas manos, acerca mi boca a la suya y me muerde suavemente el labio inferior. Noto una fuerte sacudida en mi bajo vientre, como la estela que deja un cometa en el firmamento, brillante y ardiente. El beso de Oliver, marcado por ese mordisco, deja una huella que parece arder con la intensidad de mil estrellas.

Mis manos, guiadas por un deseo ígneo, buscan la erección de Oliver, y al palparla, experimento una sensación indescriptible. Es como si un latido poderoso resonara entre mis dedos, una pulsación que se sincroniza con los latidos de mi propio corazón. Es la primera vez que siento su firmeza y virilidad en mis manos...

El apodo le va que ni pintado...

Mis manos se mueven con destreza, acariciando y estimulando su firmeza, mientras él continúa besándome. Cada una de mis caricias provoca un gemido ahogado en su boca y sus labios buscan los míos con una intensidad desenfrenada. Aquí de pie, la camiseta que alguien dejó olvidada en el hostel, única prenda que cubre mi cuerpo, se erige en testigo silencioso de nuestro irracional momento.

El calor de su piel, el sabor de sus besos, la sedosidad de su polla resbalando entre mis manos...

Oliver tira de mi camiseta hacia arriba y me deja completamente desnuda como él. Ahora estamos en igualdad de condiciones, sin barreras que nos separen, solo nuestra figura al descubierto. Su mirada recorre cada centímetro de mi cuerpo...

—Eres aún más perfecta de lo que mi mente te ha imaginado.

Roza suavemente mi piel como si estuviera moldeando un trozo de barro con precisión. Cada caricia, un trazo cuidadoso, crea un patrón mental de mi anatomía. Aprieta mi carne en los lugares precisos explorando cuello, hombros, espalda y cintura, para acabar masajeando mis nalgas con estudiada fuerza.

Por último, se detiene en mis pechos, los pezones ya erguidos por la excitación y ansiosos por su atención. Los aprieta con los pulgares formando círculos alrededor de mis aureolas, intensificando aún más las sensaciones que recorren mi cuerpo.

La cuenta atrás para volverme loca comienza.

Diez. Sus manos exploran mi cuerpo y despiertan cada fibra de mi ser, esas que pensaba que llevaban tiempo muertas.

Nueve. Su aliento cálido, tras succionarme los pezones, envían escalofríos de anticipación por mi espalda.

Ocho. El deseo se vuelve palpable en mi sexo, demasiado húmedo a estas alturas, sobre todo al penetrarlo con sus dedos.

Siete. Mis sentidos capturan cada sensación con una intensidad abrumadora. Entra y sale, entra y sale...

Seis. El tiempo se detiene al perdernos el uno en el otro, sin más mundo que el que creamos entre nosotros en esta habitación cutre. Creo que el clítoris va a explotarme de un momento a otro...

Cinco. El pulso se acelera, el corazón late con fuerza y el deseo alcanza su punto álgido cuando me guía hacia la cama y se posa sobre mí...

Cuatro. El placer se hace presente, eléctrico y vehemente, consumiendo todo a su paso mientras entra lentamente su erección en mi entrepierna...

Tres. Me encuentro al borde del abismo, a punto de dejarme caer en un océano de éxtasis cuando Oliver me llena por completo...

Dos. El susurro de su voz aviva la llama que arde dentro de mí llevándome al borde del precipicio:

—Llevo mucho tiempo deseando hacer esto contigo...

Uno. El universo se contrae en torno a nosotros y en ese momento solo existe el calor de su piel y las embestidas de su polla dentro de mí... Fuertes, certeras, agónicas...

¡Cero! Nos perdemos entre éxtasis intensos, entregados por completo al placer desenfrenado de unos orgasmos de magnitud nueve en la escala de Richter y que retumban en las paredes...

—Joder, nena —gruñe con su boca en mi clavícula.

—No sé si he alcanzado el cielo, pero sí el nirvana.

Y falta te hacía, Ava...

OLIVER

Observo con cariño a esta mujer dormida a mi lado en un sueño profundo. El pelo de Ava le cae suavemente sobre el rostro, cubre la mitad de sus mejillas y sus labios entreabiertos se adornan de una sonrisa de satisfacción. La luz tenue de la habitación resalta la sutileza de sus rasgos. La veo tan serena y preciosa que me resulta imposible apartar la mirada.

No hay comparación posible con ninguna otra mujer con la que haya compartido momentos de intimidad. Ava tiene una belleza única, tanto por fuera como por dentro. Siempre que la tengo cerca, me llena de una paz que nunca he experimentado antes, representa una especie de zona segura para mí en la que soy yo mismo. Debe tratarse de la sensación que mucha gente experimente igualmente y la describe: conoces a alguien que pone patas arriba tu vida derribando cualquier creencia o convicción de que el amor no existe. Ella es como una ráfaga de aire fresco en un día caluroso, o un rayo de sol que atraviesa las nubes en un día gris.

Los párpados de Ava se abren lentamente, ojos somnolientos que se encuentran con los míos.

—¿Quién te ha dado permiso para observar mi sueño tan de cerca? —me habla con una leve sonrisa, aún no se ha despertado del todo.

—Bueno, supongo que me dieron una tarjeta de observación gratuita cuando pagué en recepción esta cama. Pero ¿sabes qué es lo mejor de verte dormir?

—¿Comprobar que no ronco como un jabalí?

—Haces unos ruiditos muy graciosos, pero no es eso.

—Entonces, ¿qué es?

—Saber que, cuando despiertes, podré verte sonreír de nuevo.

—¿Dónde está Oliver Drake? ¿Qué has hecho con él?

—Esa misma pregunta debería hacértela yo a ti, ¿qué has hecho conmigo, Ava?

—Más bien deberíamos plantearnos qué vamos a hacer ahora.

—Podríamos... —digo de forma sugerente.

—No me refiero a eso. Te recuerdo que estoy aquí porque Neil está en un buen lío y han disparado a tu padre. Me temo que Tomas ha sufrido los daños colaterales de lo que tu hermano oculta. Esa bala iba dirigida a él.

—Lo sé, soy consciente de toda la mierda que tengo alrededor, pero no puedo evitar pensar en mí por una maldita vez en la vida —me sincero—. Sé que puede sonar egoísta, pero me he pasado la vida preocupándome por los demás, trabajando duro para que no les faltara de nada y

no acabar de esta manera...

—Es lo normal, apoyar a tu familia.

—Lo normal hubiera sido querer formar la mía propia, no ir de cama en cama con miedo al compromiso porque ya estoy comprometido con los míos. —Suspiro y echo la vista atrás. El día que asumí el compromiso de cuidar de mi familia, esa responsabilidad ha marcado cada una de mis acciones desde entonces. No permití que nadie se acercara lo suficiente como para convertirse en algo más que un pasatiempo momentáneo, temiendo que el compromiso con otra persona pudiera interferir con mi deber hacia los míos. Pero ahora, al mirar hacia atrás, me doy cuenta de que tal vez me he negado la oportunidad de encontrar la felicidad y el amor verdadero. En lugar de buscar construir mi propia familia, he estado huyendo de cualquier otra posibilidad, y eso no es justo ni para mí ni para las mujeres con las que he estado.

—No hace falta que seas tan explícito —comenta, molesta por mi promiscuidad.

—Así he sido hasta ahora, solo quiero ser sincero contigo.

—Te lo agradezco, pero no estoy segura de querer conocer tu lista de conquistas.

—No recordaría ni sus nombres...

—Vale, será mejor que cambiemos de tema. —Arruga la nariz.

—Me gustas, Ava, me gustas mucho.

—Después de tu arranque de sinceridad, te va a hacer falta algo más que eso para conquistarme. Yo también soy una mujer muy comprometida con mi trabajo y mi familia.

—Podemos encontrar un equilibrio entre nuestras responsabilidades y nuestras vidas personales, ¿no crees? —Le sonrío con picardía con el fin de derribar su resistencia.

—¿Estás intentando seducirme con tu capacidad para equilibrar la vida? No eres buen ejemplo después de tus confesiones. Recuerda que soy una mujer que no se deja impresionar fácilmente.

—Entonces, tendré que esforzarme más.

—¿Ah sí? Estoy intrigada. Cuéntame más sobre tus habilidades persuasivas —responde a la vez que levanta una ceja con curiosidad.

—Bueno, ¿qué te parece si te lo demuestro en lugar de contártelo? —digo, y me acerco un poco más percibiendo la electricidad entre nosotros.

—Hmm, eso suena interesante —responde con una sonrisa traviesa, señal evidente de que está dispuesta a jugar.

Cada vez que Oliver Drake me mira, una pequeña descarga eléctrica recorre mi cuerpo. Y cuando me ha confesado que le gusto, he notado cómo mi corazón daba un par de saltos hasta el siguiente latido. Pero a pesar de eso, no pienso mostrarle mi vulnerabilidad tan fácilmente. Ya me lo ha dicho antes y resultó «ser una broma».

No sé cuándo habla en serio y cuando dice la verdad.

—¿Estás intentando seducirme con tu capacidad para equilibrar la vida? No eres buen ejemplo después de tus confesiones. Recuerda que soy una mujer que no se deja impresionar fácilmente.

—Entonces, tendré que esforzarme más.

—Ah, ¿sí? Estoy intrigada. Cuéntame más sobre tus habilidades persuasivas. —Levanto una ceja intrigada.

—Bueno, ¿qué te parece si te lo demuestro en lugar de contártelo? —responde acercándose un poco más a mí.

—Hmm, eso suena interesante.

—Lo nuestro sí que puede ser interesante...

—Si te refieres a lo que va a hacer James contigo si se entera que estás mancillando el honor de su hermanita, sí, va a ser muy interesante.

—Me pidió en la Swim Week que no me acercara a ti, pero estoy dispuesto a asumir las consecuencias.

—Va a detestarte incluso más de lo que te detesto yo.

—Puede ser, solo que tú mientes. Estás deseando que te bese otra vez.

Se acerca a mí con una lentitud pasmosa, así alarga el momento de nuestro beso, con nuestros alientos mezclándose y los vellos de la piel gritando de ganas.

Sabe a... No me da tiempo a averiguarlo. ¡Mierda! Porque alguien llama a la puerta. La chica de recepción deseará comprobar que no somos dos asesinos en serie y que no estamos matando uno a uno a los huéspedes.

Oliver no oculta su cara de decepción.

—Joder, maldita recepcionista. —Se levanta—. ¿Qué querrá ahora? ¿Y qué hago con esto? —Se señala la entrepierna y la camiseta levantada por la erección.

—Yo le abro. —Me adelanto a él con una sonrisilla—. La chica querrá comprobar que no estamos preparando una masacre. Le daría muy mala prensa al hostel.

Agarro el pomo y tiro de él para saludar a la mujer, sin embargo... Alguien muy diferente gesticula con voz trémula.

—Hola, Ava. —La madre de Oliver agarra una pequeña maleta con la mano y en la otra lleva nuestra ropa, limpia y seca.

—Eh... —Miro hacia atrás y hacia delante, compulsivamente—. Hola, señora Drake. ¿No estaba en el hospital?

—Solo permitían quedarse a una persona y Neil me ha pedido que me vaya a descansar. La policía me ha reservado aquí una habitación y me ha dicho cuál es la vuestra. Prefieren que estemos localizados y vigilados. —La dejo hablar para que su hijo se recomponga—. La chica de recepción me ha dado esto para vosotros, dice que como no habéis bajado a meterla en la secadora, lo ha hecho ella—. Me la tiende y la cojo con las manos temblorosas.

¡Estamos casi desnudos! ¡Sin ropa interior!

Mi cara es todo un poema mientras pienso en esto y en la bandera izada de The Hammer.

—¿Puedo pasar? ¿Oliver está despierto?

Despierto y con el arma cargada.

—Eh... —Tartamudeo.

—Sí, mamá, estoy aquí. —Aparece y mis ojos van hasta su martillo, por suerte, dormido.

—¿He interrumpido algo? —Nos observa a ambos.

—El sueño, mamá. ¿Va todo bien?

—Sí, sí. Quería comprobar cómo estabais vosotros. —Entra en la habitación y se detiene en el centro.

Cierro y tiro del filo de mi camiseta hacia abajo tras dejar la ropa limpia sobre la cama.

Me muero de la vergüenza.

—Estamos bien. ¿Te acompaño a tu habitación?

—Es justo la de al lado, pero... Estoy bastante nerviosa. ¿Os importa que me quede aquí un rato? Esto ha sido... demasiado. —Toma asiento en el filo de la cama y Oliver me mira, tan avergonzado como yo.

—Voy a salir a por un té. ¿Quieres algo? —me pregunta el hijo predilecto.

Alzo las cejas.

—¿Vas a dejarme aquí, desnuda, con tu madre? —masco, mientras se pone los pantalones sucios.

—Parece que no quiere quedarse sola. No tardaré.

La habitación se convierte en un agujero negro en el que quiero ahogarme. ¿De qué voy a hablar con ella? ¿Le pregunto si está bien? Sería de imbécil. Obvio que no lo está.

Ella misma comienza a hablar.

—Esto me ha impresionado mucho. Desde hace tiempo tenemos que lidiar con la prensa y algún hincha del equipo demasiado efusivo, pero ¿esto? Neil hace mucho salió de las bandas y nunca se vio involucrado en... Algo así. —Conversa con ella misma más que conmigo, mirando un punto fijo de la pared—. Han disparado a Tomas. Mi marido es la mejor persona que conozco, eso me enamoró de él, que le hagan daño...

¿Le digo que la bala no iba para él? También tiene que saberlo. Y la policía le habrá tomado declaración a ella por el pasado de su hijo.

Abro la pequeña nevera y le sirvo un vaso de agua.

—Gracias. Y gracias por cuidar de mis hijos.

Me gustaría sentarme, pero se me vería el culo o algo peor, así que me escondo detrás de una lámpara de pie.

—¿Oliver y tú estáis juntos? —Algo le huele raro y no es la moqueta.

—¿Lo dice porque estamos en la misma habitación? Así lo decidió el sheriff Bray.

—Lo siento. No sé ni lo que digo.

Echo del todo las cortinas para que no puedan vernos desde fuera. Al alzar la mano, se me ve el culo, pero ella sigue con la mirada fija en el vaso y no divisa el panorama.

Y vaya panorama.

Oliver llega con tres vasos de cartón humeando.

Unos minutos (muy incómodos) más tarde...

—Me marchó. Necesito descansar —anuncia ella.

—¿Quieres que duerma contigo?

—No, no. —La mujer está desorientada. Agarra su equipaje, da un beso en la mejilla a su hijo y va hasta la puerta—. Hasta mañana.

Oliver se revuelve el pelo y me mira; después... Rompemos los dos en carcajadas.

—Jamás superaré el haber estado con tu madre sin bragas.

—Te movías de una manera muy graciosa.

—Ni siquiera me movía. ¡Casi me ve el culo! —Reímos hasta que camina hasta mí con la mirada de un lobo.

—Ni se te ocurra. No voy a acostarme contigo con tu madre tras esa pared. —Señalo la de la

derecha—. O tras esa. —Apunto la de la izquierda.

—¿Vamos a dejar el bate así? —La camiseta vuelve a cobrar vida.

Ava, ¿vas a perderte eso?

—¿Vamos a dejar el bate así?

Una inyección de adrenalina directa al corazón esa confesión de Oliver. Por dentro, estoy dando saltos de alegría, pero por fuera, me esfuerzo al máximo por mantener la compostura. No quiero que la señora Drake note que cuido demasiado bien de su hijo mayor.

Mantengo mi expresión serena y controlada, pero por dentro estoy a punto de explotar.

—Creía que era un martillo, y sí, pienso que será lo mejor. Tu madre me ha preguntado si estamos juntos. Se ha debido oler algo porque esta habitación rezuma sexo por las cuatro paredes.

—¿Y lo estamos?

—Es obvio que compartimos esta habitación.

Muy bien, Ava, eres una experta en cosas obvias.

—Entiendo —sueno decepcionado.

¿Desde cuándo este hombre se ha convertido en un romántico?

—Oliver, lo nuestro es una locura. Desde que llegué a este pueblo no me he comportado de forma racional ni un minuto.

—¿Y eso es malo? —me cuestiona con una ceja levantada.

—Cuando mi trabajo es representar a tu hermano y unos tíos intentan matarnos, sí.

—Supongo que no estoy en mi mejor momento profesional y personal para conquistar a nadie. —Se deja caer en la cama con hastío.

—No es eso, simplemente creo que no actuamos correctamente y nos estamos dejando llevar por cosas que pueden acabar muy mal si no las sabemos gestionar correctamente.

—Está bien, en ese caso será mejor que vuelvas a construir una trinchera de cojines en la cama. No quiero que hagas nada de lo que después vayas a arrepentirte. No me apetece ser un jodido error para ti —brama, visiblemente molesto.

—Lo dices como si estuviera menospreciándote.

—¿Acaso no lo estás haciendo? Hace solo unos minutos parecías muy desinhibida y feliz con lo que ha pasado en esta cama.

—Lo he disfrutado, sí. Los dos estamos cansados e impactados por todo lo que ha sucedido.

Estamos... confundidos.

—Habla por ti, yo sé muy bien lo que hago y lo que quiero.

—Me parece que eso no es cierto. Todo el mundo conoce tus idas y venidas con las mujeres.

Oliver me mira de una forma intensa, como si quisiera partirme con algún superpoder tipo visión rayo láser.

—Procura descansar, mañana hará falta toda esa profesionalidad que te gastas —me dice, se mete en la cama y se da la vuelta en la cama para no encararse conmigo.

Te has pasado, me reprendo mentalmente.

Este hombre te ha abierto su corazón y lo has utilizado en su contra...

—Lo siento, no quería decir eso —comento tras un rato de silencio mirando su espalda.

—Pero lo has dicho y, me queda claro la idea que tienes de mí. Supongo que tu hermano también y por eso intenta protegerte de mí. No lo culpo, yo también soy así con Neil.

—Mi hermano no manda sobre mí. Y ahora mismo tampoco mando yo conmigo misma.

—Entonces no seré yo el que intente convencerte de que me gustas de verdad, parecería un manipulador. No puedo obligar a nadie a que sienta algo por mí.

—A veces no sé quién eres realmente, Oliver. Igual eres un tirano y al rato una persona extremadamente sensible.

—Solo soy un hombre con sus virtudes y defectos. —Suspira—. Será mejor que durmamos, pronto amanecerá y quiero estar a primera hora en el hospital para ver a mi padre y tú debes hablar con Neil.

Decido callarme y aceptar que he herido a Oliver, pero en el fondo solo me estoy protegiendo de lo que supondría enamorarme de un tipo como él, aunque The Hammer decide hablar de nuevo.

—Y si crees que lo que hemos hecho es simplemente follar, quiero que sepas que estás muy equivocada.

Esa última frase me deja conmocionada. No puedo evitar que mi corazón lata más rápido y que mis mejillas se enciendan. Aprieto muy fuerte los ojos, tratando de contener la tentación de rendirme y abrazarlo, sentir su calor y su presencia a mi lado, haciendo temblar todos mis cimientos. Sin embargo, sé que debo mantener mi postura y resistirme, al menos por ahora.

La has cagado, Ava, asúmelo.

OLIVER

He intentado dormir, pero ha sido en vano. Mi mente se ha negado a descansar el resto de la noche. Los pensamientos sobre mi padre, mi hermano y los peligros que acechan a mi familia me han mantenido despierto. Las palabras de Ava también han resonado en mi mente, me han hecho cuestionar mi valía como hombre, indigno de alguien como ella.

¿Soy simplemente un daño colateral de los problemas de mi familia, o he contribuido yo mismo a esta situación con mi pasado como mujeriego? No lo sé, tan solo que he podido dormir un par de horas cuando ha empezado a amanecer.

—Buenos días. —*Serán para ti*—. ¿Has podido descansar?

—Lo suficiente para afrontar el día, volver a Nueva York y centrarme en lo importante.

Ava asiente y no añade nada más hasta pasados unos minutos.

—Tu madre nos trajo la ropa del servicio de lavandería anoche —dice señalándola.

—¿Qué hora es? —me intereso.

—Las ocho. Tu madre nos espera abajo.

Observo que ella ya está vestida y lista para irnos al hospital. He evitado mirarla directamente.

—Podrías, por favor, esperarme con ella en la recepción, no quiero que esté sola —le pido.

—Claro, nos vemos allí cuando estés listo.

En cuanto la puerta se cierra, una sensación de agobio me invade, apretando mi pecho con fuerza. Intento contener las lágrimas, pero la presión es demasiado penetrante y cedo. Llora, permitiéndome un momento de vulnerabilidad a solas, el segundo en menos de veinticuatro horas. Quizá The Hammer no es de acero, y va siendo hora de aceptarlo.

Cuando consigo estabilizarme, me visto de prisa para no hacer esperar más a las dos mujeres.

Al reunirme con ellas, noto a mi madre con ojeras y un gesto cansado en el rostro. Sé que probablemente tampoco haya logrado conciliar el sueño en toda la noche. Al verla así, la culpabilidad se apodera de mí. ¿Acaso soy responsable de todo esto? Es como si todo lo que sucede fuera culpa mía, la promesa que me hice a mí mismo de proteger a mi familia por encima de todo, deviene en una carga imposible de sostener. Me he impuesto una responsabilidad que, en realidad, no me corresponde. Noble y justo ayudar a quienes amas, pero empiezas a darte cuenta de que algo no funciona bien cuando cada problema parece pesar sobre tus hombros como una losa. Es como una semilla de mala conciencia que germina en el interior, y muestra la carga de toxicidad que ha supuesto hasta el presente.

—¿Nos vamos? —les digo y ellas tan solo asienten.

El viaje al hospital transcurre en un silencio pesado, denso, como si nuestros pensamientos se entrelazaran en el aire. No hay palabras que puedan aliviar este peso, solo el sonido monótono de las ruedas sobre el asfalto.

Nada más llegar al hospital, mi madre le ruega a Ava que entre primero y busque a Neil. Ella y yo nos quedamos unos minutos más en el coche.

—¿Está segura, señora Drake? —pregunta Ava.

—Sí, necesito hablar un momento con Oliver, no tardaremos mucho.

En ese breve intervalo, mi madre rompe el silencio con una conversación que no esperaba.

—¿Qué pasa, mamá?

—Hijo, sé lo mucho que has hecho por la familia, pero no debes preocuparte tanto. No eres responsable de todo. —Me quedo sorprendido por la capacidad de las madres para leer el pensamiento de sus hijos.

—¿Por qué dices eso, mamá? —Ella me mira con ternura y confianza, como solo una madre puede hacerlo.

—He criado a mis dos hijos por igual, Oliver. Pero Dios ha trazado caminos diferentes para cada uno de vosotros. No eres responsable de las decisiones de Neil. En todo caso, si hubo algún fracaso como madre, sería mío por no haber sabido ver a tiempo que mi hijo menor se estaba desviando por un camino peligroso.

—Eres la mejor madre del mundo, no has fracasado en nada... ¿Cómo puedes pensar eso?

—He estado hablando con Ava —responde con una sonrisa comprensiva—. Sé que te preocupa mucho lo que ha pasado, pero no debes cargar con todo el peso de la responsabilidad. Te mereces ser feliz y veo que no lo eres, mejor dicho, no he sabido verlo hasta que ha pasado algo grave para darme cuenta.

—¿Qué te ha dicho Ava? —pregunto, no sé si molesto de que le haya confesado a mi madre todo lo que siento con respecto a mi familia y mi rol en ella, o aliviado de escuchar por fin en boca de mi madre algo que llevaba tiempo queriendo escuchar.

—He sido yo la que le he preguntado, sé que a veces resulta más fácil desahogarse con alguien ajeno, aunque creo que entre tú y ella hay algo especial.

—Lo que tenemos Ava y yo dista mucho de ser eso que mencionas, especial.

—Aunque no lo creas, yo también he sido joven, y lo que vi ayer cuando entré en vuestra habitación...

—Joder, lo siento, mamá, sé que no era el momento...

—Oliver, no tienes que justificarte. Tu padre se va a poner bien, Tomas es un hombre fuerte, el más fuerte que he conocido, igual que tú. Solo quiero que empieces a vivir tu vida como quieras y con quien quieras.

Las palabras de mi madre me golpean como una ráfaga de viento que me empuja hacia adelante y al mismo tiempo me deja sin oxígeno. Un nudo se forma en mi garganta, uno cada vez más difícil de tragar.

—Lo intentaré.

—¿Lo intentaré? No me sirve, tan solo hazlo.

El olor aséptico del hospital me golpea de inmediato, trae consigo recuerdos que preferiría olvidar. Me da la impresión de que el tiempo se detiene y me sitúa de vuelta a aquel día fatídico en que mi padre falleció. Ver a los médicos y enfermeros correr de un lado para otro me resulta abrumador, y cada sonido y movimiento me recuerda la fragilidad de la vida y la inevitabilidad de la muerte.

Paralizada por un instante, me quedo inmóvil en mitad del pasillo del hospital. Por suerte divisó a Neil justo en el momento que espera pacientemente el café en la máquina del vestíbulo.

—Ava, ¿estás bien?, tienes mala cara —observa nada más verme.

—Sí, me gustan más bien poco los hospitales.

—No son ideales para pasar unas vacaciones, pero necesarios. ¿Dónde están Oliver y mi madre?

—Ahora mismo vienen. ¿Cómo está Tomas?

—Estable. El médico ha pasado a verlo a primera hora y me ha dicho que se recupera de manera favorable.

—Me alegro mucho, pero tú y yo debemos tener una conversación lo antes posible. Debo actuar cuanto antes para ponerte a ti y al resto de tu familia a salvo y poder volver a Nueva York.

—Lo sé. Mi hermano te está fastidiando mucho, ¿no?

—Neil —suspiro—, me gustaría que a partir de ahora nuestro trato sea lo más estrictamente profesional. Yo no debería estar aquí ahora, ni todos estos días en la cabaña. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo, señorita letrada.

Pongo los ojos en blanco, los Drake son incorregibles.

Por fin Oliver y la señora Drake entran en el vestíbulo del hospital. Los dos hermanos se saludan con un leve asentimiento de cabeza.

—Neil, ¿cómo está papá?

—Estable. Siguen haciéndole algunas pruebas ahora, pero son optimistas con su recuperación.

—Gracias a Dios. Espero que todo salga bien. Quiero poder verlo lo antes posible.

—Estoy seguro de que le alegrará verte. Cuando se ha despertado esta mañana, ha preguntado en seguida por ti.

—Y tú, jovencito, vas a tener que darnos muchas explicaciones, sobre todo a Ava —le recrimina.

—Y voy a hacerlo, pero el tema no tiene relación con lo que os imagináis.

—Creo que tenemos derecho a pensar lo que nos salga de los cojones cuando han mandado a gente a exterminarnos —recrimina Oliver visiblemente cabreado.

—Comportaos, los dos —anuncia Ana, la señora Drake—. Estamos en un hospital.

—Disculpadnos, me llevo a Neil a un lugar reservado para charlar. Vosotros id a ver a Tomas —decido intervenir. No nos conviene llamar la atención. No es el lugar ni el momento.

—Quiero saber qué tiene que contarnos mi hermano —anuncia Oliver.

—Lo siento, señor Drake, pero lo que tengo que hablar con mi cliente es privado a menos que él esté de acuerdo en que usted esté presente. —Su cara es un poema al verme tratarlo de usted de nuevo.

Oliver le devuelve la mirada a su hermano, a la espera sin duda de que él le dé el visto bueno.

—Lo siento, por el momento solo hablaré con mi abogada, es lo mejor para todos —anuncia el pequeño de los Drake antes de seguirme hasta la salida del hospital.

»Desde pequeño, el Bronx fue mi hogar, nunca un lugar fácil. Crecí rodeado de prejuicios y discriminación por mi origen cubano. En el instituto, el *bullying* por mi raza se constituía en algo común y cotidiano con lo que aprendí a lidiar desde muy joven. Mi padre, en este periodo, estaba totalmente concentrado en la carrera de béisbol de mi hermano. No lo culpo, posee ese talento natural y mi padre solo quería lo mejor para él. Mamá trabajaba día y noche para mantenernos, pero nunca fue suficiente. Entré al trapo en la búsqueda desesperada de algo que llenase ese vacío en mi interior.

»En esas circunstancias los Tigers Gold se cruzaron en mi camino. Ofrecían protección, dinero fácil y una sensación de pertenencia que tanto necesitaba. Empecé haciendo pequeños recados, pero pronto me vi envuelto en asuntos más oscuros. »Robos, tráfico de drogas, peleas callejeras... Me sumergí en ese mundo sin darme cuenta de lo que estaba perdiendo.

»Ahora, mirando hacia atrás, veo claramente que fue un camino autodestructivo. Pero en ese momento, parecía la única opción para sobrevivir en un lugar como aquel.

»Mi hermano fue mi salvación en ese laberinto de callejones oscuros y peligrosos. Con su apoyo y sus consejos, comencé a vislumbrar una salida de ese mundo turbio en el que me había sumergido. Me convenció de que tenía el potencial para ser más, para estudiar, para labrarme un futuro diferente.

»La salida de las garras de las bandas del Bronx no es tarea fácil y mucho menos si dejas atrás al amor de tu vida. Abandonarla a su suerte fue una de las decisiones más difíciles que tuve que tomar, pero sabía que, si quería cambiar de vida, tenía que alejarme de todo lo que me arrastrara hacia abajo. Las bandas no admiten la deserción de sus miembros, por lo que yo estoy marcado.

—¿Quién es ella? —me pregunta Ava, sentados en un banco frente a las inmediaciones del hospital. El café se me ha quedado frío en las manos.

Soy consciente de que ha llegado el momento de confesar. Con el corazón acelerado me preparo para dar un paso hacia la luz. Sé que no será fácil y que las palabras que voy a decir cambiarán todo para siempre. Pero no puedo seguir escondiendo mi verdadero yo detrás de una máscara de mentiras y engaños. Ha llegado la hora de dejar de vivir en la mentira y enfrentar las consecuencias de mis acciones.

—Vanessa.

—¿Podría saber algo más que su nombre? Es importante que dejes de ocultarme cosas.

—Vanessa, una chica atrapada en las garras del mundo de las bandas, deseaba desesperadamente escapar, supongo que como yo. Su relación con Walter Mendoza, el jefe de

los Tigers Gold, no era más que una cadena que la mantenía prisionera en una espiral de autodestrucción. A pesar de su apariencia dura y su actitud desafiante, sabía que aquella vida no era para ella. Había visto demasiado, había sufrido demasiado. Sabía que merecía algo mejor, algo más que las migajas de un hombre sin escrúpulos y sin futuro. Su deseo de liberarse de esa situación era tan fuerte como el mío, y juntos soñábamos con un futuro diferente, lejos de las calles foscas y peligrosas del Bronx.

—¿Por qué dices que es el amor de tu vida? —insiste.

—Ella y yo nos entendíamos en silencio, compartiendo el mismo deseo de abandonar esa vida. Éramos una luz en la oscuridad, promesa de un futuro mejor si encontrábamos el coraje para escapar juntos.

—¿Lo consiguió?

—¿Escapar? —Asiente—. Salir de ese mundo no es fácil, y cada intento parece empeorar las cosas. Walter no solo no acepta que yo haya salido de la banda, sino que Vanessa y yo estemos enamorados. Si me han visto por el barrio y en lugares que ya no debería frecuentar, es porque voy a verla a ella.

—A ese tal Mendoza le preocupa que puedas delatarlos en algún momento, ¿no?

—Sí, pero es algo que no haría. Cuando sales de las bandas, mejor mantener la boca cerrada porque una traición arroja costes muy altos. Lo mejor es: te alejas, pero no te metes en nuestros asuntos.

—Pero tú le has herido su orgullo masculino.

—Dentro de las bandas, existe un código sagrado: el respeto a los superiores y a sus mujeres. Esa regla es inquebrantable y sagrada para todos los miembros. Las mujeres asociadas a los líderes de las bandas son consideradas intocables, aunque esa pareja ya esté rota, es como jugar con fuego en un polvorín. En un mundo donde la violencia y la traición son moneda corriente, aquellos que desafiamos ese código de honor lo pagamos caro, a menudo con nuestra propia vida.

—¿Tanto la quieres como para estar dispuesto a eso?

—¿Has estado enamorada alguna vez, Ava? —La pregunta parece pillarla por sorpresa, pero decide contestar.

—No, creo que no.

—Entonces no podrás entender jamás a lo que estaría dispuesto por ella. Necesito sacarla de ese mundo.

—Pero dices que ellos ya no están juntos.

—No, pero es una de sus protegidas y resulta un grave riesgo para alguien como yo que conoce de primera mano todas las claves de la banda que pueden destruirla desde fuera.

—Funcionan como una mafia...

—Exacto. Las bandas latinas actúan como cualquier mafia italiana, rusa o irlandesa que opera en Estados Unidos.

—No entiendo por qué estás involucrado, o te han implicado, en esa venta de drogas a alumnos de tu instituto.

—No lo estoy, solo fui uno de ellos y han aprovechado para vengarse de mí. Conocen toda mi vida, saben que asisto a jóvenes en ese centro y planearon esa venta de drogas allí porque sabían que iban a sospechar de mí. Alguien debió dar el chivatazo y dar mi nombre y mi implicación en esa banda.

—Pero podemos demostrar que ya no perteneces a los Tigers Gold —anuncia con convicción.

—Nunca dejas de ser uno de ellos y, que tu novia sea una de sus protegidas, tampoco ayuda. Estoy jodido, lo sé, pero prefiero pagar yo y que no acaben haciéndole algo malo a ella.

—Intentaré que eso no pase, Neil, confía en mí y en la justicia. Lo que están haciendo contigo y lo que han hecho con tu padre, no quedará impune.

Una hora después vemos a Oliver y a su madre en la puerta de salida del hospital, a unos cincuenta metros de nosotros. Neill se levanta y va hasta ellos. Yo permanezco unos minutos allí, obnubilada por la cálida luz del sol que se abre paso entre las nubes de una mañana que lucha por ser soleada. Los pájaros cantan sobre un árbol cercano y la brisa mueve las ramas.

El caso de Neil se ha complicado considerablemente. Cada palabra que me ha confiado es valiosa, pero también encierra mucho peligro. Nunca con anterioridad me había enfrentado a un caso relacionado con mafias o bandas a este nivel. La información que posee podría ser la clave para desentrañar una red criminal, pero en la misma medida supone para todos un alto riesgo y peligro inminente.

Fijo la mirada en unas hojas, en su belleza simple y sencilla, y en mi mente se barrunta la pregunta que Neil me ha lanzado hace escasos segundos. ¿He estado alguna vez enamorada?, y me respondo con otra pregunta: ¿He conocido el amor en su plenitud? Recorro mentalmente los momentos que han marcado mi vida, mi historia y cómo he trazado mi camino.

He salido con hombres, mi último amante (sin contar Drake) me enviaba flores a la oficina casi todos los días y eso me sacaba de quicio. Me agobio con facilidad y me gustan los retos, que me lo pongan difícil. Quise a Marcus, un chico con el que compartí días y noches en la facultad, pero... ¿enamorada? No lo creo. No hubiera puesto mi vida en peligro por él, no hasta el punto del que habla el pequeño de los Drake.

La mezcla de anhelo y temor dibuja una sonrisa melancólica en mis labios. Oliver viene a mi encuentro y propicia que mi corazón lata a ritmo inseguro-

—¿Piensas quedarte ahí? Hace frío. Tienes la nariz roja —anuncia.

—No. —Me levanto—. ¿Cómo está Tomas?

—Bien... —Se meca el cabello algo nervioso.

—¿Puedes llevarme a la cabaña? —Alza las cejas—. Necesito mi coche. Vamos a hablar con el sheriff Bray. Pediremos protección para Neil desde aquí, él no puede volver a Nueva York ni estar junto a ti o tu madre.

—¿Por qué? Está acusado de narcotráfico, estábamos aquí para protegernos de la prensa.

—Serán procesos diferentes y... después de esto, hay que ponerlo a salvo.

—Después de qué, ¿de lo que le ha pasado a mi padre?

—Sí, todos estamos en peligro, incluso yo como su abogada. —El rostro se le desenchaja.

—¿Qué te ha contado mi hermano?

—Secreto profesional, no puedo decírtelo. Además, cuanto menos sepáis mejor para todos. La cosa es muy seria.

Asiente poco convencido, pero acepta que mejor dejar el tema así.

—Te llevaré, no te preocupes. Luego puedes quedarte y descansar un poco.

—Gracias, pero en cuanto lo tramite, me marcharé a Nueva York, no tiene sentido que siga aquí —zanjo de una manera cortante.

—¿De qué estás hablando? —Lo capta a la primera.

—Voy a centrarme en la seguridad de Neil y en su inocencia, en el lugar que me corresponde. No te engañes, lo nuestro no tiene sentido —mis palabras lo dejan helado, el vaho sale de su boca y cubre su rostro con una pequeña y traslúcida nube.

—¿Lo nuestro? Pero si ni siquiera ha empezado.

—Y es mejor así —sigo con una seguridad aplastante.

—¿Y no vas a decirme nada sobre Neil? Me preocupa que tú también estés en peligro.

—Cuida de tus padres y de ti mismo, yo sé hacerlo sola.

Intenta controlarse, sin embargo, no lo consigue y su cuerpo se endereza preparado para decir lo que piensa al respecto. Gracias a la señora Drake, la guerra no se libra, al menos, en esa calle de Greenwood.

—Chicos, vamos a tomar un café —interrumpe Ana.

Dos, tres segundos en los que Oliver me observa con los ojos achinados y me planteo si será capaz de lanzarme dardos delante de su madre.

—Id vosotros, mamá.

—No. Neil y yo debemos marcharnos ya, no hay tiempo que perder.

—Pero ¿por qué? —La mujer se alarma ante mi insistencia.

—Debo velar por su seguridad, señora Drake. Dígale a Tomas que también haré lo posible para que todo el peso de la ley caiga sobre la persona que le ha disparado. Tiene mi teléfono, llámeme si necesita cualquier cosa e infórmeme de cómo evoluciona su marido.

La conversación se termina con rapidez, en cuanto camino hasta Neil, le digo que tenemos que marcharnos y se despide de su familia. Oliver nos lleva hasta la cabaña a recoger mi coche en un silencio maligno y sepulcral, de los que hacen daño, de los que se clavan muy adentro, de los que ocultan un millón de preguntas y sus respectivas respuestas... Imposibles de contestar.

—Adiós, hermano. —Neil y Oliver se dan un abrazo en el porche de la cabaña, conmigo ya dentro de mi auto y leyendo mensajes de Kevin al que ya he avisado de mi vuelta.

Por el espejo retrovisor veo el cuerpo de The Hammer difuminarse como si fuera un fantasma, el reflejo de algo que pudo haber sido, pero no fue. Y vislumbro una verdad que escondi desde hace demasiado, un sentimiento que crece en mi interior y que se desata cada día

un poco más. ¿Estoy empezando a enamorarme de Drake? No lo sé, nunca he sentido algo así por nadie, pero alejarme de él me araña la piel y me gustaría frenar, dar marcha atrás y abrazarlo.

—¿Y cómo se llama él? —formula mi acompañante. Me aferro al volante y piso el acelerador—. No hace falta que lo digas.

—No es lo que piensas —insisto tratando de justificarme, pero sé que Neil no se dejará engañar fácilmente.

—Lo sé... Es lo que veo. Y si vosotros no lo veis, es que estáis ciegos —sus palabras me golpean con fuerza dejando al descubierto la verdad que intento ocultar.

—No somos tú y Vanessa, eso te lo aseguro. Nunca hubiera puesto en peligro mi vida por la de nadie —mi voz suena débil, casi inaudible, mientras intento defenderme.

—Ya lo has hecho, ¿no crees? —la pregunta de Neil corta el aire como una cuchilla afilada y me hace reflexionar sobre mis propias decisiones y las consecuencias que han tenido.

Sí, Ava, lo has hecho aceptando involucrarte más allá de tu deber profesional con esta familia.

—Es mi trabajo —respondo tratando de mantener la compostura ante sus acusaciones.

—Eres abogada y te quedaste conmigo un par de días haciéndome de guardiana porque mi hermano te lo pidió. Todos sabemos que alguien podría haber venido a por ti cuando las rocas obstaculizaron la carretera, del mismo modo que hicieron con Oliver... —sus palabras hacen sentirme incómoda, como si fuera observada a través de un microscopio.

—¿Insinúas que quise quedarme? —pregunto con tono burlón.

—Reconoce que un poquito sí. Mi hermano puede ser a veces un capullo, pero vuelve locas a las mujeres —sus palabras me hacen sonreír contra mi voluntad.

—Yo no soy cualquier mujer —replico con un atisbo de orgullo en mi voz.

—No, por eso eres la mujer perfecta para él, la única capaz de bajarle los humos. Mi plan funcionó a la perfección, mi madre me ha contado algunas cosas —sus palabras me hacen ruborizar y me pregunto qué secretos habrá revelado la señora Drake.

Debió darse cuenta de que no llevabas bragas...

—Insisto, entre Oliver y yo no ha pasado nada relevante —afirmo, aunque una parte de mí sabe que eso no es del todo cierto.

—Está bien, pero no lo abandones del todo, detrás de toda esa fachada dura que se gasta mi hermano, hay un tipo débil que se desmorona, aunque jamás lo admite. Tú pareces darle seguridad, le gusta que estés cerca —las palabras de Neil me hacen reflexionar. ¿Realmente estoy dispuesta a abandonarlo por completo?

—Lo mantendré informado de cómo avanza tu caso, si es lo que te preocupa.

—No, no me preocupa, sé que harás lo correcto, siempre pareces hacerlo —zanja el pequeño de los Drake y yo decido cambiar de tema.

—¿Estás preparado para lo que va a pasar ahora? Es posible que te manden a otro estado hasta la celebración del juicio y no podrás comunicarte con nadie, ni siquiera conmigo.

—A estas alturas, estoy listo para lo que sea. Ya sabes que lo que más me importa es sacar a Vanessa de ahí de una vez por todas... ¿Me puedes prometer una cosa?

—Si es algo relacionado con la *no* relación sentimental con tu hermano, te digo que...

—No — me corta—, no es eso. Me gustaría que le hicieras saber de alguna forma a Vanessa que no podrá verme, pero que no me he ido para siempre, que volveré a por ella ¿Lo harás?

—Es peligroso, sería dar una información que no nos conviene...

—¿Lo harás? —insiste algo desesperado.

—Lo intentaré —acabo cediendo.

—Vanessa López, vive en el 456 de Maple Street. Es mejor que no la llames, pueden tener intervenido su teléfono.

Tres días después...

Mi regreso a una ciudad que adoro, que se despierta y no duerme, me llenó de una emoción abrumadora. El ajetreo de la gran metrópolis chocaba frontalmente con la serenidad de las montañas que habíamos dejado atrás. El bullicio de los coches, los transeúntes apresurados que se entrelazaban en una coreografía caótica, el olor a asfalto, a tubos de escape, a contaminación, al fin y al cabo.

Con la ayuda del sheriff de Greenwood conseguimos tramitar una orden de protección de testigos para Neil. Después de muchas deliberaciones y consideraciones, decidimos enviar a Neil a un lugar seguro y alejado de cualquier posible amenaza. A un pequeño pueblo en las montañas de Colorado donde ya debe estar dos días instalado.

Esta mañana mis ojos se deleitan con la magnificencia de los rascacielos que se alzan creando el skyline de la Gran Manzana y que reflejan la luz del sol de manera hipnotizante. Ese trasfondo constante de sirenas, voces y música resuena en mis oídos de forma casi reconfortante, como una sinfonía que solo Nueva York sabe interpretar. Pero... algo más fuerte tira de mí hacia atrás y sé lo que es: el corazón de Oliver Drake.

Cada esquina, cada edificio que dejamos de lado no arroja luz sobre mi existencia y esta jungla de acero se presenta desconocida para mí, de otra manera, como una urbe inabarcable a la que no deseo abrazar igual.

El contraste entre la paz natural de las montañas y la vorágine citadina me hace reflexionar acerca de quién soy yo en realidad, acerca de quiénes somos, sobre cómo la influencia de los entornos en los que nos movemos moldea nuestra percepción del mundo y de nosotros mismos. Nueva York me recibe con los brazos abiertos, me desafía a sumergirme una vez más en su frenesí vibrante y en constante transformación. Sin embargo... Quizá... Yo ahora quiera otra cosa, a otra persona.

¿Por qué me parece que falta algo?

Drake...

Mi teléfono comienza a sonar y de un vistazo rápido al identificador de llamadas reconozco quién es. Descuelgo rápidamente con un nudo en el estómago.

—¿Ha pasado algo? —mi voz suena un tanto temblorosa, pero la respuesta al otro lado de la línea me tranquiliza al instante.

OLIVER

Ese mismo día en que Ava partió hacia Nueva York y mandaron a mi hermano a un paradero desconocido, mi madre me instó a regresar a la ciudad. Ella se ofreció para arreglárselas sola en la cabaña y a cuidar de mi padre para que yo me ocupara de mis asuntos. La policía la vigila y protege en cada paso que da.

Me dirijo hacia las oficinas del presidente de los New York Yankees donde me han citado para comunicarme algo importante. Espero con ansias que sea la vuelta al césped. Volver a jugar me mantendría ocupado y distraído, evitando que piense demasiado en todo lo que ha pasado durante mi estadía en Greenwood. Mi padre sigue ingresado y evoluciona favorablemente. Espero que pronto puedan trasladarse de nuevo a la ciudad para continuar con su recuperación.

Al acercarme a las inmediaciones del edificio, diviso una silueta en la puerta. La figura me parece familiar, pero la distancia y la falta de luz me dificultan reconocerla. Al acercarme un poco más, el corazón me da un vuelco al descubrir que se trata de Ava.

Está preciosa, vestida de abogada estirada, con un traje chaqueta de falda lápiz azul marino y una camisa blanca impoluta que le sienta impecablemente bien, y resalta sus curvas de manera sofisticada. Su cabello suelto cae en suaves ondas alrededor de su rostro y su mirada, aunque distante por la lejanía, parece brillar con determinación y confianza.

Mi encuentro con ella equivale a la caída en picado desde un precipicio en la que los recuerdos se mezclan con el presente y nace una oportunidad nueva para entender si algo ha cambiado desde la última vez que hablamos.

—Señor Drake, le estaba esperando.

—No hace falta que sigas hablándome así, es absurdo. ¿Cómo sabías que iba a estar aquí? —inquiero, y ella resopla dispuesta a dejar de lado los formalismos.

—Tu madre me ha llamado mientras me dirigía al despacho. Quiere que yo supla a tu padre hasta que se recupere del todo, cree que es mejor que no te enfrentes solo a las decisiones del club y que vele por tus intereses como lo haría él.

—Puedo hacerlo solo.

—Puedes, pero reconozco que tienen razón en que no debes estar sin representación hasta que Tomas pueda volver a ejercer su trabajo. Sabes que no es lo más aconsejable en estos momentos.

—¿No tengo elección? —pregunto haciéndome el fuerte.

—La tienes, pero tu madre es una mujer muy insistente y tendrás que enfrentarte a ella si decides deshacerte de mí. —Ava sonríe levemente.

Joder, qué guapa es.

—Conozco perfectamente a mi madre con la que al parecer has hecho buenas migas, tanto que le contaste cómo me sentía traicionando mi confianza —le recrimino.

—Solo intenté aliviar el corazón de una mujer que sufre por sus hijos; por cierto, de nada. Ahora será mejor que entremos a la reunión, prometo no intervenir a menos que lo vea necesario.

—No sé si fiarme de ti, cambias de opinión demasiado rápido. —Las puertas automáticas se abren y entro, pero Ava se queda parada frente a ellas con el gesto torcido—. ¿Qué pasa ahora?

—Si seguimos por este camino, esto no va a funcionar.

—Este camino es el único que lleva a la oficina de Randy Levine.

—Deja las ironías para otro momento, Oliver. Estoy aquí para ayudarte, no para que empieces una guerra de despecho contra mí, acepta que nosotros nunca vamos a encajar.

—Recuerdo que encajamos a la perfección una vez, pero puede que tengas razón y sea estúpido seguir insistiendo en pensar que eres una mujer increíblemente preciosa e inteligente y que merezco tu aprobación.

—La tienes, te respeto mucho como persona, pero lo nuestro no es viable a largo plazo.

—¿Siempre tratas las relaciones personales como si fueran una presentación de proyectos a una empresa? —Me molesta que utilice ese lenguaje técnico.

—Tú y yo somos eso mismo, una empresa para la que voy a trabajar y por la cual me pagan.

—Me queda más que claro.

—Me alegra que por fin te haya entrado en la cabeza. Debemos darnos prisa y entrar en esa reunión, tengo otros asuntos que atender hoy.

—Vas a hacerte rica con tantos honorarios.

—Un poco menos que tú por golpear una pelotita con un palo, pero sí, me gano bien la vida.

Ava finalmente accede a acompañarme y juntos entramos al edificio y subimos en el ascensor. El silencio entre nosotros es tenso, cargado de emociones no expresadas y pensamientos que se agolpan en nuestras mentes mientras el elevador asciende lentamente.

Siento un impulso repentino, unas ganas tremendas de detener el ascensor, de hacerlo en este preciso instante y perderme en un beso con Ava. Así se le bajarían los humos de profesionalidad, o quizá elevar aún más el calor que inflama mi cuerpo...

Lo hago. Con un movimiento decidido, pulso el botón de *stop*. El zumbido se detiene de inmediato y el habitáculo queda en silencio, solo interrumpido por el latido acelerado de mi corazón.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco? ¡Me agobian los espacios pequeños! ¿Y si ahora no vuelve a arrancar? ¡Nos vamos a quedar sin oxígeno! —Tiene los ojos desencajados y ha empezado a aflojarse los botones superiores de la camisa.

—Yo seré tu soporte vital.

—¿Mi qué? No tiene ninguna gracia, vuelve a poner en marcha este cacharro. ¿Por qué Nueva York está lleno de rascacielos? Por favor, arranca esto de una maldita vez, Oliver Drake —me exige.

—Voy a ayudarte.

—¿Ayudarme? Eres idiota, ¿tú eres el problema y te quieres atribuir también la solución? Es el colmo de los...

Sin darle oportunidad para hablar más, la tomo de la cintura, la acerco a mí y su boca se calla bajo la presión de la mía. Al principio, sus labios están inmóviles, como sorprendidos por mi atrevimiento. Pasan unos segundos antes de que corresponda al beso, sus labios suaves cediendo ante la intensidad del momento.

Nunca hubiera pensado que sentiría un deseo tan fuerte como para hacer algo tan inesperado como esto.

La abrazo con fuerza de la cintura y mis labios recorren ahora su cuello hasta que nuestras bocas se encuentran de nuevo. El beso es de esos que dejan claro, que solo se trata del principio de lo que nuestros cuerpos desean antes de dejar para siempre este mundo.

Cuando por fin nos separamos, ella tiene la respiración acelerada, los labios hinchados y encendidos.

—¿Mejor? —Ladeo la cabeza sonriendo mientras la miro.

—Podría denunciarte por esto.

—Pero no lo harás, admite que por tu mente también ha pasado la posibilidad de que esto pasara. —Ava empieza a recomponerse mientras se abotona la camisa de nuevo y yo pulso el botón de arranque.

—Ves demasiadas películas porno, Oliver.

—Soy más de práctica que de vídeos. La peli que tengo en mente que protagonicemos es demasiado explícita para verbalizarla. —Noto cómo que el cuerpo de Ava da un respingo.

—No voy siquiera a hacer el *casting* porque no me interesa.

—Tu lengua no expresa lo que piensa tu mente. —Las puertas del ascensor se abren en ese preciso momento y ella sale disparada de la cabina.

—No vuelvas a hacer algo así en la vida —me dice aparentando estar molesta, pero sus ojos revelan otra cosa y ella lo sabe.

Desde que he salido de ese maldito ascensor, la excitación sigue palpitando en cada fibra de mi ser hasta el punto de impedirme seguir el hilo de la reunión que se mantiene en una sala demasiado oscura para mi gusto.

En mi mente, una y otra vez, el momento exacto en el que Oliver ha detenido el ascensor y me ha besado, como si fuera un bucle que se niega a detenerse.

El sabor de su saliva, su erección presionando mi estómago, el pulso acelerado de la vena de mi cuello que ha lamido varias veces y el momento en el que ha afirmado que por mi mente ha pasado la posibilidad de que esa escena se materializara.

Reconoce que es verdad, querida.

—¿Usted está conforme, señorita Black? —la voz del señor Levine me saca de mi ensoñación.

—Eh, ¿qué? Disculpe. —Sacudo mi cabeza que caracolea por otros derroteros en los que los músculos y la piel arden. Oliver se da cuenta y suelta una risita por lo bajo.

—Que si cree que el señor Drake debe de volver al campo lo antes posible.

—Sí, claro, sí. Siempre que él esté de acuerdo.

—Perdónela, señor Levine, es una mujer excesivamente trabajadora y tiene la mente en su siguiente misión legal. No para de darle a la sin hueso, está agotada la pobre —interviene Oliver al que parece que esto le divierte.

—Lo entiendo y no voy a robaros más tiempo. Bienvenido de nuevo a las filas del equipo.

—Gracias, señor Levine —lo escucho mascullar, aunque no parece realmente agradecido de la decisión que ha tomado el presidente de los Yankees.

Abandonamos juntos el despacho y el silencio envuelve nuestros pasos mientras nos dirigimos al maldito ascensor. Lo esperamos uno al lado del otro y decido hablar.

—¿Por qué no pareces contento con la decisión de que vuelvas al equipo?

—Quiero volver, pero pienso que jamás deberían haberme apartado de esa forma y mucho menos por el motivo que lo hicieron. Mi vuelta la ha motivado la acumulación de derrotas desde que me pidieron amablemente que me retirara un tiempo. Ahora vienen partidos importantes y decisivos y ya no les parece mal que mi hermano esté metido en problemas. No les importa una mierda la gente y lo que les pase fuera del campo.

—Entiendo. Siento que te sientas de esa forma.

—Me alegra que aún te quede un cálido trozo en tu corazón de hielo y sientas algo por mí, aunque sea pena.

El elevador llega a la planta y Oliver entra, pero al darse cuenta de que me quedo paralizada en el suelo, me mira con sorpresa y pregunta:

—¿No tienes intención de bajar?

—Sí, pero después de ti. No quiero sobrecargar a la sin hueso. —Sonrío al punto que las puertas se cierran y lo pierdo de vista.

Entre Oliver y yo media un serio problema, pero no de los malos, sino del tipo que nos une de manera irremediable...

OLIVER

Esa última sonrisa que Ava me ha dedicado mientras se cerraban las puertas del ascensor me ha provocado una sacudida en la entrepierna. Mi polla se declara en rebeldía y cobra vida propia cuando noto su cercanía.

Dispongo de un par de días hasta empezar los entrenamientos de nuevo y estar a punto para el próximo partido contra los Arizona Diamondbacks.

Tienes que compensar lo que le has hecho en el ascensor antes de la reunión, Oli.

Sé que ella correspondió a mi beso y la he notado con la mente en otra parte durante toda la reunión, pero ni de lejos me considero el tipo de hombre que acosa a las mujeres. Además, si mi madre se entera de lo que he hecho, me daría un sermón sobre el respeto que hay que profesarles, y con toda la razón del mundo.

Creo que ya es hora de tener una cita de verdad, una en la que pueda mostrarme como soy realmente cuando me gusta mucho alguien. Aunque dudo que cualquier otra mujer haya provocado en mí lo que siento por ella.

Una vez llego a la calle, decido marcharme para así darle espacio a Ava y también aprovecho para llamar a mi madre.

—Mamá, ¿por qué tengo la sensación de que la aparición de Ava para sustituir las funciones de papá, es una de tus artimañas de casamentera? —le digo sin siquiera saludar cuando ella descuelga la llamada.

—¿Artimaña de casamentera? No sé de qué hablas. Simplemente pensé que te beneficiaría contar con alguien de confianza como Ava para ayudarte mientras papá se recupera.

—Vamos, mamá, te conozco.

—Bueno, tal vez me preocupo por ti y quiero verte feliz. ¿Qué tiene eso de malo? Es una mujer inteligente, trabajadora y de confianza. Además, creo que haríais una bonita pareja.

—¿En serio piensas eso?

—Por supuesto, y no soy la única.

—No lo sé, mamá...

—Solo déjate llevar y ve lo que sucede.

—Quiero invitarla a cenar y celebrar mi vuelta al equipo con ella —le confieso.

—¡Es una gran noticia! —noto la emoción en su voz.

—¿Cuál de las dos? —rio porque sé qué le preocupa más.

—Ambas. Creo que sería una excelente idea invitar a Ava a cenar para celebrar tu vuelta al equipo.

—¿En serio crees que debería hacerlo? No sé si aceptará...

—Estoy segura de que sí, cariño. No pierdes nada con intentarlo, ¿verdad? Además, siempre es agradable pasar tiempo juntos fuera del trabajo y conocerse en un ambiente más relajado.

—Sí, tienes razón. Siempre sabes qué decir.

—Estoy aquí para ti, Oliver. Siempre lo estaré y ya sabes que siento mucho haberte dado otra impresión. Tu padre y yo te queremos mucho y sabemos que vales oro.

—Yo también os quiero, saluda a papá de mi parte.

—En cuanto salga de la sala de curas, le contaré las buenas noticias. Y por favor, si sales con ella, intenta preguntarle si sabe algo de tu hermano.

—Descuida, lo haré. Yo también lo echo mucho de menos.

OLIVER

Por primera vez el nerviosismo me puede ante una posible cita. La voy a sorprender a su salida del bufete para invitarla a cenar a un restaurante exclusivo que me han recomendado y que ha abierto sus puertas recientemente. Me tiene algo alterado la incógnita de su reacción.

Procuro mantener la calma y el control sobre mis nervios, pero el revoloteo de las mariposas en mi estómago altera la espera fuera del edificio. En ninguna otra ocasión había sentido esta gratísima sensación, pero estoy decidido a hacer que esta cita sea perfecta.

A las ocho y media en punto la veo salir del despacho. Mira a ambos lados de la calle antes de iniciar su camino hacia la izquierda. Sin dudarle, cruzo rápidamente la calle en la esquina para interceptarla.

—¡Ava! —llamo su atención cuando estoy lo suficientemente cerca y ella se detiene, sorprendida al verme allí.

—Oliver, ¿qué haces aquí? —su voz suena ligeramente desconcertada, pero también curiosa.

—No eres la única que puede sorprenderme en la puerta del trabajo. —Me mira ladeando la cabeza.

—¿Te has propuesto volverme loca hoy? Te advierto que te estás convirtiendo en un potencial acosador.

—Solo quiero compensarte por el mal rato que te he hecho pasar esta mañana en el ascensor —la mera mención, hace que el cuerpo de Ava se estremezca en un acto reflejo.

—Sí, coincidido en que te has pasado un poquito —carraspea—, pero no necesito que me compenses, estoy cansada y quiero volver a casa.

—Una cena, un buen vino y una conversación para limar asperezas, me lo debes —le digo con una sonrisa intentando convencerla.

—¿Perdona? Yo no te debo nada. —Una expresión desafiante en su rostro.

—Al menos me debes la posibilidad de ser amigos después de tirarme por un barranco y devolverte a la cabaña sana y salva. Luché con un oso por ti —insisto con el recuerdo de aquella aventura que compartimos en el bosque.

—Yo no te tiré a propósito y era un osezno —me corrige y cruza los brazos sobre el pecho.

—No estoy seguro, tenía unas garras enormes —insisto jugando con ella.

—Me temo que el que tiene esas garras eres tú —responde con picardía.

—Bueno, pero te regalé un buen orgasmo —lanzo la broma buscando su reacción.

—¿Cómo te atreves a chantajearme con eso? —me reprocha con los ojos entrecerrados.

—No es un chantaje, es lo que pasó —insisto sin perder mi tono jocoso.

—No fue tan bueno —responde desafiante.

—Entonces dame la oportunidad de provocarte uno mejor —bromeo, pero no parece hacerle gracia mi broma.

—Lo siento, me voy. —Emprende la marcha a paso rápido y me obligo a disculparme acelerando tras ella.

—Solo era una broma, Ava, por favor, me siento muy solo sin mi familia aquí. Tú sabes de sobra lo que significa tener a los tuyos lejos.

Lo que le he dicho la hace detenerse.

—Eso es manipulador.

—Pero una verdad apabullante y quiero demostrarte que no soy siempre un capullo pagado de sí mismo. —Lo sopesa unos segundos antes de responder.

—Está bien, una cena y luego cada uno se marchará a su casa.

—Una cena y vemos lo que pasa después —digo, y ella vuelve a tomarse unos segundos en reaccionar—. ¿Trato hecho? —le pregunto para ayudarla a decidirse.

—Ceno y me marchó, esa es mi última oferta.

—En ese caso, acepto. Tengo el coche aparcado a la vuelta de la manzana.

Me encuentro sentada en el asiento del copiloto, con una extraña sensación de *déjà vu* mientras el coche de Oliver avanza por las calles de la ciudad. No puedo evitar preguntarme qué diablos estoy haciendo aquí, de nuevo en compañía de la tentación encarnada en forma de Oliver Drake. Nos dirigimos a algún lugar, eso está claro, pero ¿dónde? Bueno, sí lo sé, vamos a un restaurante en el que vamos a cenar, pero Oliver no me ha dado ninguna pista al respecto.

—¿A dónde vamos?

—A Eden, un restaurante que hace poco abrió sus puertas y que me han recomendado.

—¡Vaya! Conozco ese lugar. Mi mejor amiga es la segunda chef allí. La noche que nos llevaste a casa estábamos celebrando la inauguración del restaurante y su nuevo trabajo. Por lo menos sé que la cena estará deliciosa y que voy a contar con una aliada por si intentas emborracharme y llevarme a la cama a traición.

—La primera vez no necesité emborracharte. No soy ese tipo de persona.

—No me lo ha parecido esta mañana.

—Tampoco me has abofeteado, has abierto la boca y movido la lengua así. —Oliver imita un beso en el aire y no puedo evitar reírme.

—Yo no pongo esa cara cuando beso.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Tienes ojos volantes como si fueran dos drones? —Ríe con su propia ocurrencia.

—Tengo sentido del ridículo y sé que jamás boquearía como un besugo fuera del agua. —Carcajeo yo también.

La conversación se vuelve divertida y cómoda, y sonrío. El hecho de tener cerca esta noche a Amanda también me tranquiliza, aunque me sermoneará por no haberla avisado de mi vuelta a la ciudad.

Al llegar al restaurante, me sorprende ver que no está demasiado concurrido. La atmósfera tranquila y acogedora contrasta con la agitación habitual de los lugares más populares de la ciudad.

Al entrar, la presencia imponente de The Hammer provoca que algunas mesas se volteen para mirarlo. El *hostess* lo ve y se apresura a recibirnos como a cualquier celebridad. Yo estoy acostumbrada a ese tipo de trato cuando voy con mi hermano a algún lugar, aunque a día de hoy siga sorprendiéndome.

—Señor Drake, un placer tenerlo esta noche aquí. ¿Cómo se encuentra del hombro? El

equipo no rinde de la misma manera sin usted.

—Gracias, estoy plenamente recuperado. Pronto volveré al campo para enfrentarnos contra los Arizona Diamondbacks. No se lo digas a nadie, es información privilegiada. —No pasa desapercibido el brillo en sus ojos al conocer la noticia y el honor que Oliver le ha concedido al darle esa información.

El chico nos acomoda en una mesa cercana a la cocina. Apenas nos sentamos, le pido visitar el área de los fogones y accede de inmediato a mi solicitud. Por lo menos esta noche disfruto de ese pequeño privilegio por ser la acompañante de Oliver Drake.

—Si me disculpas, quiero saludar a Amanda. —Me levanto y él lo hace conmigo, como si fuera todo un caballero.

Y no me hubiera besado a traición en un ascensor.

—Por supuesto. Me gustaría conocerla a mí también.

—Quizá en otro momento.

Me muevo con gracia y su mirada se posa sobre mi cuerpo. Sigo el aroma tentador de los platos recién cocinados por la talentosa chef que domina con elegancia todo lo que cocina, sea brasear un solomillo o remover algún tipo de sopa. Viste conjunto blanco y delantal gris con logotipo en rojo muy bien estudiado, el cabello recogido y un toque sutil de maquillaje.

—¡Ava! ¿Qué haces aquí? —Aparta el cazo del fuego y me abraza con fuerza.

—Perdona por no haberte avisado antes de mi vuelta a Nueva York, pero he tenido mucho trabajo acumulado en el bufete desde que llegué.

—Por lo menos una de las dos está triunfando en el terreno profesional. Este sitio no termina de arrancar y le echo la culpa sobre todo a la comida.

—Estoy segura de que esa no es la razón.

—¿Has venido sola?

—No, Oliver está esperándome en el salón para cenar.

—¿Una cita romántica? —Alza las cejas divertida.

—No, es solo por trabajo.

—Ya...

—No empieces con tus tramas de telenovela.

—¿Cómo va el caso de su hermano? —Vuelve un momento a prestar atención a lo que estaba cocinando, lo pone sobre el fogón y le echa una pizca de sal.

—Me temo que no puedo darte mucha información al respecto por el secreto de sumario.

—Lo entiendo. Bueno, en eso no puedo ayudarte. Pero... si necesitas algún consejo amoroso, aquí estoy para hacerlo. —Me guiña un ojo, juguetona, mientras agita la salsa con una sonrisa

pícara.

—Ya te he dicho que se trata de una cena profesional. Además, ¡él es un completo desastre cuando se trata de relaciones!

—¿En serio? Porque siempre que me hablas de él parece que estáis a punto de protagonizar una comedia romántica.

—Lo que te gusta una historia de amor.

—¿Y esta no lo es? Quizá deberías considerarlo. Tú podrías ser la heroína que lo salva de sus propias fechorías. La dama y el martillo.

Reímos y dos ayudantes jóvenes nos contemplan.

—¡No, no, no! Definitivamente eso no va a suceder.

—Oh, venga, Ava, no te hagas la dura, sé que ese tipo te gusta. Vi cómo lo mirabas esa noche de camino a casa.

—Ami, por favor. No empecemos con eso.

—Solo digo que parece que te llevas bien con él. Y si suprimimos la cita romántica, ¿por qué te ha traído aquí?

—Tal vez solo quiere celebrar mi regreso a Nueva York sana y salva, además de agradecerme la excelente gestión que realizo para su familia.

—Mmm, sí, claro. Eso se dice al principio. Pero luego, ¡bam!

—¿Te chocas con un autobús?

—Están planeando enamorarte, o echarte el polvo de tu vida. —Omito que eso ya lo ha hecho porque provocaría más especulaciones en la mente de mi amiga.

—Lo mejor será que salga y no lo haga esperar más, o se te va a quemar eso que estás removiendo. Tienes la mente muy calenturienta.

Bufa.

—La mente y el cuerpo. —Se sopla el mechón de pelo que se le ha soltado por la frente—. Si puedo, voy a saludaros.

—Quieres cotillear, chismosa —reitero.

Ella encoge los hombros; yo vuelvo a mi asiento y descubro que Oliver habla con una mujer morena muy alta a dos metros de nuestra mesa. No me acerco, mi intención se aleja mucho de interrumpirlos. Me acomodo en mi silla y me entretengo observando la carta que un camarero me ofrece, sin embargo, mis ojos no logran evitar vigilarlos. Desde luego, la familiaridad entre ellos se nota; ella le acaricia el brazo, sonríe de lado y se acaricia el cabello.

Han sido amantes, sin duda.

Pero eso no te importa, Ava.

Un minuto después, se despide de la chica con un corto abrazo y viene hasta mí, se acomoda y se retrepa en la silla.

—¿Qué tal está tu amiga? —pregunta.

—Estresada. ¿Y la tuya? —Me muerdo la lengua.

Joder, Ava, habértela mordido antes.

—No es mi amiga. Solo...

—No quiero saberlo.

—Representa a un compañero de equipo. Solo estaba siendo amable con ella.

—No tienes que darme explicaciones. ¿Cenamos? —De nuevo, me centro en la carta. Él hace lo mismo.

El camarero se posiciona de pie a nuestro lado y nos relata las especialidades de la semana.

—¿Qué te apetece? —Se preocupa el caballero Oliver con una armadura tan dura que ninguna lanza podría atravesarla.

—Voy a optar por los raviolis de langosta y crujiente de azafrán. —Sonrío y dejo la carta a un lado.

—Pato laqueado, gracias —decide él.

—Estupendo. —Se va y nos deja solos ante una botella de vino que ha debido pedir Drake cuando yo he estado con Amanda.

—Te gusta la comida picante.

—Mi madre es cubana. Somos... Picantes. —Sonrío levemente—. Me encanta experimentar.

—Supongo... —musito y le doy un sorbo al vino.

—¿Y a ti?

—Con la comida sí.

—¿Y en otras... cuestiones?

—No sé a qué te refieres.

—Al sexo.

—Directo y sincero.

—¿Y qué me dices?

—¿Por qué tendría que hablar contigo sobre mis gustos en la cama? —mi tono cada vez más agudo.

Se adelanta unos centímetros.

—Porque quiero llevarte de vuelta al cielo y necesito saberlo —susurra.

Miro a nuestro alrededor por si alguien nos escuchara.

—No tienes reparo ni vergüenza.

—En lo que al sexo se refiere, no. Y espero que tú tampoco.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que ya sabes.

—No voy a volver a acostarme contigo. Esto es una cena por trabajo y...

—Por eso estamos hablando de mi hermano —ironiza.

—No hablamos de él porque poco puedo revelarte.

Nos traen los platos.

—Que les aproveche.

OLIVER

Ava consigue hacerme sentir como un quinceañero al que le pone nervioso la chica que le gusta y, además, no sabe cómo actuar para que la reina del baile le haga un poco de caso.

Casi no recuerdo los nombres de mis amantes, pero el de ella se grabó en cada célula de mi cuerpo desde que James me la presentó por primera vez.

—Buenas noches. Espero que os haya gustado la cena. —Su amiga, Amanda, llega hasta nosotros con los postres, tarta de chocolate amargo con helado de vainilla bourbon y crujiente de caramelo.

Nos levantamos a la vez para saludarla.

—Todo excelente —asegura Ava.

—Gracias.

—Hola, Amanda, no sé si me recuerdas. —Le ofrezco la mano y ella me la estrecha.

—Por supuesto. Como para no hacerlo —susurra a Ava, pero la escucho—. ¿Te ha gustado la comida?

—Me ha encantado —respondo—. Seguro que volveremos. —mi comentario la hace sonreír.

—Tengo que dejaros. Espero que lo paséis bien esta noche —suelta con picardía, da un abrazo a su amiga y se pasea por otras mesas a charlar con los comensales.

—Hasta tu amiga desea que lo pasemos bien. —La pico, pero, aunque me muero de ganas de estar con ella, no voy a presionarla más. Una cena, solo quería una cena normal con Ava.

—Pagamos a medias —corta ella.

—De eso nada. Yo te he invitado y yo me hago cargo de la cuenta.

Subimos a mi coche unos minutos más tarde y sin preguntarle conduzco hasta su casa.

—Dime la verdad. —Corta el silencio—. La mujer del restaurante ha sido tu amante.

—No. De verdad, esa no, pero sí he estado con muchas mujeres. ¿Es lo que te hace rechazarme?

—El hecho en sí no, pero sí que no hayas sido capaz de mantener una relación larga con una persona.

—Eres increíble. —Me molesta—. Tu forma de valorarme me saca de quicio. Jamás se me ocurriría preguntarte con cuántos hombres te has acostado. Y ya te dije el motivo por el cual

nunca me había planteado tener una relación a largo plazo.

—No, no me lo has preguntado, pero, no te lo diría.

—Entonces... —Suspiro—. ¿Por qué crees que yo sí te daría el número exacto?

Detengo el coche frente a su edificio y ella baja. No hablo, aunque lo desee.

—Joder... —masco cuando cierra la puerta.

Cuento hasta diez con las manos apretando el volante para no salir y preguntarle qué cojones le pasa conmigo.

Once...

Doce...

—A la mierda. —Me bajo justo cuando ella vuelve a pasos agigantados hasta el vehículo y nos encontramos justo delante del morro.

—¿Quieres dejar de crucificarme? —grito.

—¡Tú sí que me crucificas! ¡Me dices que no te gusto, que sí te gusto! ¡Te pones celoso porque cuido de tu hermano, tal y como me pediste! ¡Me besas en un ascensor!

—¡No volveré a hacerlo! ¡Ni se me ocurriría!

—¡Ah, ¿no?! ¡¿Y para qué te has bajado del coche?!

—¡Porque quiero saber qué te pasa conmigo!

Ava lo piensa, lo valora, le brillan los ojos, la piel le arde y se le enciende, aprieta la mandíbula para, a continuación, abrir la boca y coger aire para no ahogarse, como yo, que a punto estoy de sucumbir a sus encantos, pero no lo hago, no obstante, ella me desarma al chocar contra mí como un huracán y besarme. ¡Y qué beso! Su boca se pega a la mía, destinadas, se amoldan en cada milímetro; su lengua se enreda con mi lengua y la saliva se mezcla con nuestros gemidos. Agarro su cintura y la aprieto.

Carne...

Logro cerrar el coche dándole al clic del mando a distancia que guardo en el bolsillo y la empujo hasta su portal. Ella abre la puerta y la cruzamos sin dejar de devorarnos hasta llegar hasta el ascensor.

—Eres preciosa —le digo con voz ronca y veo que sigo teniendo el poder de sonrojarla aún más con mis halagos.

—Y tú el hombre más guapo que he visto en mi vida —me confiesa por primera vez y mi polla ya dura se retuerce bajo mi pantalón hasta doler.

El ascensor llega y abre sus puertas, entramos envueltos de nuevo en besos.

Sin pensarlo dos veces, le levanto la maldita falda de tubo, le rompo los *pantys* y haciendo a un lado sus bragas, le introduzco dos dedos que resbalan en su interior por lo mojada que está,

mientras que con el corazón le aprieto y froto el clítoris.

—Dios mío, Drake...

—Se hacer mucho más que besar en los ascensores...

De nuevo estamos los dos encerrados en un ascensor, con prácticas algo más subidas de tono que besarnos y haciendo tambalear la cabina cuando Oliver me rompe las medias y me folla con los dedos, chupa, besa, muerde y lame mi cuello.

—Dios mío, Drake...

—Sé hacer mucho más que besar en los ascensores...

The Hammer sonrío y vuelve a besarme como si no fuéramos a amanecer vivos mañana.

Cuando el elevador se detiene en mi rellano y saca sus dedos, gimo frustrada, aún sabiendo lo que pasará cuando crucemos la puerta de mi apartamento.

—Me has dejado a punto de caramelo —La mano me tiembla buscando frenéticamente las llaves en mi bolso. Mis dedos rebuscan entre el caos de objetos y mi mente sigue en ebullición pensando en el maravilloso sexo que me espera esta noche.

Finalmente encuentro las llaves y con manos temblorosas las encajo en la cerradura. Tan acelerada me hallo que me cuesta concentrarme en las pequeñas cosas. El clic familiar de la puerta al abrirse suena distante, como si viniera de otro mundo. Entramo con pasos vacilantes, tensionado cada músculo de nuestros cuerpos.

Cierro la puerta y lo miro unos segundos para darle un suave beso. En sus brazos me siento segura, nunca imaginé que su presencia en mi casa la convirtiera de repente en un hogar. Sus labios atrapan los míos y todo se intensifica de nuevo entre nosotros.

Gimo con sus manos palpando todo mi cuerpo. Suben hasta mis pechos, pellizcan mis pezones por encima de las dos capas de tela que nos separan y arqueo mi espalda en respuesta... pidiendo más.

El fuego de The Hammer lo arrasa todo a su paso y yo me siento como un puñado de hojarasca.

—Tengo que quitarte esta maldita ropa —ronronea mientras me besa la cara, las orejas y el cuello.

—Hazlo —le pido para evitar que la rompa como ha hecho con los *pantys*.

Y como si mi mente le hubiera mandado telepáticamente mis deseos, se deshace de mi camisa estallando todos los botones, una lluvia de estrellas de nacar por todo el salón. Tarda poco en bajar la cremallera trasera de mi falda que resbala hasta el suelo.

Se aleja de mí, me admira como si fuera una obra de arte y sus ojos se oscurecen por el deseo.

—Joder, como me pone verte con ese agujero en las medias.

—Eres un rarito —musito, me quito el sujetador y lo dejo caer al suelo con la falda que todavía descansa sobre mis pies.

—Qué va. Lo sería si no apreciara a una mujer como tú y está claro que me vuelves jodidamente loco. Ven —estira su mano para que me acerque, sorteo la falda levantando los pies por encima con cuidado de no caerme.

—Apuesto a que también quieres que me deje los tacones puestos —anuncio enarcando las cejas.

—Empiezas a conocerme demasiado bien.

Mis ojos, de forma automática, bajan a su entrepierna.

El martillo goza de una admirable presencia, herramienta grande, ancha, dura muy dura, como todo su cuerpo musculado por el deporte.

Me muerdo el labio inferior y antes de que pueda atraparme entre sus brazos de nuevo, me acucillo y acerco mi nariz hacia su abultada polla.

Comienzo a bajarle los pantalones y Oliver suspira ante lo que se anuncia...

¿Crees que te cabrá en la boca?

No lo sé, pero voy a intentarlo porque debe saber a un banana split.

Empiezo con lamidas en el eje con mi lengua endureciéndosela más, propiciando que sus venas palpiten en mi mano. Luego la deslizo, hago un círculo con el pulgar y el resto de mis dedos contra mis labios, moviéndome hacia arriba y debajo de su polla. Juego con la lengua alrededor de su abultado capullo y succiono. La suavidad de su piel se desliza suavemente por mi lengua dejando un rastro sedoso que se funde en cada recoveco de mi boca. Como si el sol mismo se filtrara a través de su piel dorada, me transporta directamente al paraíso.

Nunca antes en la vida había disfrutado tanto al practicando una mamada a un hombre.

—Vas a hacer que me corra —me informa, justo al notar el cosquilleo de su miembro y ambos jadeamos de placer.

—Entonces, ha llegado la hora para que empiece el rodeo, vaquero —le digo, húmeda, cachonda perdida y deseosa de que me folle como nadie nunca lo ha hecho.

—Levántate y llévame hasta tu cama —se quita la camisa y sus palabras en estos momentos las considero órdenes para mí. Oliver, mi hombre mandón, parece conocer mi cuerpo mejor que yo misma desde aquella primera vez que nos acostamos...

Eres suya en cuerpo y alma.

Ya tendida sobre la cama, me quita los zapatos con parsimonia, como si descalzara a la mismísima cenicienta, y acaba por quitarme los malditos *pantys*. Luego hace lo mismo con mis bragas.

Gimo ansiosa. Quiero cogerlo del cuello y exigirle que me empale de una vez, cosa que hace un segundo después, de una sola estocada, y mi cuerpo se arquea maquinalmente para recibirlo.

Quiero que me la meta tan profundo que hasta la sientan mis entrañas. Me muevo para instarlo y comienza con suavidad para volverme loca, le gusta torturarme, provocarme para que le pida que me dé más fuerte.

—Joder, Oliver, quiero que me mates a polvos esta noche. —Consigo mi propósito porque sus embestidas se vuelven más rápidas y fuertes.

Sus manos en mis caderas.

Su boca en mi pezón.

Su polla entrando y saliendo, entrando y saliendo.

Todo es una combinación perfecta de placer, sudor, gemidos, humedad, bocas y saliva.

Mil voltios recorren mi columna y estallan formando una seta nuclear en mi bajo vientre.

—Oliver, creo que voy a morirme...

—Córrete para mí, hazlo por mí...

Todo se nubla ante mis ojos, un magnífico orgasmo explota y me corro gritando su nombre y él me acompaña varias arremetidas después.

Su cuerpo cae sobre el mío con la respiración agitada en el hueco de mi cuello. Sale de mí y me abraza arrastrándome junto a él para que me acurruque contra su pecho duro y perfecto.

Y entonces lo sé...

Irremediablemente, me he enamorado de Oliver Drake y no sé en qué momento exacto ha sucedido esto.

OLIVER

Me despierto al lado de la mujer que me quita el sueño, una antítesis que entiendo porque ella me da paz. Ava sigue dormida e irradia paz y felicidad. Anoche le demostré mi potencial para que ella toque el cielo cada vez que quiera y me deje.

Observo con admiración la suave curva de su rostro, los revueltos mechones de su cabello, esos que agarré anoche y tiré mientras me la chupaba. La polla me da una sacudida, el martillo se despierta de buena mañana, como yo.

Tras unos instantes de silenciosa contemplación, le acaricio con ternura el rostro y le susurro:

—Buenos días, preciosa.

Sonríe, aún adormilada, y se acurruca más a mí. Esto me transporta a otro planeta, a uno en el que jamás he estado. Acepto plenamente y de una vez por todas que me he enamorado de Ava.

—Me gusta demasiado despertar a tu lado... —Paseo las yemas de mis dedos por sus hombros... Sentir tu presencia... —Sigo por el costado... tu calor... —Sus caderas, llego a su monte de Venus y me detengo para acariciarlo con parsimonia, abro sus labios y hago círculos sobre su clitoris mientras ella jadea y se corre en mis manos, nunca mejor dicho—. Ava... —Dejo un beso en el cuello que cuenta más que oculta.

—¿Sí?

—Tenemos que hablar...

—¿Qué hora es?

—No lo sé...

Ella se remueve y se gira para mirarme. Parpadea varias veces hasta que consigue abrir los ojos del todo. El universo en su iris, la paleta de colores entera dibujándolo y dándole vida.

—No te he contado con cuántas mujeres me he acostado, sobre todo porque jamás me ha importado ninguna... —Alza las cejas y se queda sin aire—. Espera, no te enfades, deja que termine. —Yo cargo mis pulmones, listo para la confesión—. No sé si debería pedir disculpas por ello, pero nunca ninguna mujer me ha hecho sentir nada importante, hasta que... Hasta que te conocía a ti y... —Arruga la nariz—. Y me enamoré, Ava. Estoy enamorado de ti.

Da un respingo y se sienta sobre la cama con la sábana cubriéndole medio cuerpo. Me pongo a su altura y le pregunto si está bien. Se incorpora en el suelo y pierde la mirada tras la ventana.

—Ava... —Trato de que reaccione.

—Oliver... —Se gira y me clava esa pupila en la que la oscuridad de un agujero negro

acompaña al universo de su iris—. No podemos estar enamorados.

—Yo... —Caigo en la cuenta—. Yo solo he hablado de mí. No tiene por qué ser recíproco, aunque estoy seguro de que tú me correspondes.

—Tan arrogante como siempre.

Doy un paso hasta ella.

—Y tan sincero. Te toca serlo a ti.

—¿Si te quiero? No hemos salido durante el tiempo suficiente. Nuestra primera cita normal podría decirse que fue ayer.

—Hemos vivido situaciones duras juntos, muchas más de las que cualquier pareja que lleve un par de meses saliendo haya podido experimentar. Has estado a mi lado cuando más te he necesitado. Quiero poder hacer lo mismo, estar junto a ti para lo bueno y para lo malo.

—Eso suena a un compromiso demasiado serio —ríe—. No estamos en ese punto, simplemente no podemos.

—Deja de decir eso —le ordeno y la cojo de la mano.

—¿Y qué quieres que te diga?

—La verdad. Lo que sientes.

—Oliver... —Mi nombre se escapa de su boca, como si hubiera estado encarcelado—. No suelo decir o hacer estupideces, de los dos hijos que tienen mis padres, mi hermano se lleva la palma en eso...

—¿Vas a volver a repetirme que esto ha sido un error?

—No, lo que quiero decirte es...

—Háblame Ava, necesito que me hables.

—Joder, Oliver, que no suela hacerlo no significa que no haya cometido la estupidez de enamorarme de ti.

Sus palabras son bálsamos para mí, cada una de las que verbaliza, y sonrío, y la acaricio, y la acerco, y la beso con esas ganas nuevas de un amor que acaba de nacer y que se espera que se haga grande.

—No quiero que me hagan daño, solo eso —anuncia.

—Y no lo haré, te juro que nunca he sentido algo así por nadie. Quiero que estés aquí, ahora, conmigo. Quiero que confíes en mí tanto como yo confío en ti. —Escudriño su mirada en busca de complicidad.

—Confío en ti más de lo que puedo explicar y eso me asusta —susurra acercándose lentamente. Me mira con ternura y cariño, como yo a ella. Hemos dejado atrás nuestras disputas sin sentido, los reproches y las discusiones para ver quién puede más o quién quiere menos, porque nos queremos. Espero de corazón que ahora lo nuestro comience a cambiar.

Nos besamos y nos abrazamos, sin dobleces y con fuerza, reconociendo nuestros sentimientos. Nos dejamos llevar por la magia que arrastra a un lugar bonito y nuevo; nos guía esa conexión especial que trasciende el tiempo y el espacio.

—James te matará cuando se entere de esto —informa con su boca sobre mi pecho.

—Una guerra que libraré y ganaré. Yo nunca pierdo.

—Voy a contarte algo porque necesito que me ayudes —suelta de repente—. Es sobre Neil.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? Creía que no convenía que supiéramos mucho.

—El amor —resopla y el corazón me da un vuelco pensando que a mi hermano haya podido pasarle algo.

Una semana después de abrir mi corazón a Oliver y contarle la situación de Neil y Vanessa, aún me pesa la confesión. La incertidumbre me mantiene despierta por las noches, pero confío en Oliver que me da la fuerza para seguir adelante.

En el despacho me viene a la mente la conversación que mantuvimos esa noche...

—Creo que Neil y Vanessa podrían estar en peligro. Es posible que los Tigers Gold le tiendan una trampa como venganza por su relación. Tu hermano me explicó muy bien cómo operan esas bandas y no dudarían en hacer algo así, de hecho, ya lo intentaron y tu padre pagó las consecuencias.

—Mi hermano es un gilipollas, ¿quién le mandó meter las narices donde no le llaman? Hay más mujeres en el mundo, joder. —Se mesó el pelo, nervioso, angustiado.

—No digas eso, ¿acaso tú renunciarías a mí porque tuviera problemas?

—No, jamás, pero...

—Hay que encontrarla, me dio su dirección, le prometí que intentaría informar a esa chica que él se encuentra bien.

Él me miró apretando la mandíbula unos segundos y finalmente asintió.

—No permitiré que lo hagas sola y te metas en las calles del Bronx sin mí. Hablaré con los Flores y comprobaré que la dirección que te dio es segura y pertenece a esa tal Vanessa.

—Ava, tienes una llamada —indica Kevin sacándome de mis pensamientos.

—¿Diga? —respondo de manera inmediata.

—Soy yo, he hablado con algunas personas del barrio y me han confirmado que podemos encontrar a Vanessa allí en una hora más o menos.

—Vale —escuchar a Oliver me pone nerviosa de inmediato.

Me indica dónde vamos a encontrarnos y anoto la dirección de la cafetería.

—Te veo allí en veinte minutos. —Cuelgo y busco mi bolso—. Kevin, me ausentaré el resto de la mañana. Anula mis citas y reuniones.

—El jefazo quiere verte en media hora —informa tras su mesa.

—Dile que he tenido que salir a ver a un cliente y que no he podido retrasarlo.

—Pero... —No sé ni qué dice porque me voy a toda prisa. Llevo tratando de quedar con Vanessa Rodríguez una semana y no voy a perder la oportunidad. Hasta he paseado por la calle que me dijo Neil durante dos tardes sin que Oliver lo supiera y no he dado con ella. Si Drake se

enterara del peligro que esto representa, me alejaría del caso y buscaría otro abogado.

Subo a un taxi y le doy la dirección del lugar de encuentro con Oliver. Mi teléfono suena, como cada día en incontables ocasiones, y decido ponerlo en silencio sin contestar.

Pago al taxista y mis pies tocan el suelo del Bronx con el corazón a mil por hora. Camino con determinación por las calles empedradas, mis pensamientos acorralados por la neblina.

Al doblar la esquina, mis ojos se posan en la pequeña cafetería que Oliver me ha mencionado. Entro y una mezcla de aromas de café y pasteles me envuelve, algo reconfortante en medio de la tensión que siento. Mi mirada escudriña el lugar y lo encuentro sentado en una mesa cercana a la puerta con una expresión preocupada. Sus ojos se cruzan con los míos y una sonrisa cálida ilumina su rostro.

—He llegado lo más rápido que he podido.

—¿Estás segura de que esto no nos pondrá en peligro y que no afectará al caso de Neil? —Me coge las manos por encima de la mesa.

—Solo sé que, si tú estuvieras en paradero desconocido, me gustaría saber algo de ti. Lo quieras o no, están enamorados.

—No tengo nada en contra de esa chica, solo me preocupa nuestra seguridad y la de mi familia.

Poco después nos adentramos en un oscuro callejón en cuyo fondo aguarda una pequeña y discreta puerta.

Empujo con cautela la puerta de madera y se nos revela un mundo completamente diferente al bullicio exterior. Un apartamento modesto, con muebles antiguos, el sofá gastado, fotografías enmarcadas en la pared, el persistente olor a café impregnando el aire y el sonido de la televisión de fondo.

Mis ojos escrutan el espacio en busca de un rostro. Veo por fin a una chica joven de mirada penetrante y vestimenta discreta. Morena, de piel y cabello. Nuestros ojos se encuentran y me acerco con paso firme. Oliver me sigue a mi espalda.

—¿Quiénes sois y qué estáis haciendo en mi casa? —pregunta con las manos ceñidas a la taza de café—. Un momento —achina la mirada—, tú eres The Hammer, Oliver Drake, el hermano mayor de Neil.

—Venimos de su parte —intervengo a la vez que Oliver asiente.

—¿Le ha pasado algo? —su voz se alarma.

—Está bien, no te preocupes. Quería que te dijéramos que volverá a por ti.

Vanessa comienza de inmediato a llorar y a balbucear palabras incomprensibles. Me acerco con preocupación y trato de calmarla invitándola a relajarse. Las lágrimas de Vanessa inundan sus mejillas mientras intenta articular palabras entre sollozos. Una evidente angustia la desgarró. Tomo asiento a su lado para ofrecerle aliento, apoyo y consuelo.

—Tranquila, lo sabemos todo, no hace falta que digas nada, tan solo debes cuidarte y mantenerte protegida hasta que todo esto termine.

—Me siento culpable, Neil se merece otro tipo de chica. Soy un caso perdido, esta vida arrastrada me aguarda el resto de mis días.

Vanessa nos cuenta entre sollozos su difícil pasado: una familia desestructurada marcada por un padre alcohólico que las maltrataba a ella, a su hermano pequeño y a su madre. El refugio de ese infierno lo encontró en la banda, especialmente gracias a Walter Mendoza, quien logró que su padre desapareciera y los dejara en paz.

—Estoy en deuda con él.

—Neil me dijo que Mendoza y tú ya no estáis juntos, pero has pasado a ser una de sus protegidas.

—Sí, nos mantiene en cierta forma, en verdad nos vigila para que no podamos hablar más de la cuenta...

—No hace falta que lo hagas, pero si tienes alguna información valiosa para sacar a Neil del lío en el que está metido, me sería muy útil, y te ayudaré si nos ayudas.

—¿Cómo...?

—Acabando con los Tigers Gold, te librarás de esa deuda con Mendoza.

Vanessa duda antes de hablar, pero finalmente decide dar rienda suelta a su interior tras un largo suspiro.

—Ray, uno de los subordinados de la banda, nos vio a Neil y a mí salir de un hotel. Acto seguido, lo llamó por teléfono después de nuestra despedida. Tu hermano —dice dirigiendo la mirada a Oliver esta vez—, siempre pensando que puede ayudar y sacar a todos de problemas, aceptó quedar con Ray. Pero se trataba de una trampa a conciencia planeada. Mendoza, al saber de nuestra relación, ordenó a Ray que le sacara información a Neil fingiendo que necesitaba su ayuda para salir de la banda.

—Los Tigers le han tendido una trampa y lo han implicado en actos delictivos, ¿no es así?

—Sí, y también sé que lo encontraron en Greenwood e intentaron acabar con él.

Miro a Oliver que ensaliva y se atraganta.

—Dispararon a nuestro padre —interviene por primera vez.

—No era el objetivo —contesta ella—, siento decirlo así, pero me alegro de que tu padre esté bien y que esa bala no acabara con la vida de Neil.

—Lo entiendo, la cosa podría haber sido peor —musita Oliver.

—Sé que Neil no querría que te pidiera esto... pero, la información que tienes podría ser de gran ayuda para que Neil salga inmune de las acusaciones, después podríamos solicitar protección y seguridad para ambos.

—¿Y qué pasaría con mi madre y mi hermano pequeño?

—También podríamos ayudarlos. —Me pongo más seria si cabe—. Pero esto es peligroso, Vanessa, no puedo mentirte, y va a ser muy duro.

Lo sopesa unos minutos, mientras sorbe de su taza de café.

—Está bien. Cuenta conmigo. Declararé, haré lo que haga falta por él.

Tres semanas después, muy duras y con la ayuda de algunos colegas que han enfrentado casos similares, hemos trazado claramente el rumbo de nuestro alegato para el juicio de Neil. La importancia del testimonio de Vanessa Rodríguez es clave.

He quedado con ella con total discreción para que me aportara más datos y los puntos flacos que tiene la banda para atacar su talón de Aquiles si fuera necesario, además de asegurarme de que sigue bien y a salvo, y que Mendoza y sus secuaces no han reparado en su traición a los Tigers Gold.

Salgo de la sala de reuniones y encuentro a Oliver hablando con Kevin en el vestíbulo, ambos con bolsas de comida en las manos procedentes de un restaurante cercano.

—Estás aquí. —Qué raro me parece la normalidad con que se conduce mi pareja porque se acerca, me da un beso y sonrío—. Te he traído comida.

—¿No deberías estar entrenando?

—Yo también me alegro de verte, cariño.

—¿Cariño?

—¿Amor, flor, corazón?

Pongo los ojos en blanco ante la sonrisilla de Kevin que se divierte a nuestra costa.

—Yo voy subiendo. Mi jefa me tiene hasta arriba de trabajo —indica mi secretario y va hasta el pasillo de los ascensores.

—Dime que tienes media hora para comer conmigo en el parque.

—¿Ahora eres todo un romántico?

Hace una mueca con la boca, nariz y ojos.

—Estoy empezando a creer que lo he sido siempre, pero que hasta que no te he conocido esa parte de mí estaba dormida.

—Veinte minutos. No puedo concederte más.

—Gracias por concederme algo de tu valioso tiempo. —Hace una reverencia como otra de sus bromas.

Caminamos media manzana hasta un pequeño parque y tomamos asiento en un banco de madera entre la vasta extensión verde que se despliega en medio de Manhattan. El bullicio de la ciudad se desvanece unos decibelios en este pequeño oasis iluminado con el sol de mediodía.

—Deberías ser tú la que tuvieras que rogarme por un poco de tiempo a The Hammer. ¿No has leído la prensa?

—No tengo tiempo.

—Pues sales con el mejor jugador de béisbol del país, aunque no han conseguido sacar ninguna foto nítida y nadie sabe aún quién es la misteriosa dama.

—Vaya novedad.

—Me impresiona que no te llame la atención al menos.

—Nunca lo ha hecho. —Le clavo un dedo—. Eres de carne y hueso y soy la hermana del mejor jugador de la NFL.

Me regala una sonrisa, extiende una manta sobre el césped y se asegura de su perfecta colocación antes de sentarnos.

—Estamos bien aquí.

—No me tontees. Trato de tener media hora romántica contigo.

—Veinte minutos —insisto.

La tela me acaricia los pies cuando Oliver se deshace de mis zapatos. Abre la bolsa y los olores inundan el aire. Aroma fresco a pan recién horneado, frutas frescas, carne asada... Mi boca se hace agua y el estómago ruge de alegría anticipada.

—¿Desde cuándo no comes?

—Me tomé un café esta mañana contigo.

—¿Solo eso?

—Yo no hago tanto ejercicio como tú. Básicamente no hago ninguno.

—En la cama sí —levanta las cejas un par de veces, divertido.

Muerdo un trozo de carne e ignoro lo que dice porque seguro que nos ponemos cachondos y terminamos follando en los baños públicos.

Saca una botella de vino y dos copas.

—No te has dejado ni un detalle.

Las rellena y brindamos.

—¿Cuántos minutos nos quedan? —cuestiona.

Miro mi reloj de muñeca.

—Diez. —El vino tinto se desliza por mi garganta.

—Son pocos.

—¿Para qué?

—Para todo lo que voy a besarte.

Tres semanas después...

Llevo un mes entero en Silverton, un pueblo pequeño y acogedor en las montañas de Colorado. Me alojo en casa de Joe, un hombre viudo en el que se percibe de esas personas que nacen con la vocación innata de ayuda a los demás. Tras el fallecimiento de su mujer, decidió colaborar con la policía y ofrecer su casa como refugio permanente para aquellos que necesitasen protección. Así le daría un nuevo propósito a su vida y al mismo tiempo combatir la soledad.

La casa, modesta pero acogedora, posee un aura de calidez que contrasta con el frío del invierno en las montañas. Joe y yo hemos creado un vínculo de buena amistad durante este tiempo. Aunque al principio me costó abrirme, su paciencia y comprensión me han ayudado a sentirme como en casa.

Durante todo el tiempo que he pasado aquí, no he dejado de pensar en Vanessa y en si Ava habrá podido contactar con ella. La incertidumbre me carcome por dentro y mi preocupación aumenta cada día que pasa sin noticias suyas. A veces me cuesta conciliar el sueño solo pensando en ello, pero no pierdo la esperanza de que todo se resuelva de la mejor manera posible.

—¿Otra vez pensando en esa chica? —Joe toma asiento junto a mí en el columpio del porche. Ha estado un buen rato cortando leña, uno de sus pasatiempos favoritos.

—Me pregunto si estará bien.

—De haber sucedido algo fuera de lo normal, ya me habrían avisado. Ya sabes que soy al único al que la policía puede informar de algún cambio en tu situación. Hace poco ya nos informaron de que tu padre está casi recuperado y las cosas en tu familia marchan bien.

—Lo sé, pero Vanessa no forma aún parte de mi familia, dudo incluso que Ava le haya dicho nada y no conocen ni su existencia.

Mientras hablo con Joe, veo pasar un coche extraño, uno que no corresponde con las viejas furgonetas de los vecinos que tengo muy vistas y que reconozco de inmediato, uno muy parecido al que vimos el día en el que dispararon a mi padre.

Un escalofrío recorre mi espalda y una sensación de intranquilidad se apodera de mí mientras observo cómo el coche se aleja por la calle.

—¿Qué pasa, chico, acaso has visto un fantasma? —Joe se da cuenta de que mi rostro se palidece.

—Creo que será mejor que entremos en la casa.

—Sí, será lo mejor, a estas horas empieza a refrescar y mis viejos huesos se resienten. Tú deberías preparar la cena, les has devuelto la vida a los fogones.

—Claro, en seguida voy.

Me quedo un poco más observando la carretera que pasa frente a la casa, bordeada por las imponentes montañas y me pregunto si es posible que esos malnacidos hayan conseguido localizarme. La idea de que su acecho cercano me pone los vellos de punta. Mi mente empieza a trazar planes de escape en caso de que sea necesario. Joe no merece que le pase nada por mi culpa. No me lo perdonaría en la vida.

—¿Cómo te va con Oliver? El restaurante me tiene absorbida —me pregunta Amanda, con dos copas de vino vacías sentadas en el sofá de mi pequeño apartamento—. Es mi primera noche libre en un mes.

—Tienes que descansar. El restaurante no irá peor porque tú faltes.

—Ni mejor. No sé qué hacemos mal.

—Le cuesta despegar, pero lo conseguiréis.

—¿Y Oliver?

—En una concentración con el equipo. La semana que viene tiene un partido decisivo.

—Ya he visto en la prensa lo bien que le va. El equipo se hará con la victoria gracias a él.

—Es bueno...

—Y estás enamoradísima de su anaconda —bromea.

—Me da miedo...

—¿De estar enamorada o de que te aplaste con él en una noche de pasión?

—Que me haga daño. Sus amantes se cuentan por miles.

—Pero él también te quiere. Lo leí en una revista. No habló de ti en concreto, pero sí de lo enamorado que estaba. La prensa te busca.

—Y no va a encontrarme.

—Os han hecho juntos algunas fotos.

—Soy su representante suplente. Es normal que nos vean juntos.

—Yo no podría trabajar codo con codo con mi pareja. ¡Nos mataríamos!

—Si ni siquiera la tienes, ¿cómo sabes cómo sería? —Río.

—Lo sé. Qué agobio. Todo el día con él. Divorcio antes que la boda. —Nos carcajearnos.

—Por cierto, reserva mañana para tres en Eden. Oliver quiere llevar a Alex Hudson a cenar.

—¿El ogro ese que a veces se queda sin dientes?

—El mismo. El hockey conlleva muchos riesgos.

—Son animales. No va conmigo.

Dormimos en mi cama. Qué sorpresa, charlamos sobre la vida, el amor y el paso del tiempo. No logro evitar emocionarme al recordar a mi padre y cuánto lo echo de menos. Le envió un beso, allá donde esté antes de cerrar los ojos.

Las luces del estadio parpadeaban proyectando sombras danzantes sobre la pista de hielo. El rugido de la multitud llena el aire y la energía se palpa en el Madison Square Garden. No es la primera vez que vengo a un partido de hockey, acompañé a James en alguna ocasión. Los fotógrafos y periodistas nos han asediado a la entrada con la reiterada pregunta de si hay algo más entre nosotros que una relación profesional. ¿Qué les importará a ellos? Si mi hermano se entera, tendremos problemas.

Estoy en mi asiento, junto a Oliver, con los ojos fijos en el hielo, ansiosa por presenciar la batalla que se avecina. El público aplaude y grita al ver salir a los jugadores a la pista.

—Ahí está Hudson. —Drake lo señala con emoción.

Los jugadores se mueven con una gracia y agilidad impresionantes. Se deslizan como aves en vuelo planeado por el cielo, con extrema suavidad de un extremo de la pista al otro en busca de la gloria. Cuando me percató, estoy completamente inmersa en el juego, siguiendo cada jugada con los ojos entrecerrados, anticipando cada movimiento.

El sonido ensordecedor del gol de Alex en el estadio hace que la multitud estalle en un frenesí de aplausos y alaridos de júbilo. Me levanto de un salto, emocionada y eufórica, uniéndome al coro de celebraciones del gentío.

—¡Es el mejor! —grita Oliver.

A medida que el partido avanza, me encuentro cada vez más cautivada por la pasión y el espíritu competitivo que emana de la pista. El olor del sudor y el sonido de las palas golpeando el disco se entrelazan con los aplausos y los vítores. Todo va bien hasta que... Un jugador de los New York Rangers empuja a Alex y este se golpea contra el cristal.

—Ahhh... Uhhh... —vocifera el público.

Este cae al suelo y se queda tumbado unos segundos. Me llevo las manos a la boca y rezo para que no le haya pasado nada.

—No te preocupes. Es de hierro —me tranquiliza Drake.

Como este vaticina, se levanta y los seguidores de los Canucks, que han viajado desde Vancouver para verlo, exclaman emocionados. Al final se hacen con la victoria y vamos a celebrarlo con él a los vestuarios. Nos lo encontramos con el labio hinchado, sangrando por la nariz y sin camiseta.

Y sí... Su cuerpo también es de hierro forjado, como el de Oliver Drake.

—¡Hudson! ¿Necesitas un médico? —le pregunta Oliver. Chocan los puños y ríen.

—Hola, Ava, me alegra volver a verte. ¿Cuándo es la boda?

—Tenéis los dos la misma gracia.

—Y tú eres tan simpática como tu hermano con la prensa. Casi machaca a un fotógrafo que se ha pasado con Jess.

—Algo me dice que en eso os parecéis los tres.

—Nuestra vida privada es nuestra —suelta Alex—. Y a nuestras mujeres no las toca nadie.

—¿Tienes novia? ¿Sales con alguien? —le pregunta Drake, sorprendido.

—Por supuesto que no. Me refiero a mi madre. —Ríen de nuevo.

La cena va a ser de lo más divertida, pienso.

OLIVER

Por lo visto, Amanda nos ha reservado la mejor mesa en Eden, apartada de los demás comensales, en un salón privado. Me lo cuenta Ava tras recogerla frente a su edificio. Después del partido, mi chica ha decidido que no iba lo suficientemente guapa para salir a cenar.

—Estás impresionante —adviento al verla contonearse hasta el coche con un vestido rojo muy elegante y sexi.

—Tú tampoco estás nada mal y me alegra que también hayas decidido arreglarte para estar a la altura. —Me da un beso en la boca y no puedo obviar el polvo que le eché anoche sobre la encimera de la cocina de su apartamento antes de la cena, que se quemó y tuvimos que pedir comida a domicilio.

—Amanda nos ha reservado a las ocho. Llegamos tarde.

—Alex nos espera allí. No tenemos que recogerlo —le advierto.

—Dijiste...

—He hablado con él hace diez minutos. Se ha... entretenido. —Le regalo una sonrisa pícaro que no me devuelve—. No te cae bien, ¿me equivoco?

—Tanta vanidad sobra. Pero me alegro de que no haya perdido ningún diente esta noche —ironiza.

—Vaya, todos te parecemos unos engreídos. También pensaste eso de mí y ahora...

—¿Quieres que termine esa frase por ti? No te gustaría.

—Ahora estás completamente enamorada de este hombre. —Vuelco los ojos—. Dale una oportunidad. Es un buen tipo.

—Voy a dársela esta noche.

Cuando por fin nos incorporamos a la carretera y vamos camino del restaurante, Ava recibe una llamada telefónica.

—Mierda, tengo que coger esta llamada.

—¿Qué pasa?

—Nada, no te preocupes.

—Hola, ¿qué tal...? —de pronto se interrumpe y le cambia el gesto cuando la escucho decir:

—¿Cómo te has enterado?

De camino al restaurante, Oliver y yo conversamos sobre su amigo Alex Hudson. Le expreso mis reservas sobre él porque su comportamiento me parece un poco arrogante.

—Vaya, todos te parecemos unos engreídos. También pensaste eso de mí y ahora...

Pienso eso de todos los deportistas guapos, incluido mi hermanito.

—¿Quieres que termine esa frase por ti? No te gustaría.

—Ahora estás completamente enamorada de este hombre. —Vuelco los ojos—. Dale una oportunidad. Es un buen tipo —. Oliver asiente, pero defiende a su amigo, señalando que a veces su apariencia puede ser engañosa y que, en el fondo, es buena gente.

—Voy a dársela esta noche.

De pronto mi móvil empieza a sonar, miro en el identificador de llamadas de quién se trata y resoplo. Sé que llevo días esquivando sus llamadas y mensajes. He de enfrentar mi actual situación con respecto a distintos aspectos de mi vida profesional y privada y dar algunas explicaciones.

—Mierda, tengo que coger esta llamada.

—¿Qué pasa?

—Nada, no te preocupes.

—Hola, ¿qué tal...? — digo nada más descolgar, pero James no me deja continuar, interrumpiéndome con una pregunta.

—Ava, ¿es cierto que te has visto involucrada en un tiroteo? —ladra.

—¿Cómo te has enterado?

—¡Así que es cierto! ¿Qué ha ocurrido?

—No puedo decírtelo. Secreto profesional.

—No me jodas —grita mi hermano.

—Después te llamo. Tengo mucho trabajo.

—Me importa una mierda, quiero saber en qué líos te está metiendo ese cabrón al que le advertí que te dejara en paz.

—Gajes de la vida y del oficio, ese que necesito para sustentarme en la vida.

—Vas en un coche, inconfundible su sonido. Estás con él, ¿verdad? ¿Cuándo pensabas decirme que ahora, además de su abogada, eres su representante?

—Sí, vamos a una reunión importante. Luego te llamo. —Lo imagino con el fuego saliendo por sus orejas porque su hermanita ha colgado al Gran Gigante Imbatible.

Suspiro e introduzco el teléfono de nuevo en el bolso. Oliver guarda silencio, pero no tarda en romperlo.

—¿Quién era? ¿Ha pasado algo?

—James, sabe lo del tiroteo y se ha cabreado mucho, sobre todo contigo —me fuerzo por reír, pero me preocupa mucho de qué manera se ha enterado.

—Voy a matar a Alex —musita.

—¿A Alex? Acaso le has contado algo a ese tío.

—Mi buen amigo sabe lo que le pasó a mi padre porque yo se lo he contado, también que llevas mis asuntos como mi abogada y que estabas atrapada en la cabaña cuando pasó.

—No estaba atrapada, me obligaste a hacer de niñera.

—Te lo pedí, no te obligué.

—Bueno, da igual, el caso es que James está que trina, intuyo que por haber puesto en peligro mi integridad. No tendrías que haber contado nada, te dije que era peligroso.

—Confío en Hudson, no creo que tenga ningún interés en interferir negativamente en el caso de mi hermano y necesitaba hablar de ti con alguien. Es la primera vez que me enamoro... Estoy seguro de que solo se lo ha dicho a James porque se trata de ti y ellos también son buenos amigos. ¿Me perdonas? —habla con la voz queda.

—No me queda más remedio, no quiero arrepentirme toda la vida de que hayas muerto estando enfadados, porque ten por seguro que James va a poner precio a tu cabeza.

—Lo entenderá, igual que tú acabarás aceptando que él está profundamente enamorado de Jess.

—Es diferente, esa mujer le destrozó el corazón y tú aún no has hecho tal cosa. Tan solo me dejas unos días con las piernas temblorosas —bromeo para restar tensión al asunto porque tarde o temprano mi hermano tenía que enterarse.

Eres una mujer adulta, Ava.

Cuando llegamos al restaurante, Hudson nos está esperando en la puerta y he de decir que gana mucho cuando se quita la equipación y se arregla un poquito.

—¡Guau, Ava, ese vestido rojo te queda increíble! —me dice nada más verme.

—Sí, ¿verdad? Pero cuidado, Alex, mi chica no necesita más admiradores. No vaya a ser que empiece a pensar que tienes buen gusto —bromea Oliver.

—Gracias a ambos por los cumplidos, pero deberíamos entrar, llegamos un poco tarde —

anuncio.

—Ve entrando tú, yo quiero hablar con Alex un momento —comenta Oliver.

—Está bien, no os demoréis mucho.

OLIVER

—¿Qué pasa? ¿Te ha sentado mal que comentara el vestido de Ava? —me dice Alex, ambos en la puerta de Eden.

—Le has contado a Black lo que le pasó a mi padre, sabe que Ava estuvo en peligro.

—Joder, me habías asustado. ¿Y qué problema hay? Siempre nos contamos todas las cosas que nos pasan. El disparo a Tomas me pareció relevante, estaba muy preocupado.

—Podías haber omitido que Ava estaba allí.

—No pensé que fuera un secreto que ejerza de abogada en vuestro caso, su nombre salió en la prensa. Supuse que, para James, que Ava estuviera mostrando apoyo a tu familia, arrojaba un poco de tranquilidad.

—Pues me temo que esa tranquilidad se ha ido al garete porque va a poner precio a mi cabeza. Adora a su hermana hasta un punto enfermizo de sobreprotección.

—Lo siento, pero eso también te lo dije en Cancún: James va a arrancarte la piel a tiras... Lo dije cuando creía que lo vuestro no iba tan en serio. Black lo entenderá —bromea.

—Ojalá no te equivoques, quiero mucho a Ava.

—Sois dos capullos que me habéis abandonado en el mundo de la soltería. ¿Con quién me voy a correr buenas juergas cuando tengamos vacaciones?

—Con algún compañero de tu equipo en las mismas condiciones que tú, ¿tal vez?

—Son todos unos aburridos.

—A quién voy a engañar, mis compañeros también, hacíamos un buen trío de solteros de oro.

—En serio, Drake, me alegro mucho de verte feliz con Ava. En realidad, me alegro de que los dos hayáis encontrado mujeres increíbles.

—Seguro que tú también lo harás. —Le palmeo la espalda.

—Eh, no me amenes con eso, yo estoy muy bien así. En mis planes no preveo convertirme en un huevón como vosotros.

Veo a Ava encaminarse hacia la salida de nuevo y asoma la cabeza por la puerta.

—¿Podéis dejar los secretitos de machos alfa para otro momento? Estoy esperando sola en la mesa desde hace quince minutos.

—Ya vamos, cariño. —Ava dilata sus fosas nasales y vuelve a dejarnos solos.

—¿Cariño? —se jacta Hudson.

—¿Celoso de que no te lo diga a ti?

—Me gusta más que me llames *siropito* de Alce. Vamos, no hagamos esperar más a tu chica, creo que no le caigo muy bien.

—Me gusta este sitio. —Hudson toma asiento frente a nosotros. He de admitir que el chico es guapo y las mujeres de las mesas de al lado opinan lo mismo de los dos, ojo, porque miran a mis acompañantes sin ningún reparo.

Debo ser la envidia de todas.

—La chef es la mejor amiga de Ava. Después podrás conocerla.

Dos jóvenes se acercan a pedirles autógrafos a los dos grandes del deporte y me piden que les haga una foto.

—¡Enhorabuena por el resultado del partido! —le dice uno.

—Yo también juego a hockey —anuncia el otro.

—Yo a beisbol, y quiero ser como tú —le sigue el primero obnubilado por la presencia de The Hammer.

De nuevo, ya sentados, el camarero nos recomienda las especialidades, hoy muy distintas, y se marcha con una Tablet pequeñita en las manos desde la que ha solicitado a cocina la comanda. Alex Hudson ha realizado demasiadas preguntas sobre lo que lleva cada propuesta.

—¿Cómo llevas tus alergias? —Se interesa Oliver.

—Debo tener cuidado con mi alimentación, al igual que tú, para mantener estos músculos. —Cuadra los hombros y alza los brazos.

Vanidoso. Vuelco los ojos y Oliver me ruega con la mirada que tenga paciencia. Me ha leído el pensamiento.

—No conocía este sitio. —Alex le da un trago a una cerveza.

—Lleva poco tiempo abierto —le explico.

—Te va a encantar la comida. Amanda da a sus platos un toque especial.

—No hay demasiada gente —observa el jugador de hockey con un gesto que me disgusta.

—¿Crees...? —voy a replicarle, pero Oliver intercede para que no discuta con él.

—Mejor, así estamos más tranquilos. Cuéntanos, ¿qué vas a hacer la próxima temporada?

—Aún no lo sé. —Se rasca el mentón—. Tengo algunas ofertas, una de los Devils, y... En Nueva York hay mujeres muy bonitas.

—Misógino —susurro.

Oliver tose y trata de cubrirme.

—¿En serio crees eso solo porque me gustan las mujeres? Las respeto mucho. Mi madre es un referente para mí.

Drake se masajea la frente.

—Quizá no, pero que esa sea una razón para mudarte de ciudad y cambiar de equipo... Lo veo extravagante.

—Vaya, una mujer con muy poco sentido del humor.

—Depende de cuál sea el chiste. —Discutimos.

—Tengamos la cena en paz —me corta Oliver.

Y la tenemos, más o menos, hasta que Amanda sale de la cocina a saludarnos y a Alex se le ocurre decirle que los espaguetis estaban un poco pasados.

Una guerra está a punto de librarse.

Lo mata.

Los ojos de mi amiga se pegan al techo.

—¿Perdón? —cuestiona y se contonea para no arrancarle la cabeza del cuerpo y jugar a baloncesto con ella.

—Los has cocido demasiados.

—¿Eres experto en cocina? Creí que le dabas golpes a un disco con un palo raro. —Pone un brazo en jarra.

—Hago más de una cosa bien.

Amanda señala la cubertería.

—Te has equivocado en el cubierto. Ese tenedor es el de la ensalada.

Hudson se levanta y... tan grande que a su lado Amanda parece una hormiga. La hormiga y el rinoceronte, el título de una novela trágica; me imagino el final.

—Ami. —Me pongo junto a ella, la cojo del brazo y la aparto hacia un lado—. No montes un espectáculo. Todos nos están mirando.

—¿Has escuchado lo que ha dicho? ¿Quién se cree que es?

—A mí tampoco me cae bien. James habla muy bien de él y no lo entiendo.

—Dice que los espaguetis están muy cocidos. —Ella sigue a lo suyo—. Están en su punto, candentes.

—No le des importancia. Se ha bebido ya tres cervezas.

—Mis espaguetis son los mejores de la ciudad, aunque los haya pedido sin gluten y queso sin lactosa, eso sí es un crimen. —No hay quien la detenga.

Alex atiende una llamada telefónica. Drake se acerca a nosotras.

—¿Todo bien?

—Sí...

—Tu amigo no tiene paladar —Ami no se calla.

—No hablaba en serio. Discúlpalo.

—Los dos tienen un sentido del humor que no entiendo —informo a mi amiga a la que llama un camarero y se marcha—. Ya le vale a Hudson. Podría haber sido más educado.

—Es un tío muy sincero.

—Como tú. Sin filtro. De todas formas, una frase amable no le hubiera costado nada.

—Vamos a olvidarlo y a tomar unas copas.

—Ve tú con él. Yo me marcho a casa.

—Ava, quiero estar contigo.

—Hudson es tu amigo y yo estoy muy cansada.

—¿Puedo ir a tu casa cuando termine?

—Será tarde y... ¿cómo vas a entrar? —Alza una ceja—. ¿Me estás pidiendo una llave?

Asiente con diversión.

—No te estoy pidiendo matrimonio. Solo una llave. Y te la devolveré.

Me despido de ellos y, en contra del sobreprotector de Oliver, me quedo en el restaurante a esperar a Amanda y volvemos a casa juntas. Ella sigue erre que erre con la opinión de Hudson sobre su pasta mientras río por su obsesión, sin embargo, la entiendo unos segundos más tarde.

—¿Y si lleva razón y por eso el restaurante no despega?

—¿Estás poniendo en duda tu cocina? —Odio a ese tío por hacerla sentir así.

—No sé. —Encoge los hombros y giramos una esquina—. Debería... —Le pierdo el hilo a sus palabras cuando me percató de que un coche negro con cristales tintados nos sigue—. ¿Qué crees tú?

—Eh... Vamos a cortar por aquí. Me duelen los pies. —La insto a que me siga por un callejón estrecho por donde no cabe un vehículo mediano.

—¿Crees que debería cambiar de aires? ¿Dedicarme a otra cosa?

—¿Vas a hacer muebles de mimbre?

—¿Qué? —Pone cara de horror.

—La cocina es tu vida. —Miro hacia atrás y una sombra se cruza de lado a lado. Estamos a punto de llegar a la otra avenida. Quedarán solo unos metros hasta el portal de nuestro edificio —. No digas tonterías. Tú eres mucho más fuerte que una mala crítica, además de un jugador de hockey al que con probabilidad le han cambiado la dentadura varias veces y está lleno de intolerancias y alergias.

El humo sale del alcantarillado y escucho un ruido a nuestro lado. Un gato salta de un cubo de basura a otro que cae al suelo con estruendo.

Un metro para salir del callejón...

Justo cuando pisamos el acerado de la calle principal, chocamos con una persona que pasea a un perro y me asusto. Pego tal grito que Amanda se sorprende.

—Ava, solo es un perro. ¿Ahora te asustan los animales?

—No, no. Vámonos a casa. —No la hago partícipe del peligro al que sé que me estoy exponiendo y que, con casi total seguridad, un coche con dos o tres personas dentro nos ha estado rondando.

Al entrar en mi apartamento, el peso de la tensión se desploma sobre mis hombros. Me apresuro a cerrar la puerta tras de mí, pongo el cerrojo superior y cierro con llave la cerradura de dentro. No puedo evitar sentirme inquieta, como si estuviera siendo observada en la oscuridad de mi propio hogar.

Mi móvil vibra en mi bolsillo interrumpiendo mis pensamientos con su insistente recordatorio de que esta noche estoy sola, sin Oliver. Con manos temblorosas, saco el teléfono y desbloqueo la pantalla. Rezo para que sea un mensaje suyo o de alguien conocido. Pero la realidad es mucho más sombría. El mensaje entrante no es de ningún amigo o familiar. Número desconocido, una presencia ominosa en mi pequeño mundo. El corazón me late con fuerza en el pecho. Abro el mensaje, leo las palabras y se me hielan hasta los huesos.

No metas las narices donde no te llaman. Ya no encontrarás a Vanessa en la ciudad.

Releo el mensaje tres veces, nerviosa.

—Oh no... Esto no es bueno.

Inmediatamente llamo a Oliver, lo necesito más que nunca.

Un tono, dos, tres... hasta veinte sin obtener respuesta y vuelta a empezar.

—¡Mierda! Maldito Alex Hudson —lo increpo en voz alta, único causante de que él no esté aquí ahora.

Ava, debes llamar a la policía.

En la quietud de la noche, una semana después de avistar aquel SUV negro, mis sentidos no bajan la guardia. El susurro del viento se mezcla con el rumor lejano de los árboles. De repente, un sonido interrumpe esa armonía: un crujido, apenas perceptible al principio, pero que resuena en mis oídos con un eco de advertencia.

Me levanto de la cama como un resorte. Mis pies tocan el suelo con rapidez, mis sentidos se agudizan, mis músculos se tensan, preparados para cualquier eventualidad mientras procuro identificar la fuente del ruido.

Salgo del cuarto con paso sigiloso, el corazón a punto de salirse del pecho. Busco algo con lo que defenderme, algo de utilidad si la situación se torna peligrosa. Mis manos topan con un objeto pesado, una lámpara de mesa. La sujeto firmemente y avanzo cauteloso por el pasillo.

El silencio se cierne sobre la casa, solo interrumpido por el eco de mis propios pasos. Escudriño la oscuridad rastreando cualquier indicio de intrusión. Me asomo por las ventanas y observando con atención el exterior, pendiente de cualquier movimiento sospechoso en la calle. Cada sombra, cada susurro del viento, alimenta mi nerviosismo.

—¡Joder! —grito cuando noto una mano en mi hombro.

—¿Vas a matarme con esa lamparilla? Te advierto que la base de corcho no resulta contundente. —Joe me mira con los brazos en alto.

—No pretendía defenderme de ti.

—Quiero pensar que no, pero ¿qué haces en mitad de la noche recorriendo la casa como un ladrón?

Con el corazón en un puño, presiento llegado el momento de confesarle a Joe mi temor, lo que sucede sin alarmarlo más de lo necesario. Mi voz, no obstante, delata una gran preocupación.

—Joe —lo interpelo, a ver cómo mantengo la calma a pesar de la tensión que tengo—. Creo que me han encontrado y vienen a por mí.

Le explico todo sobre el SUV negro que vi hace unos días y cómo esta noche escuché un ruido sospechoso cerca de la casa.

—Lo que has escuchado eran mapaches, suelen venir a comerse mis repollos. Pero lo de ese coche me preocupa y vamos a tomar precauciones —responde con voz calmada pero decidida—. Ahora deja esa lámpara en su sitio, la hizo Clair y le tengo mucho cariño. Anda, vuelve tranquilo a la cama.

Asiento, aunque en mi interior dudo de que ese ruido sospechoso se corresponda con el de

los mapaches. Dejo la lámpara en su sitio y, antes de volver a la cama, decido ir a la cocina y coger un cuchillo con el que espero velar toda la noche en mi habitación.

Me encuentro sentada en una sala de la comisaría, rodeada por el zumbido constante de la actividad policial que nunca cesa en Nueva York. Mi pulso late con fuerza, pero hago esfuerzos por mantener la calma a la espera de que los policías revisen la información que les he proporcionado.

Un agente joven, de unos treinta años y con una apariencia bastante atractiva, se me acerca con una taza de café humeante. Me la ofrece con una sonrisa amable y me pregunta si necesito llamar a alguien. Agradezco el gesto y le explico que he intentado contactar con mi novio durante toda la noche, pero parece que está ocupado con sus amigos y no responde.

El agente Burton, así se ha presentado, suelta una risa suave y me mira con complicidad.

—Típico —comenta con una mueca divertida en el rostro—. Los hombres, ¿verdad? Siempre pensando que las llamadas de sus novias significan problemas.

—No, no es eso —le aseguro ante la necesidad de defender a Oliver, aunque él no esté presente para hacerlo por sí mismo.

—Señorita Black, permítanos intentar llamarlo desde la comisaría, le aseguro que tenemos recursos para localizar a las personas con facilidad.

Me sorprende su oferta, pero estoy demasiado ansiosa por obtener alguna señal de Oliver como para rechazarla y asiento. Le facilito el número y se marcha a hacer la llamada.

Pasados unos minutos que parecen una eternidad, el agente Burton me informa con una sonrisa triunfante que han logrado localizar a Oliver y que está de camino para recogerme. Un suspiro de alivio escapa de mis labios.

—Acierto al pensar que usted, chica misteriosa de la que todo el mundo habla en la prensa, ha conquistado el corazón de The Hammer.

—Como puede comprobar, no soy ningún misterio, esa banda del Bronx ya ha dado conmigo.

—Le voy a ser sincero... Esa gente es peligrosa. Pondremos en marcha una investigación para dar con ellos, pero mientras tanto debería refugiarse en un lugar seguro.

—Puedo quedarme con Oliver, en su casa.

—Mejor que se vaya con su familia, porque siendo quien es el hermano de su representado, no les será difícil dar con ustedes si pretenden hacerles daño.

—Entiendo...

Pasados veinte minutos de nerviosa espera, la puerta de la comisaría se abre con fuerza y el tumulto de la actividad policial se ve interrumpido por la irrupción del huracán Oliver. Alguien intenta detenerlo en su camino, pero acaba abriéndose paso hasta la sala en la que me encuentro.

Visiblemente alterado, la mandíbula tensa y los puños apretados muestran su ira. Sonríe aliviada al verlo y comienzo a llorar. Él se acerca a mí con pasos largos y rápidos, ignora cualquier intento de detenerlo hasta que finalmente llega a mi lado y me rodea con sus brazos en un abrazo protector.

—¿Estás bien? —pregunta con voz llena de preocupación, a la vez que me examina con rapidez en busca de cualquier signo de daño.

Asiento con un gesto rápido, incapaz de encontrar las palabras adecuadas para expresar todo el miedo que he sentido desde que recibí ese mensaje y no lograba localizarlo.

—Señor Drake, nos ha contado todo lo que les sucede a raíz de la imputación de su hermano. Le he recomendado que de momento se aleje de la ciudad un tiempo —le informa el agente Burton.

—Se quedará conmigo, no va a ir a ninguna parte. Ya tengo a un hermano en paradero desconocido y no permitiré que Ava esté sola en ninguna parte del país.

—No se trata de lo que usted quiera, sino de lo que le conviene a ella.

—¿Quién es usted, su novio? Creo que ese papel en toda esta historia me pertenece, así que...

—¡Oliver! —le reprendo. No es normal esta escena de celos cuando han podido secuestrarme, matarme o vete a saber qué.

—Nadie pretende quitarle el papel protagonista, señor Drake, estamos hablando de la seguridad de Ava.

—Cuántas confianzas... Vámonos, yo cuidaré de ti.

—Discúlpelo, toda esta historia le debe estar afectando mucho, además de que haya bebido un poco —le comento al agente Burton, algo avergonzada.

—Cuídese de todo lo que tiene alrededor, señorita Black. Haremos lo posible por detener a esa gente que la está molestando. —El agente le echa un último vistazo a Oliver antes de abandonar la sala y dejarnos solos un momento.

—¿Qué cojones ha querido decir ese guaperas? —bufa.

—¿Se puede saber qué te pasa a ti? El guaperas como tú lo llamas, un agente de la seguridad ciudadana, ha cuidado de mí toda la noche. ¿Por qué no me has cogido el teléfono?

—No estuve pendiente de él, estaba con Alex tomando copas.

—Eso es más que evidente. —Hiede a alcohol.

—Hasta no dejar a Hudson en su hotel, no he visto la llamada de comisaría.

—Vale, estoy cansada, quiero irme a casa.

—No iremos a tu apartamento, iremos a mi casa hasta que pensemos qué hacer mañana.

—Lo mejor será que me vaya con mi madre un tiempo, por lo menos hasta la primera vista del juicio. No puedo arriesgarme a poner en peligro a Vanessa ni a nosotros mismos.

—No te preocupes por mí. No pienso dejarte sola, iré contigo.

—No es a ti a quien buscan y tienes un partido importante en dos días. No puedes dejar al equipo en la estacada. Le prometí a tu madre que sería la voz de tu conciencia.

—Te juro que volveré para el partido. Pero primero tengo que asegurarme de que estés a salvo.

OLIVER

Conduzco hacia casa con Ava dormida en el asiento del copiloto. Mi sangre hierve de rabia al pensar en lo que podría haberle pasado y yo de copas ajeno a la situación. Cada pensamiento, cada imagen que se forma en mi mente, alimenta el fuego de mi ira y provoca que mi corazón bombee con fuerza en mi pecho.

La idea de que algo pudiera haberle pasado mientras yo estaba despreocupado me hace apretar con fuerza el volante.

El sonido monótono del motor y el suave balanceo del coche no logran calmar mi ánimo. Mi mirada se desliza hacia ella, tranquila y serena en su sueño con una mezcla extraña de alivio e intranquilidad.

¿Cómo he podido dejar que esto sucediera? ¿Cómo pude estar tan distraído, tan inconsciente del peligro que se agita en mi entorno? Me golpea el peso de mi responsabilidad, el deber de protegerla en todo momento.

Con la mandíbula y los músculos tensos recorro las calles iluminadas por la luz de la luna. A medida que nos acercamos a mi casa, siento un impulso irrefrenable de abrazarla, de besarla y hacerla mía. Imposible evadir los pensamientos intrusivos que me perturban. Hoy podría ser el último día. Nada es para siempre. Todo puede estallar por los aires de un momento a otro.

Cruzo las enormes puertas de hierro que custodian la entrada de mi mansión. El sonido metálico de las bisagras resuena en la noche y me recuerda lo imponente de este lugar, pero también lo distante y frío que puede resultar para alguien como Ava. Ella siempre ha encontrado esta casa demasiado impersonal, demasiado alejada de la calidez y la intimidad que busca. Juntos hemos pasado aquí poco tiempo.

Al detener el coche, con cuidado, le acaricio con ternura el rostro para despertarla poco a poco. Su piel suave bajo mis dedos me hace desearla aún más. ¿Cómo puedo quererla tanto?

—Ya hemos llegado.

Ella abre ligeramente los ojos y mira a su alrededor.

—Eres un hortera como mi hermano —sonríe levemente, sé que habla en referencia a mi casa.

—Cuando sea nuestro hogar, podrás hacer lo que quieras con ella.

—Nuestro hogar será cualquier lugar en el que estemos tú y yo.

Bajo del coche y, por puro instinto, me dirijo hacia su lado. Abro la puerta y la cojo en brazos con cuidado, un ligero peso en mis brazos. Camino con ella en volandas hasta la entrada de la

casa e introduzco el código de acceso.

—No hacía falta que hicieras esto, todavía puedo andar.

—Lo sé, pero me gusta la idea de llevarte en brazos— respondo con sinceridad. La puerta se abre con un suave clic y entramos en la calidez de la casa.

—El agente Burton también tenía buenos brazos para cargar conmigo —bromea—. Te has pasado un poco con él, solo se preocupaba por mí.

—Lo mataría si se hubiera atrevido a ponerte una mano encima.

—¿Y tú qué piensas hacer conmigo ahora? ¿Serás capaz de ponerme tus manos sobre la *dama de hierro* desvalida? —ronronea.

—Solo con tu consentimiento...

—Estoy muy cansada, pero puedo esforzarme. Lo he deseado toda la noche. Pero has elegido marcharte de juerga con Hudson.

—Entonces también tendré que matarlo —sonrío.

—Tú no matarías ni a una mosca y eso me gusta de ti. —Ava me da un suave beso en los labios. El gesto pone en acción todas mis terminaciones nerviosas.

—Te quiero tanto, Ava... —se me escapa un sollozo.

—¿Quién es ahora la dama desvalida? —dice de forma jocosa.

—Nunca he pensado que lo fueras, nunca he conocido una mujer más fuerte e increíble que tú.

—Hazme el amor, Oliver. Hazme el amor que tanto dices tenerme.

—Entonces será una madrugada muy larga, señorita Black.

—Lo único que tengo que hacer mañana es huir de la ciudad otra vez.

—Siento haberte metido en tantos líos.

—Yo acepté meterme en ellos y en tu cama, ahora ya estoy loca por ti, mi perdición, y me encanta.

Observo en silencio cómo se desnuda poco a poco. Braguitas de encaje a juego con su sujetador, todo rojo, como el diablo, como ella, ardiente y poderosa, con una provocativa apertura en su ombligo que me recuerda lo delicioso que es hundir mi lengua en él. Liberados de la opresión, unos senos rotundos aparecen ante mis ojos al desabrocharse la parte de arriba.

La deseo en cuerpo, corazón y alma.

Ava ladea la cabeza y esboza un mohín caprichoso, su rostro lo enmarca el cabello suelto, largo y hoy semiondulado, indomable, como ella... A veces la odio por ese motivo, porque me pone a prueba y quisiera cortárselo y encadenarla. Quiero someterla a mi cuerpo y voluntad.

Le acaricio la espalda y siento cómo se estremece. Se cree Diosa y lo sé, pero necesita ternura y yo pienso dársela. Mis manos encuentran sus pechos y le penetro la boca con mi lengua que se enreda con la suya. También le muerdo los labios con los dientes y ella jadea. Me acaricia la polla por encima del pantalón y la libero, fibrosa y preparada. Me desnudo también, pierdo la cordura, ella se agacha y se la mete en la boca, la lame y succiona y yo... febril por una pasión irrefrenable, la empujo hacia atrás, la tumbo sobre la cama, le abro las piernas y me entretengo con los dedos en su humedad. Qué ingenuos fuimos al principio, inconscientes de que esto pudiera pasar.

Ahoga un gemido cuando introduzco un dedo en su sexo.

—Ah... —Gime—. Dame más, dame más... —solicita entre suspiros inconexos.

Tengo tanta hambre de ella que ni su carne me sacia.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde que me enamoré de esta mujer? Ahora sé que Ava ha conseguido lo que ninguna otra y no me avergüenzo; ella ha llegado hasta el fondo de mí, hasta el eje de The Hammer, hasta mi esencia, y pienso absorber la de ella.

Riego de besos su cuerpo hasta llevarla al límite.

Nos olemos.

Nos mordemos.

Nuestra excitación sube de nivel y no espero más, la penetro con fuerza, con ansia, con desesperación.

No soy capaz de hilar un solo pensamiento. Mis músculos se rinden y me abandono a la sensación que produce su vagina apretándome. La piel se me eriza, un escalofrío me atraviesa. La agarro de las nalgas y entro y salgo sin contención.

Entro y salgo.

Entro y salgo.

Entro y salgo.

Me fascina su boca entreabierta, el calor que emana de ella, cómo me calienta y ardemos juntos...

Explotamos sin calibrar el resultado, con gritos y espasmos.

—Te quiero, Ava Black —susurro en su oído, una vez relajados, aún dentro de ella, perdido en su universo.

—Te quiero, Oliver Drake. —Un relámpago me atraviesa porque nunca me lo había dicho así, con tanta firmeza y convicción.

Estoy enganchado a ella y la forma en que me mira.

Joe me despierta temprano, casi al amanecer, y me dice que vamos a cazar mapaches.

—Están destrozando la siembra.

Preparamos unas mochilas para pasar el día junto al río. También coge las cañas de pescar.

—Matar mapaches... Jamás aprenderé a pescar —le aviso después de tres intentos infructuosos.

—¿Has cogido agua?

Le enseño las botellas.

Salimos de la casa y caminamos por un sendero rodeado de altos árboles y exuberante vegetación. El aire fresco y limpio llena los pulmones, todo o inunda una grata sensación de paz y serenidad. Justo necesitaba este paseo por el campo para alejar los pensamientos negativos.

A medida que avanzamos, el paisaje se abre ante nosotros desvelando majestuosas montañas cubiertas de nieve en la distancia. El sol brilla en el cielo despejado y los rayos de luz se filtran a través de los árboles.

Decidimos adentrarnos en un prado lleno de flores silvestres de colores brillantes. El trino de los pájaros y el zumbido de los insectos llenan el aire, una sinfonía natural envolvente. Camino con paso tranquilo observando cada detalle con atención.

El día se hace corto, solo pesco unas algas y regresamos a la casa con el sol ocultándose por el horizonte.

—Me gusta esta vida. Podría mudarme aquí sin dudarlo para siempre —le comento.

—No está mal.

—¿Solo eso? Tú la elegiste.

—En la vida se eligen pocas cosas, las situaciones nos empujan.

—Vaya... —Me froto el pelo ante lo que acaba de decir.

De repente algo capta mi atención. Veo algo raro junto a nuestra casa al llegar. Mi corazón se acelera conforme me acerco para investigar. Se trata de un objeto metálico brillante, algo que nunca había visto antes. Me inclino para examinarlo más de cerca con la intención de descifrar su origen y propósito.

Joe se alerta con el descubrimiento. Su mirada se encuentra con la mía. Percibo a las claras la curiosidad y la intriga en sus ojos.

—Entra en la casa —me ordena.

—No. —Miro hacia todos lados—. Sé a quién pertenece. —Tras unos arbustos aparece una persona vestida de negro, tatuajes hasta en la frente y se detiene sin quitarme la vista de encima.

—¿Estás seguro? —Joe incide al ver al hombre.

—Sí. No debes preocuparte.

Se marcha con cautela y yo camino hasta esas cosas inevitables de las que me ha hablado unos segundos antes, esta, una persona, y el destino me empuja hasta ella.

—¿Qué haces aquí? ¿Vanessa está bien?

—La tienen retenida.

—Emilio, dime la verdad. —Pido al primo de Vanessa.

—No tienen buenas intenciones. Pero ella está bien.

—¿Dónde está? —Saca un teléfono de su bolsillo.

—Es de prepago. —Escribe un mensaje con rapidez y el teléfono suena inmediatamente. Me lo da.

—¿Vanessa?

—¿Neil?

—Oh, Dios mío, cuánto me alegra escucharte.

—Tienes que salir de ahí. Han descubierto tu paradero y saldrán hacia allá de un momento a otro. —Se escucha un ruido—. Tengo que dejarte. —Pi, pi, pi.

Le devuelvo el cacharro.

—Todo esto es por tu culpa. Tú la metiste en la banda —le acuso.

—Éramos muy jóvenes y los dos tomamos nuestras propias decisiones. Mi tío era un malnacido y Mendoza les ayudó para librarse de él, todo tiene un precio.

—Nunca ha sido tu prima en realidad. Jamás la has tratado como tal.

—Me debía a la familia, al igual que juraste lealtad tú cuando entraste en la banda.

—Esa familia de la que hablas nos va a matar a todos, incluida Vanessa.

—Me estoy jugando el cuello por vosotros, así que deja de echarme cosas en cara. Si la quieres, vuelve a Nueva York y haz lo que tienes que hacer.

—¿Y qué cosa se supone que tengo que hacer? ¿Declararme culpable y que me encarcelen?

—Eso es cosa tuya, yo solo he venido a advertirte, lo hago por Vanessa, no por ti, sigo considerándote un traidor.

Emilio se marcha y aviso a Joe de lo que ocurre. Él limpia el pescado que sí ha cogido y nos

ha estado vigilando a través de la ventana.

—No pienso abandonar mi casa.

—Estás en peligro si te quedas aquí.

—Mira, muchacho, he pasado por muchas como esta. Una banda no va a amedrentarme.

A pesar de su reacción, lo convengo de que me acompañe a la comisaría del pueblo, explicamos la situación y desde allí se ponen en contacto con el Sheriff Bray.

Me despido de Joe y le ruego que se cuide antes de subir al coche de policía que me llevará a coger un avión de vuelta a Nueva York.

—Tómate la medicación.

—Vuelve cuando todo se solucione. Te enseñaré a pescar. Es algo personal. —Me hace sonreír.

Nos damos un abrazo y nos despedimos con un hasta pronto.

—Pórtate bien. Eres un buen muchacho.

Asiento y entro en el coche.

Me despierta el sonido incesante de mi teléfono móvil. Oliver ni se inmuta, estará cansado de la maratón de sexo de anoche, aunque debería tener un gran fondo físico, pero, claro, cuando se entremezcla con los sentimientos todo se magnifica y ninguno de los dos estamos acostumbrados a esto.

Una de las escenas más tórridas de anoche me viene a la mente: Arrastré mis uñas por su pecho y él apretó mi pezón con sus dedos. Me hizo el amor contra la pared, me cogió desprevenida en el pasillo cuando fui a la cocina a por unas botellas de agua. Ahogué un quejido cuando me penetró cerca de la puerta para que los vecinos no nos escucharan, pero ahí seguí, disfrutando al notarlo dentro de mí y expandirse, hacerse grande, como su cuerpo y su personalidad. Me tomó de los hombros, me dio la vuelta y sentí el frío de la pared en mi pecho...

Ufff, qué calor...

Me levanto y voy a coger el dichoso aparato cuyo ruido me atraviesa la sien.

Leo: Sheriff Bray.

—¿Diga?

—Buenos días, señorita Black.

—Buenos días, Sheriff. ¿Va todo bien? —La pregunta sobra porque nuestras vidas se enredan cada vez más, a ver cómo termina esto.

—Estoy con Neil, pero no te preocupes, al menos no más de lo necesario. Sabes cómo va esto y eres su abogada. —Me hace un resumen de la situación—. Lo mejor es que vuelva a Nueva York. He hablado con el juez que lleva la instrucción del caso y por su seguridad lo trasladarán a un piso franco, muy vigilado de manera directa.

—¿Vanessa está bien?

—Tenemos constancia de que sigue con vida y que los Tigers Gold la retienen con ellos, pero estimamos que poseemos suficientes pruebas para incriminarlos e ir en su búsqueda.

—Anoche...

—Estoy al corriente de su denuncia de ayer. El agente Burton me ha informado al gestionar el traslado de Neil Drake.

Hablamos un minuto más para cuadrar estrategias, cuelgo y respiro varias veces para apaciguarme antes de despertar a Oliver.

—Neil llegará a Nueva York en dos horas. Vamos, tenemos que hablar con él. —Oliver

parpadea, aturdido—. Acaba de llamarme el sheriff Bray, date una ducha. Es largo de contar.

—¿Está bien?

—Por ahora, sí. Y pretendemos que siga así.

Nos duchamos juntos y... me basta notar el agua sobre los hombros para sentir cómo mis músculos se relajan. Cierro los ojos y el chorro me moja el pelo y el cuerpo. Un escalofrío me recorre de pies a cabeza. El motivo, Drake que me tantea la entrepierna con la mano.

—Oliver... —me quejo con la boca pequeña—. No tenemos tiempo...

—Solo será un minuto... —musita y pasea su lengua por mi cuello y mi oreja.

Sonrío, consciente de lo que se avecina. Con los párpados pegados y en la oscuridad más gloriosa, me dejo hacer. Sus dedos juegan con mi clítoris con maestría, presionan el botón y me tambaleo lanzada por el precipicio del placer.

Me sorprendo a mí misma dejando volar mi imaginación que revolotea libre. Me resulta sencillo recrear las posturas de anoche mientras Oliver se pierde en mis pliegues.

La piel se me eriza.

Con el propósito de lograr una mayor exposición, levanto una pierna, la deposito en el borde de la bañera y le ayudo separando mis labios vaginales con las manos.

No me reconozco...

El placer se multiplica. Gimo, grito y jadeo. El orgasmo se acerca y lo ansío. Lo quiero, y lo quiero ahora, tras el minuto que me ha prometido. Y viene como una tormenta que me arrastra en pocos segundos.

Oliver me besa y me ayuda a lavarme el pelo.

—¿Qué vamos a hacer con tu martillo? —Río.

—Me pone cachondo esperar. Prepárate para esta noche.

—Esto me lleva a decirte que el traslado con mi madre... —Nos vestimos en su dormitorio.

—No vas a marcharte a ninguna parte. Yo te protegeré. —Se cuelga un chaleco de lana y cuello alto por la cabeza y los brazos.

Vuelco los ojos y suspiro.

—Preferiría quedarme contigo si no fuera necesario esconderme. Para eso tienen que arrestar a los cabecillas de la banda a la mayor brevedad posible por lo que voy a tratar de adelantar el juicio.

—¿Puedes hacer eso?

—Yo no, pero el juez Goleman sí y voy a hablar con él.

—Iré contigo. No volveré a dejarte sola. Si anoche te hubiera pasado algo, no me lo hubiese

perdonado.

—Sé cuidarme sola. —Le repito por décimo octava vez desde que nos conocemos.

—Anoche no pensabas lo mismo.

Lo medito.

—Me asusté... —protesto.

Él viene hasta mí, me abraza y me besa en la nariz.

—Eh, no estás sola. Ahora ya no. —Su aliento se mezcla con el mío.

Subimos a su coche quince minutos más tarde y hacemos el recorrido en silencio. Y aquí nos encontramos, caminando por las bulliciosas calles de Nueva York tras haber dejado el coche en un *parking*. La situación actual ha cambiado mis percepciones. El ajetreo que antes adoraba se ha convertido en miedo, impotencia y ansiedad.

Oliver me lleva de la mano y la aprieta insuflándome valor.

La Gran Manzana, un hervidero de vida, en estos momentos absorbe mi energía. Quiero que todo esto termine para que las sombras de los imponentes rascacielos proyectándose sobre las calles adoquinadas dejen de asustarme.

La adrenalina corre por mis venas avanzando hacia un destino inevitable, la estación de policía, un edificio de cristales que se alza como un bastión de justicia, donde vamos a impartirla. Con decisión doy de lado mis sentimientos, el enamoramiento y el miedo a que nuestro mundo se volaticile y desaparezca y me convierto en la abogada que soy.

El agente Burton, el chico guapo que se preocupó por mí, nos saluda y nos pide que le sigamos. Nos explica la situación y la angustia se refleja en el rostro de Oliver.

Es su hermano pequeño. Si James pasara por esto, yo...

Este pensamiento me hace reaccionar y me levanto de la silla en la que nos hemos sentado, plantando las palmas de las manos en la mesa, decidida.

—No hay medidas insuficientes. Solo personas incompetentes —digo con firmeza.

—Sabemos hacer nuestro trabajo.

—Pues no lo parece. Es más, demuestran lo contrario. Dispararon a Tomas y ahora encuentran a Neil, custodiado por vuestra agencia de seguridad. La vida de todos nosotros está en peligro, ahora la de Vanessa.

—La redada se hará esta noche —informa—. Ahora un compañero los acompañará al aeropuerto a recoger a Neil, pero necesitamos la colaboración de su representado, los puntos flacos de la banda, dónde se reúnen...

—Cuenta con ello, agente. Llegados a este punto, mi cliente hablará y colaborará para darles caza, le conviene directamente.

—Llámeme si necesita algo, da igual la hora. —Me da una tarjeta ante la mirada airada de

Oliver y bajamos hasta un garaje oscuro junto a dos policías.

—Descuide, lo haré.

—El mierda ese te ha dado su teléfono —gruñe Drake por un pasillo.

—No digas tonterías. —Me rasco la nariz.

—Joder, casi lo mato de un puñetazo.

—Deberías ir a un terapeuta para aprender a controlar esos celos irracionales. —Subimos al coche de policía para ir hasta el aeropuerto de La Guardia. Han decidido trasladarlo a este por ser menos concurrido.

Cojo mi teléfono móvil y respondo un par de correos de Kevin, también a mi jefe que trina conmigo, por mis repetidas ausencias. Lo pongo al día también a él con una corta llamada telefónica. Abro un mensaje de Amanda, solo contiene fotos. Las amplío y...

—No puede ser... —musito.

—¿Qué pasa?

—¡Joder! —grito.

OLIVER

—No puede ser... —musita.

—¿Qué pasa?

—¡Joder! —grita, sin importarle que los agentes la estén escuchando—. ¿Qué es esto? —insiste.

Guiño los ojos y trato de vislumbrar la imagen. Distingo a Hudson y a mí entre luces y sombras.

Suena el toque de un mensaje y ella lo reproduce, un audio con la voz de Amanda.

—Me las ha enviado Noah. Quiere venderlas a una revista de chismorreos, pero le he pedido que no lo haga —dice la amiga con voz electrónica—. Me ha prometido que no lo hará, pero que a cambio comerá en mi restaurante gratis toda la vida, como si no fuera a cerrar pronto si la cosa no cambia. Mi pasta no está pasada y... Bueno, que no te preocupes que Nueva York no va a enterarse, pero ese malnacido de Drake se lo pasó ayer pipa mientras tú lo esperabas en casa. Siento tener que decírtelo, pero eres mi mejor amiga. A mí me gustaría saberlo. Te quiero. Llámame.

Los pelos se me ponen como escarpas con cada palabra y lamento, porque Amanda de verdad lo siente y la entiendo. Pero...

—¿Quién es la pelirroja? —pregunta.

—Nadie. Una chica del pub.

—¿Te la tiraste?

—¡¿Eso es lo que confías en mí?! ¡Esto es increíble! ¡Y yo soy el celoso!

—Piensas que el agente Burton flirtea conmigo y... Ese tío desconocido lleva razón e ignoraste mis llamadas a propósito. Esa mujer te está besando el cuello y no veo que pongas resistencia.

—¿Qué? —No salgo de mi asombro.

—Lo que escuchas. Prometiste no hacerme daño.

—Y jamás lo haría. Si lo hizo y captaron el momento, estoy seguro de que segundos después la rechacé.

—Júrame que no lo hiciste.

Respiro. Se merece una pausa, una tregua, los dos la merecemos y yo he sido muy promiscuo.

Lo que cuesta quitarte un sambenito de encima.

—Te lo juro. Solo bailamos. Bailé con más personas. Bebimos demasiado. Esto no es una excusa. Me refiero a que lo pasamos bien, solo eso, nada perverso.

Me suena el rostro de la pelirroja, pero no la conozco. Normal, he estado con muchas mujeres, casi todas iguales. Altas, guapas, morenas, rubias, pelirrojas. ¿Qué más da? Ninguna de ellas es Ava.

—Voy a intentar calmarme porque los agentes deben estar alucinando, pero ... —musita, pero el latido acelerado de su corazón retumba dentro del vehículo.

El coche de la policía, para en una terminal privada del aeropuerto y bajamos. El jet donde viaja Neil aterriza con precisión. De él sale mi querido hermano enseñándome su amplia sonrisa mientras baja las escaleras. Nos abrazamos con el recuerdo aquella vez que se cayó de un árbol y lo trasladé a casa en brazos, no paraba de llorar.

—Estás bien... —Le palpo los brazos.

—No tan bien como tú. Te he visto con la chica de mi graduación. —En un principio no sé de qué habla. Mis neuronas chocan unas con otras en busca de una explicación. La cara de Ava se vuelve blanquecina y mi cuerpo se tensa—. Sí, ya, no sabes de qué hablo.

—Pero... —¿Dónde las ha visto? Las fotos no han salido a la luz, aunque no pasó nada, pero las imágenes pueden distorsionarse, malinterpretarse, verse de una manera distinta a lo que en realidad son.

—La que te tiraste en mi graduación. Me han devuelto el móvil que me confiscaron en la comisaría de Greenwood y lo primero que me he encontrado ha sido con eso. Un amigo te vio anoche y te hizo unas fotos. Ya le he pedido que las borre de su perfil, pero han corrido como la pólvora. Lo siento, hermano, cosas de ser famoso.

Me giro y busco a Ava que me atraviesa con la mirada.

—¿Llevas más de un mes sin verme y es la primera mierda que se te ocurre decirme? Joder, Neil, muchas gracias.

—¿Qué pasa? Tú también llevas un mes sin verme, perdido por esos mundos, despreocupado divirtiéndote con tías por ahí... —Neil se detiene un momento y empieza a comprender—. ¿Estáis juntos? —Se da cuenta de su metedura de pata—. Mierda, yo... ¿cómo iba a saberlo...? Lo siento... Joder...

Tarde. Muy tarde.

—Ahora sí veo una gran razón de peso para irme a casa con mi madre —suelta mi chica.

—Ava, no...

—Me has jurado que no la conocías y resulta una de tus amantes.

—Ni siquiera recuerdo cómo se llama, fue un encuentro fugaz en unos baños antes de conocerte... —Ava levanta la mano delante de mi cara para que deje de hablar, y sí, es lo mejor.

—Ahórrate los detalles, no te dejan en mejor lugar. Me has hecho daño, mucho daño. James

tenía razón, nunca debiste acercarte a mí.

—Para acercarse como lo hemos hecho nosotros, hacen falta dos personas.

—Sí, un cabrón y una chica ciega y enamorada.

Lugar y momento inadecuados para otra escenita de este calibre porque la policía nos está mirando, aunque no interviene tampoco esta vez. Lo que sí hacen es pedirnos que subamos de nuevo al vehículo.

—Disculpe, agente, preferiría ir en otro coche —le propone a uno de los policías, negándose en rotundo a subir en la parte trasera conmigo de nuevo.

—Lo entiendo, pero no disponemos de otro vehículo ahora.

—Llamaré al agente Burton, seguro que me soluciona el problema —eleva la voz para que la escuche bien y me hierva la sangre.

—Lo que quiera, pero no podemos esperar demasiado y nos han ordenado que no les perdamos de vista.

—Lo esperaré en la comisaría del aeropuerto, llévense a Neil, es al que en realidad hay que poner a salvo.

Sí, porque cuando tenga ocasión mi hermanito va a conocer por qué me llaman The Hammer.

—Ava, sube al coche —digo en un intento desesperado.

—Vete a la mierda, Oliver. No quiero volver a verte en la vida.

La observo que saca la tarjeta del agente Burton y lo llama en dirección al lugar seguro dentro del aeropuerto. A mí se me hace un nudo en el estómago.

La he cagado a un nivel máximo. Mientras ella se enfrentaba a peligros reales, yo flirteaba con otras mujeres. No llegué a nada serio con la pelirroja, pero me dejé llevar por el alcohol, la tentación siempre presente. Ahora, viéndola en semejante estado, me siento terriblemente culpable.

—Señor Drake, tenemos que irnos —urge el policía y asiento. Lo mejor, darle su espacio por el momento.

Subo al coche al lado de mi hermano.

—No lo sabía, cómo iba a saberlo. Ni lo sospechaba, Ava parecía odiarte...

—Cállate, Neil —le ordeno.

—Puedo intentar arreglarlo...

Lo fulmino con la mirada.

—Mejor arregla tus cosas, lo de Ava es asunto mío.

Mi mente, un hervidero de decepción y de furia, la invade un sentimiento de estupidez infinita por haber confiado en él. Marco el número del agente Burton porque la rabia nubla mi juicio y antes de poder (y querer) evitarlo, lo llamo.

Nivel máximo de estupideces, Ava.

¿Cómo puede dedicarse una persona a la diversión y el coqueteo mientras peligra la seguridad de su pareja y sufre? ¿Realmente le importo tan poco?

Me encuentro perdida en mis pensamientos y en el recuerdo de las muchas veces en las que contemplé a mi hermano en la prensa, envuelto en escándalos con mujeres. En esos momentos juzgué un acto de simpleza el hecho de conducirse en la vida de esa manera, en la seguridad de que cada movimiento suyo sería carne de noticia. Pero con Oliver, la situación difiere mucho. Ha traspasado una línea roja, ha traicionado mi confianza de una manera que duele en lo más profundo. La herida tardará en sanar, si es que alguna vez me recupero.

—¿Agente Burton? Soy Ava Black. Me dijo que lo llamara si necesitaba algo. Lo necesito.

—¿Estás bien? ¿Suced algo? Dime.

—Haga el favor de enviar a alguien para que me recoja en el aeropuerto, yo... yo... —rompo a llorar.

—Claro, dime qué ha ocurrido. Estoy aquí para ayudarte en lo que necesites. No llores, por favor.

—Lo siento, no debí llamarle...

—Termino ahora mi turno, estaba saliendo de comisaría, estaré allí lo más rápido posible, y por favor, tutéame. ¿Estás en un sitio seguro?

—Sí, frente a la comisaría del aeropuerto.

—Bien, no te muevas de ahí —cuelga.

No sé cuánto tiempo ha pasado exactamente desde que lo llamé. Veo al agente Burton aparecer a paso rápido, vestido de paisano. Llega hasta mí, me abraza inesperadamente y rompo a llorar de nuevo.

—Tranquila —me dice con voz suave—, ¿qué ha pasado?

—Es complicado, todo con Oliver Drake lo es...

—Si te refieres a las fotos que circulan por redes sociales, las he visto...

—Tenías razón, todos los hombres sois iguales.

—Yo no diría tanto, aunque puedo intuir que, si se entera que estoy aquí contigo ahora, no le va a sentar demasiado bien. —Se encoje de hombros.

—Ha sido una idiotez llamarte para esto. —Me separo de él y me sorbo la nariz.

—No, has hecho bien, necesitas protección y en brindártela reside mi trabajo.

—Yo creía que mi espacio seguro era Oliver, soy una necia...

—Salgamos de aquí, vendrás conmigo a mi casa.

—Oh, no, no, eso sería cruzar los límites, yo... —Me freno en seco.

—No vivo solo —sonríe.

—Con más razón, creo que lo mejor será que llame a mi amiga Amanda y me instale en su casa unos días. No quiero causarte problemas con tu mujer o con tu novia. Tenía pensado irme a St. George con mi madre, pero no creo que deba irme ahora, ya me he ausentado demasiado del trabajo y queda mucho trabajo que hacer para resolver bien el caso. Pediré que adelanten el juicio y terminar cuanto antes con esta historia que, a la vista está, solo me ha traído problemas.

—Vivo con mi marido, y no será una molestia —me revela, en el fondo un alivio porque mi actuación podría haberle dado a entender otra cosa a cualquiera.

—Insisto en que será mejor que llame a mi amiga, no creo que sepan dónde vive, estaré segura allí.

—¿Dónde vive?

—Eh... En mi mismo edificio, un piso más abajo.

—No es la mejor idea, ¿no crees?

—Lo sé, pero... Me acompañará la única persona en la que confío en toda la ciudad y con la que me sentiré más a gusto.

Lo medita unos segundos.

—Ava, te juegas la vida y la de Amanda también.

—No saldremos, ni nos asomaremos a la ventana —trato de quitarle fuelle al asunto, que lo tiene y mucho.

—Está bien. Pediré que patrullen la calle y vigilen en todo momento la puerta. Un coche no se moverá de allí.

—Gracias.

—No me las des, este tipo de ayudas forma parte de mis deberes y del juramento que hice cuando decidí pertenecer a la policía. ¿Vamos? —me insta para emprender la marcha hasta su coche y asiento.

Dos horas después, entramos en mi lata de anchoas, Burton me ayuda a recoger enseres básicos y me custodia, de nuevo con mi agradecimiento. Bajamos a casa de Amanda, que ya nos espera, a la que avisé por teléfono. Los presento y lo despedimos.

—Te mantendré informada sobre la redada de esta noche.

—¿Estás bien? —pregunta retórica de Amanda y me abraza. Los abrazos sanan y curan. Los de una amiga se convierten en el mejor refugio, más que una casa en las afueras, un piso franco o una cueva en medio de la montaña y bajo una tempestad.

Nos sentamos en el sofá con una infusión relajante que ha preparado, la mente en ebullición, el corazón hecho trizas y con muchas ganas de llorar a moco tendido, por más que debiera mostrar entereza.

Los seres humanos somos así, entes y en ocasiones deseamos mostrarnos identificados con algo o con alguien. En este preciso momento no me siento identificada con nada, no me reconozco.

—En menos de veinticuatro horas me has presentado a un capullo y a un tío bueno, ambos inaccesibles para mí —suelta Amanda en referencia a Alex Hudson y al agente Burton.

—¿Perdona? Estoy vigilada por una banda, instalada en tu casa de forma provisional para evitar que me maten antes del juicio, con el corazón roto y, para colmo, tenemos la calle llena de policías vigilando nuestro edificio... ¿crees de verdad que me preocupa que ninguno de esos dos hombres responda a tu tipo?

—Solo intento que desvíes la mente a otro asunto, aunque sea unos minutos. Siento haber sido yo la que te advirtiera sobre Drake.

—Tú no tienes la culpa, has hecho lo que cualquier buena amiga hubiera hecho. —Aprieto la taza de tila caliente entre mis manos.

—Todos los deportistas famosos de este país son odiosos. ¿De qué van? ¿No pueden dejar el pajarito quieto ni un momento?

—Lo que más me duele es que me negara que la conocía.

—¿Hubiera cambiado algo?

—No lo sé, pero odio que me mientan.

—Ava, ese hombre no te merece, no creo que ninguno de esos engreídos pueda dar la talla en realidad.

—Lo dices porque me quieres, pero en realidad soy tan estúpida como cualquier mortal y me he dejado engañar.

—Te ha vendido que te quería y sí, lo has creído porque hasta el momento no disponías de pruebas en contra, pero las mentiras tienen las patas muy cortas.

—No entiendo por qué lo ha hecho, no le interesa enfadarme. Además de amigo de James,

soy la abogada de su hermano, que se encuentra metido en líos y graves problemas...

—Para alimentar su ya de por sí enorme ego. Los famosos se portan así.

—Pensé que era diferente, que había cambiado por mí.

—Y no dudo que en algún momento lo haya aparentado, pero ese amigo suyo...

—No voy a culpar a Hudson de las acciones de Oliver, es adulto y puede tomar sus propias decisiones.

—Yo califico de idiota a ese *sinsabor* de Alex Hudson y te digo que este tipo de hombres compite para ver quien se muestra más machote de los dos. —Mi amiga pone los ojos en blanco.

—¿Y crees que ha ganado alguno?

—Solo sé que Oliver te ha perdido a ti y que se arrepentirá en cuanto empieza a ser consciente de lo mucho que vales. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Hablaré con el juez e intentaré adelantar el juicio. Esta noche planean dar caza a los Tigers, en colaboración con Neil que sabe dónde se reúnen y qué zonas atacar para pillarlos.

—¿Crees que lo conseguirán?

—Eso espero, necesito que toda esta pesadilla termine cuanto antes, olvidarme de los Drake, coger unas vacaciones y largarme a un lugar paradisiaco para recuperarme.

—Si el restaurante sigue como hasta ahora, puede que me vaya contigo a beber unos mojitos a las Bahamas.

—Quiero pensar que pasamos una mala racha y que la vida se nos arreglará a las dos pronto. Siento mucho haberte metido en este lío, pero eres la única persona en la que puedo confiar en la ciudad. —La miro y sonrío a la mejor persona que conozco hasta la fecha que no es de mi familia.

—Me habría ofendido si no hubieras recurrido a mí. Somos amigas, las mejores amigas y si hemos de morir, moriremos juntas. —Me saca la primera risa.

—Espero no llegar a tanto.

—Todo saldrá bien, me gustaría prometértelo, pero ya sabes que depende del tiempo, ese *curalotodo*. —Amanda extiende los brazos y nos fundimos en un abrazo reconfortante de esos que sin palabras dicen: Estoy aquí, no te preocupes, todo pasa.

Aunque sé que hay una herida que no pasará desapercibida y tardará mucho en curar: Oliver Drake. El mayor error de una persona consiste en intentar sacarse de la cabeza aquello que no le sale del corazón y él sigue en el mío. Lo sé, lo palpo.

Dos semanas después...

La policía dio caza a Mendoza y a algunos de sus subordinados. Vanessa y Neil han sido alojados en el mismo piso franco y, a dos días del juicio, me dirijo a visitarlos para ultimar los detalles de la defensa. Crucial el testimonio de Vanessa porque su relato será la pieza clave para demostrar la inocencia de Neil y exponer la venganza que ha sido perpetrada en su contra.

Vanessa abre la puerta.

—Ava, ¿cómo estás? Siento mucho lo que ha sucedido entre tú y Oliver. Imagino lo difícil que resulta todo esto para ti. Neil se siente responsable por haber sido tan bocazas.

—Me preocuparía más que encubriera a su hermano —suspiro—. ¿Cómo estáis vosotros?

—Felices, pero nerviosos. Pasa. —Se hace a un lado y entro en el modesto apartamento.

Neil sale de la cocina y nada más verme se le tuerce el gesto, a pesar de sabía que iba a venir.

—Joder, Ava, no sabes cuánto lo siento.

—No he venido a hablar sobre mi situación sentimental, pero gracias.

—Lo sé, pero te debo una disculpa. Mi hermano tiene un enfado morrocotudo conmigo. Un desatino mostrar indiscreción, no tiene ningún sentido. Pierdo la cabeza más cuando me encuentro en situaciones tensas. Debí callarme, seguro que él ni siquiera recordaba a esa chica...

—Cosa que no le quita hierro ni lo hace más llevadero, igual de doloroso. Ni le resta culpabilidad.

—No te figura lo mal que lo está pasando, Oliver no es el mismo desde que te conoció y se enamoró de ti. Sí, ha sido un cabrón insensible durante mucho tiempo, pero tú le has hecho mejor persona.

—Las buenas personas no se dejan sobar por mujeres en las discotecas.

—Me dijo que la retiró inmediatamente, yo le creo, y tú deberías hablar con él y aclarar las cosas. Siempre has creído en mí, Ava, tienes criterio propio y una intachable integridad. —Vanessa a su lado, le coge de la mano.

—Por eso mismo procuro que no vuelvan a romperme el corazón. Y por favor, centrémonos ahora en lo importante. A dos días del juicio, yo al menos necesito que todo esto termine cuanto antes y lo mejor posible para recomenzar de nuevo mi vida desde el punto en el que se

encontraba cuando acepté este caso.

—No te hemos traído más que problemas, ¿verdad?

—Me lo voy a tomar como una experiencia, de todo se aprende en la vida, tú sabes mejor que nadie de lo que hablo.

Neil asiente y Vanessa se marcha a la cocina para traer café recién hecho para todos.

Me sumerjo en la tarea, concentrados en cada detalle de la defensa. Junto a Vanessa y Neil, repasamos minuciosamente cada aspecto del testimonio y nos aseguramos de que esté perfectamente articulado y respaldado por pruebas sólidas.

Estos días de trabajo intenso me han brindado un respiro, una válvula de escape para mantener a raya los pensamientos sobre Oliver que han invadido mi mente en los momentos de soledad en casa. A pesar de las lágrimas derramadas en la intimidad de mi hogar, aquí mi valor como abogada prevalece. Cierto que la tristeza y la confusión a veces se abren paso en mi corazón, pero ahora no es el momento, he de focalizar mi mente en el caso. Cada detalle cuenta para asegurar la libertad de Neil y hacer justicia.

—¿Lo tenéis todo claro? —les pregunto mientras guardo mis cosas en el maletín.

—Sí, creo que sí... ¿Lo viste jugar contra los Arizona Diamondbacks?

—No me gusta el beisbol —afirmo, pero omito que sí lo vi y que lloré de rabia abrazada a un cojín pensando lo mucho que me hubiera gustado estar allí con él para apoyarlo —. He de irme, nos vemos en dos días —. Me levanto de mi asiento y Vanessa lo hace también para acompañarme hasta la puerta.

—Habla con Oliver, dale una oportunidad —me dice ella en el vano de la puerta.

—Vanessa, yo...

—Todos cometemos errores. Míranos a Neil y a mí, nuestro amor ha prevalecido ante las dificultades, hemos enfrentado cosas muy peligrosas, convencidos de que lo nuestro merece la pena.

—Neil no te ha mentado. Cumplió su promesa de volver a por ti y sacarte de la banda. Yo por el contrario me vi sola y asustada, no contestaba a mis llamadas mientras se dejaba sobar por otras mujeres.

—No habría podido hacerlo sin ti y tú te mereces también ser feliz. Oliver nos lo ha contado todo, yo soy mujer, y sé que dice la verdad cuando asegura que esa noche no pasó nada con esa chica. De hecho, se marcharon tras ese incidente y llevó a Hudson a su hotel. Puedes comprobar tu misma la hora en la que el amigo de Neil subió las historias a las redes sociales, veinte minutos después, Oli recibió la llamada de la comisaría y Hudson entró en el hotel, solo. No había ninguna chica ni con él ni con Oliver.

—Vanessa, te agradezco todo esto, pero...

—Los dos hermanos han pensado en pedir los vídeos de las cámaras de seguridad del hotel, han hecho capturas de pantalla a las historias antes de que este las borrara, parecían dos

abogados como tú, buscando la manera de arreglar las cosas entre vosotros.

Eso último me hace soltar una leve risa.

—Insisto, agradezco toda esta información, Vanessa, pero necesito tiempo para mí, todo esto ha sido muy duro y el caso más difícil al que me he enfrentado en la vida.

—Tú hiciste lo mismo por mí, viniste a darme el mensaje de Neil arriesgando tu integridad. Mi deber es transmitirte cómo está Oliver y asegurarte que te quiere con todo su corazón, por si lo has dudado un momento.

Siento un nudo gordo, opresivo, formándose en mi garganta, como si quisiera estrangularme y detener cualquier intento de respirar. Los ojos se me llenan de lágrimas y, luchando contra la avalancha de emociones, intento mantener la compostura.

—Entonces dile que todo es cosa del tiempo, perdonar y olvidar.

—Espero que lo perdones, porque se nota que tú también lo quieres.

¿Lo quieres? ¡Por supuesto que lo quieres!, me dice mi subconsciente.

Todo el mundo es inocente hasta que se demuestra lo contrario, y no tienes pruebas de que te haya engañado con esa mujer, mi cabeza insiste mientras abandono el edificio.

—Los dos hermanos han pensado en pedir los vídeos de las cámaras de seguridad del hotel, han hecho capturas de pantalla a las historias antes de que este las borrara, parecían dos abogados como tú, buscando la manera de arreglar las cosas entre vosotros, recuerdo las palabras de Vanessa. Y sonrío de nuevo, imaginándome a Oliver desesperado, recabando información para demostrarme que él también sabe defenderse con un buen alegato.

—Tú hiciste lo mismo por mí, viniste a darme el mensaje de Neil arriesgando tu integridad. Mi deber es transmitirte cómo está Oliver y asegurarte que te quiere con todo su corazón, por si lo has dudado un momento, esto es lo que más me calienta el corazón, ese que he sentido helado durante este tiempo sin que él estuviera a mi lado.

A pesar de todo, reconozco la necesidad imperiosa de concentrarme en mi trabajo. El juicio de Neil es prioritario. Debo asegurarme de que todo esté en orden para ese día crucial, clave en mi carrera. Después, una vez que las cosas se resuelvan, tal vez considere escuchar a Oliver y darle la oportunidad de explicarse.

Por ahora debo mantener la mente enfocada en lo que está por venir.

OLIVER

No puedo ni quiero olvidarla, ni a ella ni a sus besos ni sus caricias ni sus sonrisas ni lo que me hace sentir. Ella me hizo mejor persona, me dio unos valores que desconocía, dio luz a mi vida, me convirtió en un ser más humano, me hizo ver la realidad con otros colores, unos mucho más intensos.

No puedo adivinar el futuro, pero sí luchar por el porvenir que deseo. Una única persona ocupa el centro de mis sueños, Ava, una mujer un poco diabla, un poco ángel, luchadora, compasiva y con una personalidad arrolladora.

—Cariño, ¿estás listo? —me pregunta mi madre, muy nerviosa y preocupada.

Ha llegado el gran día, el juicio de Neil, hoy se juega su futuro, su libertad o su encarcelamiento.

Mi corazón sí que está encarcelado, pienso, con un ansia irreconocible de liberarlo. Ella también me enseñó a luchar por lo que quiero, y no de una manera cualquiera, sino con uñas y dientes, como las garras de aquel pequeño oso que nos encontramos. Esto me hace sonreír y mi madre no entiende por qué lo hago.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Desvirtúa mi reacción.

—Todo va a salir bien. Ava se encargará de ello. —Hincho el pecho al decir su nombre después de más de dos semanas evitándolo, me quema por dentro cada vez que lo suelto.

—Eso espero —comenta asustada dado que su hijo pequeño se juega muchos años en prisión.

El coche conducido por un chófer que he contratado nos lleva hasta los juzgados. La prensa espera para asediarnos, razón por la que debemos ser precavidos y escurridizos. Al final el caso se ha mediatizado en demasía y ha dado la vuelta al globo terráqueo. Hasta en Asia se han hecho eco de él. Los periódicos sacan cada día algún detalle que debería estar seguro bajo sumario y la preocupación aumenta cada segundo.

Varios policías nos ayudan a cruzar la muchedumbre y entramos en el edificio con altas torres que se elevan hasta tocar el cielo. Paredes de piedra gastadas por el tiempo cuentan historias de generaciones pasadas y sus ventanas, como ojos curiosos, observan el mundo con una mirada penetrante. Relieves tallados con precisión revelan una habilidad artesanal ya casi desaparecida en la era moderna. Cada columna y cada arco, testigos mudos de la grandeza y el esplendor del lugar y la sabiduría que ha albergado a lo largo de los años.

—Por aquí —nos indica uno de ellos.

Entramos en una sala en la que nos encontramos con Ava. Allí está ella, mi mayor temor, mi

mayor alegría, la mayor sensación. Ava, mi laberinto con pasillos interconectados, cada uno con un único propósito y destino: su cariño. Se encuentra de pie, sobre el suelo de mármol pulido, dueña de todo, además de mi corazón; me mira como si me recordase lo inalcanzable que es lo nuestro, la imposibilidad de lograr una vida juntos, como si me convirtiera en un visitante temporal de su existencia.

—Buenos días. ¿Cómo están? —Nos saluda a los tres—. Señor Drake, me alegra verlo tan recuperado —se dirige a mi padre al que le estrecha la mano. El juicio comenzará en veinte minutos. ¿Quieren un café?

—Sí, por favor —anuncia mi madre.

—Kevin —le pide a su secretario que se mueva, y este lo hace con rapidez.

Noto una frialdad enorme entre los dos, más alta que el edificio, la indiferencia de Ava toca el cielo y atraviesa las nubes. Respiro y me acerco a ella. Deseo tocarla, pero me contengo.

—Ava... —Su nombre me revuelve las entrañas.

—Señor Drake, ¿desea algo? —Ella alza la mirada de una carpeta abierta entre sus manos.

Niego aterrado por la distancia que nos separa, por el muro que ha levantado, inquebrantable. La observo de nuevo desde lejos, como si ella estuviera en el polo norte y yo en el sur, pero no pierdo la esperanza y espero su atención y afecto, que no llegan. La tristeza llena mi corazón de confusión y dolor al observar que ella quizá me ha olvidado y pasado página. Pero ¿cómo es eso posible?

Preguntas, dudas; me cuestiono cuántas cosas hice mal, si he dejado de interesarle de verdad. Ava me hace vulnerable. Supongo que el amor te hace sentir así; sucede cuando te abres a alguien y le das el poder de llegar a tu pecho rajado en canal y arrancarte el corazón

—Tengo que marcharme. Nos vemos en la sala.

—¿Dónde está Neil?

—Preparándose con mi equipo. Quería ser yo la que les diera la bienvenida.

Una conversación igual de fría que sus palabras, sus actos y el tono. Su desinterés impacta como un golpe seco hasta en mi alma. Busco una explicación plausible, pero la incertidumbre aparece como un monstruo en la madrugada de un niño temeroso.

Me culpo a mí mismo por ser como soy, por quedarme en el sitio equivocado, por no moverme a tiempo, por hacer y deshacer sin ton ni son, sin rumbo y con un mapa equivocado.

Camino hasta la sala convertido en la asombra de lo que fui, perdido y desesperado por recuperar la conexión que nos unía.

Y una idea crece en mi mente: Vale la pena luchar por un amor único que parece desvanecerse si, a pesar del dolor, sigue aferrándose a nosotros.

No perderé la esperanza.

La tensión se palpa en cuanto las puertas de la sala se abren y la cruzamos, ya repleta de

gente. Los muros de color beige los cubren fotografías enmarcadas de miembros ilustres de la justicia en EEUU. Luz fría y fluorescente en el techo. El estrado, elevado, epicentro del lugar, acapara la atención de los asistentes, pero yo solo puedo advertir la presencia de Ava, su espalda perfilada con ese traje oscuro.

El juez sale, imponente y sereno, con su toga negra y una mirada penetrante pero tranquila, acostumbrado, supongo, a todo esto. El martillo de madera descansa en su base, al igual que el mío, muerto desde que desapareció de mi vida.

Una barra de madera nos separa de todos ellos, de las partes enfrentadas entre sí, de esos que visten demasiado elegantes y hablan de leyes, enmiendas, pruebas y testigos.

Cada vez hay más gente, un público ansioso que pretende presenciar el desarrollo del juicio. Miradas curiosas y expectantes, susurros y zumbidos de cámaras y flashes intermitentes.

Un segundo, pero ella se gira para hablar con Neil, su cliente, y nuestras miradas se encuentran en medio de esa guerra sibilina, instante en el que atisbo que un brillo conocido cruza su pupila.

No todo está perdido.

El juez Martínez se yergue detrás del imponente estrado de madera y su mirada barre la sala del tribunal. Los murmullos y el bullicio se extinguen gradualmente cuando todos los presentes nos damos cuenta de que el juicio por tráfico de drogas contra Neil Drake está a punto de comenzar.

Martínez alza la mano para ordenar silencio y se dirige a todos:

—Señores, señoras, damas y caballeros, las acusaciones que se presentan son graves y el peso de la justicia recae sobre nuestros hombros. Nuestra responsabilidad consiste en asegurarnos de que este juicio se lleve a cabo de manera justa y equitativa.

Ava se pone de pie.

—Su Señoría, el Sr. Drake, mi cliente, niega rotundamente las acusaciones en su contra. Estamos aquí para demostrar su inocencia y desafiar la validez de las pruebas presentadas por la fiscalía.

El juez asiente y mira a la fiscalía.

—Fiscalía, ¿está lista para presentar su caso?

La fiscal, la Sra. Gómez, se incorpora y dice con confianza:

—Sí, su Señoría. Estamos listos para presentar las pruebas que demuestran la culpabilidad del acusado en el tráfico de drogas. Contamos con testigos presenciales, registros telefónicos y evidencias físicas.

El murmullo rellena de nuevo el silencio de la sala y el juez toma asiento en su silla.

Por fortuna, el testimonio de Vanessa y de uno de los miembros de la banda al que Ava le ha ofrecido un acuerdo para que testifique a favor de mi hermano, lleva a buen puerto la sentencia

final, pero antes...

—¿Es su último testigo para el estrado? —le cuestiona el juez.

—Sí, señoría. Insistir en el hecho de que todas las pruebas presentadas por la fiscalía carecen de fundamento, fondo y forma.

—De acuerdo, si esto es todo... —Va a concluir el juicio con su mazo.

Y lo hago sin más, llevado por el amor, la locura que se asienta en él y la desesperación de que me escuche. Aquí tendrá que hacerlo.

—¿Señoría? —Me levanto ante la mirada estupefacta de todos.

—Y usted es... —Me escudriña con la mirada desde la lejanía.

—Oliver Drake, señoría, hermano de Neil Drake.

—No está usted llamado a declarar.

—Lo sé, señoría. —Salgo al pasillo principal dispuesto a jugar el partido más importante de mi vida y a ganarlo, por supuesto.

Ava me clava la mirada y alza las cejas a un metro y medio de mí.

—Entonces...

—Tengo algo importante que decir. Quizá no sea relevante para el caso, pero sí para mi vida.

—Este no es momento ni lugar... —me corta.

—¡Señoría! ¡Quiero pedir disculpas! ¡Y decirle a la mujer que amo que me dé una segunda oportunidad!

—¡Si no se calla y toma asiento, lo acusaré de desacato!

—¡No me importa, señoría!

—Irá a la cárcel.

—Ya estoy en ella. En una cárcel invisible con barrotes que yo mismo creé. Ava Black solo tiene la llave para abrirla. —Voy hasta ella—. Ava, por favor, perdóname. Dame otra oportunidad. Déjame demostrarte el hombre que soy.

—Oliver...

El juez utiliza su martillo y da dos golpes sobre la madera.

—¡Por favor, orden en la sala! —grita ante las habladurías incesantes del público y los flashes de las cámaras de los fotógrafos que se frotan las manos con el dineral que sacarán con esto.

—Ava... —Le suplico.

—Estás loco. Te van a meter en el calabozo. —Dos policías cruzan el estrado en mi busca.

—Me da igual, con tal de que me creas. Jamás te he engañado.

—¡He dicho que silencio! —El juez se desespera.

Un policía me agarra de los brazos y me pone las esposas.

—Mira lo que has conseguido —comenta Ava, circunspecta.

—Dime que me amas.

—Te amo —asegura mientras el miembro de la seguridad tira de mí y me lleva hasta un calabozo.

El amor está loco, o lo estamos nosotros por culpa del amor. Te lleva a la locura más desacerbada, una sinrazón que te introduce en un camino con muchos cruces. Te marea, te centra, te hace sentir en casa, te pierdes, buscas y no encuentras, o sí... Y esto me pasó con Oliver Drake, que terminó en un calabozo sucio y polvoriento por demostrarme su amor.

—¿En qué puedo ayudarla? —me pregunta el guardia detrás del mostrador.

—Soy la abogada de Oliver Drake. Lleva dos horas detenido.

Mira en el ordenador.

—No tengo constancia de ello.

Le enseño mi identificación.

—Ha sido todo muy rápido. Está acusado de desacato. El juez Goleman me ha dado permiso para sacarlo de aquí. —Saco el requisito y lo pongo en el mostrador. Él le echa un vistazo, llama a un superior para que lo verifique y este me dice que le acompañe.

—Soy un gran fan de The Hammer —me cuenta bajando en un ascensor hasta los calabozos impregnados de oscuridad opresiva, con paredes de piedra y olor a humedad que se aferra al aire.

Un silencio horrendo impregna el lugar, solo lo interrumpe el tintineo de las llaves y el sistema de seguridad que abre y cierra las puertas que cruzamos.

Me impulsa la determinación, el amor y la compasión. Todos merecemos una segunda oportunidad.

—Este no es buen lugar y menos para una abogada —suelta en un pasillo muy estrecho repleto de puertas.

—Gajes del oficio. Y todo el mundo tiene derecho a una defensa justa.

El supervisor frunce el ceño y no se atreve a contradecirme, además...

—Quiero que los Yankees ganen la liga y no lo harán sin Drake.

Avanzamos unos metros bajo una luz muy tenue y llegamos a la celda en la que Oliver está sentado en un camastro, tras los barrotes, con la mirada perdida hasta que se encuentra con la mía.

El carcelero abre la puerta y le quita las esposas que le pusieron.

—Les espero arriba —indica.

—Has venido —enuncia con esperanza.

—Estás loco, ¿lo sabías?

—Estoy seguro de ello. Tú me has vuelto loco y has puesto patas arriba mi mundo.

Me toma de la mano y susurra:

—Necesito decirte algo importante, explicarte todo —la voz de The Hammer tiembla ligeramente.

—Lo mejor será salir de aquí. Aún estamos a tiempo de escuchar la sentencia del juez.

—Soy culpable. —Frunzo el ceño—. Culpable de quererte demasiado, si eso es malo, culpable por dejarte sola aquella noche, culpable de ser un imbécil redomado.

—Lo eres. Mucho. —Sonrío.

—He soñado mucho con esa sonrisa. —Me acaricia el cuello—. Te amo más de lo que pueda expresar con palabras.

—Lo has hecho arriba, en el estrado, y te han detenido por ello.

—Y no me importa, si eso te ha traído hasta mí.

—Lo hubiera hecho de todas formas. No hacía falta esto... —Señalo la penumbra de nuestro alrededor.

—No me importa el lugar, sino la persona, y tú eres esa persona para mí.

Casi me pongo a llorar. El corazón se me acelera.

—Me hubiera gustado otro final feliz. Bajo una noche estrellada, en una playa...

—Pero hemos llegado aquí y doy gracias a Dios por ello. No puedo ni quiero vivir sin ti. Hacerlo sería vivir en un mundo sin colores.

—Vuelve El Martillo más romántico. Y sigue sin pegarte.

—Voy a besarte.

—¿Por qué?

—Porque si no lo hago, voy a morir.

—Exagerado.

Lleva mi mano a su pecho, al punto exacto en el que su corazón late tan fuerte como el mío.

—¿Lo notas? Ha estado dormido sin ti.

—Promete que no habrá más decepciones.

—Te prometo que viviré para hacerte feliz.

Las lágrimas corren por mis mejillas y sus labios se curvan en una sonrisa. El amor puede ser

eterno si nos esforzamos un poco, solo lo suficiente para que la máquina funcione con cariño y tesón.

Nos besamos y nos abrazamos. El lugar dista mucho de lo idílico y mágico, pero nosotros lo convertimos en especial, como el amor que hemos creado lentamente, con nuestros más y nuestros menos, y dispuesto a luchar y vencer en cualquier guerra que pueda presentarse.

EPÍLOGO

Nueve meses después...

Me siento emocionada de estar en casa, rodeada de mi familia y mi querido novio. Aunque se percibe un vacío por la ausencia de mi padre, sé que está presente en cada rincón, cuidándonos y observándonos desde el cielo y tenemos muchas cosas que celebrar. Mi hermano, Jess, Tackle, Ghost entran en el hogar que nos vio crecer y abrazo con fuerza a James que tiene cara de pocos amigos y le pido que se comporte.

—Yo le di una oportunidad a Jess. Dásela tú a Oliver —asiente, aunque sé que aún se la tiene jurada. Ocurrieron muchas cosas en muy poco tiempo y James se ha mantenido al margen.

—No vas a pegarle —le regaña Jess porque sabe igual que yo lo que mi hermano está pensando.

—No he dicho eso.

—Pero lo estabas pensando. Conozco esa mueca. La haces cada vez que crees que alguien se pasa conmigo.

Finalmente, todos nos encontramos reunidos alrededor de la mesa, frente a la deliciosa comida que ha preparado mi madre. El aroma reconfortante de los platos caseros llena la habitación, observo a cada uno de los presentes: a mi madre, con su sonrisa cálida y sus ojos llenos de amor; Jess se levanta, comparte una mirada cómplice con ella y asiente al permiso implícito que le pide.

—Quiero aprovechar este momento para dar una noticia. —mira a mi hermano con devoción—. Black y yo vamos a ser padres. Estoy embarazada.

—¿Qué? ¿Voy a ser padre? —Jess asiente y notamos cómo mi hermano se descompone y cae al suelo en redondo.

—Vaya, El Gigante Imbatible derrotado por una personita de diez milímetros de altura. —digo mientras el resto se levanta a socorrerlo, excepto Oliver que a mi lado me coge la mano.

—Me parece que somos los únicos sin familia, deberíamos ponernos manos a la obra.

Después del juicio y la victoria de Neil contra los Tigers Gold, él y Vanessa decidieron que era hora de comenzar de nuevo, lejos del Bronx y de Nueva York. Optaron por mudarse a Australia, específicamente a Sídney, donde Neil ha empezado a trabajar en un instituto mientras esperan la llegada de su primer hijo.

—No corras tanto, acabo de emprender un negocio, ¿recuerdas?

Tras ganar el juicio mediático, finalmente mi jefe me nombró socia del bufete. Fue un

momento de gran satisfacción y reconocimiento profesional. Sin embargo, Oliver me instó a abrir mi propio camino y acabo de inaugurar mi bufete en la ciudad. Estoy segura de que no me costará despegar, ya que ser la abogada de Neil Drake y haber concluido con éxito el caso constituye una carta de presentación impresionante.

—Sí, del que soy socio, amante y futuro marido de la jefa.

—¿Futuro marido? No estamos prometidos. —Frunzo el ceño, ambos ajenos a la escena familiar, donde ponen paños fríos a mi hermano en la nuca mientras mi madre le abanica y *La calci...* bueno, Jess, le da tortas en la cara como si fuera un filete de carne.

—Quería que fuera una sorpresa para toda la familia, pero Jess y James se nos han adelantado.

Oliver se levanta de la silla, se arrodilla frente a mí y saca del bolsillo de su chaqueta una caja de terciopelo negro. Su mirada refleja seriedad, pero también una chispa de emoción contenida. El corazón me late con fuerza mientras observo cada uno de sus movimientos.

—Ava Charlotte Black, cástate conmigo.

Observo que nadie a nuestro alrededor parece prestar atención. Aunque por el rabillo del ojo veo que James por fin ha vuelto en sí y se está tocando los carrillos rojos, resultado de las tortas que le ha dado su chica. El mundo se ha detenido para nosotros en este momento, no importa que el resto de la casa obvie nuestro momento especial.

—¿Crees que a mi hermano le va a dar otro soponcio cuando se entere?

—No me cabe la menor duda, sigue detestándome a muerte.

—Entonces la respuesta es sí, quiero casarme contigo.

—¿Solo por fastidiar a tu hermano? —ríe.

—Ya sabes que no, que es porque te quiero, te amo, te adoro y nadie me saca de mis casillas como tú. Lo de James es solo un aliciente más.

—Y yo te amo con todo mi corazón y volvería a entrar en la cárcel por ti, aunque reconozco que fastidiar a Giant es también muy tentador. —Me levanta el mentón y lentamente se acerca para darme un beso apasionado que solo dura unos segundos.

Nuestra burbuja de felicidad se ve interrumpida abruptamente por una voz que resuena en el salón.

—Quita tus sucias manos de mi hermanita. —Nos separamos y volvemos la mirada hacia la persona que ha irrumpido en la escena y ambos rompemos a reír para desconcierto de mi hermano y el resto de la familia.

—Un bebé y una boda, ¿alguien da más? —Suelta Oliver y mi hermano se abalanza sobre él.

Así somos en mi familia, un tanto disfuncional, con faltas, pero ninguna sobra, solo una y es buena y perfecta: el amor que nos profesamos nos une y guía nuestro camino en una misma dirección, incierta, pero muy esperada.

SI NO CONOCES LA HISTORIA DE JAMES Y JESS,
AHORA PUEDES COMENZAR A LEERLA AQUÍ



TE ODIÓ 
James Black

SERIE ÍDOLOS AMERICANOS - 1

STAR CLARK

Copyright © 2024 Star Clark

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición, marzo 2024.

Título Original: Te odio, James Black

Diseño y Portada: Amparo Tárrega

PRÓLOGO

JAMES BLACK

—¡Giant, es la hora! —indica mi representante y la persona que ejerce de padre y madre, un jodido tocapelotas que no me deja pasarme ni un pelo, ni con el alcohol ni con las mujeres ni con las fiestas nocturnas—. ¡Giant! ¡Giant!

Me llamo James Black, pero todos me conocen como *The Unstoppable Giant*, El Gigante Imbatible, por mis habilidades en el campo de juego. Un jugador de fútbol americano con un tamaño y fuerza impresionantes, así como mi musculatura. Mi presencia física impone a todos, sobre todo a las mujeres, que se postran a mis pies incluso sin conocerme. También asusta a mis oponentes, aunque no tengo rival que se me iguale, incapaz de detenerme o derribarme porque, además, mi equilibrio y habilidad de evasión son sobrehumanos. También resisto a la perfección los intentos de *tackle* y continúo avanzando sin que nadie me detenga.

—¡Vete a la mierda! —grito, desde mi dormitorio, con la puerta cerrada y tumbado sobre la cama.

—¡Vas a tirarlo todo por la borda! ¿Cuántas oportunidades crees que van a darte? —Aporrea el portón de dos hojas: tres metros de ancho por tres de alto.

Vivo en una casa en las playas artificiales de Bahía Vizcaína, en Palm Island, conocida por albergar mansiones y yates de celebridades como Gloria Estefan, Julio Iglesias y Shakira; esta última es mi vecina. Los famosos eligen Miami Beach para establecer su residencia por su clima tropical, sus hermosas playas y su ambiente, pero a un neoyorkino como yo le toca los cojones tanta humedad y altas temperaturas. Vivo aquí porque los Miami Dolphin me ficharon hace dos años y me trasladé desde Houston, donde jugaba en los Houston Texas. Tuve diferencias con el entrenador y acepté la mejor oferta de la decena que me ofrecieron. También me brindaron volver a los New York Jets, pero prefiero seguir alejado de esa ciudad y de... Esa mujer.

—¿Y crees que me importa?! ¡¡Vete!! —Sigue dando fuertes golpes—. ¡No voy a irme! ¡Abre o la echo abajo!

Me hace sonreír, y desde hace un mes no tengo ni putas ganas de hacerlo, por ello, le doy mi beneplácito, me levanto, camino y lo dejo pasar.

—Dime una cosa. ¿Cómo pensabas abrirla? —ironizo. Robert no puede presumir de un cuerpo corpulento.

—¡Joder, Giant! ¡Los patrocinadores están que trinan!

—No grites. Me duele la cabeza —dictamino. Suelto el pomo y voy hasta la terraza.

Gano millones de dólares al año jugando al fútbol, pero las ganancias se multiplican por decenas sumando la publicidad.

Mi mansión está en medio de la majestuosidad de la costa, como incrustada en ella. Con imponentes columnas de mármol blanco que contrastan con el intenso azul del océano y el verdor exuberante de la vegetación circundante. Una jodida mansión, símbolo de opulencia y elegancia que se ha convertido en un lugar donde pasar los días entre lujo y comodidad. No me gusta una mierda, para ser sinceros, pero mi exnovia me convenció para que la comprara. Yo accedí solo por las vistas y la proximidad del mar y de mi barco, atracado a cien metros del patio trasero, más allá de la piscina infinita. Podría saltar desde el balcón y caer sobre él.

Gabriela la decoró a su antojo. ¿Cómo iba a decirle que el mármol no me gusta mientras me chupaba la polla? Soy un troglodita y la decoración me importa un pepino. Me enamoré de ella en una noche, aunque George asegura que eso no fue amor.

—¿Sueñas con ella? —me preguntó la última vez que vino a casa.

—Tengo pesadillas. Si te refieres a eso —le aseguré, navegando sobre *Angels*, mi yate, disfrutando de un atardecer.

—Eso no es amor. Solo fue sexo.

Sonreí. Sabía por qué lo decía.

—¡Por el sexo! —Alcé la copa de whisky.

Vale, lo acepto. Gabriela me volvió loco porque el sexo con ella era animal y pervertido, pero cuando se fue no dejó un hueco ni un vacío, sino alivio. Estuvimos juntos nueve meses. Algunos dirán que no es demasiado, pero a mí me pareció una eternidad cuando las discusiones se convirtieron en algo constante.

Tomo asiento en uno de los sillones de mimbre mientras el ruido del romper de las olas crea la mejor banda sonora.

—¿Te gusta esto? —Sé por dónde va—. ¿Quieres seguir viviendo aquí? —Bufo—. Pues levanta el puto culo, date una ducha y ponte una de esas camisetas que tanto les gusta a las féminas. La rueda de prensa está a punto de comenzar.

Para mí jugar al fútbol americano no solo es un trabajo. Me hace inmensamente feliz. Comencé a hacerlo en St. George, el barrio más antiguo de Staten Island, donde vive mi familia. Mi padre también jugaba, aunque no llegó a las grandes ligas. Él me enseñó todo lo que sé, que se sumó a mis grandes habilidades y triunfé a una edad muy temprana.

—Robert, me importa una mierda esos jodidos chupasangres, me importa una mierda los patrocinadores y me importas una mierda tú —arrojo.

—Eres imposible. ¿Crees que eres el único que tiene problemas? ¿Te crees especial? ¡Todos estamos jodidos, pero hacemos lo que debemos! —Señala abajo—. ¡Y ahí hay gente que espera cosas de ti!

Cojo aire hasta casi reventar mis pulmones y lo expulso muy despacio.

Paciencia, máquina. No la lées en tu propia casa.

—Puedo hacer lo que quiera. Soy el puto *The Unstoppable Giant*.

—La fama y el poder van y vienen. ¿Eso no te lo enseñó tu padre? —Me da donde más me duele. Por esto me levanto, voy hasta él a grandes zancadas y con los hombros cuadrados y escupo en su cara:

—Como vuelvas a hablar de mi padre, te mato. ¿Lo has entendido?

Ni se inmuta. A Robert no le causo ni un poco de temor. Él sabe muy bien que no sería capaz de hacerle daño, aunque la prensa esté obsesionada con fotografiarme en peleas en bares y discotecas. Suelo ser una persona muy pacífica, pero cuando me tocan lo que quiero, exploto. Y suelen hacerlo a menudo. Resulta que todo lo que tenga que ver con El Gigante Imbatible se convierte en oro, hasta las narices rotas.

—Y tú entiendes que nos están esperando, así que mueve el culo y vámonos.

A regañadientes, acabo aceptando, y media hora después estamos de camino a la jodida rueda de prensa.

—Compórtate, ¿me oyes? —me regaña, como si fuera un niño, sin apartar la vista de la carretera.

No contesto y me limito a mirar por la ventanilla hasta que Robert estaciona en el aparcamiento privado del Hard Rock Stadium, al norte de la ciudad, en Miami Gardens.

La sala de conferencias nos recibe hasta la bandera de periodistas ansiosos, todos con sus grabadoras y cámaras preparadas para capturar cada palabra que salga de mi boca. Me siento en el podio, respirando hondo, mientras intento encontrar las palabras adecuadas para explicar mi mes de ausencia del campo de juego.

Suspiro y finjo ser esa persona que todos esperan.

—Buenos días a todos. Antes que nada, quiero agradecerlos que estéis aquí hoy. Sé que ha habido muchas especulaciones y preguntas sobre mi ausencia, y entiendo que es mi responsabilidad aclarar las cosas. —Robert me mira y asiente, para darme confianza y que continúe.

—Giant, ¿puedes explicarnos por qué has estado fuera del campo de juego durante tanto tiempo? —comienza un periodista conocido en el mundo del deporte.

—Durante el último mes, he estado lidiando con una lesión en el hombro que ha requerido una extensa rehabilitación. Los médicos y el equipo de entrenamiento han estado trabajando en mi lesión para asegurarse de que vuelva en plena forma lo antes posible. —No miento, pero lo que me ha alejado de esto ha sido algo mucho más complicado y doloroso para mí.

—¿Cuál es el estado actual de tu lesión? ¿Cuándo podremos verte de nuevo en el campo de juego? —pregunta otro, esta vez una chica rubia muy guapa.

—Mi lesión ha progresado de manera positiva. He estado siguiendo un riguroso programa de rehabilitación y me siento cada vez mejor. Mi objetivo es regresar al campo tan pronto como sea posible y ayudar a mi equipo a alcanzar el éxito. Los médicos y el entrenador son los que tendrán la última palabra con respecto a la fecha de mi regreso.

Mi entrenador y mi médico también están presentes; uno sentado a mi derecha y otro a mi

izquierda.

—Hay rumores de que tu ausencia se debió a problemas personales. ¿Puedes confirmar o negar esto? —Uno de los chupasangres que me tocan las pelotas cuando entro y salgo a tiendas y restaurantes, hurga en la llaga.

Robert vuelve a mirarme, quiere que me calme y que no le suelte una fresca a ese impertinente. John, mi médico, también lo hace, tocando con su pierna la mía. Saben que esto me afecta y que puedo mandarlo a la mierda. Odio que me pregunten por mi vida privada.

—Ya he explicado el motivo de mi ausencia y, agradezco a mi familia, amigos y compañeros de equipo su apoyo incondicional todo este tiempo.

—¿Está preparado emocionalmente para enfrentarse a los Chicago Bears? Su círculo más cercano afirma que la muerte de su padre le ha afectado demasiado.

¿Mi círculo más cercano? ¿De qué cojones está hablando? Pongo la mano en el fuego por mi círculo más cercano. Este tío es gilipollas y se merece que me levante y le parta la nariz, pero no voy a permitir que la prensa vuelva a echárseme encima y se lucre por mi falta de capacidad a la hora de controlar mi ira.

—No hay más preguntas —afirmo. Me levanto y me dispongo a marcharme, pero el mismo tocapelotas insiste en sacarme de mis casillas.

—¿Serás capaz de seguir siendo el Gigante que todos conocemos sin tu padre?

Se acabó. Doy dos zancadas hacia él, lo agarro de la pechera del polo azul de niño bueno que lleva, lo levanto y lo lanzo hacia atrás con todas mis fuerzas. Cae sobre otros periodistas y varias sillas, que se esparcen haciendo un estruendo.

—¿Te parece que no lo sea? —le espeto, mientras lo señalo con el dedo.

Robert y Josh, mi entrenador, me agarran y tiran de mí hacia atrás. Me sacan de allí entre voces, flases y empujones.

JESS

Salgo de la facultad de Periodismo, Comunicación y Relaciones Públicas de la NYU con prisa, como siempre. Detengo un taxi al más puro estilo de *Sexo en Nueva York* en medio de la calzada, con un café americano y el móvil en las manos, que suena con insistencia. El sol cubre de una calidez delicada la ciudad.

—Jess Olson. —Descuelgo mientras abro la puerta del vehículo amarillo y me introduzco dentro—. Al trescientos veinticinco de Hudson Street, en Hoboken, New Jersey —indico al conductor, que acelera en cuanto pongo el culo en el asiento y cierro la puerta.

—¿Jess? —Escucho tras la línea.

—¿Chris?

—El mismo que viste y calza. ¿Dónde te has metido? Dime que vas bien de tiempo —la voz de mi mejor amigo resuena entre el bullicio y el tráfico que se cuela por la ventana abierta del taxista.

—La reunión ha durado demasiado. Voy de camino —informo, y doy el último sorbo a mi café—. Disculpe. ¿Dónde puedo tirar esto? —pregunto al chófer.

—Tiene una papelera negra a su izquierda —informa.

—Jess, ¿me estás escuchando? No puedes llegar tarde. Mi vida depende de ti.

Compruebo la hora en la pantalla del teléfono, alejándolo de mi oreja.

—Quedan cuarenta minutos. Estaré allí en treinta. Eres un ser muy dramático.

—¿Seguro?

—¿Cuándo he llegado yo tarde a una cita?

Lo imagino con los ojos vueltos y enumerando mentalmente una lista de todas las veces que ha tenido que esperarme.

—Jess, casi perdemos el avión de las vacaciones de primavera a Nuevo México porque creíste conveniente discutir con tu novio de turno aquella mañana. ¿Cómo se llamaba? Jerry. Jess y Jerry. —Se mofa.

—Vete a la mierda. Ya sabes lo poco que me gusta subir a aviones.

—Recuerdo que te bebiste cinco chupitos antes de volar. Vomitaste en el baño y te manchaste las zapatillas.

—No me importaría dejarte tirado y marcharme a mi piso, ¿sabes? Además, esta noche

trabajo.

—Como todas las noches y... Sé que jamás me dejarías tirado.

Me hace sonreír. Christopher Miller y yo nos conocimos el primer día de la escuela secundaria. Él se trasladó a New Jersey con sus padres desde Chicago y me ofreció un cigarrillo en el recreo. Le dije que fumar mata, que si lo que quería era que yo muriera y que estaba loco por meterse tanta mierda en el cuerpo. Fuma desde que tiene doce años y aún no lo ha dejado. Me quedaré sin amigo antes de cumplir los treinta, pero aún quedan cuatro años para eso. Suspiro ante este pensamiento. Espero que decida abandonar ese mal hábito lo antes posible. Incluso le he regalado cursos en retiros espirituales que ayudan con la ansiedad, pero jamás ha asistido a ninguno de ellos.

—Voy a comenzar a planteármelo. ¿Por qué no te buscas un novio que te acompañe a estas cosas? Eres atractivo, simpático, tienes un buen trabajo, una polla grande y...

—¿Quieres dejar de hablar del tamaño de mi soldadito?

—¿Tu soldadito? Menudo hortera. ¿Prefieres que diga que te mide tres centímetros?

—¿Yo hablo de la talla de sujetador que utilizas?

—Una copa C.

—Eres insufrible.

—Y tú un ser divino.

—No me hagas la pelota. Date prisa. Te espero en la esquina. No entres sin mí.

—Te dejo. Me llama Brenda por la otra línea. —Cuelgo y contesto a mi jefa—. Jess Olson —respondo así el teléfono, me da importancia y relevancia en el mundo en el que me muevo.

—Jess, esta noche te necesito una hora antes. George Clooney ha decidido celebrar su cumpleaños en LB a última hora. Su manager ha demandado a King Cold por una mala publicidad.

—Brenda, voy de camino a New Jersey. No sé si estaré de vuelta a las nueve.

—¿Se está muriendo algún familiar cercano?

—No. —Ya sé por dónde va a salir.

—A las nueve, Jess. Y trae a Chris. Da buena imagen y es buen relaciones públicas. —Es ella la que cuelga.

Eso mismo hemos estudiado ambos. Periodismo, Comunicación y Relaciones Públicas en la Universidad de Nueva York, de donde vengo de proponer un acuerdo al rector de la misma, con el que forjé una amistad durante un máster de seis meses que me ayudó a conseguir ascender como la espuma en mi profesión.

—¿Puede ir más rápido? —animo al conductor.

—No, señorita. La velocidad está limitada.

Farfullo y mi teléfono vuelve a sonar.

Cuando miro la pantalla, inevitablemente pongo los ojos en blanco.

En mi vida existen dos innombrables. *El innombrable número uno y el innombrable número dos*, este menos importante pero igual de gilipollas.

Chris y yo no nos devanamos mucho los sesos a la hora de apodarlos. Y el número dos me llama de manera incesante cada día. Edward está loco si cree que voy a hablar con él.

JESS

Amo Nueva York, su vida diurna y nocturna, y su mezcla de culturas me fascina. Es como sumergirte en un universo paralelo en el que en cualquier lugar se cuenta una historia digna de la gran pantalla. Cada rincón tiene una sorpresa por descubrir, sin obviar las oportunidades infinitas que te ofrece para triunfar en cualquier área profesional.

Pago al taxista y camino hasta el coche de Chris, que me espera aparcado frente a la casa de sus padres. Le doy dos besos y un abrazo.

—Dime una cosa. ¿Quién te salva el culo cuando me es imposible acompañarte? —digo poniendo los brazos en jarras y ladeando la cabeza.

—Pago a un gigoló.

—¿Me estás llamando puta?

—Cuando no vienes en mi ayuda lloro como un colegial —modifica su respuesta.

Lo ignoro y caminamos a paso rápido hasta la finca.

—Tengo que estar a las nueve en LB —aviso.

—Jess, mi madre no dejará que nos vayamos antes.

—Pues que hable ella con Brenda y se lo explique. No es una negociación. A las nueve tengo que estar en LB. Puedo cambiarme allí. Tengo ropa para estas emergencias, pero sabes cómo va esto.

—Brenda ordena. Tú obedeces.

—Es mi jefa. Y es mi trabajo. No te metas con mi trabajo y yo no me meteré con el tuyo ni con... ¿De qué color es esa camisa?

Chris toca el timbre.

—De uno que tu pequeño cerebro no distingue.

Nos recolocamos el cabello y nos aseguramos de que nada esté fuera de lugar. La señora Miller es muy perfeccionista.

—¿No vamos a poder visitar a tus padres a la vuelta?

—Ya te he dicho que no puedo. —La puerta se abre y fingimos una sonrisa enorme—. ¡Buenas tardes, señora Miller! —la saludo como si me gustara estar allí.

—Hola, chicos. Llegáis dos minutos tarde. —Nos regaña, como cuando éramos

preadolescentes y nos entreteníamos demasiado en los recreativos del barrio.

—Hola, mamá. ¿No te alegras de vernos? —Chris va hasta ella y le da un beso. Yo hago lo mismo y llegamos al salón, donde su familia nos espera para celebrar el aniversario de los Miller.

Resumen de la cena: su madre nos reprende porque tenemos más de veinticinco años y en lo único que pensamos es en salir por la noche sin tener en cuenta que es mi trabajo y casi el de su hijo, muy parecido al de un relaciones públicas. También incide en el hecho de que nadie querrá casarse con nosotros por nuestro mal gusto a la hora de vestir (en este momento señalo la camisa de mi amigo y le hago un gesto con las cejas para que sepa que yo llevaba razón) y que ni él encontrará un marido que lo cuide cuando se ponga enfermo, porque sus genes dejan mucho que desear por parte de su padre (los de ella son perfectos, pero se los llevó su hermana), y ni yo tampoco lo conseguiré porque mi nariz es demasiado grande para la de una mujer, apuntando que debería someterme a una rinoplastia. La señora Miller es muy dada a dar opiniones que la gente no le ha pedido.

Dos horas más tarde, mi mejor amigo conduce entre el tráfico de un viernes por la noche en Nueva York a hora punta tratando de que su mejor amiga no llegue tarde al trabajo de sus sueños. Trabajo como relaciones públicas en uno de los cinco pubs más caros, refinados y exquisitos de Manhattan. No lo digo yo, sino el Times en la lista correspondiente que crea cada año. Pronto la renovará y no quiero ser la culpable de caernos de ella.

—Entra en el aparcamiento y te quedas. A Brenda le caes bien —pido, sacando la tarjeta de este, exclusivo para personal VIP, como yo.

—Solo me invitas para ganar puntos con tu jefa. Me siento muy afortunado de tenerte como amiga.

Obvio lo que dice, porque ambos sabemos que lo quiero más que a nadie en este mundo junto con mi familia, y corremos entre los pasillos hasta mi pequeño camerino; una habitación de dos metros cuadrados con un pequeño armario y un espejo.

Me desnudo ante él con rapidez mientras lo hago sostener el vestido que he desperchado. Chris cierra los ojos, pero por el rabillo ve cómo se me ha salido una teta.

—Olson, eres mi mejor amiga y no me pones dura en absoluto, pero no sé por qué tengo que verte las tetas.

—Sube la cremallera, imbécil. —Le doy la espalda. Me abrocha y me giro para que me dé el visto bueno— ¿Cómo estoy?

—Muy guapa. ¿Por qué nos hicimos tan amigos? Podía haberte pedido una cita.

—Eres gay y solo teníamos doce años. Y me ofreciste un cigarro. Jamás te hubiera besado. —Salgo del cubículo y él me sigue—. Estaré por la sala tres. Vete a esa barra. Invita la casa. Me acercaré cuando pueda. —Voy dándole instrucciones de camino a la discoteca.

—De acuerdo, princesa. Tu lacayo está a tu disposición... —Hace una reverencia al pararnos ante la puerta cerrada de dos hojas.

—He aguantado durante dos horas que tu madre critique mi pelo, me ponga en duda como

buena mujer porque no consigo un marido, y tus sobrinas, unos angelitos, han intentado matarme con arcos y flechas. Cinthya casi me deja ciega. —Me clavo un dedo en la señal que ha dejado en mi cara.

—Te quiero y no entiendo por qué Clooney celebra su cumpleaños hoy si nació en mayo.

—Y yo qué sé, los famosos y sus cosas raras. Lo que me sorprende es que te sepas la fecha de nacimiento de George Clooney.

—Soy gay, sé muchas cosas sobre los famosos.

—Eso es un cliché, Chris.

—Pero es la verdad. Suerte esta noche.

Uno de los chicos del *Staff* nos abre las puertas y nuestros sentidos se ven inmediatamente abrumados por una mezcla de sonidos, luces y olores. La música retumba en mi pecho, haciendo vibrar cada fibra de mi ser. El ambiente está cargado de energía, de expectativas y desenfreno.

Mis ojos se encuentran con un mar de cuerpos en movimiento, una multitud que se agita al ritmo frenético de la música como si fueran muñecos de viento de gasolinera. Las luces de neón destellean en colores movedizos, creando una atmósfera hipnótica o, espeluznante, si sufres de epilepsia. Los rayos láser cortan el aire, trazando caminos de luz que se entrelazan en el espacio como en una película futurista.

El calor humano es notable, una amalgama de risas, susurros y conversaciones animadas. El olor a perfume, sudor y alcohol se fusiona en el ambiente, creando una fragancia distintiva de una noche loca en un club famoso y al que poca gente corriente tiene acceso. La adrenalina se abre paso a través de mis venas, creándome una mezcla de emoción y nerviosismo.

Mientras avanzo entre la multitud, mi cuerpo se mueve en modo automático mientras suena *Head, Shoulders, Knees & Toes* de Offenbach & Quarterhead, mientras bailarines profesionales se contonean en los podios habilitados para ello.

—¡No entiendo cómo aguantas esto cada noche! —grita Chris.

—¡Ni yo como eres tan aburrido! —le reprocho.

Christopher representa a artistas y relaciones públicas que aún no se han hecho de un gran nombre en el mundillo, yo soy su única cliente a la que ha podido colocar en un gran puesto aquí, sin embargo, le auguro un futuro prometedor, solo tiene veintiséis años y no ha tenido un padrino que lo introduzca en el ambiente. Él, al igual que yo, hemos conseguido el trabajo de nuestros sueños con empeño e inteligencia.

Entramos en una sala privada, pero no menos impresionante, donde la música baja su volumen lo suficiente como para que podamos hablar entre nosotros sin dejarnos las cuerdas vocales.

—Quédate aquí. Después nos vemos. —Lo abrazo—. ¿Todo bien? —Sonrío dando una vueltcita sobre mí misma. La presencia física es sumamente importante por aquí.

—Perfecta. Como hace tres minutos.

Mi trabajo como relaciones públicas en LB implica varias responsabilidades clave. Mi función principal es la de publicitar y promocionar la discoteca y sus eventos para atraer a un público más amplio y garantizar una buena afluencia durante toda la noche. Para ello utilizo diferentes estrategias de marketing y comunicación con tal de generar interés y crear expectación en torno a las fiestas y eventos organizados en la discoteca.

Además de la promoción, también me encargo de gestionar las listas de invitados y reservados, asegurándome de que los clientes VIP y los grupos tengan un trato especial y una experiencia exclusiva. También soy responsable de fomentar la fidelidad de los clientes del club.

En términos prácticos, utilizo diferentes canales de comunicación, como redes sociales, mensajes de texto o software de listas específico, para difundir la información sobre los eventos y atraer a más personas. También interactúo directamente con los clientes, respondo a preguntas, proporciono información sobre precios de entradas y reservados, y me aseguro de que todos tengan una experiencia agradable y satisfactoria en uno de los cinco lugares para fiestas más exclusivos de Manhattan.

Trabajo bajo mucha presión para cumplir con los requisitos que se me exigen y recibo una suma cuantiosa de dinero por mis servicios, sueldo más pluses, que me han permitido alquilar un *loft* en el mismo barrio, del que estoy enamorada.

George Clooney y sus invitados parecen satisfechos con su estancia en LB, y cerramos la fiesta con cinco botellas de Dom Pérignon Vintage, consideradas *cuvées* de prestigio. Una de estas botellas puede llegar a costar hasta novecientos dólares.

Cargo una de ellas sobre una bandeja, rodeada de bengalas y purpurina, cuando un tío corpulento y atractivo me interrumpe el paso. Moreno, de ojos grandes y oscuros, sonrisa perfecta y camiseta de marca, me detiene un metro y medio de llegar a la mesa del actor.

—Disculpa, ¿sabes dónde están los baños? —suelta.

—Los tienes a tu derecha, hay un cartel luminoso con un muñequito —digo con ironía y paso del tipo guapo, pero con ciertos problemas de visión.

Todo va bien... Huele a glamur, las luces parpadean y los invitados cantan el cumpleaños feliz. Trato de moverme con gracia y elegancia con la bandeja en la mano, cargada con la botella, las copas y las antorchas... Hasta que los malditos zapatos nuevos me hacen resbalar, el suelo está impecablemente pulido, y la botella, junto con las copas de cristal y las bengalas, salen volando por los aires. Observo aquello mientras me desplomo de culo al suelo a cámara lenta.

—¡Noooooooooo!

Veó que, gracias a la fuerza de la gravedad, todo comienza a caer y, para mi horror, se derrama directamente en el regazo del señor Clooney. El líquido espumoso se esparce por todas partes y, para infortunio del actor (y mío), las bengalas prenden fuego a su cabello.

George parece una maldita antorcha humana y alguien le agrede con uno de los cojines decorativos golpeándolo con fuerza en la cabeza para intentar apagarlo. Es su propia vela de cumpleaños.

Si hubiera visto la escena a través de una pantalla en YouTube y yo no fuera la causante de

tal estropicio, me hubiera partido de risa, lo reconozco.

Han conseguido apagar el incendio en la cabeza del señor de los Nespressos y tampoco ha quedado tan mal. Si se peina llevando toda la mata que le queda intacta a un lado, casi no se le notará nada.

Tengo que levantarme, pedirle disculpas y una cita con un buen peluquero (a veces soy la maldad personificada). Pero... resbalo con el champán y los invitados gritan y corren de un lado hacia otro, saltando incluso por encima de mí. Deben verme como a una terrorista capilar.

La música de fondo parece entonar una melodía de desastre y una mujer clava uno de sus tacones de aguja en mi mano izquierda.

—¡Ayyyyyyy!

Por fin logro incorporarme y voy hasta el actor que se toca la cabeza, seguramente más caliente que el magma en el núcleo de la Tierra.

—¿Le duele?

—¿Usted qué cree? ¿Alguna vez le han quemado el cabello?

—Oh, no, qué horror. —Frunzo el ceño, sintiendo el calor.

—Me arde, ¡joder! —me grita.

¿Dónde están sus amigos y su seguridad privada? ¿Dónde se encuentra la seguridad del local? Llegan justo cuando se me ocurre coger un vaso de refresco que hay sobre la mesa y lo vierto en su cogote chamuscado.

Me parece una buena idea para quitarle el ardor de esa quemadura de segundo o tercer grado, pero él no me da las gracias cuando lo hago.

—¡Está usted loca! Me ha arruinado la imagen.

—Pero sigue siendo igual de guapo —suelto, con cara de satisfacción por haber resuelto el mal trago con el cumplido.

—Y usted seguirá siendo igual de estúpida. ¿Casi me quema a lo bonzo y es lo único que se le ocurre decir? —me espeta, el refresco chorreando de su cabeza.

—Perdone, señor Clooney, ha sido sin querer. Y, sí, he pensado en buscarle un buen peluquero, tengo contactos. —Esa es mi respuesta, mi defensa y la verdad.

—Váyase a la mierda. —George, que más bien podría ser Kojak en este momento, se marcha sin despedirse. Lo entiendo, quiere perderme de vista de la misma manera que ha perdido parte de su preciado pelo de zorro plateado.

Me quedo en la sala, mirando en derredor todo el desaguisado, cuando Brenda entra hecha un basilisco.

—Estoy muerta —susurro.

Lo que ocurre a continuación no me sorprende en absoluto, aunque trato de evitarlo por todos los medios.

—Estás despedida. —*Jess, date con un canto en los dientes. Estás despedida, no muerta*—. Y no creas que volverás a trabajar en el mundillo. Mañana saldrá en todos los periódicos y tú serás la que chamuscó el pelo de uno de los hombres más atractivos del planeta.

—Sin querer —apunto, como si fuera a servir de algo, pero a veces doy razones sabiendo que no las tengo—. No era mi intención dejarlo como una bola terráquea. Deberías de pulir menos el suelo, es peligro...

No me río porque mi futuro ahora mismo pende de un hilo, pero solo se me ocurre a mí culpar el pulido del suelo.

Brenda levanta la mano, ordenándome que cierre mi piquito de oro, y continúa su perorata:

—Va a demandar al local y a pedir una indemnización y un injerto capilar que saldrá de mi bolsillo. ¿Has visto que mata de pelo tiene, o, mejor dicho, tenía ese hombre? Esa parte quemada son por lo menos un billón de pelos.

¿Y de dólares?, me dan ganas de preguntar. A veces sufro de incontinencia verbal.

No sé si son los nervios, la angustia mental o que lo que ha dicho Brenda me hace gracia de verdad, que intento disimular la risa en sus narices. No puedo aguantarme más.

—¿Te hace gracia? —Sus ojos parecen los de un chihuahua enrabiado.

—No, es que estoy muy nerviosa, y eso del billón de pelos...

—Pues te va a hacer poca gracia cuando te pase la factura. Cada vez que te bebas un café de capsula, te va a entrar una risa que te cagas, bonita —escupe fuera de sus casillas.

—Entonces, ¿sigo despedida o prefieres que trabaje a cuenta de lo que te debo? —Debería morderme la lengua, lo sé, pero intento no quedarme en la calle y con una reputación nefasta en el mundillo.

—Lárgate ya, no te soporto.

La entiendo, en estos momentos no me soporto ni yo misma.

JESS

Brenda no se equivocaba en su amenaza. Cuando me despierto por la mañana, mi teléfono móvil está lleno de mensajes en todas y cada una de las aplicaciones. Los buzones están hasta arriba. Facebook, Instagram, X, Threads, LinkedIn, WhatsApp, Messenger, Gmail... Incluso grabaron el momento y el vídeo se ha hecho viral. En YouTube se cuentan las reproducciones por millones.

Mira, otra cosa que vislumbré que se hace realidad.

No se me distingue muy bien la cara gracias a las luces y los destellos de las bengalas, pero en algunos segundos puedes detener la grabación y capturar mi rostro de horror. Y esto, precisamente, ha hecho la gente para convertirme en meme. No es para menos, mi cara tiene un nivel de espanto que solo se puede comparar con tratar de mantener la dignidad mientras te caes por las escaleras en una cita.

Soy la digna sucesora de la niña meme.

—No, no, no, no... —suplico ante la pantalla de mi móvil, viendo cómo mis pies se tronchan como si fueran dos lonchas de *bacon* crudas, y todo cae sobre Clooney.

Sentada sobre mi cama, con el pelo revuelto y el maquillaje corrido, sé que he cavado mi propia tumba.

—Lo siento —comenta Chris, de pie bajo el arco de pared a pared de mi dormitorio, rodeado de ventanas por donde entra la luz natural. Tiene las manos en los bolsillos y el rostro cabizbajo. El pobre tuvo que sacarme de allí como si yo fuera una gran estrella, ocultándome con su chaqueta, para que no me reconocieran, aunque fue más parecido a la salida de una asesina en serie del juzgado hacia el furgón al que subirá para ir directamente a la cárcel de máxima seguridad.

—Estoy acabada —musito, con los ojos brillantes y clavados en los de mi amigo.

—No te voy a mentir. —Llega hasta la cama y se sienta—. Esto es la mayor cagada de los últimos años de las relaciones públicas de la ciudad de Nueva York. Te traerá problemas, tendrás que desaparecer durante algún tiempo, pero se les olvidará.

—¿Y cuándo se les olvidará?

—No sabría decirlo. Dentro de unos años. O, cuando Clooney recupere el pelo, no sé. —Se encoje de hombros, va hasta la ventana, saca la cajetilla de tabaco, saca uno y se lo enciende.

De manera instintiva pienso en el billón de pelos que le van a tener que injertar en la calota, y en efecto, ya no me hace ninguna gracia.

—¿Unos años? —Un escalofrío recorre mi cuerpo.

—Siendo positivos. —El humo que sale de su boca envuelve su rostro.

Me levanto de golpe. Salto del colchón al suelo, horrorizada.

—¡Chris! ¡¿Años?! ¡El alquiler de este piso no esperará años, ni siquiera unos meses! ¡¿Y qué voy a hacer?! ¡Mi trabajo es mi vida! ¡Me encanta mi trabajo!

—Debemos sopesar los daños, hasta dónde ha llegado tu error...

—¡No he cometido ningún maldito error! —grito—. ¡Ese suelo parecía una pista de patinaje sobre hielo y los zapatos nuevos me hicieron resbalar! ¡No fue queriendo! —Quiero morirme, o matar a la empresa de limpieza de la discoteca. O hacer un llamamiento social para promover el uso de moqueta en locales de moda, aunque sea antihigiénico e insalubre.

—Vale, vamos a tranquilizarnos.

—¿Tranquilizarnos...? ¡Y una mierda! ¡Estoy acabada! ¡Finiquitada! ¡Caput! ¡Mi vida se ha acabado!

Para más inri, mi teléfono comienza a sonar a su lado con la pantalla iluminada.

—Es tu madre —avisa.

Me hundo en la más oscura de las tinieblas. Mi madre también se ha enterado. Como para no hacerlo. Todos los seres vivientes del planeta conocen lo ocurrido, da igual de qué país sea o qué idioma hable. El idioma de los tontos lo entendemos todos y eso ha ocurrido. Una tontería que hubiera acabado en una anécdota que se ha convertido en la noticia del siglo porque la persona a la que le sale ardiendo el pelo es el jodido George Clooney.

—Cógelo tú. Dile que estoy haciendo las maletas para mudarme a la Antártida, a un glaciar. Le regalaré una piedra a un pingüino y será mi pareja para siempre.

Pone los ojos en blanco, lo agarra, se lo lleva a la oreja y se levanta.

—¡Hola, señora Olson! ¿Cómo está? —Se va hasta el salón—. Está bien. ¿Lo ha visto? Ya me lo imaginaba. —Silencio—. Deje de preocuparse—Silencio—. No, no, no. No pasa nada. Está en la ducha. De acuerdo. Se lo diré.

—¿Qué ha dicho? —le pregunto cuando por fin cuelga, mordiéndome el labio inferior.

—Que Clooney estaba igual de guapo en el vídeo y que no entiende tanto revuelo, porque hasta calvo o con un nido de golondrinas en la cabeza, seguiría siendo igual de atractivo.

JAMES

—¿Otra vez? ¡Otra vez te has vuelto a meter en un lío! —me grita Robert, entrando por las puertas de mi casa.

—No me grites, me duele la cabeza. —Mi excusa más manida.

—A mí me duele la cabeza de soportarte, Giant. Tú la has perdido completamente. —Robert, se mesa el pelo, desesperado.

—Yo no tengo la culpa de que ese tipo me provocara. —Resoplo, y me tiro en el sofá mientras él me echa una de sus broncas.

—Es un periodista tocapelotas, sabes cómo son y la mierda de fama que tienes tú. Ese tío ahora va de víctima justificando que estaba trabajando y tú no estás en tus cabales. ¡Quiere demandarte! La prensa amarilla lleva dos meses hablando de eso... ¿En qué cojones estabas pensando?

—En que me estaba tocando las pelotas, por ejemplo —digo, como si fuera una obviedad que Robert ha pasado por alto.

—El empujón que le diste y tu amenaza ya ha estado rodando por todas las televisiones y redes sociales.

—Robert, ¿adónde quieres llegar con todo esto? —rezo, cansado de su monserga.

—A que no te paso ni una más. La directiva del equipo ha sido tajante, o cambias o te echarán la siguiente temporada. ¿Has visto el vídeo en el que te han pintado como a Hulk? —me pregunta.

—¡Joder! Deberías defenderme a mí y no a ese reportero de mierda —grito, cabreado.

—Créeme que quiero ayudarte, pero estás quemando tu carrera y arrastrando la mía con tus salidas de tono y desmadres. Tienes a la prensa acechándote porque suelo que pisas, suelo que ensucias.

—¿Y qué sugieres? ¿Que me quede encerrado aquí para siempre y solo salga de casa para ir a los entrenamientos y los partidos?

—No, pero necesitas a alguien que vigile tus pasos y te organice la vida. Yo no puedo estar constantemente sufriendo estos sobresaltos. Me va a dar un puto infarto, Black.

—¿Vas a contratar otro niñoero? —bufo, soltando una risotada.

—Un asistente personal, sí. Quiero que sea tu sombra, tu perrito faldero.

—¿Por qué crees que este será diferente?

—Vivirá aquí contigo.

¿He oído bien?

—¿Perdón? —Abro tanto los ojos que ha debido verme los nervios oculares —¿Quieres que meta a un desconocido aquí en mi casa? —Mis anteriores asistentes vivían en su propio apartamento.

—Una desconocida, pero sí.

—¿Otra mujer? No, creo que no. —Niego con la cabeza con ímpetu a peligro que luxarme el cuello.

—No tienes opción. Ya he hablado con una agencia y van a buscar a la candidata perfecta.

—Me da igual que vayan a encontrarme a una institutriz inglesa de prestigio, no quiero a más mujeres pululando por mi casa después de lo de Gabriela y... —Me pongo un punto en la boca porque, por fortuna, no se enteró de mi casi lío con la última asistente—. ¿Por qué no puede ser un tío?

—Giant, no es cuestión de género. Te llevas mal con las personas en general. Y corremos el peligro de que lo lleves por el mal camino. Los hombres son más fáciles de caer en tu modo de vida y, ella, será precisamente la que hará que eso no pase contigo. Necesitas bajar el ritmo de juergas y escándalos o estarás fuera en menos de un año. Además, no te dejarán jugar hasta que termines el contrato. Así que, tú decides.

¿Cree que no seré capaz de cautivar a una mujer? Es de risa.

—A ti nunca he podido convencerte para que me acompañes a correrme una juerga.

—Porque aprecio mi culo y mi reputación, un desconocido tendría mucho menos que perder.

—¿No tienes cualquier otra opción? —le digo tras meditarlo un rato.

—Sí, claro, tienes dos opciones más —ironiza—. Seguir siendo la puta estrella del equipo si me haces caso, o buscarte la vida como entrenador de niños en algún colegio o centro social de St. George.

—Eso no me lo puedo permitir. Sería manchar el nombre de mi padre. —Un dolor punzante cruza mi pecho y me atraviesa el ventrículo izquierdo. Ahí es donde supongo habita mi padre ahora, era zurdo.

—Entonces tendrás que aceptar lo que te propongo. Y nada de desquiciarla como a los tres últimos asistentes. Si esta se va por tus impertinencias, dejaré que te arruines la vida solito y no volverás a verme el pelo —me advierte con un dedo acusador.

—¿Qué margen de libertad tengo hasta que llegue mi nueva niñera? —pregunto con cierto nerviosismo. Por lo visto, esta vez, la cosa es más seria.

—El tiempo que tarden en encontrar a la chica perfecta. Hasta entonces, procura relajarte y no hacer más gilipolleces.

JESS

Perder el trabajo de mis sueños tuvo un impacto muy significativo en mi vida diaria; perderlo de esa forma cambió mi mundo de todas las formas posibles. Dejé de salir de casa porque me reconocían en todas partes y hasta me paraban por la calle y en las tiendas para preguntarme por lo sucedido, se hacían fotos conmigo y se burlaban llamándome *La Calcinadora*. El ser humano puede llegar a tener muy pocos escrúpulos cuando las desgracias son ajenas y públicas.

Mi apartamento se ha convertido en mi refugio durante dos meses y yo lo he convertido en un estercolero. No hace falta que Chris me lo diga, puedo verlo y olerlo, aunque mi olfato se haya acostumbrado a ello.

La suciedad y el polvo se acumulan en los muebles y las telarañas cuelgan de las esquinas. Incluso me he hecho amiga de una araña más grande que mi mano. La llamo Reinona y le cuento mis penas, porque ni el teléfono atiendo. Tuve que cerrar mis redes sociales y apartarme del mundo antes de que este me engullera.

La cocina, un caos, con platos sucios en la encimera, el fregadero y las mesas, y un fuerte olor a comida rancia impregna el aire. La nevera rebosa de alimentos caducados y el suelo está pegajoso, como si nunca lo hubieran limpiado. En las esquinas, la ropa sucia se mezcla con papeles, bolsas y envoltorios de comida rápida a domicilio. En el dormitorio, la cama está deshecha, con sábanas arrugadas y manchas de chocolate caliente y zumo.

En definitiva, parezco la protagonista de un documental sobre el Síndrome de Diógenes llevado al extremo, de esos que acumulan basura hasta el techo.

Voy hasta el baño, el único espacio cerrado del *loft*, y trato de mirarme en el espejo, pero está tan empañado y tiene tantas marcas de agua y pasta de dientes seca que no me encuentro. Y menos mal. Porque el reflejo no me gustaría. Mi cabello está desaliñado y grasiento, mi ropa sucia y desgastada. No me he duchado desde hace una semana y no me cambio de pijama o camiseta desde entonces.

El timbre suena cuando bajo la tapa del inodoro y tiro de la cadena. Me asomo al salón y grito.

—¿No hay nadie! —Voy hasta la cocina y abro un armario—. Mierda —mascullo—. Tendré que salir a hacer la compra o pediré que me la traigan a casa.

Escucho unas llaves y la puerta de mi adorado piso se abre lentamente. Cojo una sartén y la levanto.

—¿Quién es? —aviso a quien esté allí y se atreva a entrar en mi vivienda—. ¡Es un derecho constitucional defender el hogar! ¡Podría matarte si no te marchas! ¡Tengo un arma!

—Baja la sartén, Bonnie and Clyde. Solo quiero comprobar si estás viva. —Chris entra y posa su mirada sobre el desastre en el que he convertido mi piso y, luego, sobre mí—. Esto es el infierno—. Se lleva el antebrazo a la cara y se cubre la nariz—. Huele como el callejón de la doce, donde los restaurantes tiran las sobras.

—¿Qué haces aquí? —Suelto la sartén sobre unas bolsas vacías y busco un vaso limpio para servirme agua, pero no lo encuentro.

—Asegurarme de que estás bien, pero ya veo que no. No me coges el teléfono. Tu madre está preocupada.

—¿Te ha obligado a venir a verme?

—Ha sido de mutuo acuerdo, pero llevaba razón cuando me dijo que te dejabas llevar por la desidia cuando te ocurría algo fuerte. —Da un paso hacia delante y resbala con una piel de plátano. Se agarra a la encimera de la isla y logra mantenerse en pie—. No me imaginaba que se refería a esto. Dime una cosa... ¿Cuándo lo dejaste con *Los Innombrables*, también te convertiste en una guarra? No lo recuerdo.

—No me hables de esos idiotas. —Me masajeo la sien—. Pensarlos me da dolor de cabeza.

Chris va hasta las ventanas y las abre.

—El dolor de cabeza es culpa de este ambiente enrarecido. No sé cómo no mueres de una infección.

Me tumbo en el sofá y cierro los ojos.

—En serio. Tienes que despertar de este horror. Encerrarte aquí no te hace bien. Date una ducha. Vamos a dar una vuelta —me dice. Claro, él no es *La Calcinadora* de pelos.

—No voy a ir a ningún lado. Vete a la mierda.

—Tú ya estás en ella. Esto es asqueroso.

Me incorporo y lo señalo.

—Tú no tienes ni idea de cómo me siento, así que cállate o lárgate. ¡Y dame mi llave! ¡No sé ni por qué te la di!

—Para emergencias. Y esto es una emergencia.

—No necesito que nadie me salve. Necesito un trabajo y que otra persona le desfigure la cara a algún famoso con un soplete para que se olviden de mí. —Lloriqueo.

—Y por eso mismo estoy aquí.

—¿Alguien ha desfigurado a Keanu Reeves? —pregunto conmovida, pero esperanzada de que alguien sea el nuevo foco de atención de la gente.

—Pero ¿tú te escuchas y hueles? —persiste en decirme que hiedo a ciénaga—. Me refiero a lo del trabajo.

Christopher Miller, mi amigo y vecino de barrio, capta toda mi atención.

CONTINÚA LEYENDO AQUÍ: <https://amzn.to/4bBA1Hc>